

R. TOYE (EDITOR)

# WINSTON CHURCHILL

Una biografía colectiva

CRÍTICA

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Notas sobre los autores

Introducción. Richard Toye

1. Churchill: el joven estadista, 1901-1914. David Thackeray

2. Churchill como primer lord del Almirantazgo, 23 de octubre de 1911-24 de mayo de 1915. Martin Thornton

3. Churchill como ministro de Economía (1924-1929) y el retorno al patrón oro. Peter Catterall

4. Churchill y el sindicalismo. Chris Wrigley

5. Churchill y la huelga general. Peter Catterall

6. Churchill y el Partido Conservador. Stuart Ball

7. Churchill y las mujeres. Paul Addison

8. Churchill y el imperio. Richard Toye

9. Churchill y el mundo islámico. Warren Dockter

10. Churchill y la fuerza aérea. Richard Overy

11. Churchill como estratega en la segunda guerra mundial. Jeremy Black

12. Churchill y el nacimiento de la «relación especial» anglo-estadounidense. David B. Woolner

13. Churchill y las armas nucleares. Kevin Ruane

## 14. Churchill y la guerra fría. Kevin Ruane

Bibliografía escogida

Notas

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la  
lectura

---

**¡Regístrate y accede a  
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

# Sinopsis

¿Cómo abarcar en una biografía una personalidad y una actividad política tan complejas como las de Winston Churchill? Richard Toye, profesor de la Universidad de Exeter, ha tenido la idea de coordinar para ello a un equipo de especialistas que han investigado diversos aspectos de su vida, entre los cuales figuran historiadores de tanto relieve como Jeremy Black, Richard Overy o Chris Wrigley, para que cada uno se ocupe del período de la vida de Churchill, o del aspecto de su actividad política, que mejor conozca. Tenemos así una sucesión de capítulos que, comenzando con sus primeros pasos en la política y con su discutida gestión al frente del Almirantazgo en la primera guerra mundial, van siguiendo su trayectoria hasta los años de la «guerra fría»; luego, otros capítulos están dedicados a temas específicos como su relación con el mundo islámico, con el imperio británico, con las armas nucleares o, en un plano muy distinto, con las mujeres que marcaron su vida.

RICHARD TOYE (ed.)

WINSTON CHURCHILL

Una biografía colectiva

Traducción castellana de  
Yolanda Fontal

**CRÍTICA**  
BARCELONA



## Notas sobre los autores

**Paul Addison** es profesor honorario de la Universidad de Edimburgo, donde enseñó historia desde 1967 hasta 2005. Fue ayudante de investigación de Randolph Churchill para la biografía oficial de Churchill y posteriormente autor de *Churchill on the Home Front* (Londres, Jonathan Cape, 1992) y *Churchill the Unexpected Hero* (Oxford, Oxford University Press, 2005). Entre sus publicaciones también figuran *The Road to 1945: British Politics and the Second World War* (Londres, Jonathan Cape, 1975) y *No Turning Back: The Peacetime Revolutions of Postwar Britain* (Oxford, Oxford University Press, 2010). Fue cofundador del Centro de Estudios de la Segunda Guerra Mundial de la Universidad de Edimburgo, del que fue director desde 1996 hasta 2005.

**Stuart Ball** es catedrático de Historia Moderna de Gran Bretaña en la Universidad de Leicester. Ha escrito una breve biografía de Churchill, *Winston Churchill* (Londres, British Library, 2003) y ha publicado numerosos ensayos sobre la historia del Partido Conservador en el siglo XX. Sus libros más recientes son *Portrait of a Party: The Conservative Party in Britain 1918-1945* (Oxford, Oxford University Press, 2013) y *Conservative Politics in National and Imperial Crisis: Letters from Britain to the Viceroy of India 1926-1931* (Farnham, Ashgate, 2014). También ha editado los diarios políticos de sir Cuthbert Headlam (en dos volúmenes, 1992 y 1999) y,

con Anthony Seldon, *Conservative Century: The Conservative Party since 1900* (Oxford, Oxford University Press, 1994), *The Heath Government 1970-1974: A Reappraisal* (Harlow, Longman, 1996) y *Recovering Power: The Conservatives in Opposition since 1867* (Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2005).

**Jeremy Black** ocupa la cátedra de Historia en la Universidad de Exeter. Con anterioridad fue catedrático de Historia en Durham. Entre sus libros figuran *Rethinking World War Two* (Londres, Bloomsbury, 2015) y *The British Seaborne Empire* (New Haven y Londres, Yale University Press, 2004). Ha sido nombrado miembro de la Excelentísima Orden del Imperio Británico en reconocimiento a su contribución al diseño filatélico.

**Peter Catterall** profesor de Historia en la Universidad de Westminster. Es director fundador de *National Identities*, y también enseña sobre políticas públicas y democracia en la Hansard Society y forma parte de la junta académica del Centro de Estudios de la Oposición. Ha publicado ampliamente sobre la historia de Gran Bretaña en el siglo XX, recientemente como editor de *The Macmillan Diaries: Prime Minister and After, 1957-1966* (Londres, Macmillan, 2011).

**Warren Dockter** es investigador en el Clare Hall de la Universidad de Cambridge. Obtuvo su licenciatura en la Universidad de Tennessee y el doctorado en la Universidad de Nottingham, y ha sido profesor en la Universidad de Exeter y en la Universidad de Worcester, Reino Unido. Es autor de *Winston Churchill and the Islamic World: Orientalism, Empire and Diplomacy in the Middle East*. Sus investigaciones se centran en el imperialismo británico en Oriente Medio a finales del siglo XIX y durante el siglo XX, e incorporan el orientalismo y los enfoques históricos transnacionales.

**Richard Overy** es catedrático de Historia en la Universidad de Exeter. Ha escrito más de veinticinco libros sobre la guerra aérea, la segunda guerra

mundial y las dictaduras en Europa, entre ellos *The Air War 1939-1945* (2007<sup>3</sup>), *Why the Allies Won* (2006<sup>2</sup>) [hay trad. cast.: *Por qué ganaron los Aliados*, Tusquets, 2005] y *The Morbid Age: Britain and the Crisis of Civilization between the Wars* (2009). Ganó el premio Wolfson de Historia en 2005 por su libro *The Dictators* y el premio Cundill de Historia por su libro *The Bombing War: Europe 1939-1945* en 2014. En la actualidad está escribiendo una historia de la segunda guerra mundial. Es miembro de la Academia Británica y de la Academia Europea de las Ciencias y las Artes, y presidente de la Junta de Investigación del Museo de la RAF.

**Kevin Ruane** es catedrático de Historia Moderna en la Universidad de la Iglesia de Cristo de Canterbury. Su investigación doctoral versó sobre la administración de Churchill en tiempos de paz, 1951-1955, y ha publicado ampliamente sobre historia internacional de la posguerra. Es un experto en la historia de la guerra fría y ha publicado *The Rise and Fall of the European Defence Community* (2000) y *The Vietnam Wars* (también 2000). Su último libro, *Churchill and the Bomb in War and Cold War*, fue publicado por Bloomsbury en 2016.

**David Thackeray** es profesor titular de Historia en la Universidad de Exeter. Cursó sus estudios de doctorado en el Jesus College de Cambridge y había trabajado con anterioridad en el The Queen's College de Oxford. Manchester University Press publicó en 2013 un libro basado en su tesis doctoral, *Conservatism for the Democratic Age: Conservative Cultures and the Challenge of Mass Politics in Early Twentieth Century Britain*. Su nuevo proyecto busca comprender cómo han cambiado a lo largo del último siglo las percepciones de los mercados exteriores de Gran Bretaña.

**Martin Thornton** fue durante muchos años profesor titular de Historia y Política Internacional en la Facultad de Historia de la Universidad de Leeds. Es autor de *Sir Robert Borden: Canada* (Londres, Haus, 2010), de la serie *Makers of the Modern World: The Peace Conferences of 1919-23 and Their Aftermath*; y también de *Times of Heroism, Times of Terror: American*

*Presidents and Foreign Policy during the Cold War, 1945-1991* (Westport, CT, Praeger, 2005). Ha escrito el libro *Churchill, Borden and Anglo-Canadian Naval Relations, 1911-14* (Londres, Palgrave, 2013) y artículos sobre Churchill, entre ellos «Lester Pearson, the Commonwealth and Winston Churchill's Fulton Missouri Speech of 5 March 1946», *Journal of American and Canadian Studies*, n.º 16 (1998).

**Richard Tøye** es catedrático de Historia Moderna en la Universidad de Exeter. Anteriormente trabajó en las universidades de Mánchester y Cambridge. Ha publicado múltiples ensayos sobre Churchill. Entre sus libros figuran *Lloyd George and Churchill: Rivals for Greatness* (2007), *Churchill's Empire: The World That Made Him and the World He Made* (2010) y *The Roar of the Lion: The Untold Story of Churchill's World War II Speeches* (2013). Sus otros intereses son la historia de las políticas económicas, las Naciones Unidas y las obras de H. G. Wells.

**David B. Woolner** es miembro honorario e historiador residente del Instituto Franklin y Eleanor Roosevelt, profesor adjunto de Historia en el Marist College y Senior Fellow del Centro de Participación Cívica del Bard College, donde también forma parte del cuerpo docente de la Bard Prison Initiative. Es coeditor de cuatro libros: *Progressivism in America: Past Present and Future* (Oxford University Press, 2016); *FDR's World: War, Peace and Legacies* (Palgrave, 2008); *FDR and the Environment* (Palgrave, 2005); y *FDR, the Vatican and the Roman Catholic Church in America, 1933-1945* (Palgrave, 2003). También es el editor de *The Second Quebec Conference Revisited: Waging War, Formulating Peace; Canada, Great Britain and the United States in 1944-1945* (Palgrave/St Martin's Press, 1998). Es miembro del consejo editorial de la *International History Review* y ha sido titular de la Archives Bi-Fellowship en el Churchill College, en Cambridge (2007), ha ocupado la cátedra de investigación Fulbright en el Roosevelt Study Center de Middelburg, en los Países Bajos (2010), y le fue concedida la primera beca de investigación Roosevelt en el University College Roosevelt de Middelburg (2016). Entre 2000 y 2010, el doctor Woolner fue director ejecutivo del

Instituto Roosevelt, supervisando una importante ampliación del presupuesto, la dimensión programática y el personal de la organización. Obtuvo un doctorado y un máster en historia en la Universidad McGill y una licenciatura *summa cum laude* en literatura inglesa e historia en la Universidad de Minnesota.

**Chris Wrigley** es profesor emérito de Historia Moderna de Gran Bretaña en la Universidad de Nottingham. Es autor de muchos libros, entre ellos tres sobre David Lloyd George, dos sobre Churchill (*Winston Churchill: A Biographical Companion*, Santa Barbara/Oxford, ABC-Clio, 2002, y *Churchill*, Londres, Haus, 2006), uno sobre Arthur Henderson y varios sobre la historia de las relaciones industriales de Gran Bretaña. Ha sido presidente de la Historical Association (1996-1999), vicepresidente de la Royal Historical Society (1997-2001) y presidente (1997-2001) y vicepresidente (2012-) de la Society for the Study of Labour History. La Universidad de Anglia Oriental le nombró doctor honoris causa en 1998.

# Introducción

*Richard Toye*

Universidad de Exeter

Winston Churchill continúa siendo una personalidad de renombre mundial cuando ya han transcurrido más de cincuenta años desde su muerte. Es ampliamente conocido por su lucha contra la política de apaciguamiento de los nazis en los años treinta y por su contribución posterior, ya como primer ministro, a la victoria de los Aliados en la segunda guerra mundial. Sin embargo, pese a su fama permanente, pocas personas son conscientes de la totalidad de sus logros o, en realidad, de los muchos aspectos controvertidos de su carrera, entre los que figuran una serie de fracasos políticos y militares espectaculares. Algunos hechos que conocen bien los historiadores y que fueron de vital importancia para la evolución personal y política de Churchill no logran penetrar en la conciencia popular, muy influida por el tratamiento mediático, que se ocupa de una serie limitada de temas. Por ejemplo, muchas personas se sorprenderían hoy al enterarse de la espectacular huida de Churchill de un campo de prisioneros surafricano en 1900, pese a que este episodio fue el que le convirtió en una celebridad mundial y contribuyó a facilitarle el camino durante las elecciones en la Cámara de los Comunes.

La amplitud y la diversidad de la carrera de Churchill hacen que resulte difícil abordarla en toda su complejidad. Concurrió por primera vez a unas

elecciones parlamentarias (sin éxito) en 1899 y no abandonó el escaño hasta sesenta y cinco años después. Mientras tanto, no solo cumplió dos mandatos en Downing Street, sino que también ejerció otros cargos importantes, entre ellos los de ministro del Interior y ministro de Economía. Entre sus intereses figuraban la política exterior e imperial, pero también se labró una importante reputación, aunque se olvida a menudo, como uno de los padrinos del estado de bienestar. Su participación en la toma de decisiones de Gran Bretaña durante dos guerras mundiales le permitió influir de manera decisiva tanto en los asuntos militares como en los políticos. Además, fue un escritor y un periodista prolífico, cuyos escritos han influido mucho en cómo se le recuerda en la actualidad. Por tanto, para tratar de entender a Churchill, es necesario recordar que gran parte de las pruebas relevantes las proporcionó él mismo, muchas veces con la mirada puesta en la posteridad.

El propósito de este libro es ofrecer una introducción breve, accesible y analítica de algunos aspectos fundamentales de la vida de Churchill. Los capítulos, escritos por destacados expertos, se basan en documentos del extenso archivo personal de Churchill y recogen investigaciones avanzadas basadas en el amplio conocimiento de los autores tanto del personaje como de la época. Este libro, que aborda desde la habilidad política juvenil de Churchill hasta el período de la guerra fría, analiza su estrategia militar y geopolítica, y también examina las cuestiones sociales, constitucionales y económicas que contribuyeron a definir la época churchilliana. No ofrece una mera enumeración de datos biográficos; las opiniones expresadas se fundamentan en la idea de que no se puede entender a Churchill únicamente a partir de sus propias palabras, sino que se le ha de evaluar teniendo en cuenta el contexto político y cultural en el que se desarrolló.

No obstante, los datos biográficos son importantes. Winston Leonard Spencer-Churchill nació en 1874 en el palacio de Blenheim, en Oxfordshire, la residencia de la familia Marlborough. Era nieto del séptimo duque y, por tanto, también descendiente del primer duque, John Churchill, un ilustre héroe militar al que dedicó una larga biografía en los años treinta. Sin

embargo, aunque las circunstancias del nacimiento y la educación de Winston fueron sumamente privilegiadas, no pudo contar con una riqueza heredada. Fue hijo de lord y lady Randolph Churchill, él un prometedor político conservador y ella (nacida Jennie Jerome) una heredera estadounidense. Ambos eran enormemente despilfarradores y su hijo siguió el ejemplo, por lo que durante gran parte de su vida se vio obligado a financiar su extravagante estilo de vida con los ingresos que le proporcionaba la escritura. Lord Randolph, que llegó a ocupar el puesto de ministro de Economía, cometió un suicidio político al presentar una dimisión desacertada y nunca más volvió a ejercer un cargo. Murió joven, cuando Winston aún no había cumplido veintiún años. Nunca estuvieron muy unidos, pero a Winston le influyó el concepto de «democracia *tory*» [también llamada «conservadurismo One-nation»] de lord Randolph y también fue su biógrafo. Aunque es objeto de debate hasta qué punto fue desatendido por sus padres, es evidente que no tuvo una infancia particularmente feliz. Sin embargo, estuvo muy unido a su niñera, Elizabeth Everest, y la relación con su madre mejoró cuando alcanzó la madurez. La ayuda de lady Randolph, que tenía una amplia red de contactos de alto nivel, le fue muy útil cuando trató de abrirse camino en el periodismo, la literatura y la política.

Tras haber asistido a dos escuelas preparatorias privadas diferentes, Churchill estudió en Harrow, una institución de élite con un estricto ideario imperial. (El director, J. E. C. Welldon, recordaba haber azotado a Churchill «con más frecuencia que a ningún otro muchacho, pero con escasos resultados».)<sup>[1]</sup> Los clásicos constituían una parte importante del plan de estudios y Churchill tuvo dificultades con ellos, pero se le daba bien el inglés y también desarrolló una gran memoria. En lugar de ir a la universidad, se alistó en el ejército y se formó durante un año en la Academia Militar de Sandhurst. Tras realizar una expedición privada a Cuba, sobre la que escribió artículos para el *Daily Graphic*, partió hacia la India con un regimiento de caballería. Insatisfecho con su educación, inició un proceso intensivo de autoformación durante el que leyó una amplia variedad de obras, incluidas las de los historiadores Thomas Babington Macaulay y Edward Gibbon, que influyeron en su estilo literario. También prestó una atención considerable al



arte de la retórica. Además, sufrió una crisis de fe religiosa, de la que salió sin unas convicciones cristianas convencionales, pero con una firme creencia en la providencia y un fuerte sentido del destino personal. Así pues, aunque la moral y los postulados de la época victoriana en la que creció le marcaron mucho, nunca le definirían del todo.

El joven Churchill era inteligente, egocéntrico y, a juicio de muchos, muy poco atractivo, pero allí donde iba no pasaba desapercibido. Aburrido de la rutina del regimiento y desesperado por ver acción, aprovechó su relación con el general sir Bindon Blood para asegurarse una plaza en la expedición comandada por este para sofocar una rebelión en la frontera noroeste, que narraría luego en su primer libro: *La historia de la Malakand Field Force* (1898). Posteriormente, volvió a mover algunos hilos y participó en la reconquista británica de Sudán, que relató en *La guerra del Nilo* (1899). Después abandonó el ejército y protagonizó su primer intento fallido de entrar en la Cámara de los Comunes como candidato conservador en las elecciones parciales de Oldham. Al estallar la guerra entre los británicos y los bóers, viajó a Suráfrica para acercarse a la acción como corresponsal (muy bien remunerado) del *Morning Post*. Cuando el tren blindado en el que viajaba sufrió una emboscada, actuó con gran valentía y distinción, pero fue capturado. A continuación vendrían su espectacular huida de la cárcel de Pretoria, su regreso a territorio británico y su repentina fama mundial. Tras pasar otra breve temporada en la guerra durante la que volvió a incorporarse temporalmente al ejército, regresó a Inglaterra perfectamente situado para ganar el escaño por Oldham en las elecciones generales de 1900.

Churchill no se contentó con asumir la función de leal diputado sin cargo en el gobierno. Hasta ese momento, sus opiniones políticas habían coincidido con las de la corriente conservadora mayoritaria, aunque también hizo gala en ocasiones de ciertas simpatías liberales. Sin embargo, en ese momento asumió el papel de moscardón, desafiando a los líderes de su partido por la reforma del ejército. Siguiendo los pasos de su padre, insistió en la necesidad de economizar en defensa, una postura que, en su caso, puede parecer

sorprendente, pero que mantuvo hasta pocos años antes de la primera guerra mundial. Más seria fue su pelea con el partido por la cuestión del libre comercio, con la que estaba firmemente comprometido, y en 1904 cambió de bando en la Cámara de los Comunes para unirse a los liberales. También se vio obligado a buscar un nuevo escaño (por la circunscripción de Mánchester Noroeste), que obtuvo con facilidad durante la victoria de los liberales en 1906, aunque no lo conservó por mucho tiempo. Sin embargo, se aseguró un cargo, primero como subalterno (en el Ministerio de las Colonias) y no mucho después como miembro del Gabinete. Fue en este cargo, el de ministro de Comercio, donde hizo sus primeras contribuciones a la causa de la reforma social, en alianza con su colega radical David Lloyd George. Sus enemigos conservadores le tildaron de «luchador de clases». Siguió suscitando polémica, por ejemplo cuando, como ministro del Interior, se encargó en persona de la operación policial contra una célula anarquista durante el «asedio de Sidney Street», en 1911. Ese mismo año fue nombrado primer lord del Almirantazgo (es decir, ministro de la Marina). En ese cargo, se convirtió en un firme partidario de la defensa nacional frente a la creciente amenaza de Alemania y luchó con éxito para mantener los presupuestos de su ministerio.

Al estallar la guerra en 1914, cabía esperar que Churchill, que tenía instinto para la guerra y la agresión, tuviera un éxito enorme. Sin embargo, terminó convirtiéndose en un desastre tanto personal como político. Su nombre acabaría asociado para siempre con el intento de penetrar en el estrecho de los Dardanelos, primero utilizando únicamente buques y después, al fracasar, con desembarcos armados en la península de Galípoli. Fue un esfuerzo audaz para intentar cambiar el curso de la guerra derrotando a Turquía, un aliado de Alemania, pero se convirtió en un fracaso catastrófico. También participaron muchos otros en la toma de decisiones, pero Churchill tuvo una gran responsabilidad. Sin embargo, este desastre no fue la causa directa del principal revés político que sufrió en mayo de 1915, sino que fue una disputa con el primer lord del Mar, el almirante lord Fisher, por un aspecto

aparentemente trivial de las operaciones. La dimisión de Fisher desencadenó una crisis política que provocó la caída del gobierno liberal y su sustitución por una coalición multipartidista. Los conservadores insistieron en que se degradara a Churchill como precio por su participación y, al cabo de unos meses, renunció al cargo de ministro. Quedó devastado por lo sucedido, aunque halló cierto alivio psicológico en una nueva afición, la pintura, que practicaría durante toda su vida.

Tras dimitir, Churchill aceptó un puesto en el ejército en el Frente Occidental. Sirvió valientemente, pero ansiaba volver a la política y no tardaría en tener la oportunidad de hacerlo. Cuando, a finales de 1916, Lloyd George se convirtió en primer ministro al frente de una nueva coalición, Churchill fue excluido, pero al poco tiempo fue nombrado ministro de Municiones. Su carrera continuó tras el armisticio de 1918, cuando fue nombrado ministro de la Guerra y del Aire, y cuando en 1921 se convirtió en ministro de las Colonias. Mientras ocupaba estos puestos se vio envuelto en algunas de las mayores controversias de su carrera. Fue un firme defensor de que Gran Bretaña prestara apoyo militar a las fuerzas «blancas» o antibolcheviques en Rusia. Estuvo implicado en las brutales operaciones contra las rebeliones en Irlanda e Irak. También desempeñó un papel decisivo en la configuración de las fronteras del Oriente Medio moderno, con consecuencias que siguen siendo problemáticas en la actualidad. Por otra parte, ayudó a negociar el acuerdo de paz irlandés; condenó enérgicamente la infame matanza de Amritsar de 1919; y, en cuanto a Oriente Medio, se guió más por los consejos de presuntos expertos que por el mero interés personal. No obstante, siguió siendo un personaje impulsivo cuyas decisiones solían ser muy discutibles. Esto se pudo apreciar durante la llamada «crisis de Chanak» en 1922, cuando existía el riesgo de una nueva guerra contra Turquía, que provocó la caída del gobierno de coalición de Lloyd George. En las elecciones generales que se celebraron a continuación, Churchill perdió su escaño por Dundee frente a un candidato contrario al alcohol.

En los años siguientes publicó *La crisis mundial* (1923-1931), una crónica en

varios volúmenes de la primera guerra mundial. También se produjo el regreso de Churchill al Partido Conservador. Ante los avances del Partido Laborista, estimó que el Partido Liberal era irrelevante y que los antisocialistas debían unirse bajo el estandarte *tory*. En las elecciones generales de 1924 regresó a la Cámara de los Comunes con los conservadores, y se sorprendió y alegró cuando el primer ministro, Stanley Baldwin, le ofreció el puesto de ministro de Economía. Ejerció este cargo durante siete años y, una vez más, sus actos fueron polémicos. En 1925 se guio por la opinión generalizada en la época y tomó la decisión de devolver la libra al patrón oro (un mecanismo de tipo de cambio fijo), una decisión a la que se ha culpado a menudo de agravar el desempleo. Otro problema fue la huelga general del año siguiente. Churchill, a cargo de *The British Gazette*, una publicación oficial contraria a la huelga, recurrió a una retórica beligerante; sin embargo, en su opinión y en la de sus colegas, el rápido fracaso de la huelga representó la derrota de una conspiración revolucionaria contra la Constitución británica. También cabe señalar que, durante este período, Churchill mantuvo el interés por la reforma social y colaboró con Neville Chamberlain (a la sazón ministro de Sanidad) para ampliar las pensiones.

El hecho de que los conservadores perdieran las elecciones de 1929 frente a los laboristas marcó el inicio de los denominados «años en el desierto» de Churchill, quien se fue mostrando cada vez más descontento con el liderazgo de Baldwin, en especial por la cuestión de la India, ya que Churchill se oponía a cualquier ampliación de autonomía. Es posible que pensara en llegar a ser líder del partido. Al final, dimitió del Shadow Cabinet («gobierno en la sombra»). Esto hizo que, cuando en agosto de 1931 se formó un «Gobierno Nacional» multipartidista, a sus enemigos les resultara fácil impedir que consiguiera un puesto ministerial. Durante gran parte de los primeros años de la década se dedicó a hacer campaña, en vano, en contra de la que se convertiría en la Ley de Gobierno de la India (1935). Sin embargo, también le preocupaba cada vez más la amenaza que representaba la Alemania nazi y trabajó incansablemente para lograr un mayor rearme y en contra de la política gubernamental de apaciguamiento. Siguió cometiendo errores, por

ejemplo cuando apoyó a Eduardo VIII durante la crisis de la abdicación. Aunque sus actitudes no siempre fueron coherentes y a veces su comportamiento fue errático, sin duda fue valiente y, a la larga, su aislamiento jugó a su favor.

Cuando Alemania invadió Polonia en septiembre de 1939, a Churchill ya no se le podía ignorar. Chamberlain, a la sazón primer ministro, no tuvo otra opción que asignarlo al Gabinete de Guerra, en su antiguo puesto en el Almirantazgo. Su determinación de proseguir agresivamente con la guerra era evidente y contribuyó a que la población le considerara una posible alternativa a Chamberlain. Irónicamente, Churchill tuvo una gran responsabilidad en la desastrosa campaña de Noruega que provocó la caída política de Chamberlain en mayo de 1940. No obstante, cuando lord Halifax, el otro candidato principal, decidió retirarse, fue inevitable que Churchill se convirtiera en primer ministro al frente de un amplio gobierno de coalición. Lo que no estaba tan claro era cuánto tiempo iba a durar. Gran Bretaña sufrió una larga serie de derrotas y Churchill, de quien muchos aún desconfiaban, solo pudo disfrutar de una posición política segura durante la última etapa de la guerra, desde la victoria en El Alamein en adelante, y ni siquiera entonces guardarían silencio sus críticos internos.

Churchill llegó a Downing Street justo cuando las fuerzas alemanas empezaban a avanzar por Francia y los Países Bajos, arrasándolo todo a su paso. A finales de mayo, antes de que estuviese claro que la evacuación británica de Dunkerque sería un éxito, luchó hábilmente dentro del Gabinete de Guerra para oponerse a los argumentos de Halifax a favor de que se estudiara la posibilidad de concertar la paz. Es probable que la decisión de seguir luchando fuera la más importante que tomó como líder de la guerra. Además de su determinación, también aportó al cargo muchas otras aptitudes y rasgos de su carácter. Estaba lleno de energía, pese a la edad y al progresivo deterioro de su salud; podía ser rudo con sus subordinados, pero solía mostrarse indulgente con la debilidad humana. Su sentido del humor ayudaba a levantar el ánimo de la gente. También fue, por supuesto, un magnífico

orador, cuyos discursos y mensajes radiofónicos contribuyeron a subir la moral nacional. Había estado perfeccionando su dominio de la lengua inglesa durante décadas, alternaba un ingenio sencillo y frases inspiradoras con un efecto notable. Quizá lo más importante es que nunca ofrecía un falso consuelo; aunque la población ansiaba desesperadamente que terminara la guerra cuanto antes, Churchill insistió siempre en que el camino hacia la victoria sería largo y arduo. Al mismo tiempo, incluso en los días más oscuros, infundió esperanzas al dejar claro que el triunfo acabaría llegando. Supo aprovechar sus amplios conocimientos de la historia y su experiencia durante la primera guerra mundial para ayudar a sus oyentes a comprender la aterradora situación a la que se enfrentaba Gran Bretaña.

En cualquier caso, se han creado muchos mitos en torno a los discursos de Churchill. Por ejemplo, muchas personas creen que recuerdan haber escuchado a Churchill pronunciar en la radio el famoso discurso de «lucharemos en las playas» el 4 de junio de 1940. Sin embargo, aunque es cierto que lo pronunció en la Cámara de los Comunes ese día, no lo repitió en la radio (a diferencia de algunos discursos posteriores). En realidad, un locutor de la BBC leyó algunas partes en el noticiero de la tarde. Churchill no lo grabó para la posteridad hasta nueve años más tarde. Tampoco es verdad, pese a lo que muchos creen, que un actor leyera los discursos radiofónicos de Churchill por él. Además, aunque es absolutamente cierto que los mensajes radiofónicos revitalizaban, estimulaban e inspiraban a un gran número de personas, también es verdad que en su momento los discursos suscitaron más críticas de las que se supone generalmente, pese a la indudable popularidad personal de Churchill. Por decirlo de otro modo, la variedad de respuestas fue mucho más amplia de lo que se suele imaginar. Variaba de un discurso a otro y, a menudo, de una región a otra. A veces, las palabras de Churchill, más que inspirar a la población, la deprimían, lo que no es de extrañar cuando transmitía malas noticias, pero eso no significa que fracasara como orador. Sin embargo, si se tienen en cuenta la heterogeneidad de su audiencia y los reiterados fracasos militares que debía explicar, se puede entender mejor la complejidad de los retos retóricos a los que se enfrentaba. Es imposible pensar en otro individuo que pudiera haberlos manejado mejor.

Asimismo, conviene recordar que los discursos de Churchill no solo pretendían llegar a la población del Reino Unido y del imperio británico. También estaban dirigidos, en particular, a Estados Unidos, que se mantuvo neutral durante los dos primeros años de la guerra. Churchill fue consciente desde un principio de que no se podía ganar la guerra sin la participación de Estados Unidos y de que, si era reclutado como aliado, la victoria final estaba garantizada. Churchill dedicó enormes esfuerzos a cultivar su relación con el presidente Franklin D. Roosevelt, así como a preparar cuidadosamente sus declaraciones públicas. En agosto de 1941, dos meses después de que Alemania invadiera la Unión Soviética, se reunieron a bordo de un barco cerca de la costa de Terranova, y aunque de esta cumbre no saliera una declaración de guerra estadounidense, elaboraron la Carta del Atlántico, una declaración conjunta sobre los objetivos para el mundo de posguerra. Después de que en el mes de diciembre el ataque japonés contra Pearl Harbor provocara la entrada de Estados Unidos en la guerra, Churchill trabajó con ahínco para cimentar la alianza anglo-estadounidense y asegurarse de que beneficiara a los objetivos estratégicos de Gran Bretaña. Los historiadores han tratado de descifrar si la amistad entre Churchill y Roosevelt fue genuina o no, pero tal vez sea irrelevante. En cualquier caso, ambos eran muy conscientes de que la apariencia de intimidad era crucial para la imagen pública de cooperación que querían proyectar. Al mismo tiempo, es evidente que Roosevelt nunca permitió que los sentimientos se interpusieran en el camino de los intereses de Estados Unidos, tal como él los veía. Para Churchill, en tanto que líder de un país que estaba siendo relegado a un segundo plano detrás de las dos superpotencias, el encanto personal era una de las armas más importantes de su arsenal diplomático.

En el desenlace de la guerra influyeron numerosos factores, incluidos factores económicos, y no se puede atribuir la victoria de los Aliados únicamente a los actos de un individuo. No obstante, es justo decir que la contribución de Churchill fue mayor que la de ninguna otra persona. Eso no significa que todo lo que hizo estuviera bien. También fue responsable de una

serie de errores militares importantes, como la funesta decisión de enviar tropas a Grecia en 1941 y su incapacidad para entender la debilidad de las defensas británicas en Singapur, que cayó en manos de los japoneses en 1942. Asimismo, siguió manteniendo un enfoque profundamente negativo de las reformas políticas en la India y no se tomó suficientemente en serio la hambruna de Bengala en 1943, que causó millones de muertos. A ello hay que añadir que algunos de sus hábitos exasperaban a sus asesores militares. Los mantenía despiertos hasta altas horas de la noche, mientras se entregaba a menudo a lo que ellos consideraban especulaciones incoherentes y proponía planes de actuación que les parecían descabellados. El general sir Alan Brooke, jefe del Estado Mayor Imperial, describió a Churchill con dureza: «Sin él, Inglaterra estaba perdida sin remedio; con él, Inglaterra ha estado al borde del desastre una y otra vez».[2] Esta afirmación se ha de evaluar en su contexto: Brooke, que sin lugar a dudas admiraba a su primer ministro, lo escribió en un momento de acaloramiento y más tarde admitió que había sido demasiado severo. Los métodos de Churchill también tenían virtudes: ponía a prueba a los altos mandos, obligándolos sin cesar a justificarse, pero cuando formulaban una recomendación unánime, solía aceptarla. En este sentido, era una persona más colaborativa y menos obstinada de lo que sugiere la leyenda.

No obstante, Churchill tuvo mucho menos éxito como estratega militar que como estratega geopolítico. Tenía una gran habilidad para la diplomacia de las cumbres y entendió bien cuál era la situación general atrayendo, por una parte, a los estadounidenses a una política que daba más prioridad a la guerra en Europa que a la guerra en el Extremo Oriente y reconociendo, por otra, la importancia de la alianza anglo-estadounidense. Probablemente depositó demasiada confianza en su relación personal con Roosevelt y Stalin, por ejemplo, llegó a un acuerdo con el primero para compartir tecnología nuclear, que quedó invalidado (tras la muerte del presidente) cuando, después de la guerra, el Congreso aprobó una ley que impedía divulgar información a los británicos sobre el programa atómico estadounidense. En términos más generales, se podría decir que Churchill adoptó una visión por lo general



realista de la decadencia de Gran Bretaña como gran potencia e hizo cuanto pudo para mitigarla, tanto en el plano retórico como en el práctico. No obstante, se vio obligado a tomar algunas decisiones basadas en la *realpolitik* profundamente incómodas, en especial sacrificar a Polonia y entregarla a la dominación soviética durante la posguerra en la conferencia de Yalta, una decisión que ha sido polémica desde entonces.

Un campo en el que Churchill fracasó claramente durante la guerra fue en el de la política interior. Aunque no se oponía en absoluto a las reformas sociales, no mostró ningún entusiasmo por el Informe Beveridge de 1942, que proponía una ampliación radical del estado de bienestar y era extremadamente popular entre la población. Es comprensible que prefiriera prestar más atención al esfuerzo bélico que a la reconstrucción en la posguerra, pero su actitud reticente hacia esta cuestión permitió que la iniciativa se trasladara al Partido Laborista. A pesar de que Churchill disfrutaba de unos elevados índices de popularidad, los conservadores sufrieron una gran derrota en las elecciones generales de 1945 (que se celebraron después de la victoria en Europa, pero antes de la victoria en Japón). En su primer mensaje radiofónico durante la campaña incluyó el infame comentario de que un gobierno laborista «tendría que recurrir a alguna suerte de Gestapo, sin duda dirigida muy humanamente al principio». [3] En general, se ha considerado que fue un craso error y no cabe duda de que, como táctica política, fue desacertada. No obstante, se ha de ver como parte de una estrategia comprensible dirigida a la opinión pública antisocialista y liberal, en lugar de como una aberración. En las campañas posteriores reviviría los recuerdos de su propio pasado liberal con más acierto.

Como líder de la oposición, Churchill fue más bien apático y delegó gran parte del trabajo diario en su heredero natural (que acabaría sucediéndole), Anthony Eden. Dedicó mucho tiempo a sus memorias de la guerra, publicadas en seis volúmenes entre 1948 y 1954. También disfrutó de su papel de estadista internacional. Destacan dos discursos, ambos realizados en 1946. En el primero, pronunciado en Fulton, Misuri, mencionaba la caída de un «telón de acero» que separaba a Europa del Este de la Occidental y

abogaba por una «relación especial» anglo-estadounidense para contrarrestar la creciente amenaza soviética. En el segundo, pronunciado en Zúrich, reclamó la formación de unos «Estados Unidos de Europa», lo que parecía presagiar la Unión Europea actual. No obstante, cabe señalar que Churchill no veía al Reino Unido como un miembro de este organismo, sino como uno de sus patrocinadores. Para él, el futuro papel de Gran Bretaña sería producto de su posición clave conectando tres círculos superpuestos: Europa, el mundo angloparlante, y la Commonwealth y el imperio británico. Al mismo tiempo, se opuso rotundamente a la política de «huida» (como la llamaba) del gobierno de Attlee, es decir, a la retirada de la India, Palestina y otras zonas en las que Gran Bretaña luchaba por mantener su hegemonía imperial.

En las elecciones de 1950, los conservadores lograron reducir a la mayoría laborista a un puñado de escaños y, en los comicios que se celebraron al año siguiente, Churchill regresó triunfante a Downing Street. Sin embargo, la edad y la mala salud le habían debilitado. En 1953 sufrió una grave apoplejía que ocultó a la población con la ayuda de magnates de la prensa afines. Aunque su recuperación fue en muchos sentidos extraordinaria, era indudable que sus facultades sufrían un grave deterioro. Invirtió muchas de sus últimas energías en intentar poner fin a la guerra fría logrando un acercamiento con la Unión Soviética. La tentativa fracasó y solo logró molestar a los estadounidenses. A este último gobierno de Churchill se le pueden atribuir algunos logros, sobre todo el exitoso programa de construcción de viviendas dirigido por Harold Macmillan, aunque, en general, la contribución de Churchill fue escasa. Renunció al cargo de primer ministro en abril de 1955. Rechazó el ofrecimiento de un ducado de la reina después de haber sido nombrado caballero dos años antes. Siguió siendo parlamentario hasta 1964, pero participó poco en política. Sin embargo, publicó los cuatro volúmenes de su *Historia de los pueblos de habla inglesa* (1956-1968), un antiguo proyecto que se había visto obligado a aplazar por culpa de la segunda guerra mundial. Murió en 1965 y recibió un funeral de estado. Fue enterrado en el cementerio de la iglesia de Bladon, un pueblecito de Oxfordshire cerca de

Blenheim, su lugar de nacimiento.

Conviene reflexionar brevemente aquí sobre la vida personal de Churchill. En 1908, tras un breve noviazgo, se casó con Clementine Hozier. En su libro de memorias *Mi juventud* (1930) recordaba que «vivieron por siempre felices».[4] Obviamente, fue más complicado que eso. Aunque en general era un matrimonio bien avenido, también hubo algunas tensiones. En concreto, a Clementine le molestó que su marido comprara Chartwell, su residencia en Kent, que era muy cara de mantener y nunca le gustó. También es importante mencionar que Churchill no era una persona con la que fuera fácil convivir. Se ha exagerado a menudo su tendencia a la depresión, su llamado «black dog», aunque es indudable que podía ser voluble y retraído, y era profundamente egocéntrico. No obstante, su desánimo solía deberse a los reveses políticos y las crisis personales. Su vida se vio golpeada por la tragedia. Dos de sus cinco hijos murieron antes que él: Marigold falleció de niña en 1921 y Diana se suicidó en 1964. Sarah sufrió de alcoholismo y la relación que mantuvo con su hijo Randolph fue tormentosa. Aun así, Churchill le nombró su biógrafo oficial, aunque Randolph solo terminó dos volúmenes antes de morir en 1968. (Esta obra monumental la acabaría posteriormente Martin Gilbert.) La hija menor de Churchill, Mary, tuvo una vida mucho más feliz y escribió una excelente biografía de Clementine. Vivió hasta 2014.

Aunque la biografía oficial, *Life* (y los volúmenes documentales complementarios), siguen siendo un punto de partida esencial para estudiar a Churchill, también existe una cantidad enorme de bibliografía adicional que se ha de tener en cuenta. Existe un gran número de biografías en un único volumen, así como libros que describen las relaciones de Churchill con otras personas importantes, como Neville Chamberlain, Gandhi y el magnate de la prensa lord Beaverbrook. Además, hay muchos ensayos temáticos que muestran cómo abordó Churchill cuestiones políticas o estratégicas concretas o la relación que mantuvo con determinados países. Merecen una mención especial las obras de Robin Prior, John Ramsden y David Reynolds, respectivamente, que analizan cómo Churchill procuró perfilar su propia reputación histórica.[5] A pesar de ser distintas, todas estas obras se basan, en

mayor o menor medida, en los propios documentos de Churchill, que están depositados en el Archives Centre del Churchill College, en Cambridge. Consisten en aproximadamente 800.000 páginas que ya han sido digitalizadas. Esta colección está ahora disponible gratuitamente para las escuelas secundarias de Gran Bretaña y los institutos de Estados Unidos, lo que permite a un público mucho más amplio acceder a documentos que antes solo podía consultar un reducido número de especialistas. Obviamente, se puede leer este libro simplemente como una introducción al propio Churchill. Sin embargo, como los capítulos se basan directamente en los documentos de Churchill, también puede servir como una vía de acceso a este asombroso archivo electrónico. Además, la versión electrónica de este libro facilita enlaces a los documentos originales que se mencionan en el texto. Esto permite al lector comprobar si está de acuerdo con la interpretación de las fuentes que se ofrece. El acceso a las copias de los documentos originales también permite ahondar en la historia más de lo que sería posible leyendo una simple transcripción. De este modo, la vida de Churchill puede volverse muy tangible, incluso para quienes han nacido décadas después de su muerte.

Este libro aborda tanto la política interior como la cuestión más amplia de la estrategia militar y diplomática. David Thackeray analiza a Churchill cuando era un político en alza en la época eduardiana. Martin Thornton se centra en el controvertido mandato de Churchill como primer lord del Almirantazgo desde 1911 hasta 1915. Peter Catterall aborda su período como ministro de Economía y reflexiona sobre el regreso al patrón oro y la huelga general. Chris Wrigley examina la relación de Churchill con el Partido Laborista y el movimiento obrero en general. Paul Addison mezcla temas personales y políticos en su capítulo sobre la actitud de Churchill hacia las mujeres. Richard Toye analiza el compromiso de Churchill con el imperio británico y su evolución a lo largo del tiempo. Asimismo, Warren Dockter examina la relación de Churchill con el mundo islámico, primero como joven soldado y periodista, y después como estadista cuyas decisiones tuvieron consecuencias en todo el mundo. Richard Overy analiza el entusiasmo de Churchill por las fuerzas aéreas y las consecuencias de los bombardeos contra Alemania durante la segunda guerra mundial. Jeremy Black examina

ampliamente el papel de Churchill como estratega durante esta misma guerra. David Woolner escribe sobre la creación de la «relación especial» anglo-estadounidense en la que el propio Churchill desempeñó un papel crucial. Kevin Ruane analiza al «guerrero frío» Churchill y su enfoque de la cuestión de las armas nucleares. Juntos, estos capítulos ofrecen un eficaz análisis del arte de gobernar de Churchill, es decir, de cómo buscó el poder e intentó usarlo para fines personales, partidistas y estratégicos. Muy pocas de las personas que los lean acabarán aprobando todo lo que hizo Churchill, sin embargo, su asombrosa personalidad y la trascendencia de su impacto en el mundo en el que vivió seguramente impresionará a casi todos los lectores.

# 1

## Churchill: el joven estadista, 1901-1914

*David Thackeray*

Universidad de Exeter

Este capítulo analiza los primeros años de la carrera parlamentaria de Winston Churchill. Después de haber sido elegido diputado por el Partido Conservador, en 1904 se pasó a las filas del Partido Liberal y no tardó en convertirse en una joven promesa de la política. Tras la arrolladora victoria de los liberales en las elecciones de 1906, Churchill ejerció diversos cargos. Fue ministro de Comercio y se convirtió en uno de los principales arquitectos del programa de reformas sociales del nuevo liberalismo. Le seguiría un ascenso a ministro del Interior. El mandato de Churchill estuvo marcado por una serie de controversias, entre las que figuran una intensificación de la militancia sufragista y el estallido de conflictos en el sector industrial. Como primer lord del Almirantazgo desde 1911, supervisó la ampliación de la flota británica para responder al creciente desafío de Alemania. Los comienzos de

la carrera política de Winston Churchill, cuya trayectoria fue pintoresca y diversa, brindan una oportunidad única para explorar el tumultuoso rumbo de la política eduardiana entre 1901 y 1914.

Cuando se describe la prolongada e ilustre carrera de Winston Churchill en la esfera pública, puede ser fácil pasar por alto el período eduardiano, pero fue una época fundamental que determinó tanto la visión política de Churchill como el rumbo político en general de Gran Bretaña en el siglo XX. Tras hacerse famoso por sus hazañas durante la guerra de los bóers, Churchill se incorporó a la Cámara de los Comunes en 1900. En una década se había afianzado como un destacado estadista y uno de los principales arquitectos del incipiente estado de bienestar británico. La ampliación de este sistema de gasto social suscitaría una de las principales controversias de los decenios siguientes. Irónicamente, Churchill, que en 1908 había invitado a William Beveridge a trabajar en el Ministerio de Comercio para supervisar la creación de bolsas de trabajo y un sistema de prestación por desempleo, se mostró reacio a apoyar el Informe Beveridge de 1942, que sentaba las bases para el estado de bienestar posterior a 1945 al propugnar la protección «desde la cuna hasta la tumba». El período eduardiano también fue determinante en las relaciones internacionales de Gran Bretaña, en parte como consecuencia de la expansión del poder industrial y naval de Alemania. Gran Bretaña, tras renunciar a su política previa de «espléndido aislamiento», forjó alianzas con Francia, Rusia y Japón en un intento de apuntalar su posición geopolítica. Fue un período importante que influyó en la relación de Churchill con Alemania; era muy consciente de los anhelos expansionistas del káiser y, como primer lord del Almirantazgo, procuró mantener la supremacía naval de Gran Bretaña sobre su principal rival. En un peculiar giro del destino, cuando Churchill, que era contrario al apaciguamiento, volvió a ocupar un cargo público en septiembre de 1939 tras sus famosos «años en el desierto», lo hizo como primer lord del Almirantazgo. Ocho meses más tarde sería nombrado primer ministro.

## LA POLÍTICA BRITÁNICA EN LA ÉPOCA EDUARDIANA

Gran Bretaña entró en el siglo XX sumida en la incertidumbre sobre su posición internacional y tardó tres años en derrotar en Suráfrica a un ejército de granjeros bóers con escasos recursos. La guerra de los bóers de 1899-1902 planteó a los contemporáneos serios interrogantes sobre la capacidad de Gran Bretaña como nación imperial. En algunas ciudades, como Mánchester, hasta la mitad de los reclutas del ejército fueron rechazados por razones de salud. Esto, junto con las encuestas sociales sobre la población urbana pobre realizadas por Charles Booth y Joseph Rowntree, generó una demanda de reformas sociales en todo el espectro político. Pero ¿cómo iba el gobierno a satisfacer la demanda de un aumento del gasto? Para Joseph Chamberlain, que había sido uno de los principales arquitectos de la guerra de los bóers como ministro de las Colonias, la respuesta se hallaba en gravar los productos extranjeros. En 1903, propuso poner fin al sistema de libre comercio de Gran Bretaña y elaboró un plan para establecer un sistema de aranceles sobre los productos de importación, ponderado para favorecer el comercio con el imperio. Lord Salisbury había presidido desde 1895 un gobierno unionista con mayoría del Partido Conservador, aunque también contaba con el apoyo de los unionistas liberales, que se habían escindido del Partido Liberal por discrepancias sobre el Home Rule (estatuto de autonomía) de Irlanda de 1886. Sin embargo, la campaña a favor de la reforma arancelaria de Joseph Chamberlain provocó divisiones en ambas partes del gobierno unionista y contribuyó a la arrolladora victoria de los liberales en las elecciones de 1906. Los partidarios de la reforma arancelaria intentaron aprovechar la inquietud por la posición mundial de la nación y alegaron que la Gran Bretaña librecambista ya no podía competir eficazmente con sus rivales industriales. La ampliación de la armada del káiser, a las órdenes del almirante Tirpitz, desafió la supremacía marítima británica y dio pie a una serie de novelas sobre espías e invasiones que exacerbaban los temores a la creciente amenaza alemana.[1]

En los asuntos internos, el período eduardiano fue una época de



efervescencia de la vida política. Fue un período de electoralismo bullicioso y sensacionalista, propiciado por el auge de la prensa popular y la pervivencia de tradiciones de indisciplina y alboroto en la política pública. Durante esos años las mujeres llegaron a desempeñar un papel sin precedentes en la vida política, sobre todo en la lucha militante de las sufragistas, pero también en el debate sobre la reforma del libre comercio/los aranceles, que situó al ama de casa en el centro de la controversia política. Puede que el laborismo siguiera siendo un grupo con intereses sectoriales para los sindicalistas en 1914, pero aún fue capaz de desafiar el *statu quo* existente. Una oleada de huelgas después de 1911 alarmó a los miembros de la élite británica y algunos de ellos expresaron su temor al potencial revolucionario de los conflictos laborales.[2] Además, los intentos del Partido Liberal de aprobar la autonomía de Irlanda después de 1912 desencadenaron una feroz resistencia entre los unionistas. En 1914 ya se habían organizado milicias paramilitares rivales en Irlanda y la guerra civil parecía una posibilidad real.

La carrera de Churchill brinda, tal vez más que ninguna otra, una buena oportunidad para reflexionar sobre la agitación política en la época eduardiana. Winston, un conservador al principio del período, se cambió de bando y no tardó en convertirse en un prominente nuevo liberal, combinando el compromiso con el libre comercio con el respaldo a un programa de reformas sociales. Con su nombramiento como ministro de Comercio en 1908 se convirtió en el ministro más joven desde 1866 y entabló una estrecha relación laboral con David Lloyd George, a la sazón ministro de Economía. Le seguiría un ascenso a ministro del Interior en enero de 1910, lo que le obligó a afrontar una serie de retos, como la lucha de las sufragistas y la escalada de los conflictos en el sector industrial. La amenaza militar que representaba Alemania pasó a ser una de las principales preocupaciones políticas de finales de la época eduardiana y Churchill tuvo que enfrentarse a ella directamente desde el cargo de primer lord del Almirantazgo después de octubre de 1911. Durante todo el tiempo que Churchill estuvo al frente del Almirantazgo, estuvo preocupado por mantener la supremacía naval de Gran Bretaña sobre Alemania. En un memorando extraordinario que elaboró en abril de 1913, «The timetable of a nightmare» (Cronología de una pesadilla),

expresó su preocupación por la posición militar de Gran Bretaña y abordó las posibles consecuencias de una invasión alemana.[3]

## CHURCHILL EL CONSERVADOR

Churchill se incorporó al Parlamento como diputado conservador por la circunscripción de Oldham, Lancashire, tras las elecciones generales de 1900. Sin embargo, su relación con el partido se volvió cada vez más tensa en los años siguientes. Aunque Churchill criticó los planes para reformar el ejército del gobierno de Salisbury, fue su compromiso con el libre comercio lo que precipitó su ulterior salida del Partido Conservador. En mayo de 1902, el Partido Liberal consiguió derrotar a una mayoría de unionistas liberales en las elecciones parciales de Bury, situada a pocos kilómetros de Oldham. El tema central de las elecciones parciales fue la decisión del gobierno de Salisbury de imponer un gravamen al maíz importado con objeto de aumentar los ingresos tras la guerra de los bóers. Churchill tenía pocas dudas de que el impuesto supondría una pérdida de votos y manifestó en privado su firme oposición al proteccionismo.[4]

No es de sorprender que Churchill acogiera con consternación la decisión de Joseph Chamberlain de solicitar la adopción de la reforma arancelaria en mayo de 1903. Lancashire, que dependía de la industria algodonera, se opuso rotundamente a la campaña de Chamberlain. En una carta que Churchill escribió a lord Hugh Cecil en octubre y que nunca envió, expresaba su sentimiento cada vez más profundo de animadversión hacia sus colegas de la bancada oficialista: «Soy un liberal inglés. Detesto al Partido Tory, a sus hombres, sus palabras y sus métodos. No siento ninguna simpatía por ellos, salvo por mi propia gente de Oldham».[5] En ese momento, la campaña a favor de la reforma arancelaria estaba creando división entre los conservadores y los unionistas liberales. La familia de Churchill también se vio afectada. En noviembre, la madre de Churchill, Jennie Cornwallis-West, protestó por los planes para que el secretario de la Liga para la Reforma

Arancelaria hablara en una reunión de la sección Randolph Churchill de la Liga Primrose. Al cabo de unos meses decidió abandonar esta organización que su marido había ayudado a fundar.[6] Churchill, al igual que varios parlamentarios partidarios del libre comercio, decidió abandonar en mayo de 1904 las filas del Partido Conservador y tomar asiento en la bancada liberal.

## EL NUEVO LIBERAL

Churchill regresó como diputado del Partido Liberal por la circunscripción de Mánchester Noroeste tras la aplastante victoria electoral del partido en 1906 y asumió el cargo de subsecretario del Ministerio de las Colonias en el gobierno de sir Henry Campbell-Bannerman. En este puesto, desempeñó un papel importante en la reconciliación de Suráfrica, apoyando la autonomía para el Transvaal y la colonia del Río Orange, donde los bóers constituían la mayoría de la población blanca. El interés de Churchill por la reforma social fue en aumento gracias a su amistad con David Lloyd George y, en marzo de 1908, fue ascendido a los treinta y tres años a ministro de Comercio en la nueva administración de Herbert Asquith. Churchill se vio obligado a presentarse a la reelección al convertirse en miembro del Gabinete y perdió Mánchester Noroeste tras verse perjudicado por una depresión industrial que permitió a los partidarios de la reforma arancelaria obtener una serie de victorias en las elecciones parciales de ese año. Sin embargo, en otras elecciones parciales celebradas en mayo, logró un escaño por Dundee que mantendría hasta 1922. Churchill también se casó en septiembre de 1908 con Clementine Hozier, quien sería una importante confidente durante toda su carrera política.

Churchill, ya convertido en uno de los líderes de los nuevos liberales, declaró su apoyo a la creación de una red de seguridad social como la que existía en Alemania.[7] Como ministro de Comercio, introdujo una serie de reformas sociales, entre las que figuraban las bolsas de trabajo estatales, el seguro obligatorio de desempleo y la Ley de Consejos Profesionales de 1909,

que fijaba salarios mínimos en trabajos duros que empleaban una mano de obra muy mal pagada, en su mayoría mujeres. El relieve público de Churchill aumentó considerablemente durante su ejercicio en el gobierno de Herbert Asquith. Respondió a la decisión de la Cámara de los Lores de rechazar el «Presupuesto del Pueblo» de Lloyd George en 1909 atacando a los pares por su egoísta defensa de sus intereses de clase. Churchill fue nombrado presidente de la Liga del Presupuesto, que celebró una serie de mítines por todo el país para protestar contra la decisión sin precedentes de los lores. Gracias a un donativo de 10.000 libras de James Caird, un empresario de Dundee, y sin duda escarmentado tras su derrota en Mánchester Noroeste, Churchill se convirtió en un apóstol de la causa del libre comercio y supervisó la organización de una campaña a gran escala a favor de este que incluyó conferencias, exposiciones y, algo más inusual, una serie de mítines en centros costeros populares.[8]

## MINISTRO DEL INTERIOR

Churchill fue nombrado ministro del Interior tras las elecciones de enero de 1910, cuando el Partido Liberal regresó al poder con una mayoría sustancialmente reducida. Una de las principales polémicas que persiguieron su ejercicio como ministro del Interior fue el trato que dio a la lucha sufragista. Al ser un prominente ministro liberal, Churchill fue uno de los blancos principales de las interrupciones de la Unión Social y Política de las Mujeres (WSPU, por sus iniciales en inglés). En 1908, durante las elecciones parciales de Dundee, un sufragista interrumpió varios de sus mítines tocando una gran campana y, en el otoño de 1909, sufrió el ataque de una activista de la WSPU que empuñaba una fusta en la estación de ferrocarril de Temple Meads, en Bristol.[9] Aunque, en principio, Churchill apoyaba el sufragio femenino, estaba profundamente molesto por las tácticas de las sufragistas, y se terminó excluyendo a las mujeres de algunos de sus mítines para prevenir nuevos actos de violencia.[10]

En 1910 se presentó el proyecto de Ley de Conciliación, cuya finalidad era conceder el derecho a voto a aproximadamente un millón de mujeres que debían cumplir los requisitos de propiedad. El proyecto de ley suscitó críticas tanto en la bancada liberal como en la conservadora, así como en la WSPU. Christabel Pankhurst, furiosa por la limitación del sufragio femenino, consideraba que el proyecto de ley era «simplemente una maniobra perversa por parte del señor Lloyd George y del señor Churchill».[11] El propio Lloyd George estaba preocupado por las disposiciones contenidas en el proyecto de ley; al igual que muchos liberales, temía que los requisitos de propiedad favorecieran al Partido Conservador, ya que serían principalmente las mujeres acaudaladas las que podrían beneficiarse del derecho a voto.[12] Churchill adoptó una postura ambigua respecto al proyecto de Ley de Conciliación. En abril de 1910 accedió a que se mencionara que recibía con agrado la formación del Comité de Conciliación para el Sufragio Femenino, pero expresó su deseo de no comprometerse con una medida específica.[13] Sin embargo, posteriormente se opuso al proyecto de ley en el Parlamento, afirmando que las mujeres propietarias no habían mostrado suficiente interés por las oportunidades que habían tenido para votar en las elecciones municipales.

Pese a que el proyecto de Ley de Conciliación obtuvo un respaldo considerable en la Cámara de los Comunes, fue aparcado tras la convocatoria de las elecciones generales. Las relaciones entre Churchill y la WSPU empeoraron como consecuencia del «Viernes Negro» de noviembre de 1910, cuando varias partidarias del sufragio femenino marcharon hasta el Parlamento tras el fracaso del proyecto de Ley de Conciliación. Muchas de ellas resultaron heridas como consecuencia del duro trato de la policía. Aunque la WSPU había suspendido su violenta campaña mientras se presentaba el proyecto de Ley de Conciliación en el Parlamento, el Viernes Negro contribuyó a desencadenar una escalada de la militancia sufragista. El sufragio femenino continuó siendo un asunto relevante en la política y, en noviembre de 1911, el primer ministro, Herbert Asquith, anunció que el gobierno iba a presentar un proyecto de ley a favor del sufragio universal masculino, que se podría enmendar para conceder el voto a algunas mujeres.

Churchill acogió este anuncio con inquietud y comentó en privado que le preocupaba que pudiera caer el gobierno si intentaba conseguir que se aprobara el sufragio femenino.[14] En 1912 se presentó el proyecto de Ley de Sufragio, que preveía el sufragio universal masculino, pero logró escasos progresos.

Churchill recibió críticas por su conducta en ocasiones irascible como ministro del Interior, sobre todo durante el incidente de Tonypany. En noviembre de 1910 se produjeron disturbios y saqueos durante una huelga de los mineros del carbón del valle de Rhondda tras los enfrentamientos entre los huelguistas, decididos a impedir la introducción de mano de obra esquirol, y la policía. Tras algunas dudas iniciales, Churchill autorizó el despliegue de soldados para reprimir los disturbios. En enero de 1911 suscitó otra polémica cuando decidió supervisar personalmente las actuaciones de la policía para capturar a un grupo de anarquistas, liderados por «Peter el pintor», que se habían escondido en una casa en Sidney Street, en el East End londinense. La intervención de Churchill durante el «asedio de Sidney Street» quedó registrada en un noticiario cinematográfico y Churchill recibió críticas por ponerse a sí mismo en la línea de fuego.[15]

## PRIMER LORD DEL ALMIRANTAZGO

Tras ser nombrado primer lord del Almirantazgo en octubre de 1911, Churchill se apresuró a declarar su compromiso con el mantenimiento de la supremacía naval de Gran Bretaña sobre Alemania. Como respuesta al incremento del gasto en la marina y el ejército del káiser en febrero de 1912, dijo ante una audiencia en Glasgow que «la Marina británica es para nosotros una necesidad y, desde algunos puntos de vista, la Marina alemana es para ellos más bien un lujo [...]. Es la Marina británica la que convierte a Gran Bretaña en una gran potencia».[16] Churchill estaba convencido de que Gran Bretaña necesitaba responder a la Ley de la Marina Alemana mediante la formación de una nueva escuadra de batalla en aguas territoriales y era

partidario de retirar a los buques del Mediterráneo para reforzar a la Home Fleet.[17] La cooperación naval con Francia se fortaleció con la firma de un acuerdo en febrero de 1913.

La insistencia de Churchill en el fortalecimiento del programa de reconstrucción naval causó fricciones entre destacados miembros del Gabinete liberal, como John Simon, Reginald McKenna y David Lloyd George.[18] En 1913-1914, el Partido Liberal sufrió una serie de derrotas en las elecciones parciales, debido en parte a la habilidad de los conservadores para sacar partido de la animadversión popular hacia la Ley del Seguro Nacional, que se presentó como una ley que imponía cargas injustas a las empresas y a los trabajadores, de quienes se esperaba que aportaran contribuciones.[19] En medio de este clima, era muy probable que un aumento considerable del gasto público resultara impopular, sobre todo cuando se tenían que convocar elecciones generales antes de finales de 1915. En diciembre de 1913, Churchill distribuyó un memorando que proponía un incremento del presupuesto naval de cerca de tres millones de libras esterlinas y varias medidas de modernización, como el aumento de las reservas de combustible para la flota y la creación de la sección aérea de la Marina. Tras una serie de tensas negociaciones, Churchill logró llegar a un acuerdo sobre el presupuesto naval, pero la controversia lastró su relación laboral con Lloyd George, quien había intentado sin éxito obtener la promesa de que los futuros presupuestos serían más bajos que los propuestos para 1914-1915.[20]

Pese a la crisis en torno al presupuesto naval, fue la cuestión irlandesa, más que las amenazas provenientes de Europa, lo que dominó la política a finales del período eduardiano. Aunque su padre Randolph Churchill había sido un gran defensor del unionismo en el Úlster, Churchill se convirtió en uno de los partidarios más prominentes del proyecto de Ley de Autonomía de Irlanda, presentado en 1912. Decidió, de un modo provocador, pronunciar un discurso en el Ulster Hall de Belfast, el mismo edificio en el que su padre había criticado el estatuto de autonomía de Irlanda en 1886. Churchill se apresuró a declarar que la elección del lugar no pretendía ser un desafío a los unionistas, pero se objetó que corría el riesgo de sufrir una agresión si

hablaba en el Ulster Hall. Aunque Churchill no hizo caso de las peticiones de que no llevara a su esposa a Belfast por temor a los disturbios, al final se cambió el lugar del acto por miedo a los desórdenes.[\[21\]](#)

La primera guerra mundial propinaría el primer gran revés a la carrera política de Churchill. Se le llegó a asociar con la desastrosa campaña de los Dardanelos y, tras ser degradado al puesto de canciller del ducado de Lancaster, dimitió del cargo en noviembre de 1915. Sin embargo, al ser uno de los principales artífices de las reformas sociales de los nuevos liberales, se había consolidado como un destacado estadista reformista durante la época eduardiana. Posteriormente, cuando Churchill regresó al Partido Conservador en 1924, Stanley Baldwin, que tenía mucho interés en que se asociara a su gobierno con las reformas sociales moderadas, le ascendió a ministro de Economía.



## 2

# Churchill como primer lord del Almirantazgo, 23 de octubre de 1911-24 de mayo de 1915

*Martin Thornton*

Universidad de Leeds

Cuando Winston Churchill trabajó en el Almirantazgo antes de la primera guerra mundial, mantuvo una serie de actitudes positivas y negativas hacia Alemania. Admiraba muchos aspectos de sus programas de modernización y reformas sociales, pero veía en su expansión naval una amenaza directa para la paz. Cuando reclamó un programa de construcción de acorazados en una proporción de dos a uno a favor de Gran Bretaña, también propuso unas «vacaciones» en la construcción, una idea que Alemania no se tomó en serio. Churchill parecía estar en su elemento en el Almirantazgo, ejerciendo tanto de microgestor como de pensador estratégico. A su vez, la primera guerra

mundial justificó muchos de sus temores respecto a Alemania y le convirtió en un hombre de su tiempo. Sin embargo, su mandato en el Almirantazgo estuvo acuciado por las malas noticias en el mar y culminó con la infausta campaña de Galípoli. Irlanda también preocupó profundamente a Churchill, incluso cuando fue primer lord del Almirantazgo, pero este tema se aborda en otros análisis.

Siempre se pueden consultar los textos y discursos publicados de Winston Churchill, en los que expone los problemas del mundo en la época en que vivió. Es válido en el caso del apaciguamiento, la segunda guerra mundial y los orígenes de la guerra fría, y también del primer ejercicio de Churchill como primer lord del Almirantazgo entre 1911 y 1915. Su obra *La crisis mundial 1911-1918* (que cuenta con diferentes ediciones, pero fue publicada por primera vez en cinco tomos en seis partes entre 1923 y 1931) es un *tour de force* para explicar la importancia de los preparativos navales ante la amenaza de una guerra inminente y los acontecimientos trascendentales de la primera guerra mundial. Curiosamente, la obra iba a ser en un principio un ensayo sobre el poder naval e inicialmente se iba a publicar con el título más singular de *The Great Amphibian*, pero por consejo de su editor, y después de que Churchill ampliara su alcance, pasó a titularse *La crisis mundial*.<sup>[1]</sup>

A finales del siglo XIX y en la primera parte del siglo XX, las armadas de Gran Bretaña y Alemania eran un símbolo de poderío y prestigio nacional. También se las consideraba cruciales para el mantenimiento y la expansión de los imperios y para la seguridad del mar del Norte. La rivalidad naval entre Gran Bretaña y Alemania aumentó debido a las políticas de construcción naval consignadas en las leyes navales aprobadas en Alemania en 1898 y 1900, que estuvieron motivadas por los deseos del almirante Alfred von Tirpitz (ministro de la Marina Imperial Alemana, 1897-1916) y del káiser Guillermo II de crear una armada alemana prestigiosa. A ambos les unía el rechazo a la clara superioridad naval británica. La expansión naval alemana y británica también formó parte de cuestiones más amplias relacionadas con los gastos de defensa que afectaron a las potencias europeas de Gran Bretaña, Alemania, Francia, Rusia, el Imperio Austrohúngaro e Italia. Una de las grandes preocupaciones de las potencias europeas fue la

posibilidad de una guerra global en Europa. Las razones que explicarían el estallido de la primera guerra mundial son múltiples. En muchos de los debates académicos sobre las causas de la guerra se incluyen, en concreto, las disputas estratégicas internacionales y los problemas internos de los distintos estados. Fuera o no la expansión del armamento naval un factor dominante en el estallido de la primera guerra mundial, el gobierno británico y Winston Churchill consideraban que la política naval de Alemania era agresiva y constituía una amenaza directa para la seguridad nacional del país y el funcionamiento de la Marina Real.

Los grandes buques de guerra (a los que se suele denominar acorazados y cruceros de combate) se convirtieron en parte de la carrera armamentística naval entre Inglaterra y Alemania. En 1906 se terminó de construir la clase de buques británicos fuertemente artillados HMS Dreadnought, con el patrocinio del almirante sir John «Jacky» Arbuthnot Fisher, primer lord del Mar (posteriormente lord Fisher de Kilverstone), y se construyeron más en 1909. En 1910 los británicos aprobaron un programa para construir ocho nuevos buques para 1913. Los británicos introdujeron en ellos mejoras en la velocidad y una mayor potencia de fuego. A los buques con cañones bastante grandes (aunque el tamaño variaba) y propulsados por turbinas de vapor se los solía denominar acorazados o superacorazados. La construcción de acorazados británicos estaba programada para un largo período de tiempo, pero en los años siguientes se completaron varias clases: la clase Bellerophon en 1909; la clase St Vincent en 1909-1911; la clase Colossus en 1911; la clase Orion en 1912; la clase King George V en 1912-1913; la clase Iron Duke en 1914; la clase Queen Elizabeth en 1915-1916; y la clase Royal Sovereign en 1916-1917.[2] La clase Queen Elizabeth (que incluía el *Queen Elizabeth*, el *Warspite*, el *Barham*, el *Valiant* y el *Malaya*) ya se había programado en 1912-1913, pero fue entregada en los años 1915-1916.[3]

Alemania construyó acorazados similares, que incluían la clase Nassau, 1909-1910; la clase Helgoland, 1911-1912; la clase Kaiser, 1912-1913; y la clase König.[4] La clase Nassau (los acorazados *Nassau*, *Westfalen*, *Rheinland* y *Posen*) fue programada para el período entre 1906 y 1908, lo que indica, junto con la construcción británica de buques, que la carrera

armamentística naval se había materializado con bastante rapidez tras la construcción del primer acorazado. El Almirantazgo afirmó en septiembre de 1912 que la expansión naval británica entre 1905 y 1908 no había forzado la expansión naval alemana. Sostenía que, hasta 1909, los británicos no se habían visto obligados a aumentar sustancialmente la cantidad de buques que poseían. Esta respuesta se explica por el hecho de que los nuevos buques construidos por Alemania eran más baratos de mantener y reparar que algunos de los barcos más antiguos de Gran Bretaña. También en 1909 el Almirantazgo autorizó una amplia revisión de la situación naval y la seguridad del imperio británico: «Ese año, se entregaron ocho buques capitales en Gran Bretaña, y la Commonwealth de Australia y el Dominio de Nueva Zelanda aportaron, respectivamente, otros dos: diez en total».[5]

En 1909, Winston Churchill (ministro de Comercio) no era tan pesimista acerca de la amenaza naval alemana como el entonces lord del Almirantazgo, Reginald McKenna, que solicitó la construcción de seis nuevos acorazados Dreadnought antes de llegar a un punto crítico, que se preveía en 1912. Se sugirió que el margen de superioridad naval de Gran Bretaña se vería negativamente afectado por la construcción de acorazados anunciada públicamente por Alemania, así como por la construcción en secreto, lo que sería especialmente preocupante para Gran Bretaña en 1912. Churchill creía en ese momento que sería suficiente con construir cuatro nuevos buques en 1909 y tal vez otros dos más posteriormente. No obstante, el temor generalizado a la amenaza alemana tuvo como resultado una confusa expansión británica: «El Almirantazgo había solicitado seis barcos, los economistas ofrecieron cuatro y nosotros nos comprometimos con ocho. Sin embargo, cinco de los ocho no estuvieron listos antes de que “el peligroso año” de 1912 hubiera transcurrido en paz».[6]

Lo que se reconocía ampliamente en Gran Bretaña era que la Marina Real no se podía permitir ir a la zaga de Alemania en la fabricación de acorazados o Alemania no tardaría en alcanzar su superioridad naval. Churchill dejó constancia de sus recuerdos sobre lo que pensaba al respecto con su inimitable estilo:

Había una sensación creciente y profunda, que ya no se limitaba a los círculos políticos y diplomáticos, de que los prusianos tenían malas intenciones, de que envidiaban el esplendor del imperio británico y de que, si se les presentaba una buena ocasión, la aprovecharían a nuestra costa. Además, se empezó a comprender que no serviría de nada intentar detener el curso de Alemania absteniéndose de adoptar contramedidas. La reticencia por nuestra parte a construir barcos se atribuyó en Alemania a una falta de espíritu nacional y se entendió como otra prueba más de que una raza viril debía avanzar para reemplazar a una sociedad decadente, excesivamente civilizada y pacifista que ya no era capaz de mantener su inmejorable posición en los asuntos mundiales.[7]

La conclusión de Churchill era que Alemania quería una gran armada con un «propósito maligno».[8] Su análisis, influido por su posición como ministro de Comercio, también le indujo a creer que, pese a su admiración por las reformas sociales emprendidas en Alemania, el programa de expansión naval había sometido a la economía alemana a una considerable presión, lo que podía generar malestar interno. El inconveniente para Gran Bretaña era que el gobierno alemán quisiera aliviar la situación económica y social interna promoviendo alguna aventura en el extranjero. Una máxima de las relaciones internacionales es que los gobiernos recurren a la cuestión de los enemigos externos para unir a un estado nación en torno a una causa nacionalista y mitigar así las críticas internas. En el caso de Alemania, empezó a parecer una profecía autocumplida, ya que la costosa expansión naval fue la causa de algunos de los problemas económicos.

Gran Bretaña adoptó una política a largo plazo para asegurarse de que el estado nación más poderoso de la Europa continental no amenazara sus intereses. De este modo, la preocupación de Rusia y Francia por Alemania también se convirtió en una preocupación para Gran Bretaña. Tanto Francia como Rusia aumentarían sus ejércitos, mientras que Gran Bretaña ampliaría su armada. La estrategia británica consistió en fortalecer sus relaciones con las potencias, Francia y Rusia, ya que también percibían a Alemania como una amenaza. Los temores de Churchill al respecto eran especialmente profundos: «La marina alemana, de un modo rápido, seguro y metódico, aparecía ante nuestras puertas, exponiéndonos a peligros que solo se podían evitar mediante denodados esfuerzos y una vigilancia casi tan intensa como

en una guerra real».[9]

En 1910, y al año siguiente, la competitividad naval anglo-alemana se aceleró y tanto Gran Bretaña como Alemania estaban construyendo acorazados. Los alemanes se habían comprometido a crear una gran flota de treinta y tres acorazados de varios tipos en la Ley Naval de 1912 y los británicos creían que se verían superados en aguas territoriales. Al gobierno británico le preocupaba especialmente que, en caso de que Gran Bretaña se viera forzada a retirarse del Mediterráneo, se pusiera en tela de juicio su influencia mundial y, en consecuencia, esta disminuyera.

Los acontecimientos ocurridos en 1911 hicieron pensar que cabía la posibilidad de que estallara una guerra entre Francia y Alemania. Francia reclamó partes de Marruecos, donde Alemania parecía tener pocos intereses discernibles, y los franceses creyeron que los alemanes se contentarían con la compensación colonial en Congo. Sin embargo, el gobierno alemán envió el *Panther*, una cañonera, a proteger sus intereses en el puerto de Agadir, en Marruecos. Para sorpresa de Alemania, Gran Bretaña se mostró interesada y puso de manifiesto que apoyaba a Francia. Al gobierno británico le preocupaba la protección de las rutas comerciales y quiso dejar claro que, en caso de guerra entre Alemania y Francia, Gran Bretaña apoyaría a Francia. La crisis de Agadir no se intensificó y se llegó a un acuerdo diplomático después de que Francia hiciera concesiones, pero esta disputa planteó la posibilidad de que pudiera surgir un grave conflicto si Francia y Alemania se comportaban de manera imprudente. El papel de Churchill, a la sazón ministro del Interior (nombrado en 1910), fue bastante marginal, aunque fueron raras las ocasiones en las que no se interesó personalmente en los asuntos internacionales de la época.

Winston Churchill fue nombrado primer lord del Almirantazgo en octubre de 1911 (un mes antes de cumplir treinta y siete años) después de que el primer ministro Herbert Asquith le ofreciera el puesto. En realidad, Asquith y Churchill habían discutido la posibilidad de que Winston se pusiera al frente del Almirantazgo en marzo de 1908, pero pese a que creía que era el «puesto ministerial [más] relumbrante», aceptó el cargo de ministro de Economía el 10 de abril de 1908.[10] Churchill se convenció de renunciar al puesto en el

Almirantazgo en 1908. No estaba seguro de cómo podía influir en la estructura y la organización del Almirantazgo, y quería ocuparse de asuntos como las finanzas, la maquinaria administrativa del Almirantazgo y la profesionalidad del servicio naval prestado a la nación. Es evidente que Churchill quería imponer su autoridad en el Almirantazgo, pero creía que en ese momento no era posible. Nepotismo aparte, no quería verse en la situación de reemplazar a su tío, lord Tweedmouth, y soportar la vergüenza de proponer de inmediato un cambio radical.

Los presupuestos del gasto naval y el programa de construcción para 1912-1913 ya estaban muy avanzados cuando Churchill dejó de ser ministro del Interior para convertirse en primer lord del Almirantazgo en 1911, pero creía que era necesario adoptar contramedidas adicionales que pudieran disuadir a Alemania. Su opinión de que Alemania representaba un «peligro omnipresente» se vio reforzada:

En la pared, detrás de mi sillón, había colocada una caja, dentro de cuyas tapas abiertas se desplegaba un gran mapa del mar del Norte. En este mapa, un oficial del Estado Mayor señalaba todos los días con banderitas la posición de la flota alemana. Ni una sola vez se omitió esta ceremonia hasta que estalló la guerra y los grandes mapas que cubrían todo un lado de la Sala de Guerra empezaron a servir. Me acostumbré a mirar el mapa cada día cuando entraba en mi despacho.[11]

Esto refleja el entusiasmo juvenil de Churchill por el trabajo, pero era algo más que un inteligente principiante con sed de conocimientos técnicos navales e ideas estratégicas y no tardó en recurrir a los consejos y las ideas del septuagenario lord Fisher, a quien al principio Churchill mantuvo como un asesor informal con el que se reunía e intercambiaba cartas.[12] Como primer lord, Churchill era el responsable ante el Parlamento del Almirantazgo y tuvo a cuatro lores del Mar a sus órdenes. El primer lord del Mar era jefe del Estado Mayor Naval, e inicialmente fue el almirante sir Francis Bridgeman y después el almirante y príncipe Luis de Battenberg (1912-1914), al que reemplazaría el almirante de la Flota lord Fisher (1914-1915).

La supremacía naval de Gran Bretaña figuraba entre las principales prioridades de Churchill. En febrero de 1912 proclamó en Glasgow, haciendo

gala de una actitud pública un tanto maliciosa hacia Alemania, que consideraba que la marina de Gran Bretaña era una «necesidad», pero, en cambio, la marina de Alemania era un «lujo».[13] La ampliación del tamaño de la marina alemana, prevista en la Ley Naval alemana, animó a Churchill a presionar al gobierno británico para que prosiguiera con la expansión naval. [14] Esta expansión británica, basada en la consideración del programa de construcción alemán, significaba un «60 % en Dreadnoughts más que Alemania, siempre que esta se ciñera al programa declarado en ese momento, y dos quillas por cada una adicional puesta por ella».[15] Se trataba de un compromiso muy firme por parte de Churchill de construir dos acorazados para el gobierno liberal por cada uno que pudiera construir Alemania, una política en potencia bastante costosa para el gobierno liberal. Lo presentó como parte del presupuesto naval que entregó a la Cámara de los Comunes el 18 de marzo de 1912. La decisión estratégica que Churchill se vio obligado a tomar consistió en concentrar a la flota británica en aguas territoriales y retirar los acorazados del Mediterráneo, cargando a Francia con la responsabilidad de controlar el Mediterráneo con grandes buques. Obviamente, esto vinculaba más estrechamente a los británicos con la toma de decisiones estratégicas de los franceses. Churchill se lo expresó así al primer ministro el 23 de agosto de 1912: «tenemos las obligaciones de una alianza sin ninguna de sus ventajas y, sobre todo, sin sus estipulaciones precisas».[16]

Winston Churchill también reclamó una política naval para los dominios, que comportaría disponer de una escuadra imperial flexible que pudiera navegar por el imperio y turnarse por los mares de todos los dominios.[17] El enfoque de Churchill del programa de construcción en relación con los dominios no contaría con ningún barco que estos pudieran aportar. Cualquier barco facilitado por estos sería adicional y los esfuerzos de los dominios incrementarían claramente la potencia naval de Gran Bretaña. El 14 de abril de 1912, Churchill pidió consejo al primer ministro Asquith para apoyar una política naval para los dominios o, más bien, una política naval para Gran Bretaña que incluyera a los dominios.[18] Cualquiera que fuera la distribución de la flota imperial británica en tiempos de paz, Churchill quería



protección frente al «gran perro» (Alemania) en aguas territoriales británicas durante cualquier guerra; esa flota se podría volver a redistribuir después de un conflicto importante.[19] Cualquier administración que implicara disciplina y adiestramiento estaría controlada por el Almirantazgo y Churchill esperaba que, en los primeros años, los británicos aportaran la mayor parte del personal de servicio. Su idea era que la escuadra de los dominios se dirigiera a las aguas donde fuera necesaria y pudiera utilizar las instalaciones portuarias que necesitara, por ejemplo, en Vancouver, Simonstown o Sídney. [20] Los propios dominios se encargarían de su defensa costera. Churchill creía que Australia y Nueva Zelanda ya estaban haciendo un gran esfuerzo y que Louis Botha, el primer ministro de Suráfrica, también cumpliría. Sin embargo, sería necesario convencer a los canadienses. Surgió la idea de recibir ayuda financiera de los dominios, pero la aportación canadiense de 35 millones de dólares canadienses nunca se hizo efectiva debido a la derrota del proyecto de Ley de Ayuda Naval en el Senado canadiense. Esto hizo que la escuadra imperial flexible fuera inviable y el inicio de la primera guerra mundial cambió las prioridades.

Churchill había conseguido muchos aliados internos con sus dramáticas declaraciones sobre la expansión naval, entre ellos el líder de la oposición y miembro del Comité de Defensa Imperial, Arthur J. Balfour. Aunque hasta entonces había tenido dudas sobre las intenciones de Alemania, Balfour escribió a Churchill:

Iniciar una guerra sin más objetivo que restaurar el imperio germánico de Carlomagno de una forma moderna, me parece a un tiempo algo tan perverso y tan estúpido que resulta casi increíble. Y, sin embargo, es prácticamente imposible entender la política alemana moderna sin atribuirle esa intención.[21]

Más difícil fue convencer al ministro de Economía, David Lloyd George, de la necesidad del presupuesto naval para 1913-1914, pero a Churchill no le faltó asesoramiento sobre cómo se podía financiar el gasto naval.[22] Esto molestó aún más a Lloyd George a principios de 1914, cuando Churchill presentó sus presupuestos para 1914-1915. Aunque las opiniones del ministro de Economía sugieren que le inquietaban los cambios en los presupuestos

presentados por Churchill, el ingenio del «mago de Gales» quedó patente en su respuesta a Winston: «Ahora comprendo plenamente su idea de un trato: es un argumento que obliga al Tesoro a no intentar siquiera realizar nuevos ahorros en interés del contribuyente mientras no impone en absoluto obligación alguna al Almirantazgo de contraer nuevas obligaciones».[23]

En este contexto, y como contraposición, Churchill ya había planteado la idea de unas «vacaciones navales» con los alemanes en el año 1913 (es decir, no construir barcos en 1913). Se suspendería la construcción de los tres buques planeados por Gran Bretaña si se dejaban de construir los dos barcos planeados por Alemania. Como señala John Maurer, para los políticos alemanes más destacados la idea tenía muy poco sentido: «el káiser Guillermo envió a Churchill un mensaje “cortés” diciendo que unas vacaciones navales “solo serían posibles entre aliados”. Sin embargo, según sus íntimos, Guillermo fue mucho menos cortés: calificó el discurso de Churchill de “arrogante”».[24] De haberse producido una «paralización» de la construcción naval, sin duda habría favorecido la posición de Gran Bretaña desde el punto de vista del equilibrio de poder naval existente, incluso aunque se presentara como que no supondría una desventaja adicional para Alemania. A Alemania también podría beneficiarle que se retrasara el programa de modernización británico. Seguía pareciendo paradójico que fuera el primer lord del Almirantazgo quien estuviera promoviendo aplicar restricciones navales, pero esta propuesta general también debilitó a algunos de los elementos más radicales del propio Partido Liberal de Churchill.[25]

Como cabía esperar, el inicio de la primera guerra mundial en agosto de 1914 convirtió la idea de las restricciones navales en una cuestión polémica. Churchill se vio sumido en una crisis internacional cuyas dimensiones entendía muy bien. El 2 de agosto le dijo acertadamente a su mujer Clementine: «El mundo se ha vuelto loco».[26] Se trataba de una respuesta a la declaración de guerra de Alemania a Rusia y a una declaración de guerra de Francia en el horizonte. El 4 de agosto, el Almirantazgo declaró el «INICIO DE LAS HOSTILIDADES CONTRA ALEMANIA».[27] El ultimátum a Alemania para que respetara la neutralidad de Bélgica había sido ignorado.

Los logros de Churchill durante su primer mandato en el Almirantazgo fueron admirables; sus preparativos de la flota al comienzo de la guerra parecían acertados. La fuerza relativa en aguas territoriales de la Gran Flota británica y la Flota de Alta Mar alemana era favorable a Gran Bretaña cuando se declaró la guerra (Tabla 2.1):

TABLA 2.1  
*La situación naval en el país. Fuerza relativa.*

	<b>Británica</b>	<b>Alemana</b>
Acorazados Dreadnought	20	13
Cruceros de combate Dreadnought	4	3 y Blücher, descrito como «casi un crucero de combate»
Cruceros acorazados	8	6 (más antiguos)
Cruceros ligeros modernos	10	15

FUENTE: Memorando de Churchill entregado al gobierno de coalición, «The Naval Situation at Home», 30 de mayo de 1915, M. Gilbert, *Winston S. Churchill: Companion Volume III: The Challenge of War, 1914-1916: Part 2: May 1915-December 1916* (Londres, William Heinemann, 1972), p. 965, CHAR 13/58/18 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+13/58/18>].

Con los programas de construcción, los buques destruidos y algunas especulaciones sobre el valor de los buques más antiguos, Churchill pudo informar en un documento impreso el 30 de mayo de 1915 de que la situación de los británicos había mejorado en aguas territoriales y mejoraría aún más con la construcción de nuevos buques.

Otro aspecto interesante del mandato de Churchill como primer lord del Almirantazgo fue la creación en 1912 del Real Servicio Aéreo Naval. Este servicio resultó útil en la primera guerra mundial, ya que brindó protección a barcos, puertos y suministros de petróleo, pero también fue utilizado en la estrategia ofensiva en la Europa continental. No mucho después, Churchill recibió el encargo de organizar las defensas aéreas de Gran Bretaña, lo que

supuso una carga de trabajo nada envidiable, pero la aviación, sobre todo después de haber recibido lecciones de vuelo, le entusiasmaba aún más que su pasión por los asuntos navales. En una clara extralimitación de las competencias del Almirantazgo, Churchill se involucró en la defensa de Amberes, en Bélgica, tras haber creado una división de «infantería» en la marina. Pese a ser un audaz intento de defender la ciudad frente a los alemanes, el fracaso último de la expedición le hizo parecer bastante temerario y propenso a tomar decisiones impulsivas. En un momento más reflexivo, Churchill nombró primer lord del Mar en octubre de 1914 a su mentor «Jacky» Fisher y, pese a que Fisher tenía setenta y tres años, parecían formar un gran equipo gestionando los asuntos navales británicos.

Sin embargo, Churchill nunca se libró de las críticas que consideraban que aplicaba una estrategia ofensiva demasiado enérgica en la guerra naval. Su papel en la campaña de los Dardanelos, que culminó con la matanza de Galípoli, lo perseguiría durante un buen número de años. El arriesgado ataque en la costa turca, que combinó apoyo terrestre y naval para forzar a Turquía a firmar un acuerdo de paz, fue un desastre. En mayo de 1915, Churchill fue relevado de su puesto en el Almirantazgo cuando Herbert Asquith constituyó un nuevo gobierno de coalición.

*La crisis mundial* solo ofrece una crónica parcial de la campaña contra Turquía que condujo a la derrota en Galípoli. Cabe decir en defensa de Churchill que, detrás de los errores en Galípoli, había un complejo proceso de toma de decisiones, y el primer ministro Herbert Asquith, el ministro de la Guerra Horatio Herbert Kitchener, «Jackie» Fisher (que dimitió en mayo de 1915), el Consejo de Guerra, el Ministerio de la Guerra y muchos colegas de la marina participaron en la planificación y contribuyeron a su fracaso.[28] La derrota militar sufrida por las fuerzas australianas, neozelandesas y británicas en la península de Galípoli es tal vez lo que más se recuerda de la campaña, y para enero de 1916, «habían muerto unos 46.000 soldados aliados, incluidos 8.700 australianos y 2.700 neozelandeses».[29] Churchill estaba dispuesto a demostrar que los planes detallados que había presentado ante el Consejo de Guerra en enero y febrero de 1915 contaron con «el firme respaldo al proyecto naval de usted [Asquith], Grey, Kitchener y A. Balfour,

y la constancia del disenso de Fisher».[30] Churchill también trató de exonerarse de responsabilidad alegando que, al no haber contado con las tropas de apoyo adecuadas durante las operaciones navales, no se le podían exigir responsabilidades por un desastre militar. La defensa que hizo Churchill de sus decisiones ante la Comisión de Investigación sobre los Dardanelos en 1916 consistió en una especie de exoneración. Los informes fueron publicados en 1917, pero las pruebas detalladas facilitadas a la Comisión no se publicaron hasta 1968.[31]

Evidentemente, Churchill no fue responsable de toda la campaña de los Dardanelos, pero dadas su inmensa confianza personal y su ambición, su despido del Almirantazgo y su descenso de categoría a canciller del ducado de Lancaster (un trabajo que incluía el nombramiento de magistrados) supusieron un grave contratiempo para sus perspectivas profesionales. Aunque durante un breve período de tiempo mantuvo su posición en el Gabinete y en el Consejo de Guerra, para Churchill su salida del Almirantazgo reflejaba la ingratitud que podía acompañar a la vida política. El 24 de mayo de 1915, el primer ejercicio de Churchill como primer lord del Almirantazgo terminó de forma ignominiosa.

Churchill nunca estuvo contento en el cargo de canciller del ducado de Lancaster y dimitió a finales de noviembre de 1915. Su opción alternativa fue el servicio activo en el Frente Occidental y fue nombrado teniente coronel al mando del 6.º Regimiento de Reales Fusileros Escoceses. Al cabo de seis meses había satisfecho una ambición y regresó a Westminster en mayo de 1916. En julio de 1917, el primer ministro Lloyd George le nombró ministro de Municiones, un cargo que, una vez más, permitía a Churchill participar directamente en la gestión de la guerra. Pese a que el nombramiento pudiera sugerir que Churchill se había recuperado del revés político que supuso la campaña de los Dardanelos, Clementine Churchill le contó a Martin Gilbert el profundo malestar personal que había causado a Winston abandonar el Almirantazgo: «Los Dardanelos lo persiguieron durante el resto de su vida. Siempre creyó en ello. Cuando dejó el Almirantazgo creyó estar acabado [...]. Pensé que nunca iba a reponerse de los Dardanelos; creí que iba a morir de pena».[32] Clementine no solo captó el desánimo de Winston tras este

período en funciones como primer lord del Almirantazgo, sino que sus comentarios en una carta enviada al primer ministro el 20 de mayo de 1915 presagiaban el futuro: «Puede que, a sus ojos y a los de aquellos con los que tiene que trabajar, Winston posea defectos, pero tiene la cualidad suprema que me atrevo a decir poseen muy pocos miembros de su actual o futuro Gabinete, la fuerza, la imaginación, la implacable determinación de luchar contra Alemania».[33]

# 3

## Churchill como ministro de Economía (1924-1929) y el retorno al patrón oro

*Peter Catterall*

Universidad de Westminster

Después de las elecciones generales celebradas el 29 de octubre de 1924, Winston Churchill regresó al Parlamento como diputado constitucionalista por la circunscripción de Epping tras haber pasado dos años en el desierto político. También Stanley Baldwin volvió al número 10 de Downing Street tras la arrolladora victoria obtenida por los conservadores. Durante la campaña se había especulado acerca de si Baldwin cimentaría el alejamiento de Churchill del redil liberal ofreciéndole un cargo. En cambio, Churchill consideraba «muy improbable que me inviten a incorporarme al Gobierno, ya que debido a la amplitud de la mayoría probablemente estará compuesto únicamente por conservadores impecables».[1] Sin embargo, debido a sus credenciales antisocialistas, su capacidad para apaciguar a los liberales

indecisos con su oposición al proteccionismo, descartado por Baldwin tras ser rechazado en las elecciones generales de 1923, y la preocupación de que pudiera unir en torno a él a los diputados sin cartera descontentos, los motivos para ofrecerle un puesto a Churchill eran muchos. Para su sorpresa, Baldwin le ofreció el codiciado cargo de ministro de Economía, que ya había ocupado brevemente el padre de Churchill antes de presentar su equivocada dimisión en 1887. Tras organizar una reunión con su predecesor laborista, Philip Snowden, para discutir de los asuntos pendientes, el nuevo ministro se puso a trabajar. Para señalar su transición política, Churchill se dio de baja del Club Liberal Nacional al cabo de unos días.

Al nuevo ministro le aguardaban numerosos problemas financieros. Los recursos económicos del propio Churchill eran tan limitados como los del estado. No obstante, los emolumentos del nuevo cargo le animaron a escribir al Lloyds Bank sobre el reembolso de su préstamo y su descubierto. La respuesta expresaba la «esperanza de que pueda madurar alguna idea original y llevar a cabo la tarea imposible de hacer que dos y dos sumen cinco» asimismo para abordar las finanzas de la nación.[2] Sin duda, no logró los progresos esperados en sus finanzas personales: poco después de dejar el cargo, su descubierto ascendía a 10.004 libras esterlinas y Lloyds se negó a adelantarle más dinero.[3] Lograr avances con respecto a las enormes deudas de la nación, muy agravadas por la reciente guerra de 1914-1918, no era un desafío menor.

Para 1920, la deuda nacional había aumentado de un billón de libras a 5,4 billones. Además, pese a los esfuerzos de los ministros de la coalición, incluido Churchill, para abordar el aumento del gasto tras la guerra, el gasto estatal como porcentaje del producto interior bruto se había duplicado del 11,9 % al 23,6 % para 1924, un nivel al que se mantuvo hasta 1939.[4] En el plano político, hubo presiones de la clase media para que se intentaran reducir el gasto y los riesgos asociados de inflación y debilitamiento de la moneda. Por tanto, Churchill tenía que intentar equilibrar las cuentas mediante una combinación de la reducción del gasto y/o el aumento de los impuestos. Sin embargo, los niveles impositivos ya habían aumentado mucho como consecuencia de la guerra, sembrando el descontento entre la clase



media. Al mismo tiempo, aunque parecían haber desaparecido las reclamaciones radicales de «conscripción de la riqueza» de los titulares de la deuda pública en forma de un impuesto sobre el capital, Churchill también era consciente de las tensiones de clase exacerbadas por los efectos de la inflación en los salarios durante la guerra y por el incremento del desempleo en la posguerra. En el ámbito nacional, el nuevo ministro se enfrentaba a una serie de retos políticos, económicos y fiscales interrelacionados. Como atestiguan sus memorandos de la época, la gestión de estos problemas obligaba a menudo a tomar decisiones que incidían en diferentes sectores de la sociedad y la economía británicas. Por ejemplo, en 1926 comentó: «Preferiría ver a las finanzas menos ufanas y a la industria más contenta».[5]

En el ámbito exterior estaba el problema adicional de las reparaciones de guerra entre los aliados. Intentar cobrar las deudas de Rusia era inútil, pero Churchill esperaba poder recuperar gran parte de las de Francia a Italia. Al principio creía que el Plan Dawes de agosto de 1924 para restablecer los pagos en concepto de reparaciones de guerra también ofrecía la posibilidad de conseguir hasta 25 millones de libras al año de Alemania, lo que a su vez ayudaba a hacer frente a los 900 millones de libras que Gran Bretaña debía a Estados Unidos.[6]

Churchill, pese a sus lazos familiares con este país, comprendía la preocupación existente de que esas deudas volvían a Gran Bretaña dependiente de Estados Unidos. También hacían que la disponibilidad de crédito se agotara en los países deudores, mientras que la posición de Estados Unidos como principal acreedor permitía que se acumularan improductivamente 300 millones de libras en reservas de oro en las cámaras acorazadas estadounidenses. Por consiguiente, preguntó a los funcionarios que abogaban por el restablecimiento del patrón oro abandonado en 1919 si esto no equivaldría simplemente a recompensar a los estadounidenses por su egoísmo.[7] Además, era consciente de que, aunque era fácil restablecer el patrón oro, su mantenimiento «exigiría una política de reembolso de la deuda más estricta y una elevada calidad crediticia».[8] Las disciplinas resultantes quizá fueran deseables, pero podrían dañar al paciente. Churchill, aduciendo las críticas de John Maynard Keynes, planteó a sir Otto Niemeyer, el

interventor del Tesoro, la paradoja de que, como consecuencia en parte de las políticas deflacionarias aplicadas para crear las condiciones en las que se pueda restablecer el patrón oro, «la comunidad carece de bienes y 1.250.000 personas no tienen trabajo».[9]

La alternativa de Keynes era una moneda controlada. Sin embargo, como escribió el redactor financiero de *The Times* el 19 de marzo de 1925: «Una moneda controlada estaría totalmente a merced de los políticos con grandes programas». Como explicaba el ex funcionario del Tesoro sir John Bradbury, el patrón oro, en cambio, era «a prueba de bribones». Para resolver estos debates, Churchill organizó una cena el 17 de marzo de 1925, a la que asistieron Bradbury y Niemeyer por parte de los «escarabajos de oro» y Keynes y el ex ministro de Economía Reginald McKenna por parte de los escépticos.[10] Al parecer, en ella Churchill se convenció de que el patrón oro, al garantizar una disciplina de precios externa, facilitaría una expansión no inflacionista que le permitiría abordar la paradoja económica. Como explicaba el prestigioso economista sueco Gustav Cassel en 1923, el patrón oro funcionaba «manteniendo el valor de la moneda del país en una paridad constante con el oro». Como el oro era un bien escaso, y con el patrón oro todas las monedas estaban vinculadas a su valor,[11] se tenía que mantener el poder adquisitivo interno de las monedas. Los gobiernos no podían simplemente inflarlo para subsanar los déficits presupuestarios. Por la misma razón, Cassel señalaba que:

Debe haber también un equilibrio en la balanza de pagos entre el país y el resto del mundo, al menos hasta el punto de que el país no se vea obligado a vender su divisa en el extranjero como objeto de especulación para cubrir el déficit.[12]

A esto se refería Churchill en 1925 cuando afirmó que el patrón oro «nos atará a la realidad».[13]

Con Alemania, Estados Unidos y Canadá utilizando ya el patrón oro, y Suráfrica, Australia y Nueva Zelanda a la espera únicamente de la señal de Gran Bretaña para sumarse, «el beneficio de un patrón de valor uniforme [...] en todo el imperio británico y en una gran parte del mundo no debe subestimarse».[14] Churchill sostenía que, en el ámbito nacional, esto

evitaría las fluctuaciones de los precios que beneficiaban a los especuladores, pero estafaban a los asalariados. La estabilidad de los precios resultante también podría animar a los estadounidenses a utilizar su oro para garantizar «una expansión del crédito lenta, gradual, provechosa y perfectamente legítima en todo el mundo». «El consiguiente aumento de la capacidad de consumo a escala internacional sin duda nos favorecerá. No podemos vivir sin exportar a los mercados del mundo», señalaba Churchill.[15] Además, un tipo de cambio más bajo permitiría efectuar pagos de intereses de mayor cuantía a Estados Unidos. Por estas razones, y tras haber conseguido trescientos millones de dólares en créditos, Churchill anunció el retorno al patrón oro con un amplio respaldo en sus presupuestos de 1925.

Churchill no tardaría en tener que defender su decisión. De hecho, se peleó con su amigo lord Beaverbrook por esta cuestión. En la Cámara de los Comunes imaginó al periódico de Beaverbrook, el *Daily Express*, señalando: «¿Qué les habíamos dicho que ocurriría con el patrón oro?». [16] El motivo fueron las reducciones salariales anunciadas por los propietarios de las minas afectadas por la caída de los precios y de las exportaciones, y la consiguiente decisión del gobierno de conceder un subsidio de 10 millones de libras a la industria del carbón durante nueve meses. En las notas de un discurso, que al parecer no usó, Churchill reconocía que el patrón oro «constituye [una] explicación muy conveniente [de] la mayoría de los sufrimientos [de la] humanidad». El gobierno, sin embargo, se mostró contumaz, aunque arremetió contra la alternativa de la moneda controlada propuesta por Keynes por considerar que probablemente resultaría inflacionista y que, al promover el crédito fácil, promovería una expansión insostenible.[17] Churchill no era tan optimista en privado y le escribió a Niemeyer unos días antes que las exportaciones de carbón habían sido más elevadas en 1923 que en 1913 debido a que el tipo de cambio era entonces de 4,65 dólares y no de 4,86 dólares.[18]

La situación podía mejorar, según concluía con optimismo en diciembre de 1925 un largo documento cuya autoría no está determinada, si Estados Unidos reducía el valor de las deudas internacionales. Entretanto, se vio agravada por el tratado naval de Washington de 1921[19] y la consiguiente

ansiedad del Almirantazgo por rearmarse ante la preponderancia naval de Japón en el Pacífico. Churchill se había quejado un año antes de que «aceptar estos incrementos armamentísticos es esterilizar y paralizar toda la política del Gobierno [...] Tendremos un Parlamento naval ocupado en preparar a nuestra Marina para algún gran golpe inminente». Tras descartar que existiera «la más mínima posibilidad» de una guerra con Japón «durante nuestras vidas», sugirió que la planificación del Almirantazgo se debía basar «en que no es probable que se produzca ninguna guerra naval contra una Marina de primera clase en los próximos veinte años».[20]

El ahorro presupuestario, en el que el gasto naval siempre era muy importante, era necesario no solo para restablecer con éxito el patrón oro, sino también para poder aplicar otras medidas que promovieran la recuperación económica. Una posible solución era el desarrollo imperial: uno de los intereses del ministro de las Colonias, Leo Amery,[21] y uno de los temas de la conferencia imperial de 1926.[22] Sin embargo, Churchill se quejó, al parecer al secretario permanente del Tesoro, sir Warren Fisher, de la falacia «de que un gran préstamo para el desarrollo colonial sería un remedio permanente para el desempleo».[23] Tampoco le entusiasmaba la idea de animar a los desempleados a asentarse en el imperio o en las tierras de la Comisión Forestal. Amery, en cambio, instó al Gabinete a que el desarrollo colonial fuera «una política de empleo para las elecciones»,[24] aunque correspondería al próximo gobierno laborista aprobar su proyecto de ley.

Churchill tampoco había mostrado mucho entusiasmo por la inversión en infraestructuras nacionales cuando se aprobó la Ley de Instalaciones Comerciales (TFA, por sus iniciales en inglés) de 1921. Los créditos concedidos en virtud de esta legislación contrariaban su deseo de reducir la deuda, de ahí que anunciara en sus presupuestos de 1926 el fin de este plan en 1927. En esto compartía el criterio de los funcionarios del Tesoro, que señalaron que, si «el Estado interviene con una promesa de ayuda [...] se retrasarán las actividades de autoayuda y se pospondrá la reestructuración de la industria».[25] Asimismo, a Churchill le preocupaba que se hiciera un uso indebido del subsidio al carbón de 1925-1926 simplemente para reconstruir los beneficios. Incluso criticó en marzo de 1929 que los 40-50 millones de

libras invertidos en la reestructuración del sector eléctrico[26] eran fondos «brutalmente retirados a la industria y a las empresas».[27]

Prefirió utilizar la desgravación fiscal en lugar de los subsidios directos para, por ejemplo, propiciar la consolidación del sector siderúrgico o la fusión de Vickers y Armstrong en 1928. Sin embargo, su plan de bonificación fiscal más audaz, incluido en el presupuesto de 1928, fue la reducción de 30 millones de libras en las tasas locales aplicadas a la industria y la agricultura. El objetivo de Churchill era contener el declive de las industrias básicas y su huida a zonas rurales para fomentar la inversión y combatir unas tasas de desempleo persistentemente elevadas.[28]

Churchill prefería ayudar a los ferrocarriles y convenció al Gabinete para que los incluyera en las propuestas de reducción de tasas. Lo aplicó en sus presupuestos de 1929 como respuesta a las peticiones publicadas en el *Daily Express* de que se reestructurara el sector ferroviario aboliendo la tasa a los pasajeros a cambio de promesas de inversiones de capital de los 6,5 millones de libras de ingresos.[29]

La exención fiscal para los individuos en lugar de las empresas fue el eje central del primer presupuesto de Churchill en 1925. Al considerar que «los ricos, ociosos o no, ya tributan en este país el máximo compatible con la acumulación de capital para la producción futura»,[30] redujo el impuesto sobre la renta, que por entonces solo pagaba una minoría y a menudo sobre los dividendos, del 22,5 al 20 %. Churchill también aligeró la presión fiscal a los contribuyentes menos ricos que pagaban la sobretasa, al considerar que «dificulta la iniciativa y el espíritu emprendedor».[31] Estas medidas fueron compensadas políticamente con el desarrollo de la seguridad social que él y Lloyd George habían promovido como liberales antes de la guerra, incluido un aumento de las prestaciones que contribuyó a lograr el apoyo de la clase media al régimen fiscal más oneroso de entreguerras.[32] No obstante, la petición de Churchill a Neville Chamberlain, quien al ser el ministro de Sanidad dirigía el plan, de que participaran liberales en su desarrollo cayó en oídos sordos.

La idea tuvo su origen en una investigación del partido encargada por Baldwin en 1922. Churchill afirmaba que el plan para pensionistas, viudas y

huérfanos tenía que ser contributivo, tanto para fomentar la responsabilidad individual como para garantizar la rentabilidad.[33] Era rentable porque el coste de las pensiones de guerra iba disminuyendo poco a poco, y era socialmente deseable porque «anclará a las masas de la nación a un sistema de sociedad ordenado y a la continuidad de la vida nacional».[34]

Al tiempo que beneficiaba a los jubilados, a Churchill también le preocupaba cargar «más ampliamente el peso de nuestra deuda actual sobre los hombros de la posteridad». Ello exigía equilibrar las cuentas sobre una base anualizada mediante el ahorro o el aumento de los impuestos y reducir la carga de la deuda con un fondo de amortización o con la conversión de valores a corto plazo en valores a largo plazo.[35] De todas ellas, Churchill prefería esta última opción. Después de que lord Colwyn recomendara en 1926 aumentar un fondo de amortización de 75 millones de libras a 100 millones de libras al año, criticó airado «toda esta locura». Niemeyer había «estado hablando por boca de Colwyn». Creía que, al amortizar la deuda de este modo, se utilizaban los ingresos fiscales para afianzar el valor de la deuda pública de los financieros.[36] No era deseable para la expansión que Churchill buscaba por dos razones: en primer lugar, con el régimen fiscal en vigor, los empresarios se hallaban «en gran desventaja respecto al comerciante o financiero rentista»[37]; en segundo lugar, como los impuestos pagados por las empresas repercuten en los consumidores, disminuyen la capacidad de estos últimos para actuar como «un estímulo para la producción futura»; de ahí que Churchill acabara su diatriba contra Niemeyer con un rotundo respaldo a la reducción de impuestos.

Los planes de desgravación fiscal exigían equilibrar la reducción del gasto. Esto suponía un reto. El Almirantazgo, en el que Churchill había sido primer lord entre 1911 y 1915, resultó especialmente frustrante. Se quejó de que existía la opinión bien fundamentada de «que el Almirantazgo resulta menos rentable que ninguno de los otros dos servicios».[38] Su sucesor, W. C. Bridgeman, asumió el cargo pidiendo un abultado presupuesto de 65,7 millones de libras, lo que motivó la creación de un comité del Gabinete sobre el programa naval.[39]

Una de las consecuencias de la preocupación naval que suscitaba Japón

fue la costosa construcción de la base naval en Singapur que había anunciado el anterior gobierno conservador en 1923. Churchill recurrió a su experiencia previa en el Ministerio de las Colonias y sugirió en vano que la manera más barata y eficaz de defenderla era con aviones, en lugar de con los cañones que se acabaron instalando con consecuencias desastrosas.[40]

Una novedad que se empleó para reducir el presupuesto naval fue el «shadow cut», un mecanismo presupuestario que suponía que los contratos de construcción del Almirantazgo sufrirían demoras, pero preveía fondos para contingencias en caso de que fueran necesarios. Gracias a estos procedimientos Churchill consiguió reducir el presupuesto naval a 55,8 millones de libras en 1929.[41] También propuso, de forma más radical aunque con menos éxito, ahorrar agrupando los recursos para investigación del gobierno y combinando los servicios.

El margen de maniobra de Churchill con los impuestos indirectos se vio limitado por sus credenciales de partidario del libre comercio.[42] No obstante, en 1925 reintrodujo los impuestos de McKenna, añadió un nuevo impuesto sobre la seda e incrementó la preferencia imperial en varios productos alimenticios del imperio. En 1926 amplió los impuestos de McKenna para incluir a los vehículos comerciales.[43] Con el impuesto sobre el petróleo, el porcentaje de ingresos procedentes de los impuestos indirectos aumentó del 33 al 35,6 % durante el ejercicio de Churchill.[44] Al principio le preocupaba que el incremento del consumo pudiera redundar en perjuicio de «las reservas de capital de individuos y empresas», de ahí que sustituyera los impuestos sobre la renta por los impuestos indirectos.[45] Sin embargo, estos últimos se aplicaban, principalmente para obtener ingresos, a los artículos de lujo comprados por personas relativamente acaudaladas, como los automovilistas. Las propuestas de 1925 para proteger a la industria siderúrgica[46] fueron descartadas porque constituían un paso hacia el arancel general que Baldwin había prometido no implantar.

Se logró un incremento de los ingresos procedentes de los impuestos indirectos pese a que hubo una caída en la recaudación de su principal componente, los impuestos sobre la cerveza. Los malos veranos y los efectos de la huelga de los mineros del carbón de 1926 redujeron el consumo de

cerveza: en 1928, el déficit frente a la recaudación prevista en el presupuesto fue de un millón y medio de libras. Sin embargo, parece que Churchill había tenido en mente desde un principio una alternativa: las apuestas. Esta medida era un reflejo de su idea de que se debían gravar los lujos y los caprichos. Churchill también creía que podría generar 10 millones de libras.

La aplicación y los efectos del impuesto sobre las apuestas fueron mucho más complicados de lo previsto.[47] Existía el problema de si se podía eludir la legislación a través de Irlanda, de ahí que se considerara sin éxito una legislación que prohibiera las apuestas en el extranjero.[48] También se constató que numerosos corredores de apuestas comerciaban legal e ilegalmente, y que la evasión de impuestos era generalizada. Para combatir a los corredores de apuestas fraudulentos e incrementar los ingresos, Churchill apoyó una proposición de ley que introducía el sistema de apuestas mutuas recién inventado en el Reino Unido.[49]

Además, en la Oficina Central del Partido Conservador preocupaba que «los impuestos sobre las apuestas nos pongan en una situación política incómoda», lo que impulsó a Churchill a tomar la decisión de evitar posibles actuaciones judiciales.[50] El sector no tardó en proponer varias alternativas al impuesto sobre el volumen de negocio de Churchill y en amenazar con campañas políticas contra el gobierno. Al parecer, en el período previo a las elecciones de 1929, las intervenciones del sector de las apuestas perjudicaron las opciones de los conservadores en varias elecciones parciales. Al final, Churchill trató de calmar la situación sustituyendo el impuesto sobre las apuestas por impuestos sobre las licencias.

Esta no fue la única medida fiscal que se adoptó con la vista puesta en la siguiente campaña electoral. La más visible fue la eliminación del impuesto sobre el té en los presupuestos de 1929. Harold Macmillan, el joven acólito de Churchill, escribió al respecto: «¡Vaya jugada! [...] A Snowden le van a rechinar los dientes con esto».[51] El primer ministro también le hizo llegar su felicitación en un «brillante» discurso de presentación de los presupuestos.[52] No fue suficiente. Una semana antes, Macmillan había alertado del riesgo de una debacle como la de 1906.[53] Al final, aunque los *tories* obtuvieron la mayoría de los votos en las elecciones del 30 de mayo de 1929,



los laboristas consiguieron la mayoría de los escaños. Tendrían que pasar diez años antes de que Churchill volviera a desempeñar un cargo.

El período de Churchill al frente del Tesoro no estuvo exento de frustraciones. El ministro se quejó de que no le habían consultado, por ejemplo, sobre el gasto de 300.000 libras en la emisión de nuevos billetes y de la «falta de un sistema de registro y minuta».[54] Es indudable que Churchill se benefició de los consejos de los funcionarios, pero eso no significa que siempre estuviera de acuerdo con ellos. También protagonizó recriminaciones como la siguiente: «La actitud de Niemeyer de dejar que todo acabe en bancarrota y desempleo para que la reconstrucción se pueda llevar a cabo sobre las ruinas no es una política económica sólida ni acertada».[55]

Ya no bastaba con simplemente reducir gastos en el presupuesto doméstico mediante políticas deflacionistas. Durante el mandato de Churchill, el coste de la vida para los hogares de clase trabajadora cayó un 5 %.[56] Sin embargo, la población no tenía la impresión de estar beneficiándose, ya que obedecía a una caída de los precios al tiempo que los salarios se mantenían congelados. Entretanto, el comercio se redujo y el desempleo se mantuvo persistentemente elevado. Churchill hizo algunos progresos en la reducción de la deuda: la deuda principal disminuyó en 107 millones de libras y, los intereses, principalmente a través de fondos de amortización en lugar de conversiones, en 11 millones de libras al año.[57] Sin embargo, Churchill admitió que, a la hora de abordar el problema del desempleo y de economizar, «todos mis esfuerzos han fracasado». La reducción fiscal pretendía solucionar esta cuestión: en el ámbito económico, ayudando a «la clase productiva», y en el político, resolviendo un polémico debate sobre las subvenciones en bloque a las administraciones locales.[58]

Churchill optó por estas iniciativas internas para estimular la economía cuando se desvanecieron las posibilidades de lograr un acuerdo externo para reducir la deuda y promover el comercio. Se quejó de que «hemos sufrido un abuso sin par al haber estado dispuestos a pagar la deuda estadounidense con independencia de las reparaciones, al haber tenido que reducir a una cuarta o quinta parte de su valor las deudas pendientes de Francia e Italia».[59] La

situación se vio agravada por la iniciativa de desarme naval estadounidense de Ginebra en 1927, que a partir de entonces enmarcó las discusiones internas sobre el gasto naval.[60] Una consecuencia no deseada de ello fue que aumentó la inseguridad de los franceses, lo que hizo que solicitaran mayores reducciones de sus pagos de la deuda.

Estos problemas externos obstaculizaron el retorno al patrón oro, una decisión que siempre ha ensombrecido el mandato de Churchill. Tampoco propició la esperada recuperación mundial. Cassel había previsto que podría contribuir a reducir el efecto distorsionador de la influencia dominante que ejercía Estados Unidos en las finanzas internacionales.[61] Sin embargo, el crédito que puso a disposición Estados Unidos fue a menudo a corto plazo e inflacionario, como demostró la inversión estadounidense en Alemania en el marco del Plan Dawes. Churchill estaba en Nueva York cuando se produjo el hundimiento del mercado de valores en octubre de 1929, al que siguió una retirada de fondos estadounidenses de Alemania. La venta masiva de divisas a cambio de oro que efectuaron los bancos centrales europeos haría que Gran Bretaña tuviera que abandonar el patrón oro el 21 de septiembre de 1931.

Este desenlace no significa necesariamente que la decisión de 1925 fuera censurable. Aunque es posible que más tarde llegara a arrepentirse, Churchill seguía manteniendo en 1931 que «el patrón oro no tiene nada de malo, pero ¿cómo se podía imponer si no había oro? [...] dos terceras partes del oro han sido incautadas» por los franceses y los estadounidenses.[62] Estos desequilibrios hicieron caer los precios, el crédito y, por tanto, el comercio. [63] Todo ello impidió la expansión no inflacionista que Churchill deseaba. No obstante, no se debería restar valor a sus creativos esfuerzos para hacer frente a los muchos desafíos a los que se enfrentó mientras fue ministro de Economía.

# 4

## Churchill y el sindicalismo

*Chris Wrigley*

Universidad de Nottingham

La carrera política de Churchill coincidió con un considerable auge del movimiento obrero británico en la primera mitad del siglo XX. Churchill se mostró muy hostil con el comunismo y el sindicalismo militante. Su actitud hacia el Partido Laborista fue ambivalente. Lo describió como una grave amenaza para el orden social durante el período de la revolución roja en Europa tras la primera guerra mundial. A finales de los años treinta, se mostró dispuesto a colaborar con los partidarios laboristas del rearme, y el Partido Laborista fue un socio importante en su gobierno de coalición durante la segunda guerra mundial. Pese a su hostilidad hacia el sindicalismo militante, en general consideraba al sindicalismo moderado como un componente respetado de la democracia británica. Mostró un interés paternalista por el bienestar de los desfavorecidos de la sociedad británica y lo demostró con medidas prácticas, como los salarios mínimos en profesiones duras y mal remuneradas (previstos en su legislación sobre los consejos

profesionales anterior a la primera guerra mundial).

El sindicalismo fue muy importante en la carrera de Churchill, sobre todo cuando el movimiento obrero británico cobró más fuerza y el comunismo internacional se convirtió en una amenaza en el período de entreguerras. Churchill solía mostrar una actitud positiva hacia el sindicalismo moderado. De hecho, cuando a finales de los años veinte y principios de los treinta construyó un gran muro de ladrillo en Chartwell, se afilió al Sindicato Unido de Obreros de la Construcción como aprendiz adulto,[1] aunque había cierta malicia en ello (y, como era de esperar, suscitó críticas entre algunos obreros de la construcción).[2] Mantuvo una actitud hostil hacia el sindicalismo militante y se opuso firmemente al comunismo. En el período de entreguerras criticó con frecuencia al socialismo democrático británico por considerarlo una amenaza directa para la democracia o, como el socialismo ruso durante el gobierno de Aleksandr Kérenski en Rusia, ineficaz frente a la subversión. Sin embargo, en 1940 el Partido Laborista fue una parte fundamental de su gobierno de coalición y, en 1941, se mostró plenamente dispuesto a formar una alianza con la Unión Soviética para luchar contra el fascismo.

Churchill fue miembro del Parlamento la mayoría de los años entre 1900 y 1964. En este período, los sindicatos cobraron mucha fuerza. Los sindicatos británicos y de Irlanda del Norte pasaron de tener dos millones de afiliados en 1900 a cuatro millones en 1910 y 8,3 millones en 1920; la cifra fue descendiendo hasta alcanzar unos cuatro millones en 1936, pero volvió a aumentar hasta superar los diez millones en el momento de la muerte de Churchill. El Partido Laborista se convirtió en el segundo partido de Gran Bretaña después de la primera guerra mundial. De los 142 miembros que tenía en el Parlamento en 1922, pasó a tener 191 en 1923 y 151 en 1924, y en 1929 se convirtió en el partido con mayor representación en la Cámara de los Comunes, con 287 diputados. Tras el grave retroceso de 1931, los laboristas consiguieron 154 diputados en 1935 y 393 en 1945, cuando lograron obtener su primera mayoría en la Cámara de los Comunes. En 1950 aún se mantenía el poder por un margen muy escaso, con 315 diputados, pero a partir de entonces la cifra de parlamentarios fue disminuyendo a 295 en 1951, 277 en 1955 y 258 en 1959.

Antes de convertirse en candidato a diputado en 1899, Winston Churchill había mantenido pocos contactos con la clase obrera industrial. Estaba más habituado a tratar con empleados domésticos y con quienes trabajaban para el ejército. A excepción de su bondadosa niñera, la señora Everest, y de su sirviente George Scrivings, que murió mientras Churchill se encontraba en África oriental en 1908, Churchill apenas hizo mención de los sirvientes y, de hecho, su manera de tratarlos cuando quería una copa u otros servicios era la típica del patricio victoriano.

Churchill compartía el temor de la aristocracia a la revolución, sobre todo en vista del Terror de la Revolución Francesa (1793-1794) y la Comuna de París (1871). Tenía ideas muy vagas sobre el socialismo. En su novela *Savrola* (1900) confundió a los socialdemócratas alemanes con anarquistas. [3] Como ministro del Interior, actuó con firmeza contra un pequeño grupo de anarquistas extranjeros violentos y criminales en Sidney Street, en el East End londinense en 1911. Fue objeto de críticas por actuar como si aún estuviera en el ejército, aunque logró justificar su papel activo. [4] El asedio de Sidney Street no sirvió en absoluto para mitigar su constante temor al anarquismo y al socialismo revolucionario, que, en su mente, siempre estaban interrelacionados. Cuando compitió con un sindicalista profundamente antisocialista y conservador en las elecciones parciales de Oldham en 1899, Churchill creyó, al parecer, que este candidato de clase trabajadora era inevitablemente un socialista, o al menos así recordaba la contienda en *Mi juventud* (1930): él era «un “vástago” de la antigua aristocracia británica» y James Mawdsley, un «socialista». [5] Durante las elecciones parciales, Churchill incluso consideró que la candidatura de Mawdsley estaba «marcando el nacimiento de un nuevo partido que durante mucho tiempo ha estado en la mente de un gran sector de nuestros compatriotas: un Partido Laborista Conservador». [6]

El enfoque de Churchill incluía un paternalismo benevolente. Intentó mejorar la situación de los menos afortunados de la sociedad y confió en que ellos, a su vez, cumplieran las que para él eran las normas del orden social en vigor. Estas actitudes fueron especialmente acusadas durante sus primeros años en el Partido Liberal, sobre todo cuando fue ministro de Comercio

(1908-1910) y ministro del Interior (1910-1911). Churchill recalcó su compromiso con la economía de libre mercado en una declaración de principios muy citada:

La actual organización de la sociedad está impulsada por una fuerza principal: la selección competitiva. Puede que sea una organización de la sociedad muy imperfecta, pero es todo lo que se interpone entre nosotros y la barbarie [...] No deseo ver perjudicado el vigor de la competencia, pero podemos hacer mucho para mitigar las consecuencias del fracaso.[7]

Donde más se notaron los esfuerzos de Churchill para mitigar las consecuencias del fracaso, para «tender una red de seguridad sobre el abismo» (como lo expresó en otra ocasión), fue en su legislación sobre los consejos profesionales. La introducción de salarios mínimos, aunque fuera para relativamente pocos trabajadores, dividió a la opinión pública en el extremo progresista de la política, ya que algunos creían que debilitaba al sindicalismo.[8] Los consejos profesionales se crearon, en virtud de la Ley de Consejos Profesionales de 1909, en oficios en los que los trabajadores cobraban muy poco por trabajar muchas horas. Como la mano de obra más explotada era la femenina, las trabajadoras fueron las que más se beneficiaron. En los primeros consejos profesionales, las mujeres representaban el 70 % del total de los 200.000 trabajadores cubiertos. En 1914, la Ley de Consejos Profesionales ya se había ampliado para incluir a otros 170.000 trabajadores.[9] Para estas personas, la legislación fue una bendición.

Las principales iniciativas de Churchill en materia de bienestar social beneficiaron a la mano de obra desempleada. Las bolsas de trabajo fueron eficaces en varias ciudades británicas y en Alemania. En Gran Bretaña se habían creado las primeras en 1885, que contaron con el patrocinio del Ejército de Salvación desde 1890. Pese a la preocupación del gobierno por el nivel de gasto público, Churchill presentó su proyecto de Ley de Bolsas de Trabajo en mayo de 1909.[10] La ley resultante facultaba al Ministerio de Comercio para crear bolsas de trabajo donde fueran necesarias y absorber las sesenta y una que ya existían.[11] Asimismo, Churchill se unió a David

Lloyd George para elaborar la Ley del Seguro Nacional de 1911, que fue, quizá, la medida de bienestar social más innovadora que adoptó el gobierno liberal (1905-1915). Churchill fue el responsable de la segunda parte de la ley, que proporcionaba seguro de desempleo a unos 2.230.000 trabajadores de profesiones con elevadas tasas de desempleo cíclico y estacional.[12] Lloyd George y Churchill estaban motivados por una combinación de altruismo, el deseo de no ser superados por los socialistas y la convicción de que estas medidas eran fundamentales para que la mano de obra fuera eficiente frente a la competencia industrial de Alemania y Estados Unidos.[13]

Al igual que Lloyd George, su predecesor en el cargo de ministro de Comercio (1905-1908), Churchill intentó activamente resolver los conflictos laborales. En virtud de la Ley de Conciliación de 1896, el ministro de Comercio podía, previo acuerdo de ambas partes de un conflicto, ofrecerse a tratar de encontrar una solución aceptable, pero (a diferencia de en el arbitraje) ninguna de las partes estaba obligada a aceptar la oferta. Churchill estaba encantado de asumir protagonismo y presentarse como un hombre que podía resolver conflictos industriales en potencia o reales. Entre sus iniciativas figuró un intento fallido de negociar un nuevo acuerdo acerca de una escala móvil en la industria algodonera para evitar las huelgas y los cierres patronales en el sector, que eran constantes. Tampoco logró alcanzar un acuerdo para otorgar al gobierno amplios poderes para intervenir en los conflictos laborales.[14]

Churchill mantuvo mucho contacto con los sindicalistas locales mientras fue diputado por Oldham, entre ellos J. R. Clynes, el futuro líder del Partido Laborista (1921-1922) y ministro del gobierno. Clynes no logró convencer a Churchill sobre varios asuntos laborales en 1899, pero consiguió su apoyo para revocar el veredicto del caso Taff Vale de 1902 (que desmantelaba muchos de los derechos de los que habían disfrutado los sindicatos en virtud de la legislación de 1871 y 1875).[15] Churchill, uno de los diecisiete parlamentarios conservadores que votó a favor de un proyecto de ley respaldado por el Congreso de los Sindicatos (TUC, por sus iniciales en inglés) para revocar la sentencia en el caso Taff Vale, hizo sus típicos

comentarios elogiando la democracia *tory* de Benjamin Disraeli en la que se basaba la legislación de 1875, a la que Churchill atribuía haber creado equidad en las relaciones laborales entre empresarios y trabajadores.[16]

En los años previos a los elevados niveles de conflictividad laboral entre 1911 y 1921, Churchill hizo comentarios claramente favorables acerca del sindicalismo, al igual que después de 1945. En mayo de 1908 declaró en Dundee: «Los sindicatos no son socialistas. Son la antítesis del socialismo. Son sin lugar a dudas organizaciones individualistas, con un carácter más similar al de los antiguos gremios». Ya antes, en noviembre de 1904, se había pronunciado a favor del derecho de huelga.[17]

La preocupación de Churchill por los sindicatos aumentó durante los graves conflictos laborales que se produjeron después de 1910. Como ministro del Interior desde febrero de 1910 hasta octubre de 1911, fue el responsable del orden público durante las huelgas. Los simpatizantes laboristas le recibieron con gritos de «Tonypany» durante las elecciones generales hasta el final de su carrera. Se referían a la firme actuación policial en noviembre de 1910 durante una huelga minera, en la que se produjeron tímidos ataques contra los pozos, pero hubo disturbios en la calle principal de Tonypany. Churchill envió a la zona a ochocientos agentes de policía de Londres en lugar de a soldados, como querían las autoridades locales, y bastó con la policía para restablecer la paz sin que hubiera víctimas. No obstante, en la memoria popular Churchill fue el responsable de las muertes de Tonypany. Esto se debió a que se confundieron los sucesos de Tonypany con los ocurridos en Llanelli en agosto de 1911, durante la huelga ferroviaria nacional. En Llanelli, Churchill había accedido a enviar soldados para proteger los ferrocarriles y murieron dos personas cuando los soldados abrieron fuego contra una muchedumbre que atacó a un maquinista.[18]

El Churchill soldado se hizo visible en los grandes conflictos laborales. Paul Addison ha escrito acerca de Churchill en 1910-1912 que cuando «sectores de la clase obrera empezaron a desafiar la autoridad del estado, Churchill adoptó una postura beligerante: hay que quebrar el espíritu de insubordinación». Lo demostró durante el conflicto ferroviario de 1912 cuando, según una fuente por lo general fiable, llamó por teléfono a Lloyd



George para decirle que lamentaba que hubiera resuelto la disputa, ya que «habría sido mejor seguir adelante y propinar a esos hombres una buena paliza».[19]

Churchill volvió a mantener contacto con las organizaciones sindicales cuando volvió a ocupar un cargo con David Lloyd George en julio de 1917. Al igual que Lloyd George, Churchill era un ministro de Municiones dinámico, pero solía ser menos hábil a la hora de tratar con los sindicatos, lo que quedó acreditado cuando se vio envuelto en los problemas por las diferencias salariales en la industria de municiones en octubre de 1917 y posteriormente. Churchill tenía la intención de poner remedio a las principales quejas de los ingenieros cualificados, sobre todo eliminando los «certificados de abandono» (sin los que no se podía contratar a los trabajadores en otro sitio, pero que otorgaban a sus jefes mucho poder sobre ellos) y mejorando la retribución por horas. La concesión de una prima del 12,5 % a los trabajadores cualificados que cobraban por horas dio pie a que los trabajadores especialmente cualificados, los semicualificados y los no cualificados también plantearan exigencias. Sir George Askwith, el comisionado jefe de industria, y sir Lynden Macassey, director del Departamento de Trabajadores de Astilleros, advirtieron a Churchill de que la concesión de una bonificación del 12,5 % a un grupo de trabajadores podría tener graves repercusiones, pero ignoró estas advertencias y tuvo que hacer frente a las nefastas consecuencias.[20]

Tras la revolución bolchevique en Rusia en octubre de 1917, el viejo temor de Churchill al socialismo revolucionario y al anarquismo adquirió un nuevo énfasis. La vehemente hostilidad de Churchill hacia el bolchevismo contribuyó a enemistarlo con la izquierda del movimiento obrero británico. [21] Churchill, sin embargo, se esforzó por rebatir las acusaciones de ser el único que apoyaba una intervención y estar intentando obstaculizar la retirada de las tropas británicas.[22] No obstante, en ocasiones no se tiene en cuenta que varias personalidades del Partido Laborista, como Arthur Henderson, J. R. Clynes, J. H. Thomas y Ernest Bevin, compartían su animadversión hacia el comunismo y, en 1919, algunos también apoyaron una intervención exterior para desalojar a los bolcheviques. De hecho, Henderson incluso

había criticado a los bolcheviques cuando estuvo en Rusia entre las revoluciones de febrero y octubre.[23]

Tras la primera guerra mundial, Churchill también exigió enérgicamente que se actuara con firmeza contra los mineros militantes y otros trabajadores. Por ejemplo, en febrero de 1920, apoyó plenamente el uso de la organización del transporte de urgencia para que no se interrumpiera el traslado de suministros durante una huelga. «No se trata de reventar la huelga, sino de alimentar a la gente», les dijo a sus colegas del Gabinete.[24] Churchill hizo gala de una beligerancia similar durante la huelga general de 1926, una acción solidaria de apoyo a los mineros que calificó de escándalo constitucional. Sin embargo, consideraba que las acciones de los mineros en el cierre patronal del carbón eran una actividad sindical legítima.

El afán de Churchill por desempeñar un papel destacado en la lucha contra la huelga general, sobre todo su labor editorial en la *British Gazette* (el periódico del gobierno), haría que a partir de entonces se le asociara en la memoria colectiva del movimiento sindical británico con un virulento personaje antiobrero.[25] Su papel, junto con «Tonyandy», seguiría suscitando resentimiento durante mucho tiempo. Churchill afirmó más tarde que su actuación en 1926 fue coherente con sus ideas previas y posteriores: que luchó con todas sus fuerzas para ganar, pero que en la victoria mostró magnanimidad. En 1926 trató de lograr un acuerdo para resolver el conflicto del carbón, pero cuando sus esfuerzos fracasaron, optó por retirar la ayuda económica a aquellos mineros y sus familiares que se habían mantenido inflexibles.[26]

En el momento de la huelga general, Churchill no solo había regresado al Partido Conservador, sino que en 1924 se había incorporado al Gabinete como ministro de Economía. Se había ido acercando a los conservadores por etapas desde que fuera un coalicionista liberal en los gobiernos de coalición de Lloyd George. Para 1919 se había convertido en el principal defensor ministerial de la intervención en Rusia contra los bolcheviques. En febrero de 1919 Lloyd George incluso envió un telegrama a Churchill para advertirle de que la intervención era «el camino hacia la bancarrota y el bolchevismo en esas islas».[27] También destacó por su hostilidad hacia el Partido Laborista,

que era mucho más poderoso en Gran Bretaña tras la primera guerra mundial. Después de las elecciones generales de 1923, Churchill destacó por instar a los conservadores y los liberales a llegar a un acuerdo electoral para impedir que los laboristas asumieran el poder.[28] En una carta fechada el 18 enero de 1924 que envió a *The Times*, dejó muy claro que su política estaba dominada por su hostilidad hacia el socialismo. En ella advertía sobre el gobierno de «un partido minoritario comprometido por naturaleza con la subversión fundamental de la civilización social y económica existente». Tras esta carta, quedó claro que Churchill regresaba al Partido Conservador con la reputación de ser el principal antisocialista de la política británica.[29]

Churchill empezó a tender puentes con algunos miembros del sector derechista del Partido Laborista a partir de 1936, cuando aumentaba el temor a la Alemania nazi. Se reunió con sir Walter Citrine, secretario general del TUC, el diputado Hugh Dalton, el diputado J. R. Clynes y otros en los almuerzos organizados por el Consejo Antinazi.[30] Clement Attlee, el líder del Partido Laborista, compartía la preocupación de Churchill por la preparación aérea de Gran Bretaña. De manera más general, Attlee, Ernest Bevin y Hugh Dalton distanciaron la política de defensa laborista de sus actitudes antibelicistas previas. Esta convergencia hizo que los dirigentes laboristas, que habían condenado la postura de Churchill sobre la India y sobre la crisis de abdicación de 1936, se mostraran más dispuestos a colaborar con él.

Durante la segunda guerra mundial, Churchill recurrió a su experiencia en el Ministerio de Municiones durante la primera guerra mundial. En enero de 1940 habló de la necesidad de que más de un millón de mujeres trabajaran en la industria bélica y afirmó que iba a necesitar la «ayuda y orientación» de «nuestros colegas laboristas y dirigentes sindicales».[31] Durante todo su ejercicio como primer ministro durante la guerra, confió mucho en Ernest Bevin, su ministro de Trabajo y Servicio Nacional. Como escribió el biógrafo de Bevin, Churchill reconoció que Bevin poseía «una fortaleza mental, una confianza en sí mismo y una fuerza de voluntad comparables a las suyas».[32] Churchill rindió tributo en varias ocasiones al papel desempeñado por los sindicatos en el esfuerzo de guerra. Por ejemplo, en 1941, comentó que

nunca podría «olvidar el apoyo y el aliento que los sindicatos [...] me dieron en los días más oscuros de 1940 y me siguen dando con todo su corazón ahora».[33]

El vice primer ministro de Churchill en el gobierno de coalición durante la guerra fue el líder del Partido Laborista Clement Attlee. Attlee fue un vice primer ministro eficaz, famoso, a diferencia de Churchill, por su brevedad y su concentración cuando presidía las reuniones. Ministros laboristas como A. V. Alexander y Herbert Morrison fueron miembros activos del gobierno de Churchill. Esto hizo que el discurso de Churchill durante las elecciones generales de 1945, en el que advirtió de que la llegada del socialismo haría necesaria «alguna suerte de Gestapo, sin duda dirigida muy humanamente al principio», resultara muy impactante, incluso para los miembros de su familia.[34]

Tras su derrota en las elecciones generales de 1945, Churchill se acercó a los votantes de clase trabajadora. A lo largo de los años había puesto bastante empeño en destacar la valía de los sindicatos. En 1911 había declarado en la Cámara de los Comunes: «Considero que es aconsejable que todo trabajador se afilie a un sindicato» e instó a la unidad sindical (en contraposición al sindicalismo continental, a menudo dividido entre diferentes grupos políticos y religiones).[35] Incluso en febrero de 1919 había dicho: «Lo peor del sindicalismo era que no había suficiente, y que no estaba suficientemente desarrollado para conseguir que sus secciones acataran la línea de la sede central».[36] Después de 1945 fue aún más efusivo en sus elogios:

Los sindicatos son una parte consolidada y esencial de nuestra vida nacional [...] defendemos estos pilares de la sociedad británica [...] del derecho de los trabajadores a regular sus salarios y condiciones mediante la negociación colectiva, incluido el derecho a la huelga.[37]

En la conferencia del Partido Conservador de 1950, retomó los temas de la democracia *tory* de Disraeli y de su padre, lord Randolph Churchill:

Lo más destacado de esta conferencia ha sido la creciente asociación de la democracia *tory* con los sindicatos. Después de todo, fueron lord Beaconsfield y el Partido Tory quienes reconocieron al sindicalismo británico, y la negociación colectiva

junto con el derecho a la huelga. He instado a que todo artesano o asalariado sea por elección propia un sindicalista, pero también creo que debe asistir a las reuniones de su sindicato y defender sus ideas en lugar de permitir que únicamente los socialistas y los comunistas tengan el control de lo que, al fin y al cabo, es una institución esencialmente británica.[38]

Cuando en 1951 Churchill volvió a ser elegido primer ministro, quiso evitar los enfrentamientos con los mineros o los sindicalistas en general.[39] Nombró ministro de Trabajo a sir Walter Monckton, un hombre conciliador. La visión de Monckton se resumía en este comentario suyo: «Creo firmemente en el gobierno por consulta y consentimiento», una actitud que inquietaría a los conservadores preocupados por el aumento de la inflación. Churchill también cultivó una relación personal con los líderes de sindicatos moderados, como Vincent Tewson, el secretario general del TUC.[40]

La carrera de Churchill estuvo marcada por su fuerte hostilidad hacia el socialismo, pero también por una buena aceptación, en general, del sindicalismo como un importante componente de la libertad británica. Para él, los sindicatos formaban parte del individualismo victoriano. En cambio, expresó a menudo con vehemencia su oposición al «socialismo», al que solía considerar no británico, y creía que la revolución bolchevique rusa era un regreso a los horrores de la Revolución Francesa, una pesadilla para los aristócratas. En cuanto al Partido Laborista, después de la primera guerra mundial le gustaba describir a sus líderes, incluso a Arthur Henderson, Ramsay MacDonald y J. R. Clynes, como títeres de los extremistas o, en ocasiones, incluso como lobos con piel de cordero. A diferencia de David Lloyd George, nunca se especuló que Churchill pudiera unirse al movimiento sindical.

# 5

## Churchill y la huelga general

*Peter Catterall*

Universidad de Westminster

Churchill dejó bien clara su preocupación por el desafío constitucional que una huelga general conllevaba mucho antes de que se produjeran los acontecimientos de mayo de 1926. Sin embargo, su papel directo en el período previo a estos sucesos se limitó en gran medida a acordar en julio de 1925 un subsidio para la industria minera, lo que pospuso la conflagración. Sin embargo, el perfil de Churchill, sobre todo debido a su vinculación con la *British Gazette*, dio pie a cierta exageración de su participación en los hechos, aunque no de su hostilidad hacia una huelga general. El conflicto del carbón que contribuyó a desencadenarla fue para él un asunto muy diferente y, durante el otoño de 1926, Churchill hizo un gran esfuerzo, aunque sin éxito, por resolverlo.

«La industria está totalmente desorganizada [...] se están causando espantosas heridas mutuas en gargantas británicas por manos británicas», se lamentó Winston Churchill en la Cámara de los Comunes el 31 de agosto de

1926. Para incidir en ello, se acababa de convocar al Parlamento para que renovara el estado de emergencia que el gobierno conservador de Stanley Baldwin consideraba necesario en vista de la enconada conflictividad laboral. Churchill expresó con claridad cuál era el problema para resolver el prolongado conflicto del carbón: el gobierno se enfrentaba a las reiteradas exigencias de un subsidio planteadas por los mineros, mientras que «todo lo que nos dicen los propietarios es “dejadnos en paz”». En cuanto a encontrar una solución, Churchill tomó nota de la opinión generalizada de que no era la persona indicada para el trabajo: «Una de las críticas es que el primer ministro siempre quiere ser bondadoso y llegar a acuerdos pacíficos, y que yo soy el entrometido que suele presentarse e intervenir para obstruir».[1] Esta opinión era especialmente común entre sus adversarios políticos. El informe parlamentario para la conferencia del Partido Laborista de 1926 dejaba clara cuál era la reputación de Churchill en los conflictos laborales y mencionaba con sorpresa acerca de este debate que «el ministro de Economía [Churchill] pronunció, según él, un discurso muy pacificador, lo que comportó una clara mejoría del ambiente».[2]

La crisis tuvo su origen en las dificultades que atravesó el sector industrial después de la primera guerra mundial. La mano de obra mucho más sindicada que emergió del conflicto respondió a la inflación durante la guerra y aprovechó el auge de la posguerra para recuperar los salarios reales. Estos crecieron en torno a un 30 % con respecto a los niveles previos a la guerra, al tiempo que se redujeron las jornadas. Entretanto, se aumentaron los tipos de interés para poner freno a las presiones inflacionarias resultantes y ayudar a devolver a la libra esterlina a los niveles previos a la guerra, al tiempo que se recortó drásticamente el gasto público a partir de 1921. El resultado fue una caída de la productividad y de la rentabilidad, y una contracción del crédito cuando el breve período de auge tocó a su fin en 1920-1921. Todo ello limitó las inversiones y exacerbó los problemas de las industrias básicas, gravemente afectadas por el exceso de capacidad fomentado durante la guerra y por la pérdida de mercados de exportación durante la misma. Como respuesta, las empresas trataron de reducir los costes, en especial mediante una bajada de los salarios, un proceso al que se opusieron con mayor o menor

éxito los sindicatos.

Probablemente, el sector más sensible políticamente al que afectaron estos hechos fue la minería del carbón, que era crucial para la calefacción doméstica, el transporte y la generación de electricidad y gas. Se trataba de un sector muy fragmentado, con unas 1.400 empresas en las que trabajaban más de un millón de hombres que realizaban un trabajo sucio y peligroso. Debido a las necesidades durante la guerra, pasó a estar bajo control estatal en 1916 y se pusieron en funcionamiento más pozos que acabarían por no ser rentables.[3] Un informe de la Comisión Real para el gobierno de coalición de David Lloyd George recomendaba mantener esta situación y racionalizar el sector mediante la nacionalización. Churchill, a la sazón ministro de la Guerra y del Aire, compartía la opinión del gobierno en lugar de defender la regulación, aunque la Ley de las Siete Horas de 1919 redujo las jornadas de trabajo bajo tierra. Posteriormente, cuando el auge de la posguerra se disipó y cayeron los precios y los beneficios, la coalición decidió liberalizar el sector en marzo de 1921.

Le seguiría un ensayo general de lo que ocurriría en 1926. Los propietarios de los pozos que en ese momento ya no resultaban rentables culparon al gobierno de su difícil situación, sobre todo en los distritos exportadores antaño florecientes, muy afectados por la sustitución de las importaciones y el reemplazo en los mercados exteriores durante la guerra por el carbón de las reparaciones de Alemania. Creían que la única solución era reducir costes bajando los salarios. La Federación de Mineros de Gran Bretaña (MFGB, por sus iniciales en inglés) se opuso a estas medidas y el gobierno invocó la Ley de Poderes Excepcionales (EPA, por sus iniciales en inglés) de 1920 para declarar el estado de excepción. Sin embargo, con el pretexto de que la MFGB había desaprovechado la ocasión de llegar a un acuerdo, los ferroviarios y los trabajadores del transporte no la apoyaron y tuvo que cancelar el acto de solidaridad previsto para el 15 de abril de 1921.

En 1914 se cernió por primera vez la amenaza de un conflicto nacional, iniciado por la «triple alianza» formada por los mineros del carbón, los ferroviarios y los trabajadores del transporte, que podía paralizar la economía. Churchill ya había elaborado tres años antes un largo documento en el que



reflexionaba sobre el creciente problema de las huelgas con motivaciones políticas. «Hace treinta años la “huelga general” era una propuesta muy vaga; ahora es un objetivo definido y promovido intencionadamente», señaló el entonces ministro del Interior.[4] Para Churchill, una huelga general era un proyecto político intencionado y posteriormente afirmó que, después de 1919, gracias a «un grupo de extremistas del movimiento sindical [...] surgió toda una literatura sobre la huelga general como el arma suprema de los trabajadores». Aunque Churchill siempre confió en que la mayoría de los sindicalistas se atenderían a las decisiones del Parlamento, el riesgo de que se pudiera utilizar la huelga para lograr que el gobierno «cediera a la fuerza a lo que no concedería parlamentando»,<sup>[5]</sup> sobre todo impidiendo el suministro de alimentos, le llevó a defender en 1919 el despliegue de tropas «si era una cuestión de salvar vidas».<sup>[6]</sup> La preocupación por la conflictividad laboral también propició que el gobierno creara ese mismo año el Comité de Suministros y Transportes (STC, por sus iniciales en inglés).

El nuevo gobierno de Baldwin, al que Churchill se incorporó en noviembre de 1924, decidió de inmediato continuar con «La Organización de Suministros y Transporte [STO, por sus iniciales en inglés], a la que habían recurrido los gobiernos anteriores en momentos de crisis industrial a fin de mantener los suministros esenciales para la vida de la comunidad civil». Ello permitía disponer de una organización indispensable para aplicar un código de normas de excepción elaborado con arreglo a la EPA. La declaración de que «el Departamento de Minas considera que este código elegido contiene todos los poderes que se requerirían al comienzo de la emergencia» dejaba claro dónde se esperaba que surgiera una crisis de esta índole.<sup>[7]</sup>

Cuando se escribieron estas palabras en julio de 1925, los problemas habían vuelto al sector del carbón. La ocupación franco-belga de los yacimientos de carbón alemanes en enero de 1923 reportó una prosperidad temporal a la industria británica y, en 1924, se acordó un aumento del salario mínimo con el gobierno laborista. Sin embargo, la ocupación terminó en septiembre de 1924 como consecuencia del Plan Dawes, lo que provocó una caída de los precios de exportación del carbón británico y un aumento de las presiones para reducir los costes laborales. Más tarde, el 28 de abril de 1925,

Churchill anunció el retorno al patrón oro.[8] Churchill había justificado esta política por motivos de estabilidad de los precios internacionales pero, como advirtió el economista John Maynard Keynes, al hacerlo con la paridad con el dólar anterior a la guerra, los precios tendrían que caer en Gran Bretaña para ajustarse a una moneda ahora sobrevaluada. Keynes sostenía que si los precios y los salarios podían caer un 10 % en todos los sectores de la economía, entonces esto podría afectar muy poco a los salarios reales. Sin embargo, el riesgo era que la carga recayera especialmente en sectores debilitados y muy dependientes de las exportaciones, como el del carbón.[9]

El sector del carbón ya había tenido problemas desde hacía tiempo con los costos unitarios, que se habían duplicado desde 1913, mientras que los salarios reales de los mineros en los distritos exportadores podían ser hasta un 50 % más bajos con respecto a los niveles previos a la guerra.[10] La MFGB no estaba dispuesta a aceptar los recortes salariales anunciados por los propietarios en junio de 1925, cuya entrada en vigor estaba prevista para el 31 de julio. Todo esto ocurrió al tiempo que se intentaba reactivar la cooperación con los sindicatos después de 1921. En una conferencia convocada el 17 de julio de 1925 por varios de los sindicatos principales para considerar la idea de establecer una alianza industrial, se apoyó emprender acciones sindicales en solidaridad con los sindicatos que se sentían atacados. La comisión de investigación convocada apresuradamente que entretanto estableció el gobierno dictaminó el 28 de julio a favor de un salario mínimo nacional, al tiempo que mencionaba también la desastrosa situación financiera de la industria del carbón. No obstante, Baldwin le dijo ese día a una delegación de la MFGB que se quejaba de los efectos del patrón oro que no pensaba conceder ninguna subvención. En su lugar, le pidió a Churchill que pensara en las regalías de la minería pagadas a los propietarios de las tierras. Dos días más tarde, el 30 de julio, el ministro de Economía recomendó la nacionalización gradual de las regalías, que ascendían a unos cien millones de libras esterlinas.[11] Mientras tanto, en la Conferencia Industrial Especial convocada por el Congreso de Sindicatos (TUC), la reacción fue de ira cuando los mineros informaron de lo que les había trasladado el primer ministro: «Todos los trabajadores de este país tienen que

aceptar recortes salariales para ayudar a levantar la industria». Como consecuencia, se convocaron huelgas y se ordenaron embargos al transporte de carbón.[12] Baldwin reconsideró su postura anterior y acordó conceder un subsidio durante nueve meses, hasta el 30 de abril de 1926, que ascendió en total a unos 23 millones de libras esterlinas y evitó la crisis inmediata.

Churchill no era un entusiasta de los subsidios, ya que los consideraba una mala asignación de recursos y creía que socavaban la iniciativa. También llegó a la conclusión de que los propietarios de las minas los estaban utilizando simplemente para reconstruir sus balances generales.[13] Esto frustraba sus intentos de cuadrar las cuentas de la nación: al parecer, Churchill le espetó a Arthur Cook, el secretario general de la MFGB: «Habéis conseguido el subsidio sobre mi cadáver ensangrentado. Ahora yo tengo que encontrar el dinero para pagarlo».[14] En los presupuestos de ese año no se había incluido ninguna partida para dichos gastos. No obstante, el 6 agosto de 1925 Churchill declaró ante la Cámara de los Comunes: «No me cabe la menor duda de que la decisión [...] fue correcta y acertada». Su justificación fue que la opinión pública no estaba preparada para un conflicto que iba a costarle mucho más a la nación. Y añadió que la ayuda temporal a los salarios de los mineros estaba justificada, ya que no habían subido al mismo ritmo que la inflación en la posguerra. Declaró que esto se debía a que «con su resistencia, el Gobierno se niega a reconocer un desafío al Estado». E insinuó en un tono amenazador que un desafío inspirado por diferentes fuerzas, «armadas, inspiradas y aleccionadas por la propaganda extranjera y es muy posible que, en algunos casos, sustentadas con dinero del exterior», sería un asunto bastante diferente.[15] Un «Informe sobre las organizaciones revolucionarias en el Reino Unido», elaborado semanalmente por el Cuerpo Especial de la Policía Metropolitana, deja claro en qué estaba pensando Churchill.[16]

En reflexiones posteriores, Churchill también insistió en otras dos razones: que entonces no tenía suficiente confianza en la STO; y «a fin de que una Comisión Real disponga de tiempo para examinar la posición en su conjunto, dilucidar quién tenía razón y tratar de encontrar un compromiso justo».[17] La Comisión Real, presidida por el ministro del Interior liberal

Herbert Samuel, publicó un informe unánime el 10 de marzo de 1926. El informe tuvo un gran éxito y se vendieron más de 100.000 ejemplares. Lo abarcaba todo, desde la extracción hasta la distribución del carbón, y reflejaba la preocupación de los ciudadanos por las excesivas ganancias de los comerciantes de carbón. Sin embargo, las principales recomendaciones eran la nacionalización de las regalías, la reestructuración sin llegar a la nacionalización y la mejora de las condiciones laborales. También recomendaba crear un Consejo Nacional de Salarios para regularizar las estructuras salariales del sector, tortuosamente complejas. Aunque estas medidas fueron restableciendo paulatinamente la salud financiera del sector, la Comisión recomendó la suspensión del subsidio. Samuel opinaba que «era erróneo por principio que, cuando en algún sector los empresarios y los trabajadores no se podían poner de acuerdo, el contribuyente tuviera que cubrir la diferencia». El problema era que el 75 % del carbón británico se estaba produciendo con pérdidas, agravadas por el retorno al patrón oro: el aumento del valor de la libra esterlina resultante hizo que, aunque en el primer trimestre de 1926 se exportaron 80.000 toneladas más de carbón, se ganaran 1,75 millones de libras menos. Tras señalar que el coste de la vida había bajado desde que se estableció el acuerdo salarial en vigor en 1924, la comisión de Samuel recomendaba el cierre de los pozos poco rentables y recortes salariales del 10 %.[18]

Una semana después de que la Comisión presentara el informe, Baldwin creó un comité ministerial para analizar sus recomendaciones. Churchill fue nombrado miembro del mismo y posteriormente lo presidió en varias ocasiones en ausencia de Baldwin. En su primera reunión, el comité señaló que, aunque no estaba del todo de acuerdo con el informe de la Comisión, se comprometía a aplicarlo.

La participación inicial de Churchill se limitó al tema de la nacionalización de las regalías y el 27 de marzo de 1926 elaboró un documento acerca de cómo conseguirla. A partir de entonces estuvo ocupado con los preparativos del presupuesto a finales de abril. Por esta razón Churchill no estuvo presente cuando Baldwin presidió el comité en las conversaciones con la MFGB el 15 y el 23 de abril de 1926. En la última

reunión, el primer ministro y el ministro de Trabajo, sir Arthur Steel-Maitland, señalaron que muy pocos pozos de los distritos exportadores de carbón eran rentables. La MFGB respondió que se debía cerrar los pozos, una idea que Churchill también había planteado en un discurso el mes de noviembre anterior. El presidente de la MFGB, Herbert Smith, se mostró dispuesto a aceptar el despido de 200.000 trabajadores en lugar de recortar los salarios, alegando que la pérdida de competitividad resultante impulsaría una recuperación de la rentabilidad. Su delegación también sostuvo que los precios, que habían caído desde 1925, subirían con la finalización del subsidio.[19]

La organización de propietarios de minas, la Asociación Minera de Gran Bretaña (MAGB, por sus iniciales en inglés), le dijo al comité del carbón el 21 de abril de 1926 que la compensación de los mineros sería aproximadamente igual si trabajaban una jornada de ocho horas en lugar de siete. Sugirió que si se podían reducir de este modo los costes laborales unitarios, el sector podría empezar a recuperarse. Evan Williams, el secretario de la MAGB, afirmó que la derogación de la Ley de las Siete Horas, tras una huelga de un par de meses, produciría esta cura permanente. Baldwin respondió secamente: «No creo que ninguna huelga haya sido hasta ahora una cura permanente».[20]

Para entonces ya planeaba la posibilidad de una huelga y el TUC, como en 1925, estaba dispuesto a solidarizarse con la MFGB. El 26 de abril de 1926, mientras Churchill aseguraba a la Cámara de los Comunes en su discurso de presentación de los presupuestos que daba por sentada la paz laboral, Baldwin, Steel-Maitland y el ministro de Minas, G. R. Lane-Fox, iniciaban una frenética ronda de reuniones con el TUC y la MAGB. Baldwin dijo a esta última que entendía por qué los propietarios de los distritos exportadores habían anunciado que se aplicarían recortes salariales[21] cuando se agotara el subsidio. Sin embargo, estos restarían apoyo público, por lo que Baldwin les instó a solucionar primero la cuestión del salario mínimo nacional antes de aplicar un aumento de las horas, sobre todo para dar al TUC algo que ofrecer a la MFGB. Y advirtió a la MAGB: «Si tenéis una huelga general con la opinión pública de vuestra parte, creo que es

probable que la lucha sea corta e intensa. Si tenéis a la opinión pública en contra, podría ser larga y sería difícil».[22] La MAGB alegó que sus diversos distritos con niveles de beneficios muy diferentes no iban a aceptar estos acuerdos y se negó a ceder.

Los propietarios se mantuvieron tan inflexibles con los costes como los mineros con los salarios. Para estos últimos, la reestructuración, según señalaba el Informe Samuel, se debía acordar antes de los recortes. Para los propietarios, primero se tenían que aplicar los recortes para apuntalar el sector. Además, el problema salarial se veía agravado por culpa de la red de pagos por participación en las ganancias y retribuciones adicionales en efectivo y en especie (como carbón gratis y vivienda) que se efectuaban a varias clases de mineros.[23] Baldwin se quejó en una reunión con el TUC: «Cuando superemos este problema, comoquiera que lo hagamos, sería una bendición que pudiéramos lograr una simplificación de su sistema salarial. No creo que nadie lo entienda». Era prácticamente incomprensible para cualquier persona ajena al sector. La diatriba de Baldwin de que «si se pregunta a cada una de las partes cuánto gana un hombre, siempre te dan respuestas diferentes y ninguna cree lo que dice la otra» suscitó una respuesta favorable de Arthur Pugh, el líder de los trabajadores de la siderurgia y presidente del TUC: «Estamos todos en el mismo barco».[24]

Esta complejidad hacía que fuera más difícil rebatir las afirmaciones de Williams de que el 75 % de los pozos iba a perder dinero y el 60 % iba a detener la producción si se cedía a las exigencias de la MFGB. Sostenía que el aumento de los precios afectaría a la rentabilidad y al potencial exportador de sectores muy dependientes del carbón, como el siderúrgico. Lo que la MAGB quería era recuperar algo parecido al salario mínimo con la jornada de ocho horas de 1921. «Esta combinación sería una solución muy buena si se pudiera conseguir mediante un acuerdo —respondió Baldwin, y añadió—: No veo muchas posibilidades de lograrlo en ninguna circunstancia.»[25] Sin embargo, el 29 de abril dejó claro al TUC y a la MFGB que Churchill estaba dispuesto a conceder un nuevo subsidio de unos tres millones de libras esterlinas para ganar tiempo y poder lograr un acuerdo.

Al día siguiente, convencieron a la MAGB para que presentara una oferta

de aproximadamente el salario mínimo de 1921 (que equivalía, en la práctica, a una reducción del 13,33 % del salario mínimo vigente) y una jornada de ocho horas hasta finales de 1929. El TUC respondió esa misma tarde que, hasta que se acordara la reestructuración, la MFGB no iba a aceptar ninguna rebaja salarial. Esa tarde Baldwin propuso a un comité asesor que representaba a ambas partes que elaborara propuestas de reestructuración. Smith reiteró que tenía que saber en qué consistía esa reestructuración antes de considerar los recortes salariales. Lane-Fox señaló que esto exigiría prorrogar el subsidio durante varios años. El gobierno consideró que equivalía a un rechazo del Informe Samuel y la reunión terminó con Baldwin señalando que no había ninguna posibilidad clara de progreso. Esa tarde el rey firmó la proclamación del estado de excepción.

A la mañana siguiente, la conferencia de urgencia del TUC, convocada dos días antes, votó, con solo un sindicato en contra, a favor de autorizar y apoyar económicamente una acción solidaria en apoyo de los mineros. Ernest Bevin, del Sindicato de Trabajadores Generales y del Transporte, calificó la proclamación real de declaración de guerra.<sup>[26]</sup> En esas circunstancias, el sábado 1 de mayo a la seis de la tarde el TUC convocó una huelga para apoyar a los mineros que comenzaría un minuto antes de la medianoche del lunes 3 de mayo. Baldwin no estaba al tanto de ello cuando se reunió con una delegación del TUC la tarde del 1 de mayo. El líder de los ferroviarios J. H. Thomas expuso a continuación que el TUC carecía de autoridad para llegar a un acuerdo en nombre de la MFGB, aunque sugirió que una breve prolongación del subsidio durante quince días podría permitir ganar tiempo para alcanzar un acuerdo. Como señaló Baldwin, para ello sería necesario que la MFGB aceptara el Informe Samuel.

Lo que ocurrió a continuación, y el papel que desempeñó Churchill, sería objeto de cierta controversia. Churchill llegó de Chartwell para asistir a una reunión ministerial sobre la situación al mediodía del domingo 2 de mayo. La tarde fue pasando mientras el TUC intentaba localizar a los líderes de la MFGB que habían regresado a sus distritos. Entretanto, el Gabinete se enteró de la convocatoria de huelga. Churchill no fue en absoluto el único ministro al que alarmó tener que negociar bajo semejante amenaza. Cuando esa tarde

se hizo pública la proclamación real, los ministros se reunieron en las dependencias de Churchill en el número 11 de Downing Street para preparar una declaración, redactada en parte por Churchill y destinada a los colegas reunidos con la delegación del TUC. En ella se expresaba la opinión de que, ante la amenaza de una huelga general, los mineros debían indicar que estaban dispuestos a aceptar el Informe Samuel o se acabarían las negociaciones. Baldwin, Steel-Maitland y lord Birkenhead se reunieron con el TUC a las nueve de la noche, pero no les dieron el ultimátum. En su lugar, se retiraron para reunirse con el Gabinete a las 11.00 de la noche y Birkenhead leyó la declaración de Thomas en la que se comprometía a conseguir que la MFGB negociara sobre el informe si se mantenía el subsidio durante dos semanas. Esto provocó una acalorada discusión entre Churchill y su viejo amigo Birkenhead. El ministro de los Dominios, Leo Amery, afirma en su diario que, de todo el Gabinete, solo él apoyó la idea de Baldwin y Birkenhead de que la declaración de Thomas era la base para continuar las negociaciones. De hecho, Steel-Maitland dijo en el Parlamento dos días más tarde que no había indicios de que la MFGB fuera a aceptar el informe y, por consiguiente, tampoco había motivos razonables para mantener el subsidio. El ministro del Interior, William Joynson-Hicks, recibió entonces una llamada telefónica que le informó de que los impresores se habían negado a imprimir el editorial del *Daily Mail* de la mañana siguiente. J. C. C. Davidson, el comisario civil adjunto, señaló que «Churchill, Neville Chamberlain, Balfour, Bridgeman y Hogg dejaron claro que debía ser el resultado de las instrucciones de la huelga general [...] y el Gabinete llegó a la conclusión de que ya no se podía negociar bajo la amenaza de una huelga general».[27]

Bevin declaró más tarde, justo antes de las elecciones de 1929, que «estábamos en una habitación de Downing Street [...] cuando el señor Churchill se enfureció, entró y contrarió al Gabinete, y ya teníamos el ultimátum».[28] El *New Statesman* incluso afirmó que Churchill había comentado que «“un pequeño derramamiento de sangre” sería deseable», mientras amenazaba junto con otros seis ministros con dimitir. Los diarios de los ministros presentes no corroboran ninguna de estas acusaciones y



demuestran que sus colegas del Gabinete compartían ampliamente la idea de Churchill de que no debían continuar las negociaciones si no se retiraban las convocatorias de huelga. Un encolerizado Churchill escribió al fiscal para preguntarle si podía presentar una demanda por difamación. Sir Douglas Hogg le respondió que probablemente sí podía hacerlo, pero se lo desaconsejó.[29]

Churchill, en su respuesta posterior a Bevin, sostuvo que si el TUC creía realmente que tenía un acuerdo que ofrecer y, como sucedió, la MFGB rechazaba la fórmula de Thomas, podría haber suspendido temporalmente la convocatoria de huelga.[30] El TUC convocó a un millón y medio de trabajadores de diferentes sectores: el portuario, el ferroviario, el de la impresión, el siderúrgico, el metalúrgico, el químico, el de la construcción y la industria productora de electricidad.

Mientras tanto, el 3 de mayo Joynson-Hicks permitió a regañadientes que Churchill acudiera por primera vez al STC. Se habló de la producción y distribución de un boletín diario durante la huelga inminente. Como señaló Churchill en una reunión con propietarios de periódicos al mediodía, «algo hay que hacer para impedir que se difundan noticias alarmantes [...] No estoy pensando en el sectarismo violento, sino en alentar enérgicamente a la gran masa de población leal».[31] El año anterior, el STC había pensado en la creación de un boletín de urgencia utilizando las imprentas estatales en Harrow. Davidson, sin embargo, creía que estas eran inadecuadas y dispuso utilizar las del *Morning Post*. La incipiente iniciativa se vio amenazada incluso entonces, cuando los cajistas del *Morning Post* se unieron a la huelga de los impresores. Reclutaron a Sydney Long, el editor nocturno del *Daily Express*, quien trabajó casi sin parar durante tres días y logró mantener la iniciativa en marcha.

Fue el ministro del Aire, sir Samuel Hoare, quien puso al periódico el nombre de *British Gazette*. El ministerio de Hoare también fue decisivo para su difusión. Sin embargo, fue Churchill quien supervisó la iniciativa. La intención no era sustituir a los periódicos existentes, sino aunar sus recursos mientras estos no pudieran publicar. Sin embargo, la prensa deseaba retomar la producción cuanto antes, un objetivo que se vio complicado por la gran

demanda de papel que necesitaba la *British Gazette* desde que publicó su primera edición el 5 de mayo. La escasez de papel se solucionó requisando las existencias de otros periódicos, incluido el *Daily Herald*, que era propiedad del TUC y cuyas rotativas utilizaba para imprimir su propia publicación, el *British Worker*. También confiscaron las existencias de papel a un resentido Geoffrey Dawson, director de *The Times*, aunque una fábrica de papel requisada en Northfleet no tardó en producir suficiente papel para imprimir un millón y medio de ejemplares. Churchill justificó la adopción de estas medidas precipitadas alegando que se trataba de una emergencia constitucional, aunque también recibió duras críticas de algunos de sus colegas en el gobierno.[32]

Para Churchill, la primera tarea de la *British Gazette* era defender al gobierno. Su artículo en la primera plana del primer número del 5 de mayo de 1926 insistía en que aunque el gobierno seguía estando dispuesto a conceder un subsidio temporal para ayudar a resolver el conflicto laboral en la industria del carbón, la huelga general era un asunto totalmente diferente que desafiaba la autoridad del Parlamento. La segunda tarea era proporcionar información y fortalecer la moral, de ahí que Churchill insistiera en que estaba garantizado el suministro de alimentos en el artículo que publicó en la primera página del 6 de mayo. Para entonces la *British Gazette* vendía más de medio millón de ejemplares a un penique cada uno. No obstante, Davidson escribió a Baldwin para quejarse de la injerencia de Churchill en las operaciones del periódico. También insistió en que «no debía publicarse ninguna noticia oficial que no fuera cierta y que la propaganda como tal no debía formar parte de las actividades».[33] Publicar información falsa como, por ejemplo, que los trenes estaban circulando restaría eficacia a la *British Gazette* y minaría la moral. El 11 de mayo de 1926 Churchill tuvo que defender al periódico en el STC de las acusaciones de publicar información inexacta.

Davidson creía que el STC desviaba intencionadamente las energías de Churchill hacia la *British Gazette* para impedir que se implicara más en la huelga general. Lo cierto es que no dio muy buenos resultados y Lane-Fox se quejó de que Churchill era «beligerante y problemático».[34] Se moderó el tono de los artículos belicosos, pero Churchill defendió en el STC el

despliegue del ejército en los convoyes de alimentos que partían de los muelles de Londres para intimidar a los agitadores comunistas. El 12 mayo el convoy de Tilbury fue atacado como represalia por las provocaciones de los agentes de la policía especial, pero el Gabinete rechazó las propuestas de Churchill, así como la petición, suya y de Birkenhead, de tomar el control de la BBC. Tuvo más éxito a la hora de convencer a sus colegas de que aceptaran utilizar al ejército de reserva para complementar a la policía, que estaba desbordada.[35]

Churchill también encabezó el rechazo a la petición del arzobispo de Canterbury de otro subsidio para las minas y la reanudación de las negociaciones, y advirtió en la *British Gazette* del 11 de mayo que aceptarlo demostraría

que el arma de la huelga general ha conseguido obtener mediante la extorsión dinero del Gobierno y del Parlamento que ambos habían decidido denegar [...] Cualquier elemento revolucionario del país lo admitiría como una prueba positiva de que solo hay que [...] usar el arma de la huelga general [...] para conseguir el control de toda la maquinaria de Gobierno.[36]

Para entonces, la *British Gazette* vendía más de dos millones de ejemplares. Entretanto, se empezó a reanudar la actividad de la prensa normal. Davidson informó al STC de que el 90 % de los diarios y el 60 % de los semanarios publicados fuera de Londres mantenían la producción. Los diarios londinenses también estaban dispuestos a retomar la actividad. En una reunión con la Asociación de Propietarios de Periódicos celebrada el 12 de mayo, Churchill accedió a poner fin a la publicación de la *British Gazette* al día siguiente. Sin embargo, intentó sin éxito obtener los derechos de propiedad intelectual de la cabecera para utilizarla en futuras situaciones de emergencia.[37]

Mientras tanto, al TUC le resultaba difícil gestionar un conflicto potencialmente largo y costoso en nombre de la MFGB cuando esta última no iba a permitir que se resolviera la crisis. Samuel se reunió en secreto con el TUC y elaboró un memorando que establecía las bases de un acuerdo, pero Smith lo rechazó rotundamente. El TUC, que también se enfrentaba a una

sentencia judicial que declaraba que este tipo de acciones de solidaridad no eran una huelga legal en virtud de la Ley de Conflictos Laborales de 1906, convirtiendo el subsidio de huelga en ilegal y a los sindicatos en responsables de las reclamaciones por daños, decidió suspender el acto el día 11 de mayo. A la mañana siguiente se lo comunicó al Gabinete y Pugh comentó que la huelga no estaba ayudando a resolver el conflicto del carbón. No obstante, la cifra de huelguistas aumentó al día siguiente antes de empezar a descender. [38]

El gobierno pensó en cómo impedir que se repitiera la huelga general. Ya se había considerado aplicar la legislación de emergencia sobre sindicatos con el respaldo de Churchill el 8 de mayo. Se decidió no hacerlo durante la huelga general, pero posteriormente Churchill fue nombrado miembro de un comité del Gabinete sobre el tema. Lo que le preocupaba especialmente era que «se intentara sumar a la administración pública a la huelga».[39] El comité recomendó prohibir que los sindicatos de funcionarios se afiliaran al TUC, así como imponer unas normas estrictas a los sindicatos, prohibir las acciones de solidaridad con las huelgas y suspender la obligación de que los miembros de los sindicatos se afiliaran al Partido Laborista. Churchill recomendó suavizarlo un poco con la concesión de fondos estatales a los candidatos, pero el comité no secundó su propuesta.[40] Estas recomendaciones fueron la base de la Ley de Conflictos Laborales y Sindicatos de 1927.

Entretanto, Baldwin se reunió con ambas partes del conflicto del carbón en cuanto terminó la huelga general y les ofreció un sistema nacional de arbitraje y un subsidio de tres millones de libras a cambio de las modificaciones en los salarios y las horas. Ambas partes lo rechazaron. Churchill sugirió el 20 de mayo que el camino a seguir era permitir un máximo de ocho horas diarias de trabajo. Consideraba que la ampliación de las horas era una manera de reducir la necesidad de aplicar recortes salariales. Churchill creía que esta medida ayudaría a poner fin rápidamente a la disputa y acabar con los costes nacionales ocasionados. Sin embargo, reconocía que se debía compensar la autorización de la ampliación de las horas con un salario mínimo garantizado. Con la ayuda de Churchill, el 14 de junio los

propietarios recalcitrantes se vieron obligados a aceptar esto último. Al día siguiente, se anunció en una declaración preliminar del gobierno una nueva legislación que autorizaba una jornada máxima de ocho horas para los mineros durante cinco años, compensada por unos salarios mínimos nacionales. La declaración afirmaba que «en vista de la evolución del coste de la vida [esto] supondrá ahora un aumento real de un 30 % más» que en 1921.[41]

La Ley de Minas de Carbón que autorizaba la jornada de ocho horas se tramitó a toda prisa y obtuvo la sanción real el 8 de julio. También se aprobó el 4 de agosto una legislación paralela sobre la reestructuración del sector. No obstante, ninguna de ellas puso fin al conflicto, que se prolongó durante todo el verano, y el gobierno adoptó medidas para importar carbón y poder paliar la escasez. Mientras tanto, los mineros estaban volviendo al trabajo, sobre todo en las cuencas mineras de Nottingham y Derbyshire.

La MFGB reanudó entonces las negociaciones. Su principal objetivo seguía siendo lograr un acuerdo nacional. Temía que los acuerdos por distritos se utilizaran para aplicar el principio de «divide y vencerás» y que el resultado fueran convenios salariales a la baja en los distritos exportadores más pobres. Sin embargo, los propietarios de las minas, que pensaban que los convenios nacionales daban poder a los mineros para «amenazar y paralizar todo el país», [42] se opusieron cuando se reunieron con la MFGB el 19 de agosto. Entretanto, Baldwin, enfermo, se fue de vacaciones y dejó a Churchill a cargo de las negociaciones. Churchill se reunió con la MFGB el 26 de agosto, pero Smith se limitó a pedir la reanudación del subsidio. Sin embargo, el comité del carbón había descartado esta opción en junio y abogaba por que el dinero se destinara a reubicar a los mineros en paro. El argumento que Baldwin dio a una delegación de iglesias el 19 de julio fue que, en vista de que «la siderurgia y la industria naviera están sufriendo más [...] sería totalmente injusto e imposible subvencionar durante un período de tiempo prolongado a un sector [...] a expensas de los demás sectores».[43]

El conciliador discurso de Churchill ante la Cámara de los Comunes el 31 de agosto animó a Ramsay MacDonald, el líder del Partido Laborista, a intentar reabrir las negociaciones tras obtener una nota de la MFGB en la que

afirmaba que estaba dispuesta a negociar sobre los costes salariales. Para tratar de responder a las objeciones de la MFGB a los acuerdos por distritos, Churchill propuso inscribirlos dentro de un marco nacional. La MAGB lo rechazó. Churchill escribió a Williams el 8 de septiembre para intentar superar el estancamiento. Tras hacer un llamamiento en nombre de los 1,7 millones de familias afectadas por el conflicto, Churchill ofreció una formulación de «los acuerdos por distritos en conformidad con los principios generales acordados» en el organismo nacional propuesto en el Informe Samuel.<sup>[44]</sup>

Steel-Maitland temía que esta bienintencionada intervención solo sirviera para incrementar la resistencia de una MAGB que ya olfateaba la victoria. Como señaló Philip Cunliffe-Lister, el ministro de Comercio, los propietarios de pozos ineficientes querían la solución más económica posible. Churchill propuso al comité del carbón el 14 de septiembre que, en vista de su negativa, el gobierno debía coaccionar a los propietarios. Sin embargo, el memorando de Cunliffe-Lister para esa misma reunión advertía de que no podían coaccionar a los propietarios y después encontrarse con que la MFGB seguía rechazando el acuerdo. Propuso, en su lugar, que un tribunal independiente vigilara el cumplimiento de los acuerdos por distritos y suspendiera la legislación de la jornada de ocho horas si los propietarios no la respetaban, lo que constituyó la base de una oferta por tiempo limitado redactada por Churchill para el primer ministro el 17 de septiembre.

La MFGB lo veía como una vuelta a la posición de Churchill del 8 de septiembre. Sin embargo, la reunión con Baldwin el 21 de septiembre indicó que estaba dispuesta a negociar sobre la base de los niveles salariales de 1921, aunque aún quería un acuerdo nacional. Churchill estaba deseando aprovechar esta oportunidad, pero la mayoría de los miembros del Gabinete creía que las dos partes seguían manteniendo posturas muy divergentes. La opinión mayoritaria entre los diputados conservadores era, como señaló Lane-Fox, «que Winston había iniciado una nueva e innecesaria etapa de injerencia» y que el tribunal propuesto posiblemente obstaculizaría la reanudación del trabajo. En cualquier caso, como recordó Churchill a la Cámara de los Comunes en un enérgico discurso pronunciado el 27 de

septiembre, la oferta solo seguiría en pie durante unos pocos días más. La MFGB la rechazó el 7 de octubre.[45]

A comienzos de noviembre, Churchill propuso retirar la ayuda concedida a las familias de los mineros para precipitar el fin del conflicto, una idea que se descartó de inmediato.[46] Para entonces una cuarta parte de los hombres se había reincorporado al trabajo. Pugh, entretanto, acompañó a una delegación del TUC a ver a Baldwin y a Churchill el 26 de octubre para intentar reanudar las conversaciones. Aseguró que la MFGB aceptaría los acuerdos por distritos, pero Smith lo rechazó de inmediato cuando Baldwin y Churchill se reunieron con el sindicato el 5 de noviembre. Las conversaciones se alargaron: Churchill le aseguró a Cook que las ocho horas eran un límite máximo, no una obligación. Sin embargo, cuando le respondieron que la MFGB mantenía su compromiso de la jornada de siete horas, contestaron: «Si la posición es esa, es una pérdida de tiempo continuar».[47] Un problema importante, tanto con los propietarios de las minas como con los mineros, fue que estas delegaciones tenían que regresar a sus distritos para conseguir la aprobación de cualquier acuerdo negociado. No fue hasta el 12 de noviembre cuando una conferencia de delegados de la MFGB aceptó las condiciones. Ese mismo día, la MAGB las rechazó. Entretanto, el 11 de noviembre, el comité del carbón debatió un proyecto de ley para garantizar el cumplimiento de ciertas normas mínimas y un órgano de arbitraje. Sin embargo, antes de que se pudiera avanzar mucho, el retorno al trabajo fue masivo y, a finales de mes, la MFGB decidió aceptar acuerdos locales a los que se había opuesto durante tanto tiempo.

Con ello se puso fin a un conflicto que supuso la pérdida de 162 millones de jornadas laborales. Obviamente, esto y la huelga general estaban relacionados. Sin embargo, Churchill dijo el 4 de mayo:

Hay dos disputas: está la huelga general, que es un desafío al Gobierno y con la que no podemos transigir [...] Y existe también un conflicto laboral en la industria del carbón: en este caso estamos dispuestos a hacer el máximo esfuerzo para alcanzar un acuerdo con el mayor espíritu de conciliación.[48]

Esto explica por qué adoptó una actitud muy diferente hacia cada una. Su

oposición a la huelga general fue implacable. Se ha sugerido que contribuyó a causarla con el retorno al patrón oro. Paradójicamente, Churchill había afirmado que el restablecimiento de la estabilidad de los precios pondría fin a la serie de convulsiones laborales sufridas desde la Gran Guerra.[49] A corto plazo, estuvo espectacularmente equivocado. Sin embargo, es fácil exagerar el papel que tuvo el oro en el origen de los acontecimientos de 1926. Dado que el impacto en los salarios reales resultó ser mucho menor de lo que temía Keynes, el oro fue un factor más importante en 1925 que en 1926.

No obstante, Churchill determinó los tiempos y hasta cierto punto la naturaleza de la disputa que estalló después al expirar el subsidio concedido anteriormente. Con ello se ganó tiempo, pero no se logró solucionar los problemas de la industria del carbón. Más tarde se quejó de que «ambas partes se tragaron el subsidio como gatos lamiendo leche y dejaron de pensar en el futuro».[50] No participó directamente en preparativos más amplios para el conflicto laboral, aunque su personaje público propició las calumnias sobre su papel «combatiendo una enorme revolución y manteniéndola bajo control, con uñas y dientes», que difundieron posteriormente sus adversarios políticos.[51] Tampoco fue el único miembro del Gabinete que creyó que se enfrentaban a una «huelga revolucionaria».[52] No obstante, la gran notoriedad de Churchill por ser el director de la *British Gazette* llevó a pensar que su papel en la gestión del conflicto había sido mucho más relevante de lo que realmente fue. No es de extrañar que a sus homólogos laboristas, que lo veían como parte del mismo problema, les pareciera que sus esfuerzos posteriores para solucionar el conflicto del carbón eran sorprendentes.

Churchill, sin embargo, lo veía de un modo totalmente diferente. Advirtió de que, al calificar a Cook de bolchevique y ponerse de parte de los propietarios, se corría el peligro de dar crédito al lenguaje de la lucha de clases. En cambio, escribió a su prima, la marquesa de Londonderry, que era propietaria de una mina: «El deber del Gobierno es adoptar una postura imparcial en interés del Estado y de toda la comunidad».[53] Sin embargo, la tarea de lograr que dos partes «nada razonables» llegaran a un compromiso estaba plagada de dificultades y entrañaba el riesgo de fortalecer la resistencia de una u otra. Lane-Fox tenía razón cuando se quejó de que, al



intentar cumplir este deber, Churchill «trata de encontrar atajos para lograr un acuerdo a través de un país intransitable».[54]

# 6

## Churchill y el Partido Conservador

*Stuart Ball*

Universidad de Leicester

Los partidos han sido la característica fundamental de la política británica desde la década de 1830, y a finales del siglo XIX ya estaban bien consolidados. Toda carrera política se ha de desarrollar dentro de los partidos y a través de ellos; ir demasiado a contracorriente conduce a la marginación, la intrascendencia y, en última instancia, al fracaso. Winston Churchill lo sabía muy bien y es incorrecto considerar que se oponía en cierta manera a la política de partidos o era proclive a desdeñarlos por considerarlos irrelevantes. Sin embargo, existe la opinión común de que Churchill estaba desvinculado de la política de partidos convencional debido a sus cambios de bando (que son en realidad una prueba de la importancia esencial de estos últimos) y a los períodos de disidencia. La tendencia a verlo aisladamente de otros políticos contemporáneos ha perpetuado el mito de que Churchill era un

inconformista, idiosincrático y único, el «elefante renegado» de la política británica.

El resultado es que el aspecto de la vida de Churchill al que menos atención se presta es a su papel en la política partidista y, en particular, a su relación con el Partido Conservador. No cabe duda de que esta atravesó una gran variedad de etapas: crítico dentro del partido, adversario desde fuera del mismo, ministro de alto nivel, rebelde al margen y, por último, líder del partido. Es fácil centrarse demasiado en sus períodos de conflicto con el liderazgo tradicional y exagerar su importancia. En realidad, de los cuarenta y tres años y medio que fue diputado conservador en el Parlamento, solo fue un rebelde durante once años y medio. Incluso si se añaden los veinte años que estuvo fuera del Partido Conservador (y siete años y medio de ellos en coaliciones con los conservadores), el balance sigue siendo que Churchill fue un antagonista del *establishment* conservador durante algo menos de la mitad de su carrera y una personalidad destacada dentro del mismo durante algo más de la mitad de la misma. Cabe recordar que Churchill fue el segundo líder del Partido Conservador que más tiempo estuvo en el cargo en el siglo XX, solo superado por Margaret Thatcher. Además, el liderazgo de Churchill estuvo por lo general exento de discrepancias públicas dentro del Partido Conservador en comparación con la experiencia de otros dirigentes con una larga trayectoria desde 1900, como Arthur Balfour, Stanley Baldwin, Margaret Thatcher y David Cameron.

Otro error de juicio es que se suele presentar a Churchill como un hombre cuyas creencias y principios no eran en realidad conservadores. Lo cierto es que su visión era muy similar a la de la mayoría de los conservadores de su generación, lo que le sitúa en el ala más tradicionalista por su visión de cómo se debía mantener y defender el imperio, pero en el ala más progresista por su disposición a adoptar medidas activas en materia de política social. Trabajó en buena armonía con tres líderes anteriores y contemporáneos del Partido Conservador en el Gabinete de coalición de la posguerra, entre 1918 y 1922; con Baldwin como ministro de Economía entre 1924 y 1929; y con la nueva generación más joven (e igualmente centrista) de Anthony Eden, R. A. Butler y Harold Macmillan después de 1945. Una de las razones de esta falsa

concepción de Churchill es que, durante sus años de formación en las décadas de los ochenta y noventa del siglo XIX, la economía no era la línea divisoria crucial entre los principales partidos: normalmente esta línea se trazaba en relación con cuestiones constitucionales, la política exterior e imperial y asuntos sociales que a menudo tenían una dinámica religiosa.

El conservadurismo de Churchill siempre se basó en su concepción y comprensión propia de la historia y en su orgullo por el papel pasado, presente y futuro de Gran Bretaña en el mundo. Todo ello se fusionaba con la «democracia *tory*» de Benjamin Disraeli y de su padre, lord Randolph Churchill, y con las cuestiones afines de confiar en el pueblo y apoyar reformas pragmáticas para mejorar sus condiciones materiales. En ese sentido, Churchill fue siempre un conservador «One nation» y, en la mayoría de las cuestiones internas, su terreno natural fue el término medio. Esta fue la razón de que no le fuera difícil apoyar las reformas sociales del gobierno liberal de 1905-1915 y de que no le resultara incómodo ejercer el cargo de ministro en este o en las coaliciones de 1915-1922. Fue el otro elemento clave de la visión de Churchill, el mantenimiento de la supremacía de Gran Bretaña como potencia mundial, el que impulsó sus etapas más beligerantes, en las que fue censurado por la izquierda y pareció abrazar el conservadurismo derechista «reaccionario»: la competencia naval con Alemania antes de 1914, el antibolchevismo entre 1919 y 1921, el rechazo a una mayor autonomía de la India entre 1931 y 1935, la insistencia en un mayor rearme en los años treinta y el discurso del «telón de acero» anunciando la guerra fría en 1946. Eran cuestiones en las que creía apasionadamente y por las que estaba dispuesto a asumir riesgos políticos, y son fundamentales para entender a Churchill. Sin embargo, se puede encontrar un reflejo más real de su política interior en el Churchill que se opuso a la reforma arancelaria en 1903-1904 por su posible impacto en el coste de la vida de la clase trabajadora; en el ministro de Economía moderado que introdujo pensiones para las viudas y los huérfanos en su primer presupuesto de 1925; en el primer ministro de una coalición de la que surgió un compromiso histórico con el pleno empleo en 1944; y en el líder conservador que no intentó revocar la mayoría de las medidas internas

adoptadas por el gobierno laborista en la posguerra y que, cuando volvió a ser primer ministro entre 1951 y 1955, evitó todo aquello que pudiera crear división y financió aún más ampliamente el estado de bienestar.

## EL JOVEN REBELDE: 1900-1904

Era natural que Churchill se afiliara al Partido Conservador al comienzo de su carrera, ya que casi todo apuntaba en esa dirección. En primer lugar, era el partido en el que su padre, al que idolatraba, se había convertido en una personalidad conocida tras un ascenso meteórico a principios de los años ochenta del siglo XIX que culminó con su nombramiento como ministro de Economía en 1886. En segundo lugar, muchos miembros del partido simpatizaban con la «democracia *tory*» que había promovido su padre y la organización que este había fundado en 1883 en memoria de Benjamin Disraeli, la Liga Primrose, la organización política popular más grande y activa de Gran Bretaña. En tercer lugar, los conservadores se habían erigido claramente en el partido del imperio, a diferencia del «Little Englandism» del liberalismo gladstoniano. Por último, los conservadores estaban en alza desde mediados de los años noventa del siglo XIX, mientras que los liberales languidecían en la oposición, peleándose por temas que no resultaban atractivos para el romanticismo juvenil de Churchill, como la reforma antialcohólica y la separación entre el Estado y la Iglesia de Inglaterra. La única ambivalencia en la relación de Churchill con el Partido Conservador en esa época fue el legado de la caída de su padre y el papel que tuvo en ella el líder del Partido Conservador, lord Salisbury.

Tras su primer intento fallido de entrar en la Cámara de los Comunes como diputado conservador en las elecciones parciales de Oldham de julio de 1899, la fama de Churchill debido a sus aventuras en la guerra de los bóers, junto con una tendencia favorable a los conservadores, le permitieron obtener ese escaño en las elecciones generales «caqui» de octubre de 1900, que siguieron a las victorias militares en Suráfrica. Ya en el Parlamento,

Churchill hizo notar su presencia por primera vez en relación con la cuestión de la reforma del ejército. Se debía por una parte a devoción filial, ya que la contención del despilfarro en este ámbito había sido el desencadenante de la dimisión de su padre en 1886, y por otra al hecho de que tenía conocimientos sobre el ejército gracias a su breve carrera militar. El legado de conexiones de lord Randolph con los distintos partidos y sus críticas a la política gubernamental animaron a Churchill a defender «el gobierno del medio».[1] Con ello se refería a estar libre tanto del mezquino interés personal de los privilegiados como del peligro de la avaricia de las masas, aunque sus críticas a los defectos del conservadurismo no significaban que rechazara sus valores subyacentes.

En mayo de 1903, la segunda figura más poderosa del gobierno, Joseph Chamberlain, desató un terremoto político al solicitar una «reforma arancelaria»: la introducción de aranceles aduaneros para proteger a la industria británica de la competencia y promover la integración económica del imperio, pero con el corolario de renunciar a la tradicional política del libre comercio y a la importación libre de aranceles de materias primas y alimentos. Cuando empezó la controversia en mayo, el camino emprendido por Churchill no parecía encaminarse hacia la salida del Partido Conservador, aunque ahí fue donde acabó un año más tarde. Churchill formaba parte de un grupo considerable de conservadores que eran partidarios del libre comercio; cincuenta y tres diputados asistieron a la inauguración de la Free Food League el 1 de julio de 1903 y al principio parecían superar en número a los partidarios de la reforma arancelaria.[2] La inercia del conservadurismo, y el hecho de que Joseph Chamberlain, un unionista liberal, siguiera siendo en cierto modo alguien que iba por libre, habrían indicado que la opción «conservadora» elegida por Churchill era la razonable, prudente y conformista. Recibió el apoyo de poderosos miembros del Gabinete (hasta sus ceses y dimisiones en el otoño de 1903), al tiempo que el Tesoro, la City de Londres y la mayor parte de la prensa apoyaron el libre comercio. Al adoptar esta postura, Churchill difícilmente podría haber creído no estar en sintonía con su partido o que podría poner en peligro su posición en él.[3]

Churchill percibió el peligro de adoptar una estrategia pasiva y de

depender de Balfour, que había sucedido a Salisbury como líder del partido y primer ministro en 1902, y en ambos casos tenía razón. Se inclinaba por apoyar un realineamiento de los partidos, una perspectiva que coincidiría con su eterno deseo de barajar las cartas y repartir una nueva mano. El ambiente de crisis y la emoción del cambio siempre cautivaron su imaginación, y confiaba en romper las jerarquías establecidas, lo que daría al talento audaz la oportunidad de aflorar y permitiría que la valentía y la imaginación cosecharan sus justas recompensas. Sin embargo, los conservadores contrarios a la reforma arancelaria no tardaron en convertirse en una minoría acosada, como demostró el deterioro de las relaciones entre Churchill y su asociación conservadora local en Oldham, por lo que solo le quedaban dos opciones: ceder y tragarse humillado sus palabras o unirse a los liberales para seguir defendiendo el libre comercio. Empezó a sentirse distanciado del Partido Conservador; en octubre de 1903 Churchill declaró en el borrador de una carta para su amigo Hugh Cecil, que no envió: «Soy un liberal inglés. Detesto al partido *tory*, a sus hombres, sus palabras y sus métodos», aunque debe entenderse como una muestra de su frustración por la inesperada derrota y de que preparaba una justificación para su marcha.<sup>[4]</sup> La decisión de Churchill de cambiar de bando fue arriesgada, pero no impulsiva. Sus mentores y sus propias opiniones y lecturas reforzaron su creencia en el libre comercio. Lo que le diferenciaba de otros conservadores, incluidos algunos firmes partidarios del libre comercio que no abandonaron el partido, como Hugh Cecil, era que no estaba interesado en la cuestión religiosa de la defensa del anglicanismo frente al inconformismo. Dado que las posibilidades de acción y las oportunidades iban en otra dirección, había poco que le uniera a un partido que había abandonado a su padre cuando este también había defendido unas finanzas saneadas en 1886.

## LIBERAL Y COALICIONISTA: 1904-1922

Una característica constante de Churchill era que concentraba toda su energía

e imaginación en el cargo o la tarea que tuviera entre manos, y eso fue lo que ocurrió en la etapa liberal de su carrera, que duró dos decenios. En el Gabinete de antes de la guerra, fue primero un eficaz socio menor de Lloyd George en la aplicación de una reforma social radical, y después, desde 1911, fue responsable de la marina en el momento álgido del desafío alemán. Inevitablemente, Churchill se enfrentó a menudo con los conservadores en los debates en la Cámara de los Comunes y también fue un destacado portavoz del gobierno en reuniones públicas. Los cinco años previos al estallido de la primera guerra mundial en 1914 fueron un período de divisiones extraordinariamente profundas y enconadas entre los principales partidos en el gobierno y la oposición, y los ánimos estaban caldeados. Aunque la hostilidad de los conservadores se centraba aún más en Herbert Asquith y Lloyd George, las combativas aportaciones de Churchill durante las controversias sobre el «Presupuesto del Pueblo» en 1909-1910, los poderes de la Cámara de los Lores en 1910-1911 y la autonomía de Irlanda en 1912-1914 acrecentaron la animadversión de los conservadores hacia él.

Sin embargo, esta no fue la única razón, ni siquiera la principal, de que los conservadores insistieran en su salida del Almirantazgo cuando se incorporaron al gobierno de coalición de Asquith en mayo de 1915. Más bien se trató de la convicción de que Churchill se estaba extralimitando en sus atribuciones ministeriales al interferir en las decisiones operativas de la guerra naval; esto había provocado la dimisión del primer lord del Mar, el almirante lord Fisher, lo que, a su vez, había ocasionado la formación de la coalición. Churchill siguió siendo ministro, pero en un cargo secundario (canciller del ducado de Lancaster) que le apartó de la dirección de la guerra, y dimitió en noviembre de 1915. Muchos, incluido él mismo, creían que su carrera política estaba acabada.<sup>[5]</sup>

Paradójicamente, su carrera se reactivó debido a la división que causó en el Partido Liberal la destitución de Asquith como primer ministro y su sustitución por Lloyd George en diciembre de 1916. La nueva coalición recibió el apoyo de todo el Partido Conservador, pero solo de aproximadamente la mitad de los diputados liberales y de muy pocas de sus personalidades más destacadas. Lloyd George necesitaba ministros liberales



creíbles y eficaces, y Churchill era el más prominente de los que estaban disponibles. Sin embargo, la oposición de los conservadores obligó a Lloyd George a esperar hasta que su posición fue más fuerte en julio de 1917.[6] Incluso entonces, la vehemencia de las objeciones de los conservadores al nombramiento de Churchill como ministro de Municiones sacudió al gobierno.[7] Durante los cinco años siguientes, la eficacia de Churchill en este cargo y en sus dos puestos sucesivos, como responsable del ejército y de la fuerza aérea (desde enero de 1919) y como ministro de las Colonias (desde febrero de 1921), contribuyó en buena medida a restaurar su reputación de competencia, aunque las dudas sobre su capacidad de juicio persistieron. Para 1922 era una de las figuras más destacadas de la coalición y ya no dependía tanto de Lloyd George, tras haber establecido estrechos vínculos con los principales conservadores: Balfour, Austen Chamberlain y su amigo íntimo y alma gemela, F. E. Smith, por entonces lord Birkenhead.

#### REGRESO AL PARTIDO CONSERVADOR Y MINISTRO DE ECONOMÍA: 1922-1929

Cuando la coalición de Lloyd George fue derrocada en octubre de 1922, se produjo la segunda de las aparentes caídas de Churchill, ya que no solo perdió el cargo ministerial, sino también el escaño en la Cámara de los Comunes. Churchill se presentó por última vez con el Partido Liberal en las elecciones generales de diciembre de 1923, principalmente porque el nuevo líder del Partido Conservador, Stanley Baldwin, estaba buscando un mandato para introducir la reforma arancelaria, a la que Churchill seguía oponiéndose. Fue derrotado en la circunscripción de Leicester Oeste, en su mayoría de clase trabajadora, por el candidato laborista, aunque a escala nacional los conservadores perdieron la mayoría de gobierno. Cuando en enero de 1924 la cúpula del Partido Liberal decidió apoyar la instauración de un gobierno laborista en minoría, Churchill rompió sus últimos vínculos con el Partido Liberal. Desde 1918, su tema dominante había sido el antisocialismo, expresado como una vehemente oposición al bolchevismo en Rusia y a los

avances del Partido Laborista dentro del país, y fue esto lo que le llevó de manera natural de vuelta al Partido Conservador.[8] Aunque persistía la diferencia de opinión sobre el libre comercio frente al proteccionismo, la mayoría de los conservadores, incluido Baldwin, celebraron su regreso, tanto por ser un activo en sí mismo como por ser un símbolo del moderado reconocimiento por parte de los liberales de que el Partido Conservador era en ese momento el único defensor eficaz de la propiedad, la estabilidad social y la Constitución.

Ya solo faltaba organizar los detalles de la vuelta de Churchill al redil conservador, pero una vez más su impaciencia causó problemas. En marzo de 1924 se apresuró a concurrir a las elecciones parciales por la circunscripción conservadora de Westminster Abbey, presentándose como un «antisocialista independiente». Sin embargo, aunque se aseguró un considerable apoyo de los conservadores, tanto localmente como entre los diputados, la agrupación conservadora del distrito nombró a un candidato oficial y la conducta de Churchill causó división.[9] En realidad, los resultados fueron los mejores para las perspectivas a largo plazo de Churchill: su segunda posición por un estrecho margen, a solo cuarenta y tres votos del candidato oficial conservador, mostró su dinamismo y popularidad sin perjudicar al partido. En septiembre de 1924, la agrupación conservadora de la circunscripción suburbana (pero segura) de Epping, en el condado de Essex, eligió a Churchill como su candidato, aunque en las elecciones generales, que se celebraron un mes más tarde tras la caída del primer gobierno laborista, se presentó como «constitucional y antisocialista». En esta ocasión sí contó con el pleno apoyo de los conservadores y fue elegido con una cómoda mayoría de 9.763 votos. Mantendría este escaño (y el de Woodford, su sucesor) durante los cuarenta años restantes de su carrera parlamentaria. No obstante, solo se reincorporó oficialmente el Partido Conservador después de las elecciones.

La razón de que lo hiciera de inmediato fue que Baldwin, que había logrado una arrolladora victoria, nombró a Churchill ministro de Economía. Pese a la conmoción que causó a algunos conservadores, colocar a Churchill en el Tesoro tenía varias ventajas. Sus amplias responsabilidades le

mantendrían totalmente ocupado, pero sin estar en contacto directo con los sindicatos, donde su beligerancia habría ido en contra del principal objetivo de Baldwin: promover la paz y la armonía en la industria. Más controvertido dentro del partido fue el hecho de poner a cargo de la política económica a un partidario del libre comercio como Churchill, lo que recalca el compromiso que Baldwin había hecho durante la campaña electoral de 1924 de que no se propondría el proteccionismo en el próximo Parlamento. Churchill seguía estando convencido de que no debía haber «ningún cambio fundamental en nuestro sistema fiscal en vigor»,<sup>[10]</sup> pese a la creciente intranquilidad entre los diputados conservadores sin cartera en el último período de gobierno, en 1927-1929. Sin embargo, la principal reserva de los conservadores respecto a Churchill se debía a su pasado más reciente como figura destacada en la coalición de Lloyd George de 1918-1922. Había continuas sospechas de que Churchill, junto con el resto de los líderes conservadores que habían apoyado continuar en la coalición, deseaba resucitarla e intrigaba para conseguirlo.<sup>[11]</sup> En realidad, Churchill estaba agradecido por su ascenso, se encontraba cómodo con la estrategia centrista de Baldwin y era leal al primer ministro. Sin embargo, nunca fue el segundo en la dirección del Partido Conservador ni el sucesor más probable de Baldwin, ya que no contaba con la confianza de los diputados conservadores para ocupar dicho cargo.

Churchill colaboró estrechamente con Baldwin, fue un miembro constructivo del Gabinete y un eficaz orador en la Cámara de los Comunes, a la que los diputados acudían en masa para oírle hablar. Sus presupuestos se solían considerar acertados y el ingenio de sus malabarismos financieros suscitaba admiración. Sin embargo, no fue capaz de cumplir dos de los principales objetivos del gobierno: reducir el gasto y con ello la fiscalidad, y reducir el desempleo, que se mantenía en torno a 1.250.000 personas y parecía imposible de resolver. El éxito más popular de Churchill fue su primer presupuesto de abril de 1925, cuando amplió el sistema de pensiones del estado para incluir a las viudas y los huérfanos.<sup>[12]</sup> La principal iniciativa de Churchill en los últimos años de gobierno fue un plan de «reducción de impuestos» para aligerar a la industria y la agricultura de la carga de los impuestos municipales, un plan que concibió conjuntamente con la otra

personalidad más activa del Gabinete, Neville Chamberlain.[13] Se trataba de una medida compleja que era difícil que generara entusiasmo entre la población y que llegó demasiado tarde como para tener algún efecto en el desempleo antes de las elecciones generales de mayo de 1929. Tras una campaña aburrida, los conservadores perdieron y los sustituyó un gobierno laborista en minoría por segunda vez.

#### LA INDIA, EL APACIGUAMIENTO Y EL CAMINO HACIA LA PRESIDENCIA DEL GOBIERNO: 1930-1940

Churchill no volvería a ocupar un cargo ministerial en más de una década, un período que describió como sus «años en el desierto». Sin embargo, al principio no fue así y continuó siendo miembro del gobierno en la sombra hasta enero de 1931. En el verano de 1929 era una figura respetada dentro de la jefatura, aunque en general se consideraba que su carrera estaba en declive. Churchill fue menos eficaz como orador mientras estuvo en la oposición en la Cámara de los Comunes entre 1929 y 1930[14] y su posición en el partido perdió peso por dos razones. La primera de ellas fue el sentimiento creciente entre los parlamentarios conservadores de que el liderazgo del partido necesitaba una inyección de talento más joven. A Churchill se le solía identificar como un miembro de la «vieja banda» y, para finales de 1930, las presiones en contra de que esta volviera al gobierno eran considerables. El segundo factor fue la renovada agitación dentro del partido para que se adoptara una política económica proteccionista; esto dejó a Churchill aislado y muchos le vieron como un obstáculo. En realidad, su compromiso con el libre comercio ya se estaba desvaneciendo incluso antes de que el impacto de la Gran Depresión disparara los niveles de desempleo durante 1930 y 1931. Cabe destacar que cuando en octubre de 1930 Baldwin adoptó una política proteccionista sin restricciones, Churchill la aceptó de mala gana y no dimitió del gobierno en la sombra, aunque todos habían supuesto que lo haría.[15]

La ruptura se produjo algunos meses más tarde y por otra cuestión: la India. En septiembre de 1930, Churchill le había dicho a Baldwin que le

preocupaba «más este asunto que ninguna otra cosa de la vida pública».[16] Se opuso rotundamente al criterio que había adoptado Baldwin de apoyar la descentralizadora Declaración de Irwin de noviembre de 1929 y colaborar con el gobierno laborista para elaborar un programa de reformas políticas moderadas en la India.[17] Tras el beneplácito de Baldwin a los resultados de la primera ronda de conferencias sobre la India, Churchill dimitió el 27 de enero de 1931 del gobierno en la sombra.[18] Durante los cuatro años y medio siguientes, la India fue un tema prioritario para Churchill y eclipsó sus primeras advertencias sobre la defensa en 1932. La apasionada y desafortunada campaña de Churchill sobre la India se vio entorpecida por una serie de errores de juicio y algunos fallos en los debates,[19] sobre todo su fallida acusación en abril de 1934 de que el ministro para la India, sir Samuel Hoare, había influido indebidamente a la Cámara de Comercio de Mánchester para que alterara las pruebas presentadas al Comité Conjunto de Investigación del Parlamento que estaba examinando laboriosamente las reformas propuestas por el gobierno.[20] La acusación de Churchill tenía cierto fundamento, pero no pudo presentar ninguna prueba concluyente; cuando el Comité de Privilegios falló en su contra en junio de 1934, las denuncias de Churchill solo sirvieron para dañar su propia reputación. La minoría de los diputados conservadores «intransigentes» que se oponían a la política sobre la India estaban poco dispuestos a que se los identificara con él, mientras que los sectores centristas e izquierdista del partido le consideraban un reaccionario alarmista.[21] También se sospechaba ampliamente que Churchill estaba usando la India como un medio para hacer caer a Baldwin y disolver el gobierno, pero esto último era algo que prácticamente ningún conservador quería, ya que consideraban que el Gobierno Nacional multipartidista, que se había formado durante la crisis financiera de agosto de 1931, era vital para la estabilidad y la recuperación económica.

La campaña sobre la India dejó a Churchill ampliamente desacreditado y solo contaba con el apoyo de un puñado de diputados conservadores. Sin embargo, sus advertencias sobre la necesidad de un rearme fueron devolviéndole poco a poco parte de su influencia y su prestigio, sobre todo después de 1935, cuando los alardes de Hitler sobre el tamaño de la fuerza

aérea alemana parecieron corroborar las críticas de Churchill y revelar la pasividad del gobierno.[22] El lenguaje empleado por Churchill para hablar de defensa y de política exterior en los años treinta nunca fue tan áspero como en sus denuncias sobre la India y sus discursos se basaron mucho más en datos objetivos, a menudo exactos y bien documentados. En el otoño de 1935, emprendió el regreso a la corriente dominante del partido, elogiando y apoyando a Baldwin, sobre todo durante las elecciones generales que se celebraron en noviembre.[23] Abrigaba la esperanza de volver a ocupar un cargo, por lo que durante algún tiempo moderó sus críticas en público. Churchill volvió a juzgar erróneamente la opinión de los conservadores durante la crisis de abdicación de diciembre de 1936, cuando su romántico apoyo al acosado Eduardo VIII se volvió a interpretar como un intento de derribar a Baldwin y desplazar al gobierno, y vivió uno de los peores momentos al ser abucheado por los diputados cuando intentó hablar en un crucial debate el 7 de diciembre de 1936.[24] Sin embargo, tras la abdicación del rey, la tempestad amainó tan rápidamente como había arreciado, y Churchill recuperó en buena medida su prestigio gracias a algunos discursos más meditados sobre la defensa que pronunció en los meses siguientes.[25]

Tras retirarse Baldwin en mayo de 1937, se reconoció la posición de Churchill como figura destacada del Partido Conservador cuando secundó la elección de Neville Chamberlain como nuevo líder del partido. Solo hubo una remodelación ministerial menor y no se ofreció ningún puesto a Churchill, ya que Chamberlain consideraba que su inclusión enviaría a Hitler una señal de confrontación perjudicial y reduciría las probabilidades de lograr una resolución pacífica de las reclamaciones de los alemanes. La decidida búsqueda por parte de Chamberlain de la paz en Europa mediante una política activa de «apaciguamiento» gozó de un amplio apoyo dentro del Partido Conservador a todos los niveles, así como entre una población que temía los horrores de otra guerra. Al mismo tiempo, el pequeño grupo de diputados conservadores que criticaron cautelosamente el apaciguamiento eran en su mayoría jóvenes del ala izquierda del partido que se mostraban remisos a que se les asociara con Churchill y admiraban al glamoroso ex ministro de Asuntos Exteriores, Anthony Eden.[26] El período en el que Churchill estuvo

más aislado dentro del Partido Conservador fue durante los seis meses siguientes a la firma de los acuerdos de Múnich en octubre de 1938, una época en la que tuvo que hacer frente a algunos desafíos dentro de su agrupación conservadora local, aunque pudo contenerlos gracias al respaldo de su presidente.[27]

La tendencia se empezó a invertir después de que Hitler rompiera los acuerdos de Múnich ocupando la parte checa de Checoslovaquia, sin previo aviso, en marzo de 1939. De este modo se inició un proceso que consistió en desacreditar a Chamberlain y reivindicar a Churchill, una tendencia que se mantendría durante el año siguiente. Sin embargo, una campaña de prensa en el verano de 1939 a favor de la inclusión de Churchill en el Gabinete se vio como otro intento por su parte de forzar su inclusión y Chamberlain pudo resistirse hasta el fracaso definitivo del apaciguamiento, confirmado por la invasión alemana de Polonia que condujo al estallido de la guerra el 3 de septiembre de 1939. Ese mismo día, Chamberlain le ofreció a Churchill el cargo de primer lord del Almirantazgo y un puesto en el Gabinete de Guerra. Durante los ocho meses siguientes, la reputación de Churchill aumentó y, en muchos aspectos, su postura fue independiente de la del resto del gobierno. La energía y la determinación de Churchill era evidente tanto en los mensajes radiofónicos como en los discursos ante la Cámara de los Comunes, que contrastaban mucho con las intervenciones a menudo nada inspiradoras de Chamberlain. Sin embargo, un rasgo crucial de la conducta de Churchill durante su período en el gobierno de Chamberlain fue su visible lealtad al primer ministro, lo que, junto a su eficacia, atenuó las dudas de los diputados conservadores.

Churchill reafirmó su lealtad en el discurso que pronunció durante los debates parlamentarios celebrados el 7 y el 8 de mayo de 1940, tras el fracaso a la hora de impedir la ocupación alemana de Noruega. La preocupación por la autocomplacencia y la falta de iniciativa de Chamberlain y las principales figuras del Gabinete de antes de la guerra se materializó en la rebelión y la abstención de unos ochenta diputados y, aunque Chamberlain ganó la votación por 281 votos a 200, esta importante pérdida de apoyos debilitó gravemente su posición. Ante la situación de crisis, se consideró esencial

formar una coalición de todos los partidos, pero el Partido Laborista se negó a participar mientras fuera primer ministro Chamberlain: fue esto, y no ninguna acción u omisión de Churchill, lo que obligó a Chamberlain a dimitir. El único sucesor posible, aparte de Churchill, era el ministro de Asuntos Exteriores, lord Halifax, que sin duda contaba con muchos más apoyos entre los diputados conservadores y en cierto modo era más aceptable para el Partido Laborista. Sin embargo, como primer ministro en la Cámara de los Lores, Halifax habría dependido por completo de Churchill para liderar la Cámara de los Comunes. En una crucial reunión con Chamberlain y Halifax en el número 10 de Downing Street el 9 de mayo, Churchill guardó silencio cuando Chamberlain le preguntó si estaba dispuesto a servir a las órdenes de Halifax, tras lo cual este último se retiró. Al día siguiente, mientras Alemania lanzaba su ofensiva contra los Países Bajos, Bélgica y Francia, Churchill tomó posesión como primer ministro de un gobierno que incluía a miembros de los Partidos Laborista y Liberal de la oposición.

#### LÍDER DEL PARTIDO CONSERVADOR DURANTE LA GUERRA: 1940-1945

Aunque Churchill había satisfecho su ambición de convertirse en primer ministro, Chamberlain continuó siendo el líder del Partido Conservador y siguió contando con el firme apoyo de la mayoría de los parlamentarios conservadores, como demostraron visiblemente cuando la Cámara de los Comunes se reunió el 13 de mayo. Churchill era muy consciente de esta realidad política y nada más asumir el cargo había escrito a Chamberlain reconociendo que «en gran medida estoy en sus manos».[28] Los dos hombres habían trabajado bien juntos durante los meses anteriores y Churchill tenía constancia de la competencia administrativa de Chamberlain; fue esto, así como la necesidad política, lo que hizo que Churchill encomendara a Chamberlain la función esencial de coordinar el frente interno mientras él se centraban en la conducción de la guerra y las relaciones diplomáticas, sobre todo con Estados Unidos. No hubo ninguna purga de los partidarios de Chamberlain en el gobierno y solo se excluyó a un reducido



número de ministros desacreditados o con poco peso, más para crear espacio para los líderes laboristas y liberales entrantes que para los churchillianos «contrarios al apaciguamiento». Hasta finales de 1940 Churchill no logró convencer a Halifax para que fuera embajador en Estados Unidos y así poder nombrar a Eden ministro de Asuntos Exteriores. Sin embargo, para entonces se había producido un cambio relevante y totalmente inesperado. En mayo, Chamberlain estaba sano y en forma, y parecía probable que siguiera siendo el líder conservador mientras durara la guerra, si no durante más tiempo, pero en el verano enfermó de lo que resultó ser un cáncer terminal; a finales de septiembre abandonó el gobierno y la dirección del partido, y murió el 9 de noviembre. Churchill era muy consciente de los problemas con que se había encontrado Lloyd George después de 1918 al ser un primer ministro sin partido y, pese a la oposición de su esposa Clementine, no tuvo ninguna intención de permitir que algún otro ejerciera el poderoso cargo de líder de los conservadores. Para entonces, el liderazgo de Churchill durante la capitulación de Francia y la batalla de Inglaterra ya había consolidado su preeminencia y el 9 de octubre de 1940 fue elegido oficialmente líder del Partido Conservador[29] sin ninguna oposición, aunque es cierto que aún había muchos diputados conservadores que albergaban dudas sobre su capacidad de juicio y sus métodos, y detestaban a su entorno.

Se suele afirmar que Churchill descuidó su función de líder del Partido Conservador durante la segunda guerra mundial, pero esto solo es parcialmente cierto. Sin duda, sus prioridades fueron siempre la dirección de la guerra y el mantenimiento de la unidad nacional: «Temo que las mentes se distraigan del esfuerzo de guerra», escribió como respuesta al manifiesto del Comité de Reforma *tory* en 1943.[30] Sin embargo, este era también el estado de ánimo de la nación, y la inactividad del Partido Conservador en la mayoría de las circunscripciones electorales durante el momento álgido de la guerra, entre 1940 y 1944, se debió principalmente a las actitudes de sus miembros. La decadencia del partido no fue una consecuencia de la falta de interés de Churchill, algo que también se ha exagerado: Churchill participó en dos de las cinco reuniones del Consejo Central que se celebraron mientras era líder durante la guerra, una cifra superior al número de veces que Baldwin o

Chamberlain lo hicieron antes que él, y también intervino en la segunda de las dos conferencias del partido, celebrada en marzo de 1945. Churchill delegó la supervisión de los asuntos del partido en gestores competentes y, crucialmente, mantuvo en estos puestos a personalidades con una larga experiencia que habían servido con lealtad a Chamberlain. También se aseguró de mantenerse informado de la opinión de los parlamentarios conservadores.[31] Aunque Churchill no se involucró en los pormenores de las políticas para la posguerra que estaba elaborando un comité del partido y delegó la supervisión de este proceso en el *chief whip* (jefe de disciplina) y el presidente del comité, R. A. Butler, no se publicaba nada sin que hubiera dado su aprobación. Desde el principio de su liderazgo en octubre de 1940, Churchill había reconocido que «es importante que siga existiendo el marco de la organización, listo para recomenzar cuando llegue el momento».[32] Cuando la guerra empezó a tocar a su fin en 1944-1945, se interesó de forma más activa, aunque siguió delegando los detalles y la aplicación en sus subordinados. Ralph Assheton, el presidente del partido desde 1944 hasta 1946, declaró más tarde que, durante los últimos meses previos a las elecciones generales de 1945, «Churchill mostró un gran interés personal por cada fase [...] Lo vi quizá más de lo que algunos de mis predecesores habían visto a su líder».[33]

Al terminar la guerra en Europa en mayo de 1945, los Partidos Laborista y Liberal se retiraron de la coalición, algo que Churchill lamentó mucho, y en las siguientes elecciones generales el Partido Laborista obtuvo una victoria arrolladora, mientras que los conservadores y sus aliados solo consiguieron 210 diputados. Los resultados de las elecciones de 1945 se debieron a los cambios en la opinión pública que se había producido principalmente entre 1940 y 1942, cuando se culpó *a posteriori* a los conservadores de los problemas internos y externos de los años treinta. Poco pudo hacer Churchill para contrarrestar esta tendencia, pero aunque es casi seguro que los conservadores habrían perdido de todas formas, es posible que dos acciones de Churchill contribuyeran al proceso. La primera, en la que coincidía con la mayoría de los diputados conservadores, fue mostrarse cauto ante las reformas del sistema de bienestar social que proponía el Informe Beveridge

de 1942, debido a las dudas que suscitaba su financiación. Sin embargo, las reformas eran muy populares entre la población y el Partido Laborista las apoyó con entusiasmo. La segunda fue mucho menos importante, ya que se produjo durante la campaña electoral, momento en el que las actitudes públicas ya estaban básicamente definidas. Se trataba del primer mensaje radiofónico de Churchill durante la campaña, el 4 de junio de 1945, en el que insinuó que un gobierno socialista tendría que controlar a la opinión pública por medio de «una suerte de Gestapo»; esta afirmación, junto con otros ataques antisocialistas de Churchill a sus recientes colegas en el Gabinete, pareció desmesurada y no estaba en sintonía con la opinión pública.[34]

#### LÍDER DEL PARTIDO CONSERVADOR EN TIEMPOS DE PAZ: 1945-1955

A Churchill le sorprendió y disgustó ser rechazado en las urnas, pero no tardó en decidir que continuaría siendo el líder del partido para tratar de invertir la tendencia. Muchos, incluida su esposa, habrían preferido que se jubilara, pero era políticamente imposible obligarle a marcharse, sobre todo en un momento en que los conservadores estaban indignados por la ingratitud de los electores hacia el salvador en la guerra. En general, no se le achacó la culpa de la derrota, que se entendió principalmente como un juicio sobre sus predecesores. El mandato de Churchill como líder de la oposición durante los gobiernos laboristas de 1945-1951 ha suscitado a menudo críticas, al entenderse que la recuperación del Partido Conservador durante dicho período le debió poco a su líder, quien, más que ayudar, obstaculizó el proceso. Las críticas se han centrado en tres cuestiones: sus ausencias de la Cámara de los Comunes, su desinterés por la revisión de las políticas y sus imprudentes discursos durante los debates. En el primer caso, es cierto que las ausencias de Churchill entre 1945 y 1946, cuando descansó, viajó y empezó a trabajar en sus memorias sobre la guerra, suscitaron preocupación. Sin embargo, se produjeron al comienzo de la legislatura, cuando una mayor actividad opositora no habría tenido ningún efecto e incluso podría haber sido contraproducente. A partir de la primavera de 1946, Churchill empezó a

atacar al gobierno laborista por el desabastecimiento, la reducción de las raciones y la mala gestión, asociando estos problemas a la nacionalización de industrias. En realidad, durante todo el período que estuvo en la oposición, Churchill intervino en la mayoría de los debates importantes que se celebraron en el Parlamento, participó en las conferencias anuales del partido y habló en varias reuniones públicas y actos de masas. Controló la estrategia general y delegó en otros los pormenores y las cuestiones rutinarias; según dijo en la conferencia del partido de 1946, «en tanto que líder [...] mi deber es tener una visión amplia y a largo plazo».[35]

La idea que tenía Churchill de una estrategia de oposición consistía en criticar al gobierno siempre que fuera posible pero asumiendo que el respaldo público no se erosionaría hasta que no hubiera fracasos visibles, siguiendo el axioma de que son los gobiernos los que pierden las elecciones y no la oposición quien las gana. Esta estrategia de esperar el momento oportuno no contaba con la aprobación de sus colegas más jóvenes, que querían renovar la imagen de antes de la guerra del partido y adaptar su postura a las reformas que estaban introduciendo los laboristas. Pese a no estar convencido, y a que le preocupara dar posibles rehenes a la fortuna demasiado pronto durante la legislatura, tras la conferencia del partido celebrada en 1946 Churchill cedió a las presiones para que se elaborara una declaración política y nombró a Butler para presidir el comité que redactó la Carta industrial en mayo de 1947. En las memorias de Reginald Maudling, que participó en la redacción de su discurso como líder para la conferencia del partido de 1947, se cuenta que cuando Churchill leyó el párrafo que resumía la carta, su respuesta fue: «Pero si no estoy de acuerdo con una sola palabra de lo que aquí se dice».[36] Sin embargo, lo importante es que, pese a estas reservas, Churchill admitió que la declaración era necesaria y la apoyó públicamente, al igual que las demás «cartas» que siguieron. Este es un ejemplo de uno de sus puntos fuertes durante este período: nombrar a personas competentes y eficaces para que desempeñaran funciones en ámbitos clave y brindarles su apoyo. Butler fue decisivo en la revisión de las políticas, al ser el presidente del resucitado Departamento de Investigación del Partido Conservador y del nuevo Comité Consultivo sobre Políticas y Formación Política, en el que Eden y Harold

Macmillan desempeñaron una función importante. En julio de 1946, Churchill nombró presidente del partido al eficiente y popular lord Woolton, y durante los cinco años siguientes, el «tío Fred» revitalizó la organización y recaudó grandes cantidades de fondos. Su insistencia en incluir algunas enmiendas en el informe de un comité que estaba revisando la organización del partido para impedir posibles intromisiones que afectaran a la autoridad y la libertad de acción del líder del partido ilustra que el papel de Churchill no fue un papel pasivo o de indiferencia.

La crítica a la imprudencia de sus discursos y sus errores tácticos también está fundamentada, pero se basa en relativamente pocos ejemplos, de los que los más significativos están relacionados con el nuevo sistema de salud en 1946 y 1949. Sin embargo, aunque Churchill solía utilizar un lenguaje rico y muy eficaz para atacar al gobierno, se mostraba muy precavido a la hora de asumir compromisos concretos. Uno de los pocos que contrajo lo hizo, una vez más, como respuesta a las presiones de las bases del partido, cuando Churchill aceptó una resolución aprobada de manera entusiasta en la conferencia del partido de 1950 en la que se fijaba el objetivo de construir 300.000 casas nuevas al año. Lo más importante fue que, bajo el liderazgo de Churchill, los conservadores habían mantenido una posición moderada, desplazándose hacia el centro político en lugar de alejarse de él.[37] En realidad, el motivo principal de la recuperación de los conservadores fue la impopularidad de las medidas de austeridad que aplicó el gobierno, lo que hizo que el Partido Conservador recuperara a votantes de clase media y mujeres a los que había perdido en 1945.[38] Los conservadores lograron un importante avance en las elecciones generales de febrero de 1950, cuando ganaron 88 escaños, lo que hizo que el gobierno laborista se mantuviera pero con una mayoría en la Cámara de los Comunes de solos seis diputados. La situación era insostenible y cuando se celebraron las siguientes elecciones, en octubre de 1951, una rotación de escaños menor permitió a Churchill volver a ser primer ministro con una mayoría estrecha pero viable de diecisiete diputados.

Aunque el segundo mandato de Churchill como primer ministro entre 1951 y 1955 transcurrió en tiempos de paz y en el marco de una competencia

partidista normal, en la mayoría de las informaciones el Partido Conservador parece desaparecer de la vista casi tanto como durante la guerra. La prioridad de Churchill fue el ámbito internacional, donde esperaba utilizar su prestigio para mitigar las peligrosas tensiones de la guerra fría celebrando una cumbre. Aunque, como ocurrió durante la guerra, fueron otros ministros quienes se ocuparon principalmente de los asuntos nacionales, Churchill había vuelto a formar un equipo eficaz. Las decisiones adoptadas siempre tendieron a la moderación; solo se anularon las nacionalizaciones laboristas más controvertidas, el transporte por carretera y la industria siderúrgica, al tiempo que se financió el estado de bienestar aún en mayor medida que antes, y Churchill se opuso a un polémico plan para flotar la libra esterlina debido a que le preocupaba su posible impacto tanto en los precios como en el empleo. Pese a que en el Gabinete había preocupación por la salud y la capacidad de Churchill, y cada vez más frustración por los continuos aplazamientos de la jubilación que había prometido, poco de ello trascendió al público. Pronunció importantes discursos en ocasiones clave y, tras sufrir una grave apoplejía en junio de 1953, experimentó una extraordinaria recuperación durante el receso estival y se anotó un triunfo con su discurso como líder en la conferencia del Partido Conservador celebrada en octubre, donde también pronunció otra alocución enérgica y eficaz al año siguiente. Churchill, convertido en un personaje benévolo y paternalista, presidió un gobierno que eliminó los molestos controles de la guerra y puso fin al racionamiento, con bajos niveles de desempleo y una mejoría del nivel de vida. Cuando por fin cedió el puesto a Eden en abril de 1955, el Partido Conservador contaba con más de dos millones de afiliados, estaba bien organizado, disponía de suficientes recursos tanto a escala local como nacional, se mantenía unido y con la moral alta, y lideraba los sondeos de opinión. Pocos líderes de un partido han transmitido un legado tan propicio a su sucesor y no es de sorprender que Eden convocara de inmediato unas elecciones generales en el mes de mayo, en las que los conservadores aumentaron su mayoría, en este caso hasta los sesenta escaños.

## CONCLUSIÓN

Este capítulo sostiene que Churchill estuvo más cerca de la opinión conservadora tradicional de lo que se suele reconocer. Esta afirmación no solo se aplica a los años veinte y a su mandato como líder del partido desde 1940 hasta 1955, sino también en gran medida a los años treinta, cuando apoyó al Gobierno Nacional en casi todos los ámbitos de la política interior. Cuando disentía (sobre la India, el rearme y el apaciguamiento), sus puntos de vista y sus reservas eran compartidos por muchos conservadores, aunque recelaran de sus motivos y de su criterio y, por tanto, no le consideraran un líder del partido adecuado. Cuando Churchill asumió este cargo durante los años de la guerra, ejerció el tipo de liderazgo nacional patriótico y unificador que quería el Partido Conservador, y optó por evitar el partidismo, lo que coincidía con la opinión conservadora que imperaba en ese momento. Después de 1945, Churchill fue un líder del partido en la oposición más eficaz de lo que se suele admitir: mantuvo la unidad, creó un halo de prestigio que permitió al partido revalorizarse y recuperarse, y lideró eficazmente desde la corriente principal. Como primer ministro entre 1951 y 1955, logró asegurar el centro para los conservadores, manteniendo un enfoque pragmático y flexible, y es indudable que su política interior, prudente y exenta de polémicas, fue satisfactoria y popular tanto dentro del partido que lideraba como entre la población en general.

Churchill fue, sin lugar a dudas, una de las fuerzas motrices y uno de los mayores personajes de su época, pero no fue un fenómeno único. Entre 1906 y 1940, figuró entre las veinte o treinta personalidades más relevantes de la política británica, unas veces en primera línea y otras, en los márgenes. Sus logros políticos fueron considerables incluso ya antes de 1939 y mucho más importantes que los de su padre; fue ministro de Economía durante un mandato completo y, si se exceptúa a Neville Chamberlain, fue la persona que más tiempo ocupó ese alto cargo entre 1915 y 1974. La relevancia nacional y mundial de la contribución de Churchill a la victoria en la segunda guerra mundial fue lo que elevó su prestigio por encima del de cualquier otro

político británico del siglo XX. Sin embargo, el reconocimiento del papel crucial que desempeñó no debe impedir evaluar el historial en materia de política interior de Churchill de la misma forma que el de otros dirigentes políticos y líderes de partidos, entre otras cosas porque sale bastante bien parado en ese tipo de comparaciones.



# 7

## Churchill y las mujeres

*Paul Addison*

Universidad de Edimburgo

Churchill debió mucho a las tres mujeres más importantes de su vida: su niñera la señora Everest, su madre lady Randolph Churchill y su esposa Clementine. Ni misógino ni mujeriego, disfrutaba de la compañía de las mujeres en sociedad, se deleitaba con la belleza femenina y tenía en gran estima el trabajo de las secretarias que organizaban su carrera literaria y política. Sin embargo, durante su juventud interiorizó los valores de un mundo dominado por los hombres en el que aún se excluía a las mujeres de la política, lo que le llevó a una actitud ambivalente hacia el sufragio femenino. El papel que desempeñaron en la segunda guerra mundial las mujeres, en particular sus propias hijas, fue lo que le llevó a revisar sus opiniones, aunque solo hasta cierto punto.

Durante la juventud de Churchill, las convenciones sociales estipulaban que las mujeres estaban destinadas por naturaleza al ámbito doméstico del hogar y de la familia, mientras que el espacio público de la política y el

gobierno quedaba reservado para los hombres. En la práctica, las mujeres desempeñaron un papel importante en la vida pública, pero principalmente como esposas e hijas que apoyaban a sus maridos y padres, o como militantes de base del partido que ayudaban a movilizar el voto masculino a favor de políticos varones. Su influencia era indirecta. No tenían derecho a voto ni podían presentarse como candidatas al Parlamento. En el transcurso de la vida de Churchill esta distinción entre la esfera privada y la pública empezó a desmoronarse. La masiva movilización de las mujeres en las dos guerras mundiales, la concesión del derecho a voto a las mujeres, la incorporación de la mujer a la política y su acceso a las profesiones empezó a socavar la vieja ortodoxia. Puesto que la supremacía masculina nunca corrió un grave peligro, Churchill, al igual que la mayoría de los políticos varones de la época, pudo permitirse considerar que las «cuestiones relativas a las mujeres» eran marginales. Cuando surgieron, sus respuestas fueron variadas. En ningún caso se le podría describir como feminista, aunque se ha aducido que fue un «feminista durante la guerra» entre 1939 y 1945.[1] El único hecho indiscutible es que le debía mucho a la ayuda del sexo opuesto, comenzando por las tres mujeres más importantes de su vida: su madre lady Randolph Churchill, su niñera la señora Elizabeth Everest y su esposa Clementine.

## LA NIÑERA, LA MADRE Y LA ESPOSA

Lady Randolph (1854-1921) era hija del osado financiero neoyorquino Leonard Jerome y de su esposa Clara. Jeannette o Jennie, como la llamaban, tenía trece años cuando se mudó con su madre y sus hermanas, Clara y Leonie, al París de Napoleón III. Tras la caída del Segundo Imperio, los Jerome se trasladaron a Inglaterra, donde en agosto de 1873 Jennie conoció a lord Randolph Churchill en un baile celebrado durante la Semana de Cowes. Se enamoraron apasionadamente, se casaron en abril de 1874 y tuvieron dos hijos: Winston (1874-1965) y Jack (1880-1947). El afecto de Jennie por sus hijos era sincero pero, entregada como estaba a las actividades de la alta

sociedad, los veía poco. «Brillaba para mí como el lucero vespertino. Yo la quería mucho, pero a distancia», escribió Churchill en su autobiografía.[2] Su abuela Frances, la duquesa de Marlborough («duquesa Fannie»), siempre le dio la bienvenida en Blenheim, pero fue su niñera, la señora Elizabeth Everest (1833-1995), quien le prodigó una devoción maternal. «Woom» o «Woomany», como la llamaba, una soltera con el tratamiento de cortesía de «señora», fue contratada por sus padres cuando Winston solo tenía unos meses de edad. Le dio sus primeras clases de lectura, escritura y aritmética, le cuidó durante las enfermedades de la infancia, escuchó sus quejas por la desatención de sus padres y le llevó en las vacaciones de verano a Ventnor, en la isla de Wight, donde se quedaban con la hermana de esta y su cuñado, un ex funcionario de prisiones.[3] Cuando la despidieron en 1893, Churchill se sintió ultrajado al verla recibir un trato tan indigno, y su muerte, acaecida dos años más tarde, le causó un profundo pesar.[4] Pagó la lápida y también para que colocaran flores todos los años en su tumba. Y pervivió en el personaje de ficción, apenas disimulado, de la leal ama de llaves del héroe en su novela *Savrola* (1900); volvería luego a rendirle homenaje en un conmovedor pasaje de *Mi juventud* (1930). Fue probablemente a la señora Everest a quien le debió su estabilidad emocional, sus cualidades más bondadosas y humanas, y su permanente simpatía por los desfavorecidos.

Tras la muerte de su padre y su graduación en Sandhurst, Churchill entabló una nueva relación con su madre. «Trabajamos juntos en pie de igualdad, más como hermano y hermana que como madre e hijo», escribió.[5] Durante su exilio en Bangalore, cuando sus incipientes aspiraciones se vieron frustradas por su ausencia de la escena metropolitana, convirtió a su madre en su agente literaria y en su principal aliado político.[6] Al ser una anfitriona de la alta sociedad, mantuvo contacto con la mayoría de las principales personalidades militares, literarias y políticas de la época. «En mi propio interés, no dejó resorte sin tocar, piedra sin remover ni chuleta sin cocinar», escribió.[7] Tuvo un papel decisivo en la publicación de su primer libro, *La historia de la Malakand Field Force*, y también en que el Partido Conservador le eligiera como candidato al Parlamento. Hizo campaña a su lado en las elecciones parciales de Oldham de 1899 y de nuevo en las

elecciones generales de 1900.[8] Durante la guerra de los bóers presidió un comité de mujeres estadounidenses que recaudaron fondos para enviar un buque hospital a tratar a los heridos. Este sería el primer contacto de Churchill con el papel de las mujeres durante la guerra. Es imposible valorar con exactitud cuánto le debía a su exuberancia, su ingenio y su fuerza de voluntad, pero la deuda debió de ser considerable.

A Churchill no le gustó mucho que su madre, cuya pasión por el sexo opuesto rara vez estaba satisfecha durante mucho tiempo, se casara con George Cornwallis-West, un joven oficial que solo era dieciséis días mayor que Winston. (En 1913 se divorció de él y en 1918 se casó con su tercer marido, Montagu Porch.) La sexualidad de Churchill era menos tempestuosa y a menudo se mostraba torpe en compañía de las mujeres, pero estaba fascinado por la belleza femenina, sobre todo cuando iba acompañada de un empático interés por las vicisitudes de Winston Churchill. Una de las primeras mujeres que se ganó su afecto fue Muriel Wilson, la hija de un acaudalado naviero, pero ella rechazó su propuesta de matrimonio. En la India conoció a Pamela Plowden, la hija del residente británico en Hyderabad, y se enamoró de ella, pero también le rechazó. La tercera en rechazarle fue la actriz Ethel Barrymore, aunque se ha de reconocer que Churchill mantuvo la amistad con las tres en el futuro.

En marzo de 1908, poco después de incorporarse al Gabinete, Churchill fue invitado a cenar por lady St Helier. Sentada a su derecha estaba Clementine Hozier (1885-1977), de veintitrés años, hermosa, inteligente, una ferviente liberal y partidaria del sufragio femenino, quien estaba muy necesitada de la fidelidad que Churchill le podía ofrecer: sus padres se habían separado cuando ella tenía seis años y había sufrido la ruptura de dos compromisos. Churchill quedó cautivado. En agosto de 1908 le propuso matrimonio en el templo griego de los jardines del palacio de Blenheim y ella aceptó. Se casaron en la iglesia de Santa Margarita, en Westminster, el 12 de septiembre de 1908.

A diferencia de los matrimonios de muchas de sus amistades, el matrimonio de Churchill fue sólido y duradero. David Lloyd George y lord Beaverbrook, dos de sus aliados políticos más cercanos, tuvieron amantes. Es

imposible imaginar a Churchill haciendo lo mismo. Aunque se mostraba tolerante con las infidelidades de los demás, era afectuoso y fiel, pero también exigente y egocéntrico. Él y Clementine tuvieron cinco hijos, de los que solo uno fue un varón, Randolph. Sus cuatro hijas fueron Diana («The Puppy Kitten»), Sarah («The Mule»), Marigold («The Duckadilly») y Mary («Maria»). Marigold solo tenía dos años y nueve meses cuando, para gran dolor de sus padres, murió de septicemia en agosto de 1921. Churchill podía ser un padre cariñoso que jugaba con sus hijos y les leía cuentos para dormir, pero estaba ausente la mayoría de las veces. Y como escribe Mary Soames: «Clementine fue una madre entregada y esmerada, pero nunca dudó de sus prioridades: Winston siempre era lo primero».[9] Al final, las vidas de Sarah (1914-1982) y Diana (1909-1963) tendrían un triste final. Dos fracasos matrimoniales y sus problemas con el alcoholismo arruinaron la carrera de actriz de Sarah. Diana, con una personalidad vivaz pero voluble, sufrió en 1953 una grave crisis nerviosa de la que nunca se recuperó y se suicidó en 1963. De todos sus hijos, la más estable, y la mejor guardiana de la memoria de sus padres fue su hija menor, Mary (1922-2014), que a diferencia de sus hermanos, se había beneficiado de la atención que le prestó durante toda su infancia una entregada niñera y compañera, Maryott Whyte (1895-1973), una prima pobre de Clementine.

Clementine aceptó que sus propios intereses estuvieran siempre supeditados a los de un marido, que se describía a sí mismo como un hombre «devorado por el egotismo».[10] Cuando Churchill dimitió en 1915, le ayudó a sobrellevar una etapa en la que este estuvo al borde de la desesperación y actuó como su agente político en Londres mientras él servía en el Frente Occidental.[11] Cuando sufrió una apendicitis que lo mantuvo apartado en las elecciones generales de 1922, Clementine habló en su nombre durante una alborotada campaña en Dundee. Fue Churchill quien, en contra de los deseos de Clementine, insistió en comprar Chartwell Manor en el otoño de 1922. Ella temía, con mucha razón, que el coste de mantenerla y reformarla pudiera agravar su situación financiera. A la larga, el matrimonio causaría un estrés emocional a Clementine del que Winston solo tuvo un conocimiento limitado; no es de extrañar que sufriera largos períodos de agotamiento

nervioso a intervalos desde 1920 en adelante.

Aunque Clementine era una esposa sumisa, no era pasiva. Marido y mujer decían lo que pensaban sobre toda clase de temas, desde las crisis internacionales hasta los cotilleos políticos y los asuntos familiares. Aunque la mentalidad de Churchill era la de un caballero de capa y espada, Clementine tenía una vertiente puritana que la incitaba a reprenderle por su afición al juego y su amistad con compañeros de mala reputación como lord Birkenhead y lord Beaverbrook. El destino vacacional favorito de Churchill era la Riviera francesa, pero a Clementine la compañía allí le parecía «superficial, vulgar y aburrida».[12] Después de 1918 acostumbraron a pasar las vacaciones separados. En un crucero al Extremo Oriente en 1935, Clementine mantuvo un romance a bordo con Terence Philip, el director de la sucursal londinense de una galería de arte neoyorquina. Fue algo pasajero y sin duda platónico: al parecer, Churchill no se enteró y le escribió una serie de «Boletines de Chartwell», en los que le contaba las últimas novedades de la casa, la familia y su colección de animales de granja y mascotas.[13] Este era el Churchill más afectuoso y hogareño, pero Clementine detestaba el temperamento más brutal que a veces mostraba en la vida pública. En junio de 1940 le advirtió del riesgo de que sus «rudos modales sarcásticos y dominantes le granjearan la antipatía de sus colegas y subordinados».[14] Durante la campaña de las elecciones generales de 1945, le suplicó en vano que eliminara de su primer mensaje radiofónico las advertencias acerca de una «Gestapo» laborista.

## LAS AMISTADES, LAS RELACIONES Y EL PERSONAL

La política y la guerra fueron las pasiones de Churchill: ámbitos sumamente masculinos en los que sus amigos más íntimos, al igual que sus enemigos y adversarios, eran todos hombres. Aunque reconocía la importancia en la historia de grandes mujeres (Boudica, Juana de Arco, Isabel I y, por supuesto, su antepasada Sarah, la duquesa de Marlborough), no incluyó a ninguna

mujer en los retratos biográficos de su libro *Grandes contemporáneos*. No obstante, disfrutó de la vida social organizada por las grandes anfitrionas de la época eduardiana y de los años de entreguerras, y las amistades que entablaba con mujeres solían perdurar. Tal vez debido a que su apetito sexual era moderado, no tenía interés en utilizar o manipular a las mujeres, ni tampoco en que ellas le utilizaran o manipularan a él. En la jungla sexual, era para una mujer un amigo seguro y leal. Violet Bonham Carter escribió:

Creo que dividía a las mujeres en dos categorías, las campanillas virginales sin corromper por la experiencia (o incluso el conocimiento) del lado sórdido de la vida, a las que se debía amparar y proteger de los peligros; y las maduras que estaban en casa entre costuras, habían vivido y superado peligros y aventuras, y con las que podía hablar sin inhibiciones protectoras en su propio lenguaje. Sin duda, la segunda clase era incomparablemente más gratificante y era entre ellas entre quienes buscaba no romances, sino amigas.[15]

Venetia Stanley (1887-1948) y su hermana Sylvia (1882-1980, más tarde Sylvia Henley) fueron amigas suyas desde la época eduardiana y durante el resto de sus vidas, y también la actriz estadounidense Maxine Elliott (1868-1940), otro vínculo que creó en los años previos a 1914. En los años treinta, Churchill fue su invitado en cuatro ocasiones en el Château de l'Horizon, la casa que ella había comprado cerca de Cannes. A una edad ya avanzada trabajó amistad con otra glamorosa estadounidense, Wendy Russell (1916-2007), una antigua modelo que fue compañera y posteriormente esposa de Emery Reves, un judío húngaro cuya agencia de prensa había distribuido internacionalmente el periodismo de Churchill en los años treinta. Entre 1956 y 1959 Churchill se alojó en La Pausa, la villa que estos tenían en Roquebrune, en once ocasiones, lo que sumó unos 400 días en total. Churchill adoraba a Wendy, quien cuidó de él en su segunda infancia con tanta ternura como la señora Everest en la primera. Clementine, pese a ser invitada repetidas veces, solo se quedó en cuatro ocasiones y por poco tiempo, tras lo cual sus acciones provocaron una ruptura entre su marido y los Reves. Churchill sentía una profunda lealtad hacia su familia y sus allegados. Siempre se mantuvo en contacto con las hermanas de lady Randolph, sus tías Clara Frewen (1850-1935) y Leonie Leslie (1859-1943). La hija de Clara,

Clare Sheridan (1885-1970), le enfureció durante su campaña antibolchevique cuando fijó su residencia en el Kremlin y modeló bustos de Lenin y Trotski; sin embargo, no tardaron en restablecer una relación de amistad y, en plena segunda guerra mundial, Churchill accedió a posar para que ella le esculpiera un busto de bronce.[16] La mujer de su hermano Jack, Gwendoline («Goonie»), fue otra de sus favoritas. Las hermanas Mitford (Nancy, Jessica, Unity y Diana), primas segundas de Clementine, fueron amigas de la familia en los años veinte, pero acabaron distanciándose por culpa de la política de los años treinta. Jessica se hizo comunista, mientras que Diana, una fanática admiradora de Hitler, se casó con Oswald Mosley, líder de la Unión Británica de Fascistas. Una de las primeras medidas del gobierno de Churchill en 1940 fue internar a Diana y a su marido en aplicación de la regulación 18B.

Los sirvientes que se ocuparon de la casa de Winston y Clementine son prácticamente invisibles en las biografías. En el censo de 1911 aparecen inscritos como sigue:[17]

Elizabeth Jackson	cocinera
Ethel Higgs	niñera
Nancy Baalham	doncella
Ada Robjent	sirvienta
Eva Knights	camarera
Lilian Clover	segunda camarera
Lilian Bradbury	ayudante de cocina
Albert Brown	mozo

Ni ellos ni sus sucesores dejaron constancia de sus vidas en la planta baja, con la excepción parcial de la señora Georgina Landemare, la cocinera de los Churchill desde 1940 hasta 1954 y autora de *Recipes from No. 10* (1958).

Más conocidos son sus secretarios privados, en su mayoría mujeres, que tomaban dictados de Churchill y archivaban sus documentos. Una de las



primeras fue Annette Anning (1876-1939), quien previamente había trabajado para Arthur Balfour y para lady Randolph. «Más de una casa de subastas ha vendido como “manuscritos de Churchill” largas cartas con la pulcra escritura de la señorita Anning, en las que la única aportación de Churchill fueron las palabras “Atentamente, Winston S Churchill”», escribe Martin Gilbert.[18] Desde 1929 hasta 1938 su secretaria personal fue Violet Pearman (1901-1941), quien dispuso de «un gran margen de discreción para actuar en su nombre, encubrió sus ausencias, inventó excusas plausibles, le acompañó en visitas de trabajo exóticas (ya fuera a la Riviera o a Marrakech) y por lo general cumplió con lo esperado».[19] Cuando no pudo continuar con su trabajo después de sufrir una apoplejía en 1938, Churchill siguió pagándole el salario y, tras su muerte en 1941, costeó durante siete años con cien libras anuales la educación de su hija Rosemary.[20] Kathleen Hill (1900-1992) fue la sucesora de Violet Pearman en Chartwell, quien posteriormente acompañó a Churchill al Almirantazgo y al número 10 de Downing Street. A medida que se amplió su trabajo, se fueron incorporando otras secretarias: Elizabeth Layton en 1941, Jo Sturdee en 1942 y Marion Holmes en 1943. Grace Hamblin (1908-2002), que había empezado siendo la ayudante de Violet Pearman en 1931, acabó convirtiéndose en la secretaria privada de Clementine y posteriormente en la primera administradora de Chartwell.[21] Churchill era un tirano que esperaba que sus secretarias respondieran de inmediato a sus exigencias, trabajaran hasta altas horas y soportaran su ira cuando cometían un error. Ellas, a su vez, salvo unas pocas excepciones, estaban cautivadas por la excitación de la cercanía a un personaje extraordinario, que era en parte Enrique V y en parte Falstaff, un hombre con un humor cambiante cuya ira podía transformarse súbitamente en amabilidad. Un día en que perdió los estribos con Elizabeth Layton, creyó que ella estaba llorando y le dijo: «Santo cielo, no debe hacerme caso. Todos somos sapos atormentados, ya sabe».[22] Obviamente, en ese momento había muchos sapos, sin olvidar a las mecanógrafas y secretarias que trabajaban en las oficinas del Gabinete de Guerra y mantenían la maquinaria de Whitehall en funcionamiento.

## LA CUESTIÓN DE LA MUJER

Cuando Churchill se incorporó a la Cámara de los Comunes en 1900, la «cuestión de la mujer» ya figuraba, aunque solo marginalmente, en el orden del día de la política británica. La campaña para que se concediera el voto a las mujeres se venía desarrollando de manera pacífica y con respeto a la ley desde 1867, y las mujeres ya participaban en determinados aspectos de la vida pública. El primer encontronazo de Churchill con una defensora de los derechos de las mujeres ocurrió mientras aún era un cadete en Sandhurst, y se produjo a raíz de una controversia sobre la moral pública. La señora Ormiston Chant (1848-1923), una sufragista y reformista social, había convencido al Consejo Municipal de Londres para que colocara barreras de lona que separaran al público del teatro Empire de una calle frecuentada por prostitutas. Churchill, junto con algunos de sus amigos de Sandhurst, se sumó a un grupo de más de trescientos jóvenes que derribaron las barreras. Subido en los escombros, pronunció su primer discurso, en el que se afirma que dijo: «Damas del imperio, ¡yo defiendo la libertad!». [23]

Lady Randolph fue una de las 104 mujeres eminentes que en 1889 firmaron un manifiesto en contra del voto femenino. También Churchill se opuso inicialmente alegando, como escribió en 1897, «que es contrario a la ley natural y a la práctica de los estados civilizados». [24] Durante su transición de los *tories* a los liberales, votó en marzo de 1904 a favor de un proyecto de ley sobre el sufragio femenino, pero nunca pasó de ser un defensor poco entusiasta. La exigencia de las sufragistas era que se concediera el voto a las mujeres en las mismas condiciones (o comparables) que a los hombres. Como el requisito principal para poder votar era la posición del cabeza de familia, la igualdad de derechos solo habría permitido votar a una minoría de mujeres y lo más probable era que la mayoría de ellas votara a los *tories*, por lo que muchos liberales, por motivos partidistas, se mostraron reacios a respaldar este tipo de reforma. La solución lógica, el sufragio universal para ambos sexos, fue una propuesta a la que Churchill se

opuso rotundamente cuando Herbert Henry Asquith la planteó por primera vez en noviembre de 1911.[25] En enero de 1912 le explicó a C. P. Scott, el director del *Manchester Guardian*, que estaba a favor de conceder el derecho a voto a unas 100.000 mujeres especialmente cualificadas.[26]

La situación también se complicó cuando Churchill fue elegido en 1904 candidato del libre comercio por la circunscripción de Mánchester Noroeste. Mánchester era la sede de la Unión Social y Política de las Mujeres, una organización que habían fundado el año anterior Emmeline Pankhurst (1858-1928) y sus hijas. Las Pankhurst, frustradas por el lento y aparentemente inútil recorrido de los debates parlamentarios sobre el tema, empezaron a adoptar tácticas menos habituales en las damas y a interrumpir los mítines políticos. Tras la formación de un gobierno liberal en diciembre de 1905 y el nombramiento de Churchill, se convirtió en uno de los objetivos predilectos de las Pankhurst, lo que le impulsó a declarar que no se dejaría «someter por las mujeres» para apoyar la causa. A partir de entonces, las Pankhurst adoptaron tácticas más combativas y la antipatía mutua fue en aumento. En 1909, Churchill fue atacado en la estación de Bristol por Theresa Garnett (1888-1966), que intentó golpearle con una fusta para perros y gritó: «Toma esto en nombre de las ofendidas mujeres de Inglaterra». Churchill consiguió esquivar el golpe.[27] Su nombramiento como ministro del Interior en enero de 1910 coincidió con una precaria tregua entre el gobierno y las sufragistas. Churchill relajó las condiciones de las sufragistas encarceladas y expresó su apoyo en líneas generales, sin dar detalles comprometedores, a un proyecto de Ley de Sufragio presentado por H. N. Brailsford. Cuando se debatió el proyecto de ley en la Cámara de los Comunes (el 12 de julio de 1910), Churchill cambió repentinamente de opinión y pronunció un discurso en el que ridiculizó las anomalías de la propuesta de sufragio: «Las mujeres podrían tener derecho a voto mientras viven en un estado de prostitución, si se casara y convirtiera en una mujer respetable perdería ese voto, pero lo recuperaría con el divorcio».[28] Brailsford y sus aliados se indignaron.[29] En noviembre, al proyecto de ley se le agotó el tiempo en el Parlamento, se rompió la tregua y una delegación de trescientas sufragistas cercó la Cámara de los Comunes para protestar. El trato brutal que la policía empleó contra las

mujeres el «Viernes Negro» (el 18 de noviembre de 1910) hizo a sus líderes sospechar, bastante erróneamente, que Churchill había autorizado el uso de tácticas más agresivas.[30] Churchill, sin embargo, estaba decidido a proteger a la policía y se negó a realizar una investigación.

Churchill pasó a ser una bestia negra de las sufragistas y lo seguiría siendo hasta la primera guerra mundial. Como ministro de Municiones desde julio de 1917 hasta el final de la guerra, fue el jefe de decenas de miles de trabajadoras y les rindió homenaje en sus discursos. Se opuso sin éxito a la restauración de los privilegios gremiales de los trabajadores varones después de la guerra alegando que «afianzaría a un número de empresas pequeñas y corporaciones privadas restringiendo el comercio, y probablemente toparía con la resistencia de la gran mayoría de la mano de obra no cualificada y femenina».[31] Sin embargo, la guerra también acabó con la mayoría de los obstáculos que impedían el sufragio femenino. En 1917, la Cámara de los Comunes votó por una amplia mayoría, incluido Churchill, a favor de la concesión del derecho a voto a todos los hombres de más de veintiún años y a prácticamente todas las mujeres de más de treinta, preservando con ello a un electorado predominantemente masculino.

Al ser un político profesional, Churchill era consciente de la importancia del nuevo voto femenino. Su interés en la posguerra por la vivienda y su patrocinio cuando era ministro de Hacienda de las pensiones de viudedad y orfandad fueron, en parte, un reflejo de ello. Pero cuando en 1927 el Gabinete de Stanley Baldwin propuso conceder el derecho a voto a las mujeres en igualdad de condiciones que a los hombres, Churchill se opuso a la medida, sin duda porque creía que beneficiaría al Partido Laborista.[32] En marzo de 1931, en unos comentarios informales, advirtió a las alumnas de la Universidad de Edimburgo de que «el deshonor sería suyo» si la ampliación del derecho a voto provocaba la decadencia del imperio.[33]

A Churchill también le incomodaba la presencia de mujeres en la Cámara de los Comunes. Cuando Nancy Astor (1879-1964), la primera mujer que consiguió un escaño en el Parlamento, le preguntó en 1919 por qué era tan seco con ella, él le respondió: «Tengo la sensación de que ha entrado en mi cuarto de baño y solo tengo una esponja para defenderme».[34] Se ha

mencionado con frecuencia la historia de un encuentro entre Churchill y Nancy Astor en el que ella supuestamente le dijo: «Si yo fuera su esposa, le pondría veneno en el café», a lo que se supone que él respondió: «Si yo fuera su esposo, lo bebería». No hay ninguna prueba fehaciente que corrobore la veracidad de esta historia, que habría sido impropia de un hombre que solía tratar a las mujeres con cortesía y respeto. Sin embargo, las mujeres solo desempeñaron un papel menor en su vida política. La única política de su círculo social fue la hija de Asquith, Violet Bonham Carter (1887-1969), una liberal empedernida. Pese a que solía estar en desacuerdo con Churchill, era miembro de Focus, una agrupación fundada para respaldar la campaña en contra del apaciguamiento entre 1936 y 1939. Churchill también encontró una aliada en Eleanor Rathbone (1872-1946), una reformista social y diputada independiente por las Universidades Inglesas Combinadas. En 1936 pronosticó que solo un verdadero Gobierno Nacional encabezado por Churchill y apoyado por los laboristas podría hacer frente a los dictadores fascistas. Katharine, la duquesa de Atholl (1874-1960), una parlamentaria conservadora por la circunscripción de Perth y Kinross, fue una de sus aliadas sobre la India y el apaciguamiento. Cuando renunció a su escaño después de Múnich y concurrió a unas elecciones parciales oponiéndose a la política exterior de Chamberlain, Churchill le envió un mensaje de apoyo, pero, por lo demás, mantuvo las distancias. De las pocas mujeres diputadas presentes en la Cámara de los Comunes durante la guerra, ninguna de ellas llegó a tener rango ministerial, aunque Churchill nombró a Ellen Wilkinson (1891-1947), una socialista militante en los años treinta, subsecretaria en el Ministerio del Interior. Con las esposas de los líderes aliados, Eleanor Roosevelt[35] y la señora Chiang Kai-Shek, mostró sus mejores modales, pero ninguna le causó mucha impresión. La única ministra de su gobierno en tiempos de paz fue la ministra de Educación, Florence Horsbrugh (1889-1969), aunque no se incorporó al Gabinete hasta 1953 y fue cesada durante una remodelación llevada a cabo al año siguiente. La mujer que más impresión causó a Churchill en ese período fue la reina Isabel II, quien le deslumbró y despertó su sentido romántico de la historia de Inglaterra.

El reconocimiento de Churchill de la importancia de las mujeres en la

guerra aumentó gracias a las actividades de su esposa y de sus hijas. Después de que Hitler invadiera la Unión Soviética, Clementine aceptó una invitación de la Cruz Roja para encabezar una campaña de Ayuda para Rusia que recaudó importantes sumas de dinero. Entre marzo y mayo de 1945 recorrió la Unión Soviética como invitada de honor del régimen. Diana sirvió en el Servicio Femenino de la Marina Real (WRNS, por sus iniciales en inglés), Sarah en la Unidad de Interpretación Fotográfica de la Fuerza Aérea Auxiliar Femenina (WAAF, por sus iniciales en inglés) y Mary en las baterías antiaéreas mixtas del Servicio Territorial Auxiliar (ATS, por sus iniciales en inglés). Mary asistió a la conferencia de Quebec en 1943 en calidad de ayudante de su padre y Sarah desempeñó un papel similar en Teherán en 1943 y en Yalta en 1945. Churchill declaró en septiembre de 1943 que la «guerra es el maestro, un maestro duro, severo, eficiente. La guerra nos ha enseñado a hacer grandes progresos hacia una igualdad mucho más completa de los papeles que han de desempeñar los hombres y las mujeres en la sociedad».[36] Es indudable que le había impresionado la participación de las mujeres en las baterías antiaéreas mixtas, una novedad introducida durante la guerra en 1941.[37] Sin embargo, al final de la guerra, argumentó en una nota enviada al Gabinete que se debía desmovilizar a las mujeres de las fuerzas armadas lo antes posible: «cuanto antes estén de vuelta en sus casas, mejor».[38]

Cuando la Cámara de los Comunes debatió el proyecto de ley de educación de R. A. Butler en marzo de 1944, los diputados aprobaron por 117 votos a 116 una enmienda a favor de la igualdad salarial para las maestras promovida por la parlamentaria conservadora Thelma Cazalet-Keir. Churchill lo aprovechó como pretexto para humillar a los diputados sin cartera que le criticaban. Al convertir el asunto en un voto de confianza en el gobierno, obligó a los diputados a cambiar su decisión por 425 votos a 23. El *Economist* comentó lo siguiente: «El liderazgo de la guerra no está en cuestión, pero, por cada elector que hace dos meses sospechaba que el Gobierno estaba obstruyendo innecesariamente las reformas o dudaba de si el señor Churchill era el hombre para liderar tanto la paz como la guerra, debe haber ahora tres o cuatro».[39] El gobierno, sin embargo, nombró una

Comisión Real sobre la igualdad salarial, que en 1946 elaboró un informe favorable a los principios generales, pero contrario a que se adoptaran medidas en un futuro cercano. Una de las últimas decisiones del gobierno de Churchill en tiempos de paz, anunciada a principios de 1955, fue introducir la igualdad salarial en la enseñanza, la administración pública y la administración local. Tras retirarse de la vida política, Churchill dio su nombre a la fundación del Churchill College, en Cambridge. A instancias de Clementine, propuso en una reunión del consejo de administración que se admitiera a las mujeres en igualdad de condiciones que a los hombres. «Cuando pienso en lo que hicieron las mujeres durante la guerra, tengo la certeza de que merecen recibir el mismo trato», le comentó a John Colville.

[40]

# 8

## Churchill y el imperio

*Richard Toye*

Universidad de Exeter

La juventud de Churchill coincidió con el momento álgido del optimismo imperial victoriano. Alcanzó la madurez política en un momento en el que el imperio británico estaba sometido a una presión cada vez mayor y, en el último decenio de su carrera activa, fue testigo, muy en contra de su voluntad, de importantes avances hacia su disolución. Sin embargo, aunque se le recuerda como un «acérrimo» defensor del imperio, el examen del archivo documental muestra que esta imagen, que él mismo cultivó en los años posteriores a 1918, se ha de matizar.

Uno de los aspectos más controvertidos de la dilatada carrera de Winston Churchill es su visión del imperio. Es un tema que provoca fuertes reacciones porque está estrechamente vinculado con cuestiones raciales y de poder delicadas. En Occidente, Churchill es célebre, en general, por su liderazgo durante la segunda guerra mundial. En cambio, en los antiguos territorios coloniales británicos, tiende a ser asociado con un legado imperial que a



menudo se considera sumamente perjudicial. También parece existir una contradicción entre la oposición valiente y progresista de Churchill a la tiranía nazi y su actitud aparentemente reaccionaria y anticuada hacia los pueblos no blancos del imperio británico. Para poder valorar plenamente a Churchill, más allá de una veneración o una animadversión instintivas, es necesario entender las complejidades de la política imperial de la época.

La implicación de Churchill con el imperio británico fue longeva, desde su participación en pequeñas guerras imperiales durante su juventud, a finales del siglo XIX, hasta su intervención en conflictos como la rebelión de los Mau Mau en Kenia mientras ejercía su último mandato como primer ministro, en los años cincuenta del siglo XX. Aumentó durante la fase álgida del proceso de expansión imperial victoriana y su madurez política coincidió con la decadencia del imperio, que se aceleró durante y después de la segunda guerra mundial. La opinión sobre el imperialismo de Churchill depende de cómo se perciba al propio imperio. Si el poder colonial británico fue esencialmente benigno, pese a algunos abusos, entonces la confianza de Churchill en el imperio puede parecer, en el peor de los casos, un tanto singular, aunque algunos de sus comentarios de tinte racista sean deplorables. En cambio, si el imperio fue un sistema brutal que impuso la desigualdad racial a punta de pistola, entonces sus opiniones racistas no fueron otra cosa que un apoyo de la crueldad institucionalizada. Para los simpatizantes de Churchill, su creencia en la superioridad de las razas blancas es menos importante que su papel más amplio como defensor de la humanidad frente a la tiranía nazi; sus detractores señalan el coste humano de sus actitudes imperiales, como su inacción a la hora de responder con prontitud a la espantosa hambruna de Bengala en 1943.

Es indudable que Churchill tenía opiniones racistas, pero se ha de tener en cuenta que el racismo estaba muy extendido en la sociedad victoriana en la que creció. Asimismo, también es importante recordar que no todos los victorianos opinaban lo mismo y que algunas personas de la misma edad que Churchill se opusieron a sus actitudes hacia el imperio posteriormente en sus vidas. Estas complejidades dificultan la interpretación. Los historiadores se han dividido básicamente entre quienes, como Clive Ponting, insisten en el

racismo de Churchill y su animadversión hacia la reforma imperial y la descolonización, y quienes como Roland Quinault que, aunque reconocen que Churchill tenía opiniones inaceptables, sugieren que era un hombre relativamente ilustrado para su época y sus orígenes. También hay quienes consideran, sobre todo John Charmley, que las decisiones políticas que tomó Churchill en los años cuarenta, incluida la búsqueda de una «relación especial» anglo-estadounidense, fueron funestas para el poder del imperio que aseguraba querer defender. Cualquier intento de mediar entre estos puntos de vista exige examinar la carrera imperial de Churchill en su conjunto, lo que se puede conseguir más fácilmente con una exposición cronológica sencilla como la que se ofrece aquí. Es probable que los historiadores que le defienden tengan razón cuando afirman que la cuestión es más compleja de lo que sugiere su imagen de reaccionario. Sin embargo, los argumentos de sus detractores también tienen fundamento, ya que si se llegó a considerar a Churchill un fanático fue en parte debido a las decisiones que tomó conscientemente, posicionándose sin ningún reparo junto a elementos reaccionarios del Partido Conservador desde los años veinte en adelante.

Churchill pasó parte de su primera infancia en Irlanda y la problemática relación de este país con el imperio se convirtió en un tema recurrente a lo largo de toda su carrera. Su primer recuerdo era del duque de Marlborough, su abuelo, descubriendo una estatua del héroe imperial, lord Gough, en el parque Fénix de Dublín. De este modo, estuvo expuesto a mensajes imperialistas que le acompañarían durante décadas. Por ejemplo, en 1891, su padre, lord Randolph Churchill, realizó un viaje a Suráfrica que recibió mucha atención. «He tenido un viaje muy agradable en este extraordinario país. Espero que cuando tengas mi edad, puedas ver que Suráfrica es la más populosa y rica de todas nuestras colonias», le escribió a Winston.<sup>[1]</sup> La formación académica también fue importante, sobre todo debido a la influencia del imperialista director de Churchill en la Harrow School, J. E. C. Welldon. Sin embargo, Churchill no aceptaba acríticamente todo lo que le decían. Cuando era un joven soldado en la India, a finales de los años noventa del siglo XIX, se propuso aprender sobre aquello que creía que no le

habían enseñado y sacar sus propias conclusiones. Sin embargo, la tendencia general de sus opiniones era clara. «Al este de Suez, las riendas democráticas son imposibles. La India ha de ser gobernada conforme a viejos principios», le escribió a su madre.[2]

Ansioso por ver al ejército en acción, Churchill se las arregló para que se le incluyera en una expedición enviada para sofocar una rebelión tribal en la frontera noroeste de la India, donde ejerció de corresponsal y también combatió como soldado. Aunque se mostró impresionado por algunos de los actos violentos perpetrados por las fuerzas indias al mando de los británicos, reconoció la necesidad de censurar sus textos. Le habló a su abuela en privado de los terribles efectos en el cuerpo humano de las balas expansivas «dum-dum» que usaban los británicos: «La situación es terrible y, obviamente, hay una parte que se ha de omitir al escribir».[3] También se advierte cierta autocensura en los borradores manuscritos que se han conservado de su libro sobre esta campaña, *La historia de la Malakand Field Force* (1898), donde se puede apreciar una reveladora corrección de Churchill: «el prestigio de la raza dominante le permite ~~guardar las apariencias~~ de mantener su superioridad sobre las tropas nativas».[4]

Tras sus aventuras en la India, Churchill decidió viajar a Sudán, donde la reconquista británica se adentraba en su etapa final. Estuvo presente en la batalla culminante de Omdurmán y se vio envuelto en la famosa carga del 21.º Regimiento de Lanceros. En términos militares fue un fiasco, pero permitió a Churchill satisfacer su «ávido deseo aborigen de matar a varios de esos odiosos derviches».[5] Churchill continuó su labor periodística y, con el tiempo, escribió un importante libro en dos volúmenes sobre la campaña: *La guerra del Nilo* (1899). Hizo algunas críticas a H. H. Kitchener, el comandante en jefe británico, aunque menos sorprendentes de lo que se ha afirmado en algunas ocasiones. Fue un escritor más reflexivo sobre las cuestiones imperiales que muchos de los periodistas de su época, aunque no se debe exagerar el carácter poco convencional de sus opiniones.

Decidido a abrirse paso en la política, Churchill abandonó el ejército. Sin embargo, cuando estalló la guerra con las repúblicas bóers de Suráfrica, regresó al campo de batalla. «Las tropas imperiales deben poner freno a la

insolencia de los bóers», había escrito varios años antes.[6] No obstante, en las primeras etapas de la guerra, los británicos sufrieron derrotas humillantes. Churchill demostró una gran valentía y fue capturado después de que las fuerzas enemigas descarrilaran y atacaran el tren blindado en el que viajaba. Durante su cautiverio llegó a respetar a los bóers y a comprender su punto de vista. Tras su arriesgada fuga, que le convirtió en una celebridad mundial, Churchill aceptó un nombramiento temporal en el ejército y siguió creyendo en la justicia de la causa británica. Sin embargo, en público sostenía que se debía tratar a los bóers con generosidad tras la derrota. «Winston está recibiendo duras críticas por sus pacíficos telegramas; todo el mundo aquí en Natal está en contra de sus ideas. Dicen que aunque se vaya a tratar bien a esos bóers después de que se rindan, no es el momento de decirlo», señaló su hermano Jack, que también luchó en la campaña.[7]

Churchill regresó a Gran Bretaña antes del final de la guerra y se reincorporó al Parlamento tras las elecciones generales de 1900. Como a muchos de sus contemporáneos, le preocupaba la «eficiencia nacional» y temía que las malas condiciones sociales en el seno del país debilitaran la capacidad de Gran Bretaña para imponer su autoridad a escala mundial. Escribió en privado por aquel entonces que podía «ver poca gloria en un imperio que puede dominar los mares y es incapaz de vaciar sus alcantarillas».[8] En 1904 se pasó del bando de los conservadores al de los liberales por la cuestión del libre comercio: no compartía la opinión de Joseph Chamberlain de que el imperio debía estar cohesionado económicamente mediante la aplicación de aranceles preferenciales. Cuando los liberales accedieron al gobierno en 1905, Churchill fue nombrado subsecretario en el Ministerio de las Colonias y el ex virrey lord Elgin, secretario de Estado. Esta fue la primera experiencia que tuvo de la administración imperial y se encontró con algunas complejidades desconcertantes.

Más problemáticas fueron las consecuencias de la guerra de los bóers. En líneas generales, Churchill y Elgin las abordaron con éxito: pusieron fin al controvertido sistema de mano de obra china en Suráfrica y elaboraron constituciones autónomas para las antiguas repúblicas bóers. No obstante,

Churchill se ganó la reputación de ser un radical y un «Little Englander», es decir, contrario a la expansión imperial, y, en opinión de sus detractores, representaba un peligro para el imperio. Aunque pensaba que los no blancos eran una raza inferior, eso no significaba que creyera que no tenían derechos y se interesó de verdad por asegurar lo que consideraba un trato justo (sin llegar a la igualdad). Sin embargo, no tardó en topar con un dilema de fondo de la política colonial liberal. Se podía intervenir para proteger a la población autóctona (y a extranjeros como los chinos) y ser acusado por ello de despojar a las minorías blancas de sus libertades hereditarias. O se podía no hacer nada, lo que daría lugar a acusaciones en Gran Bretaña de permitir abusos bajo la bandera británica. A fin de cuentas, por lo general, optar por el camino más fácil equivalía a prometer en falso el bienestar a los nativos, aunque permitiendo a las élites blancas locales gestionarlo todo a su antojo.

Churchill fue un ministro hiperactivo. Su larga y extravagante gira por el este de África, narrada en *Mi viaje por África* (1908), recibió mucha publicidad y le valió el enfado de Elgin. Sin embargo, tras ser ascendido e incorporarse al Gabinete, en un principio como ministro de Comercio, la implicación de Churchill en los asuntos imperiales pasó en cierto modo a un segundo plano. La excepción fue Irlanda. Por entonces Churchill estaba comprometido con la política liberal de la Home Rule (es decir, un mayor autogobierno) e intentó invertir el argumento tradicional de los unionistas de que la concesión de una mayor libertad a Irlanda asestaría un golpe al corazón del imperio. Afirmaba que Irlanda, en la situación de descontento en que se encontraba sumida, representaba un peligro para el imperio y que abordar las reivindicaciones irlandesas incrementaría la fortaleza espiritual del imperio. El problema aún no estaba resuelto cuando estalló la primera guerra mundial y Churchill tuvo que volver a enfrentarse a él después de 1918, primero como ministro de la Guerra y después como ministro de las Colonias. La torpe y brutal gestión británica de la rebelión de 1916 había radicalizado a la opinión pública irlandesa y la respuesta de Churchill al estallido de la guerra anglo-irlandesa en 1919 fue apostar por una dura política militar. Elogió la gallardía de los infames Black and Tans, la fuerza de reserva de la Real Policía Irlandesa que fue responsable de tiroteos e

incendios indiscriminados como represalia por los ataques del Ejército Republicano Irlandés. Sin embargo, cuando resultó evidente que esta política había fracasado, apoyó la política de negociación del primer ministro David Lloyd George, que desembocó en la partición de Irlanda y el establecimiento del Estado Libre Irlandés en 1921-1922.

Churchill no estaba especialmente contento con el cargo de ministro de las Colonias, en parte porque anhelaba un puesto más importante y en parte debido a la difícil situación que afrontaba el imperio. Gran Bretaña había ocupado nuevos territorios en Oriente Medio que resultaron ser problemáticos. (Una rebelión en Mesopotamia en 1920 impulsó a Churchill, a la sazón ministro de la Guerra, a escribir en una carta que no envió en la que expresaba su frustración porque «nos vemos obligados a seguir enviando ejércitos y fondos a esos ingratos desiertos»<sup>[9]</sup>.) En 1921 Churchill, rodeado de pintorescos asesores como T. E. Lawrence y Gertrude Bell, organizó una importante conferencia en El Cairo para determinar el futuro mapa de la región. En ella se creó el moderno estado de Irak y se separó a la contigua Transjordania del resto de Palestina, que Gran Bretaña retuvo bajo mandato de la Sociedad de Naciones. Muchos expertos han culpado a estos acuerdos de los problemas posteriores y sin duda parece que las decisiones fueron equivocadas. Sin embargo, cabe señalar que Churchill actuó de acuerdo con los consejos que había recibido de expertos en lugar de imponer sus propias ideas. En cuanto a Palestina, Churchill apoyaba ampliamente al sionismo, pero solo en la medida en que fuera compatible con el poder británico y, a lo largo de los años siguientes, la aspiración de lograr un estado judío chocaría cada vez más con la dominación imperial.

Tras la caída del gobierno de coalición de Lloyd George, Churchill se desplazó aún más hacia la derecha y, en 1924, se incorporó al gobierno conservador de Stanley Baldwin como ministro de Economía. Desde el punto de vista imperial, los cinco años que ejerció este cargo se caracterizaron principalmente por su oposición a las demandas de los conservadores partidarios de Chamberlain de abandonar el libre comercio. También durante este período, e influido por su amigo el conde Birkenhead, se mostró cada vez más hostil hacia las demandas de los nacionalistas indios. Sin embargo,

Baldwin le consideraba una figura liberal y sopesó nombrarle ministro para la India para que llevara a cabo la reforma. En el borrador de sus memorias, Churchill recordaba: «El señor Baldwin parecía creer que como yo había conseguido que se aprobara la Constitución del Transvaal en la Cámara en 1906, y la Constitución del Estado Libre de Irlanda en 1920, estaría en consonancia general con mis sentimientos y mi trayectoria que me encargara de una tercera gran medida de autogobierno para otra parte del imperio. —Y añadía—: Este plan no me atraía».[10]

En realidad, Churchill acabó rompiendo con el liderazgo *tory* por este asunto a principios de 1931, cuando el Partido Conservador se encontraba en la oposición. Churchill se opuso rotundamente al apoyo de su líder a la política de reformas en la India del gobierno laborista y, al parecer, creyó poder utilizar la cuestión para hacerse con el control del Partido Conservador. Sus virulentos ataques contra M. K. Gandhi, el carismático personaje que simbolizaba la resistencia a la dominación británica, adquirirían una mala fama duradera. Inevitablemente, cuando más tarde ese mismo año se formó un nuevo «Gobierno Nacional» multipartidista, Churchill no fue invitado a unirse. Empezó una larga campaña en contra de la reforma, que solo tocó a su fin cuando el Parlamento aprobó en 1935 la Ley del Gobierno de la India (que concedía una autonomía limitada). Muchos historiadores consideran sus acciones quijotescas y sugieren que contribuyeron a que no se escucharan sus advertencias igualmente graves, aunque más veraces, sobre los peligros que representaban los nazis. En el borrador de uno de sus discursos durante la segunda guerra mundial (por suerte, fue lo bastante sensato como para no pronunciarlo), afirmaba que «durante diez años antes de la guerra, previne a nuestro pueblo británico contra Hitler y Gandhi».[11] Sin embargo, en sus memorias de posguerra restó importancia a la cuestión de la India y presentó su carrera durante los años treinta como una historia sobre cómo se ignoraron sus intentos de alertar a la población de las aspiraciones de los dictadores.

Es evidente que Churchill disfrutaba con su imagen de «duro» imperial y la siguió cultivando cuando fue primer ministro después de 1940. En una célebre ocasión declaró: «No me he convertido en primer ministro del rey para presidir la liquidación del imperio británico».[12] Sin embargo, pese a

sus diatribas, la presión de los acontecimientos fue tal, que ni siquiera él pudo evitar hacer concesiones. En 1942, cuando las tropas japonesas avanzaron por Asia, se vio obligado a aceptar la denominada «misión de Cripps», que prometía el autogobierno a la India después de la guerra. No se sintió contrariado cuando las negociaciones con los nacionalistas fracasaron, pero humillaciones como la caída de Singapur pusieron de manifiesto la debilidad del imperio; Churchill temía que se propagara un «malestar panasiático».[13] Esto generó tensiones con Australia, un dominio autónomo, que también temía el auge del «panasianismo» pero creía que Gran Bretaña no estaba haciendo lo suficiente para defenderla. (Aun así, las relaciones de Churchill con los primeros ministros de Canadá, Nueva Zelanda y Sudafrica siguieron siendo buenas.) Churchill también sufrió las presiones de la opinión antiimperialista estadounidense para que se aboliera el sistema británico de preferencia imperial y se avanzara en la reforma colonial. Sus esfuerzos por resistirse no fueron del todo infructuosos, pero al adquirir Estados Unidos y la Unión Soviética la condición de superpotencias, el margen de maniobra de Gran Bretaña se vio seriamente limitado.

En cierto modo, Churchill tuvo bastante suerte al perder las elecciones generales de 1945. El nuevo gobierno laborista otorgó la independencia a la India, Birmania y Ceilán (la actual Sri Lanka), y renunció al mandato en Palestina. Churchill tuvo vía libre para calificar la retirada imperial de Gran Bretaña de «huida», aunque no está nada claro si él mismo habría podido evitar tomar una senda similar de haber permanecido en el cargo. Tras su regreso al poder en 1951, dio muestras de su capacidad para adaptarse (de mala gana) a las nuevas realidades. Entabló una buena relación con Jawaharlal Nehru, el primer ministro indio y su antiguo enemigo. Subrepticamente, alentó a los rebeldes *tories* que se oponían a los intentos de su propio gobierno de negociar un nuevo tratado con Egipto, que exigía que las tropas británicas se retiraran, pero llegado el momento, se mordió la lengua y respaldó el acuerdo. La brutal respuesta a la rebelión de los Mau Mau en Kenia se convertiría en un borrón en el historial de su gobierno, pero no fue Churchill quien fomentó esta política. En realidad, promovió la negociación y tuvo algunos impulsos humanitarios, pero era demasiado



mayor, y estaba demasiado cansado y preocupado por otros asuntos, como para que sirviera de algo. Sus actitudes racistas no variaron. Se mostró contrario a la inmigración «de color» a Gran Bretaña, aunque no hasta el punto de adoptar medidas: no se aprobó una legislación restrictiva hasta algunos años después de que hubiera abandonado el cargo. Cuando Churchill se jubiló en 1955, Gran Bretaña avanzaba hacia la era posimperial, aunque aún no estaba muy claro con qué rapidez se iba a producir la descolonización.

La crisis de Suez de 1956, cuando la invasión británica de Egipto provocó la ira de Estados Unidos, marcaría un punto de inflexión. Posteriormente y ya retirado, Churchill se propuso reparar las relaciones con Estados Unidos con visitas, declaraciones públicas y conversaciones con destacadas personalidades estadounidenses. Su fe en la unidad anglo-estadounidense seguía intacta y su obra en cuatro volúmenes *Historia de los pueblos de habla inglesa* (1956-1958), publicada entre abril de 1956 y marzo de 1958, daba prueba de ello. En 1963, el presidente Kennedy concedió a Churchill la ciudadanía honoraria de Estados Unidos. En su declaración de agradecimiento, que probablemente redactaron para él, el ex primer ministro se oponía a «que Gran Bretaña y la Commonwealth quedara relegada a un papel dócil y menor en el mundo. —Y añadía—: Señor presidente, su acto ilustra el tema de la unidad de los pueblos de habla inglesa, a la que he dedicado gran parte de mi vida».[14] Merece la pena comparar estos comentarios con una observación en una carta que había escrito a su hermano más de sesenta años antes, en la que hablaba de «este gran imperio nuestro, a cuyo mantenimiento dedicaré mi vida».[15] Naturalmente, creía que el mantenimiento del imperio y la unidad de los pueblos de habla inglesa eran totalmente compatibles y que, de hecho, se reforzaban mutuamente. Sin embargo, es interesante señalar que, a medida que el imperio decaía, el tema de «los pueblos de habla inglesa» fue desapareciendo de sus declaraciones públicas.

# 9

## Churchill y el mundo islámico

*Warren Dockter*

Universidad de Cambridge

Winston Churchill contribuyó enormemente a configurar el Oriente Medio moderno y, sin embargo, se ha prestado relativamente poca atención académica a su relación con el mundo islámico. Su carrera política y militar estuvo a menudo vinculada a cuestiones relacionadas con la violencia religiosa en la forma de yihadistas (quienes participan en una guerra santa contra no creyentes), cálculos estratégicos basados en los sentimientos islámicos y los derechos civiles de los musulmanes. Pese a ello, en los estudios churchillianos ha arraigado una idea equivocada: que Churchill era poco menos que indiferente a los asuntos de las regiones islámicas y que, en general, despreciaba el islam. Esta idea proviene de las reflexiones de Churchill en su libro *La guerra del Nilo* (1899), una crónica de la reconquista británico-egipcia de Sudán en la que él mismo participó:

¡Qué terribles maldiciones impone el mahometismo a sus devotos! Además del fanatismo, que en un hombre es tan peligroso como la hidrofobia en un perro, existe esa temerosa apatía fatalista. Los efectos son evidentes en muchos países. Allí donde gobiernan o viven los seguidores del Profeta existen hábitos imprudentes, sistemas agrícolas descuidados, métodos de comercio farragosos e inseguridad en la propiedad privada. Un sensualismo degradado priva a sus vidas de gracia y refinamiento y, después, de dignidad y santidad. El hecho de que en la ley mahometana toda mujer deba pertenecer a un hombre como su propiedad absoluta, sea como hija, esposa o concubina, debe retrasar la desaparición definitiva de la esclavitud hasta que la fe del islam haya dejado de ejercer un gran poder en los hombres.

Individualmente, los musulmanes pueden poseer espléndidas cualidades. Miles se han convertido en soldados valerosos y leales de la reina: todos saben cómo morir. Pero la influencia de la religión paraliza el desarrollo social de quienes la profesan. No existe mayor fuerza retrógrada en el mundo. El mahometismo, lejos de estar moribundo, es una fe militante y proselitista. Ya se ha extendido por África Central, generando guerreros sin miedo a cada paso; si no fuera porque el cristianismo se refugia en los fuertes brazos de la ciencia, la ciencia contra la que han luchado en vano, la civilización de la Europa moderna podría caer, como cayó la civilización de la antigua Roma.[1]

Sin embargo, la utilización de estos párrafos para hacer afirmaciones generales sobre la postura de Churchill en relación con el islam es problemática. Es importante destacar que, cuando escribió este pasaje, estaba atravesando por una etapa especialmente antirreligiosa. Asimismo, cabe señalar que estas frases solo figuraban redactadas de este modo en la primera edición de *La guerra del Nilo*, que solo circuló durante un año antes de ser condensada en un único volumen a petición de Churchill. Además, Churchill se estaba refiriendo a los musulmanes derviches, que eran seguidores de la *mahdiyya*, una interpretación fundamentalista y violenta del islam, y no a todos los musulmanes, aunque podía haber sido más claro a este respecto.

Churchill reservó sus comentarios más duros para la población derviche musulmana de África. En el cuarto volumen de la *Historia de los pueblos de habla inglesa*, publicada en 1958, Churchill se refiere a los seguidores de la *mahdiyya* derviche como «fanáticos incansables» y «hordas fanáticas», lo que se adecuaba al pensamiento de las autoridades islámicas ortodoxas, o ulemas, de la época.[2] Ello se debía a que el término «Mahdi» (o «el Guiado») designa al redentor que profetiza el islam y equivale aproximadamente al «Mesías» (o «el Ungido») del cristianismo.[3] Al

proclamarse el Mahdi, Muhammad Ahmad, el líder del imperio derviche, estaba cometiendo una herejía contra el islam sunní ortodoxo. Al sugerir que le guiaba el Profeta (y no el sultán del imperio otomano, que era también el califa y, por tanto, el cabeza del islam sunní ortodoxo), Muhammad Ahmad se desviaba de las interpretaciones dominantes.

Estas consideraciones ilustran la necesidad de analizar más exhaustivamente la vida de Churchill para poder comprender su visión del islam. Las primeras reflexiones de Churchill sobre el tema se encuentran en su correspondencia con el reverendo J. E. C. Welldon, su antiguo director en la Harrow School. El 16 de diciembre de 1896, mientras estaba destacado en la India como oficial subalterno y se hallaba inmerso en un proceso de autoaprendizaje, Churchill le explicó su opinión negativa de la labor misionera porque la «Providencia ha dado a cada hombre la forma de culto que mejor se adapta a su entorno». Ilustraba su argumento analizando las limitaciones de la influencia cristiana: «en casi diecinueve siglos [el cristianismo] no se ha extendido al sur o al este. En todo este tiempo, ninguna nación de negros o amarillos lo ha aceptado. ¡Siglos de labor misionera en China han sido estériles! [...] Tampoco las religiones de Buda, Mahomet [el profeta Mahoma] y Confucio consiguieron un solo converso blanco». Churchill concluía diciendo que «aunque la religión es natural en el hombre, algunas razas son capaces de una forma más elevada y pura que otras. Creo que la asiática obtiene más provecho real del perfecto conocimiento de su religión que de la comprensión parcial del cristianismo».[4]

Esta carta es relevante porque ilustra las primeras ideas de Churchill sobre la religión, incluidos el cristianismo y el islam. Aunque su rebatimiento se basaba intelectualmente en conceptos casi darwinistas, resulta llamativo que Churchill parezca reconocer al islam y al cristianismo como iguales: cada uno desempeña un papel en el progreso de la civilización en la región geográfica que mejor se adapta a la religión. Esta era, en definitiva, la razón de que Churchill pensara que la labor misionera era prácticamente una misión infructuosa. Más tarde se haría eco de esta opinión al describir el islam en *La guerra del Nilo*.

Antes de sus aventuras en Sudán, Churchill estuvo destacado en la India

británica con el 4.º Regimiento de Húsares de la Reina. Mientras estuvo allí, empezó a apreciar la importancia del polo para el «fortalecimiento de las buenas relaciones» entre indios e ingleses.[5] Churchill también elogió la habilidad y tenacidad de los jugadores de polo musulmanes y sijs. En una carta del 12 de noviembre de 1896, Churchill le decía a su madre que le iba a enviar una fotografía de un partido de polo para que pudiera verle «luchando fieramente con guerreros con turbante».[6] Churchill recordaba más tarde que los «guerreros con turbante» pertenecían a la «famosa Brigada Golconda, los guardaespaldas del propio Nizam».[7] Incluso señalaba que el «polo ha sido el terreno común en el que los caballeros ingleses e indios se han encontrado en igualdad de condiciones y es a ese encuentro al que se debe mucho del aprecio y el respeto mutuos».[8] Churchill subrayaba la importancia del polo en su experiencia y sostenía que los nativos debían poder optar a la Cruz de la Victoria porque «en el deporte, en cuanto a valor y a los ojos del cielo, todos los hombres se encuentran en igualdad de condiciones».[9]

Durante esta etapa de su vida, Churchill también consideró luchar junto con el imperio otomano (considerado tradicionalmente una potencia islámica) contra su enemigo convencional, los griegos (considerados tradicionalmente un pueblo cristiano). Churchill se encontraba a bordo de un barco de regreso a la India cuando estalló la guerra greco-turca de 1897 e informó a su madre de su intención de luchar a favor de los turcos contra los griegos, a diferencia de su amigo Ian Hamilton, un joven oficial que viajaba con él en el barco en ese momento, quien manifestó su intención de luchar por los griegos. Hubo varias cenas incómodas en el barco antes de que llegaran a su destino y se dieran cuenta de que, en realidad, la guerra había terminado, para decepción de Churchill. Es muy probable que el respaldo de Churchill a los otomanos estuviera influido por sus inclinaciones políticas. William Gladstone y el Partido Liberal consideraban al imperio otomano una fuerza anticristiana despótica a la que había que expulsar de Europa, mientras que el Partido Conservador, liderado por Benjamin Disraeli, veía en el imperio otomano a un aliado contra la expansión de Rusia en Asia. Churchill manifestó más tarde que Ian Hamilton estaba interesado en la cultura clásica y por eso había apoyado a los griegos, mientras que él «al haber sido educado como un *tory*

[...] había optado por los turcos».[10]

El ansia de gloria de Churchill durante su estancia en la India, le llevó a dirigirse hacia la frontera noroeste en busca de acción. Allí se encontró por primera vez con el islam fundamentalista. Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba en la India, más consciente era de las diferencias que existían entre el islam ortodoxo y el islam yihadista radical. El 9 de noviembre de 1897 Churchill expresó su desprecio por los líderes y los clérigos del movimiento islámico radical de la frontera noroeste, como el mulá Sadulá, en un despacho enviado al *Daily Telegraph*, en el que escribió que «su inteligencia solo les permite ser más crueles, más peligrosos y más destructivos que las bestias salvajes. Su religión, por más fanáticos que sean, solo la respetan cuando incita al derramamiento de sangre y al asesinato».[11]

Aunque en privado Churchill cuestionaba la conveniencia de la política que le llevó hasta la frontera noroeste, escribió a casa sobre la valentía y la destreza de muchos musulmanes y sijs de varios regimientos, incluido el 31.º Regimiento de Infantería del Punjab con el que combatió. Sus «cartas y escritos nunca aluden a los que estaban en el mismo bando que las fuerzas británicas con faltas de respeto y carecen casi por completo de epítetos raciales y jerga común».[12] Churchill consignó más tarde sus ideas sobre su incorporación al 31.º Regimiento de Infantería del Punjab en *Mi juventud* (1930). Aunque pensaba que se trataba de una experiencia extraña debido a la barrera del idioma, escribió: «Pese a que no podía penetrar del todo en sus pensamientos y sentimientos, llegué a respetar a los punyabíes [...] Si sonreías, sonreían, así que yo sonreía industrialmente».[13]

También cabe resaltar que los elogios y el respeto de Churchill también se extendieron a sus enemigos en la frontera noroeste. Churchill recordaba que las tribus allí eran «una raza valiente y belicosa [...] Tampoco se debe olvidar que los ingleses son ante todo un pueblo belicoso».[14] Churchill combatió furiosamente a quienes se oponían a los británicos, pero admiraba sinceramente su extraordinario valor: «Sería injusto negar a la población del valle de Mohmand la reputación de valentía, habilidad táctica y puntería que tanto merece».[15]

En 1900, Churchill logró un escaño en el Parlamento por el Partido

Conservador y después, en 1904, se pasó al Partido Liberal. Durante las etapas iniciales de lo que se podría denominar «la fase liberal de la carrera de Churchill», destacó a menudo su relación con el mundo islámico. Churchill mantuvo una continua disputa con el alto comisionado para el norte de Nigeria, Frederick Lugard, por sus expediciones de castigo contra las tribus islámicas nigerianas. En cierto momento, la futura cuñada de Churchill, lady Gwendeline Bertie, incluso llegó a temer que Churchill se convirtiera al islam porque creía haber detectado en su carácter una «inclinación hacia el orientalismo».[16]

Posiblemente, el ejemplo más destacado de la fascinación de Churchill por el mundo islámico fue la correspondencia constante que mantuvo con algunos de los dirigentes del imperio otomano. Durante unas vacaciones en el Mediterráneo oriental en 1910, Churchill conoció a Talaat Bey Pashá (que llegó a ser el gran visir otomano), Enver Bey Pashá (que más tarde sería nombrado ministro otomano de la Guerra) y Mehmed Djavid Bey (que se convertiría en el ministro otomano de Finanzas), y comenzaron a intercambiar cartas. De hecho, la relación de Churchill con Djavid Bey fue tal que, durante la guerra de Libia en 1911, este último escribió de manera oficiosa a Churchill para hablarle de la posibilidad de formar una alianza entre los imperios británico y otomano. Churchill escribió al ministro de Asuntos Exteriores Edward Grey y le comunicó que Djavid Bey se había puesto en contacto con él. Además, Churchill también instó a Grey a aceptar la alianza alegando que Italia había cometido atrocidades en Libia. Tal vez porque estaba cansado de la amenaza de guerra en Europa, Churchill continuaba: «Turquía tiene mucho que ofrecernos [...] Somos la única potencia que realmente puede ayudarla y guiarla [...] ¿No habríamos de recelar de las consecuencias de arrojar a Turquía [...] en los brazos de Alemania?».[17] Otra de las razones de que Churchill señalara las ventajas de forjar una alianza con el imperio otomano era su convicción de que el imperio británico era «la mayor potencia mahometana del mundo».[18] Churchill temía que el gran número de musulmanes de la India británica pudiera cultivar lealtades conflictivas en caso de que el imperio otomano encontrara un aliado en Alemania.

Sin embargo, Grey no hizo caso a Churchill. Quedó claro que el Ministerio de Asuntos Exteriores quería responder con algo «melifluo», pero «no aceptaría nada sustancial», pese al deseo de Churchill de enviar una respuesta «alentadora».[19] Estas medidas adoptadas por Grey aún empujaron más al imperio otomano hacia una alianza con Alemania. En 1914, cuando Churchill se vio obligado a confiscar dos acorazados turcos, el *Reshadieh* y el *Sultan Osman I*, que Gran Bretaña había estado construyendo para la armada otomana, el gobierno otomano se enfureció y creyó que no tenía más opción que aliarse con las Potencias Centrales, pese a varios llamamientos personales de Churchill a Enver Pashá y a otros dirigentes de Constantinopla. Cayeron en oídos sordos y el 4 de noviembre de 1914 el imperio otomano declaró la guerra a las potencias aliadas. Siete días más tarde, el sultán y califa del islam sunní declaró la yihad contra Gran Bretaña y los Aliados. Cuando Churchill se enteró de la noticia, temió que «el peso del islam sea arrastrado a la lucha en el bando alemán».[20]

El temor a un movimiento político antibritánico que abogara por la unificación de todos los musulmanes bajo un califato (o movimiento panislámico) ya había estado presente en la política exterior británica desde mediados del siglo XIX, un temor que Alemania estaba ansiosa por explotar. A Churchill, que era consciente de ello, le preocupaba que este movimiento pudiera incidir seriamente en el curso de la guerra, sobre todo en Asia. Sus notas personales proseguían: «La influencia mahometana en Asia arrastrará a toda clases de fuerzas afines en Egipto y a lo largo de la costa norteafricana. Es en Asia, a través de Mesopotamia, Persia, Afganistán y finalmente la India, donde Inglaterra será golpeada y su corona de adquisiciones anulada. La India es el objetivo, el islam es el propulsor y el Turco es el proyectil».[21]

Esto no hizo sino alentar el deseo de Churchill de llevar a cabo una acción militar. Confiaba en preservar el prestigio de Gran Bretaña en Oriente y acabar con cualquier idea de un movimiento panislámico antibritánico, por lo que insistió en intervenir en el estrecho de los Dardanelos para abrir una ruta hasta Constantinopla. El resultado fue la desastrosa campaña de Galípoli que forzó a Churchill a abandonar el Almirantazgo.



Tras luchar brevemente en las trincheras en 1916, Churchill regresó al gobierno, primero como ministro de Municiones y después, a partir de 1919, como ministro de la Guerra y del Aire. Sin embargo, en el período inmediatamente posterior a la guerra, el primer ministro David Lloyd George y Churchill se enfrentaron por la política británica en el Mediterráneo oriental y en Oriente Medio, sobre todo en Turquía. Lloyd George era un liberal conocido por su filohelenismo, y su conceptualización de Asia Menor, muy similar a la de Gladstone, se basaba en gran medida en la literatura orientalista y bíblica; mientras que Churchill, que en un principio había sido un *tory*, seguía mostrándose relativamente favorable a los turcos y comprensivo con su situación. Las dos personalidades intercambiaron en el período de posguerra una beligerante correspondencia sobre la formulación de una política turca. Enver Pashá, uno de los líderes recién vencidos del derrotado imperio otomano, escribió a Churchill en mayo de 1919 y le instó a apelar directamente a Lloyd George en favor de los turcos, diciendo: «Conociendo su generosidad personal y su caballerosa influencia en sus colegas, sobre todo en el señor Lloyd George, le ruego que intervenga [...] Nunca he olvidado los beneficios que ha reportado a este país cuando usted ha intervenido a nuestro favor». Curiosamente, Enver le advirtió de los riesgos que entrañaba la disgregación del imperio otomano y de los efectos que podría tener en los pueblos de Oriente Medio; incluso avisó a Churchill de los peligros del «profundo fuego del islam».[22]

Cuando la situación en Asia Menor y Oriente Medio se volvió más volátil, se hizo evidente que el anticuado y caótico sistema de gobierno colonial, repartido entre el Ministerio de las Colonias, el Ministerio de Asuntos Exteriores y el Ministerio de la India, ya no era capaz de mantener una política coherente sobre Oriente Medio. El ejemplo más obvio de la negligente política exterior británica para la región fue el resultado directo de tres importantes promesas, que proponían, cada una de ellas, acuerdos aparentemente diferentes. El compromiso Hussein-McMahon (1915-1916) respaldaba las aspiraciones nacionales árabes, mientras que el acuerdo Sykes-Picot (1916) repartía lo que quedaba del imperio otomano entre Francia y Gran Bretaña. Para complicar aún más la situación, la Declaración Balfour

(1917) establecía que Gran Bretaña trabajaría para lograr el objetivo de crear un hogar nacional para el pueblo judío en Palestina. Para enmendar este complicado y bochornoso fiasco sería necesaria una gran cantidad de energía y de impulso. La abrumadora carga de trabajo forzó la jubilación del ministro de las Colonias, lord Milner, que no quiso asumir una tarea tan angustiosa, y lord Derby rechazó el puesto por razones similares. Esto convirtió a Churchill en el candidato principal y Lloyd George le nombró ministro de las Colonias a principios de 1921, otorgándole amplios poderes para crear un nuevo departamento centrado exclusivamente en Oriente Medio.

Churchill se volcó por completo en la tarea de crear el Departamento de Oriente Medio. Envió un aluvión de cartas el 23 de enero de 1921 a Arthur Hirtzel, en el Ministerio de la India. En una de las cartas le pedía, a la manera churchilliana, «un gran mapa de Arabia y Mesopotamia» que ilustrara dónde «ejercen influencia todos los principales potentados árabes».[23] También pidió información especializada que explicara las diferentes disputas y «las principales diferencias doctrinales y rituales entre los chiíes [y] los sunníes».[24] Es indudable que Churchill desconocía que la diferencia entre las dos principales ramas del islam no era teológica, sino doctrinal. Esencialmente los musulmanes sunníes creen que se debe elegir al califa, o jefe religioso, entre quienes estén capacitados para la tarea, mientras que los musulmanes chiíes creen que el califato ha de permanecer dentro de la familia del Profeta, entre aquellos nombrados por el Profeta o los imames nombrados por Dios.

Las cartas de Churchill son importantes porque ilustran cómo este ayudó a definir el marco para el debate y la conceptualización de Oriente Medio. Por ejemplo, es significativo que Churchill eligiera el nombre de «Departamento de Oriente Medio»: la expresión «Oriente Medio» no formaba parte aún de la terminología oficial británica y no solía usarse en los círculos sociales del Gabinete, con la notable excepción de Mark Sykes, que intentó «popularizar la expresión a partir del verano de 1916».[25]

Churchill también reclutó a una serie de expertos en asuntos de Oriente Medio para su nuevo departamento. Nombró secretario a John Shuckburgh y subsecretario al mayor Hubert Young. Ambos hombres simpatizaban con la causa árabe. En cambio, su asesor sobre asuntos militares en Oriente Medio,

el coronel Richard Meinertzhagen, era un ferviente sionista.[26] El nombramiento más importante de Churchill en el departamento fue el del famoso T. E. Lawrence.[27] Churchill le ofreció de inmediato el cargo de asesor sobre asuntos árabes, pese a los recelos del Comité Masterson-Smith, el comité oficial del Gabinete que definió los parámetros del Departamento de Oriente Medio.[28] Lawrence era partidario de la autodeterminación de Arabia, algo que Churchill ya sabía desde su primer encuentro en la conferencia de paz de 1919. Con la incorporación de Lawrence al departamento comenzó una duradera amistad entre ambos hombres que tuvo efectos a largo plazo en la política británica en el mundo islámico.

Con el nuevo Departamento de Oriente Medio ya en marcha, Churchill convocó rápidamente una conferencia en El Cairo para resolver los problemas que existían entre los contradictorios compromisos políticos del Ministerio de Asuntos Exteriores en Oriente Medio y determinar cómo podía administrar Gran Bretaña la región de una manera rentable. La conferencia de El Cairo comenzó el 12 de marzo de 1921 en el hotel Semiramis. Asistieron «unos cuarenta expertos británicos de Londres y Oriente Medio», entre ellos A. T. Wilson de Persia, los alto comisionados Percy Cox (Mesopotamia) y Herbert Samuel (Palestina), T. E. Lawrence y Gertrude Bell (la secretaria para Oriente de Cox y la única mujer entre los delegados), así como varios representantes de Somalilandia y Aden.[29] En esta conferencia se decidió estructurar la región de acuerdo con lo que Churchill llamó la «solución jerifiana», que otorgaba el poder a la familia hachemita, cuyo patriarca era el rey Hussein. Con ello se garantizaba que el rey Hussein fuera el rey de Hiyaz y que la sede estuviera en La Meca. Colocó a su hijo Faisal en el trono de Irak y a su otro hijo, Abdulá, en el trono de Jordania (donde en la actualidad gobiernan sus descendientes directos).

Esta solución tenía ventajas políticas. Churchill creía que «Gran Bretaña podía ejercer presión en un país árabe en el que reinaba un príncipe jerifiano [para] lograr sus objetivos en una región diferente gobernada por otro miembro de la familia».[30] Por ejemplo, si Hussein sabía que el gobierno de su hijo en Mesopotamia dependía de que cooperara con los intereses británicos en La Meca, habría más probabilidades de que satisficiera los

deseos de los británicos. Sin embargo, este plan también tenía grandes defectos. Colocaba a un regente sunní al frente de un país poblado mayoritariamente por musulmanes chiíes y malinterpretaba el carácter de la política interna y las rivalidades en el seno de la familia hachemita.

Además, algunas de las políticas acordadas en la conferencia de El Cairo adolecían de graves fallos. La conferencia instaba a la creación de un estado independiente para los kurdos (Kurdistán), pero nunca se materializó debido a las complicaciones surgidas en las relaciones anglo-turcas tras el ascenso de los nacionalistas turcos encabezados por Mustafa Kemal Atatürk. En un intento de mantener los costos bajos, la conferencia aprobó un plan de control aéreo colonial, que fue bastante brutal e indiscriminado, y contribuyó a generar una hostilidad duradera hacia Gran Bretaña, sobre todo en Irak. Por último, no se resolvía la ambigüedad de la Declaración Balfour en cuanto a la creación de una patria judía en Palestina, lo que allanó el terreno para una crisis internacional permanente y un legado de violencia.

Es importante señalar que la relación de Churchill con el islam no se limitó a Oriente Medio. También mantuvo contactos con musulmanes indios, sobre todo en los años treinta, durante su campaña para mantener a la India firmemente sometida al imperio británico. Se suele describir a Churchill en este período como un fanático imperialista cuya creencia en los efectos civilizadores de la dominación británica era su única motivación para oponerse a la autonomía de la India. Esta narrativa suele contraponer a Churchill con el dócil y bienintencionado Mahatma Gandhi, cuya política de no violencia contribuyó a hacer que Churchill pareciera más fanático del imperialismo. Pese a que Churchill dijo de Gandhi que era «un abogado sedicioso del Middle Temple, que sube medio desnudo la escalinata del palacio virreinal»,<sup>[31]</sup> la realidad de este período es mucho más compleja de lo que esta narrativa sugiere.

En las opiniones de Churchill influyeron ideas y personas que contribuyeron a reforzar sus propias convicciones imperialistas. Un buen ejemplo de ello fue el libro de Katherine Mayo *Mother India* (1930), que cabe considerar que posee «un profundo sesgo antihindú»: su conclusión era que las crecientes divisiones y provocaciones entre musulmanes e hindúes

acabarían desencadenando una guerra civil catastrófica y que la presencia británica en la India era lo único que evitaría dicha catástrofe.[32] Esto ilustra, una vez más, la idea liberal de Churchill de que puesto que el islam compartía tradiciones judeocristianas y una estructura monoteísta era de algún modo más avanzado culturalmente que el hinduismo politeísta.

Sin embargo, lo que más influyó en la visión de Churchill de la defensa del mandato británico en la India fue su amistad con prominentes musulmanes como el Aga Khan, el barón Headley (presidente de la Sociedad Musulmana de Gran Bretaña), Waris Ameer Ali (un juez londinense), Feroz Khan Noon (futuro primer ministro de Pakistán) e incluso M. A. Jinnah (el llamado padre de Pakistán).

Aunque el Aga Khan y el barón Headley pusieron a Churchill en contacto con importantes grupos proislámicos, como la Sociedad Musulmana de Gran Bretaña, el personaje que más influyó en la forma de pensar de Churchill sobre la población musulmana de la India fue probablemente Waris Ali. Él y Churchill se hicieron buenos amigos y su correspondencia duró hasta los años de posguerra; colaboraron estrechamente con la Indian Empire Society, que más tarde pasaría a formar parte de la Indian Defence League. Waris Ali usó sus contactos para mantener informado a Churchill sobre la opinión de los musulmanes en la India y le enviaba continuamente información que Churchill utilizaba después en la Cámara de los Comunes como prueba de la necesidad de mantener el mandato británico. Por ejemplo, el 2 de junio de 1931, Waris Ali escribió a Churchill sobre la matanza de Cawnpore e incluyó material del *Crescent*, un semanario musulmán publicado en la India, en el que se protestaba por los intentos de aterrorizar a la minoría musulmana.[33] Poco después, Churchill afirmó ante una audiencia en Kent: «Miren lo que ha sucedido en Cawnpore [...] Los hindúes han perpetrado una espantosa matanza contra los musulmanes porque los musulmanes se negaron a sumarse a la exaltación del asesinato de un policía británico».[34]

Además, aquellos aspectos de la postura de Churchill que se podrían caracterizar como interés por la minoría musulmana estaban inspirados por Ali y eran evidentes en la imagen que tenía del Partido del Congreso Indio, del que posteriormente diría que «no representa a la India. No representa a la

mayoría de la población de la India. Ni siquiera representa a las masas hindúes. Fuera de ese partido, y fundamentalmente opuestos a él, hay 90 millones de musulmanes en la India británica que tienen derecho a expresarse».[35] El propio Churchill dio a entender que Waris Ali había influido en su postura y le dijo a Ali que había «hecho pleno uso de [las cartas y los artículos]» y que planeaba «recurrir a él» si necesitaba más ayuda en el Parlamento.[36]

La relación de Churchill con el mundo islámico se mantuvo, obviamente, durante la segunda guerra mundial, cuando trató de liberar a Siria de la Francia de Vichy y colaboró con el rey Ibn Saud de Arabia Saudí[37] y el rey Abdulá de Jordania[38] para proteger a Oriente Medio de los nazis y sus aliados en la región, en especial del gran muftí de Jerusalén, Muhammad Amin al-Husseini. Una de las estrategias más interesantes de Churchill durante la guerra consistió en intentar que Turquía se mantuviera neutral y después sumar al país como aliado en los últimos días de la guerra. Esta política revela hasta qué punto las ideas de Churchill sobre el islam se habían vuelto anticuadas en los años cuarenta, ya que seguía asumiendo que si tenía a Estambul como aliado, también se sumaría todo el mundo islámico. Aunque esta opinión se basaba claramente en las ideas victorianas, lo sorprendente es que Churchill se proponía realmente recabar el apoyo del mundo islámico. Dirigió en persona la política exterior con Turquía y se reunió a menudo con el presidente İsmet İnönü. En octubre de 1940, durante los días más oscuros de la segunda guerra mundial, Churchill aprobó los planes para construir una nueva mezquita en el centro de Londres e incluso reservó 100.000 libras esterlinas para el proyecto.[39]

La guerra tampoco alteró la visión que tenía Churchill de la India. Siguió defendiendo el imperialismo británico en la India con el pretexto de la igualdad de derechos para los musulmanes y otras minorías. Esto era evidente en el telegrama que envió al presidente Roosevelt en marzo de 1942, cuando Churchill alegó que uno de los principales obstáculos para que la India consiguiera el estatuto de dominio era el deseo de Gran Bretaña de no romper con «los musulmanes, que representan cien millones de personas y son los principales elemento del ejército en los que debemos confiar para la lucha

inmediata».[40] Sin embargo, Churchill ya había confesado en privado en el Gabinete de Guerra que «consideraba la disputa entre hindúes y musulmanes el baluarte del dominio británico en la India».[41] Churchill también apoyó incondicionalmente la creación de Pakistán y creía que seguiría siendo un dominio de la corona británica incluso si la India obtenía la plena independencia. Churchill siguió manteniendo correspondencia con Jinnah y, en diciembre de 1946, se reunieron para almorzar en Chartwell y hablar sobre la creación de Pakistán. Cuando comenzó la partición con el gobierno de Attlee en 1947, Churchill incluso intervino para convencer a Jinnah de que aceptara las condiciones de la misma.[42]

Tras la segunda guerra mundial, la vida política de Churchill continuó estando vinculada a cuestiones relacionadas con el mundo islámico. Aunque Churchill se distanció de la causa sionista cuando la Banda Stern asesinó a su amigo lord Moyne en 1944, la creación del estado de Israel en 1948 alteró mucho su manera de ver Oriente Medio. Consideraba al estado recién creado de Israel un aliado frente al expansionismo soviético en la región y otro medio para acercar a Gran Bretaña a Estados Unidos. Pese a su apoyo a Israel, Churchill también confiaba en que el nuevo estado tuviera «en cuenta los legítimos derechos de los árabes».[43]

En su gobierno de posguerra, Churchill también tuvo que hacer frente a movimientos nacionalistas en Egipto e Irán. Aunque estos movimientos no estaban estrictamente motivados por el islam, Churchill seguía pensando en Oriente Medio con un enfoque anticuado y lo consideraba una región islámica pese a la presencia allí de otros muchos grupos étnicos y religiosos, lo que se tradujo en legados coloniales duraderos en Oriente Medio. En Egipto, las tensiones entre el movimiento nacionalista de Gamal Abdel Nasser y el imperio británico en declive culminaron en la crisis de Suez de 1956, mientras que se considera que la operación anglo-estadounidense para derrocar a Mohammad Mosaddegh, el primer ministro de Irán en 1953, fue una de las principales causas de la revolución iraní de 1979 y del colapso de la democracia laica en Irán.

Pese a ello, la fascinación de Churchill por Oriente siguió siendo evidente. En los años cincuenta viajó con regularidad a Marrakech de

vacaciones. Las vistas de la ciudad eran uno de los temas predilectos de Churchill para sus cuadros, así como sus habitantes musulmanes.<sup>[44]</sup> Churchill también disfrutó de banquetes nocturnos con el pachá local, conocido como Thami El Glaoui («Señor del Atlas»), que había sido anfitrión de Churchill en numerosas ocasiones desde 1935.

En última instancia, el legado de Churchill en el mundo islámico es un legado de paradójica camaradería e intereses compartidos obtenido a través de sus experiencias y relaciones personales. Es al estudiar su correspondencia y sus notas privadas cuando dicho legado resulta más evidente. Aunque las necesidades estratégicas determinaron algunos aspectos de su pensamiento, Churchill mantuvo a menudo posturas que creía que beneficiaban a los súbditos musulmanes de la corona. Obviamente, hubo momentos en los que esta alianza no se avino. Dos grandes fracasos en la carrera de Churchill guardaron relación con el mundo islámico. El primero fue el revés sufrido en Galípoli y, el segundo, sus inflexibles actitudes con respecto a la India en los años treinta. Pese a que la visión que Churchill tenía del islam político y cultural era, hasta cierto punto, una visión victoriana de la que nunca se desembarazó del todo, y pese a que su posición típica respecto a los asuntos relacionados con las regiones islámicas era imperialista, para él, el poder británico era un medio para promover la civilización, algo que creía que, en última instancia, beneficiaba a todo el mundo, incluidos los musulmanes. Puede que las ideas de Churchill sobre el islam resulten paternalistas y problemáticas en muchos sentidos, pero fueron mucho más matizadas y favorables de lo que se suele suponer.



# 10

## Churchill y la fuerza aérea

*Richard Overy*

Universidad de Exeter

Churchill fue un entusiasta del uso de las aeronaves con fines militares durante toda su dilatada carrera pública y también fue un aviador aficionado. Este capítulo explora su relación con la aviación militar desde los primeros tiempos de la fuerza aérea naval, creada en 1914 cuando era primer lord del Almirantazgo, pasando por su papel como ministro de Municiones en 1917-1918 y después ministro del Aire en 1919-1920, hasta sus cargos posteriores de primer ministro y ministro de Defensa durante la segunda guerra mundial, cuando pudo participar plenamente en la configuración de la estrategia y el desarrollo de la Real Fuerza Aérea. La cuestión principal sigue siendo el papel de Churchill en la aprobación y el respaldo de los bombardeos de ciudades y civiles en Alemania y, en especial, el controvertido asunto de Dresde. Este capítulo analiza el vacilante apoyo de Churchill a los bombardeos y su opinión de que eran un instrumento político útil y constituían una necesidad estratégica. Las implicaciones morales de los

bombardeos, incluidos los ataques con armamento nuclear, apenas influyeron en sus cálculos.

Churchill fue un entusiasta de los aviones como instrumento militar desde los inicios mismos de la era aérea, en la década anterior a 1914, hasta el final de la segunda guerra mundial. Ordenó los primeros ataques aéreos de largo alcance en 1914-1915 para frenar la amenaza de los zepelines alemanes, fue ministro del Aire poco después de que se creara el cargo en 1917 y posteriormente ayudó a organizar y mantener la campaña aérea contra Alemania entre 1940 y 1945. En los años treinta, los llamados «años en el desierto», la amenaza que representaba la nueva fuerza aérea alemana le impulsó a hacer campaña a favor de un rearme más rápido y a gran escala. La fuerza aérea es uno de los elementos importantes presentes durante toda la dilatada carrera pública de Churchill.

La aparición del vuelo a motor le pareció sumamente estimulante. A diferencia de la mayoría de los demás políticos con una experiencia y una edad similares, cuando fue nombrado primer lord del Almirantazgo decidió que debía probar por sí mismo. A principios de 1912 realizó su primer vuelo en un hidroavión de la marina, sentado detrás del comandante Spenser Gray. Sería el primero de muchos. Más tarde escribió que había empezado a volar por una mezcla de sentido del deber y de curiosidad, pero que después había continuado «por puro placer y diversión».[1] Churchill confesó haber sentido al principio un profundo desasosiego, pero después se adaptó al peligro. Visto en retrospectiva, podríamos decir que estuvo tocado por la suerte: aviones en los que había volado solo unas horas antes se estrellaron a menudo en su siguiente vuelo, matando al piloto. En 1917, mientras era ministro de Municiones, voló varias veces a Francia en aparatos en mal estado. En una ocasión falló el motor. «Pensé que la muerte era segura e inminente», escribió. Sin embargo, el motor volvió a arrancar. En 1919 se estrelló el avión en el que volaba y solo sufrió algunas magulladuras, aunque este sería el fin de sus aventuras aéreas.[2] Posteriormente, durante la segunda guerra mundial, mientras volaba en enero de 1943 en un bombardero reconvertido rumbo a la conferencia de Casablanca, no podía soportar el frío y encendieron para él una pequeña estufa de parafina hasta que se produjo un

grave peligro de incendio. Llegó sano y salvo, pero fueron muchas las ocasiones en las que podría haberse convertido fácilmente en una víctima de la tecnología que tanto admiraba. Es difícil no pensar que su supervivencia fue providencial y su fascinación por volar, audaz y temeraria.

Debido a su gran interés personal por la aviación, en la primavera de 1914 se creó el Real Servicio Aéreo Naval (RNAS, por sus iniciales en inglés) bajo su autoridad como primer lord del Almirantazgo, aunque Churchill habría preferido llamarlo «Flying Wing».[3] El RNAS tuvo la distinción de llevar a cabo los primeros ataques aéreos de largo alcance contra objetivos en el frente interno en septiembre y octubre de 1914, cuando la aviación naval, con la firme aprobación de Churchill, bombardeó los cobertizos y las instalaciones de reparación de los zepelines alemanes. Churchill temía el papel que podían desempeñar los dirigibles en la guerra naval al observar el bombardeo de la flota británica. El 22 de septiembre de 1914, cuatro aviones de la fuerza aérea naval atacaron objetivos en Colonia y Düsseldorf; el 9 de octubre enviaron solo dos aviones, que en esta ocasión alcanzaron un hangar de zepelines; en noviembre fue bombardeada la fábrica de zepelines de Friedrichshafen, una «gran hazaña», según dijo Churchill en la Cámara de los Comunes.[4] El RNAS continuó planificando bombardeos de largo alcance contra objetivos económicos y militares en Alemania después de que Churchill hubiera abandonado el Almirantazgo en 1915.[5] Como ministro de Municiones en el gobierno de David Lloyd George en 1917-1918, Churchill volvió a intentar impulsar sus planes de realizar bombardeos de largo alcance. Fue miembro de dos comités especiales constituidos en el otoño de 1917 para investigar la defensa aérea y las represalias contra ataques aéreos alemanes: el Comité de Operaciones Aéreas y el Comité de Ataques Aéreos.[6] El 21 de octubre de 1917 elaboró un memorando sobre las «Posibilidades de las municiones de 1918», en el que abogaba por los bombardeos de largo alcance (los que se conocerían como bombardeos estratégicos) contra centros industriales del enemigo, una estrategia que aplicaría enérgicamente veinticinco años más tarde durante la segunda guerra mundial.[7] El gobierno aprobó la creación de una fuerza independiente de la recién fundada Real Fuerza Aérea para llevar a cabo una

campana contra la industria alemana, pero tuvo pocas oportunidades de demostrar lo que podrían conseguir los bombardeos antes de que terminara la guerra.

Tras las elecciones de diciembre de 1918, Churchill regresó al gobierno como ministro de la Guerra, pero, a instancias de Lloyd George, también aceptó el puesto de ministro del Aire, sucediendo a lord Weir en un puesto que se había creado en enero de 1918. Lloyd George confiaba en que el cargo conjunto de ministro de la Guerra y del Aire, que Churchill asumió el 10 de enero de 1919, permitiera llevar a cabo la reintegración del ejército y la fuerza aérea, pero Churchill mantuvo su compromiso con un «estado independiente» de la RAF y logró eludir las presiones del ejército de tierra y la armada para crear dos fuerzas aéreas separadas, una para apoyar al ejército y otra a la aviación naval, ambas bajo su control.[8] Nombró primer jefe del Estado Mayor en tiempos de paz al general Hugh Trenchard, un hombre que compartía con Churchill la apasionada defensa de la independencia aérea. Ya en febrero de 1919 Churchill había aprobado una serie diferente de rangos para la RAF: comodoro del Aire, capitán de grupo, etc.[9] En noviembre de 1919 se publicó un libro blanco sobre la «Organización permanente de la Real Fuerza Aérea» y se garantizó la futura independencia de la RAF.[10] Este resultado podría haber sido incierto con otro ministro que no fuera Churchill, aunque no pudo dedicar más que una fracción de su tiempo a los asuntos aéreos como ministro debido a las presiones a las que estaba sometido como ministro de la Guerra. Churchill, pese a no ser del todo el padre de la fuerza, desempeñó un papel político decisivo a la hora de garantizar su supervivencia como un servicio independiente, un resultado que definió la evolución de la fuerza aérea británica durante los veinte años anteriores al estallido de una segunda guerra.

Churchill también estuvo al frente de los primeros experimentos de «vigilancia aérea». A finales de 1919, la insurgencia en el territorio de la Somalilandia británica, en África oriental, hizo necesario el envío de una costosa fuerza expedicionaria que el Ministerio de las Colonias no estaba dispuesto a sufragar. El Ministerio del Aire sugirió el envío de una escuadrilla de aeroplanos DH9 como una manera económica de proyectar el

poder colonial. En enero de 1920 una serie de operaciones aéreas puso fin a la revuelta a un costo módico. Un año más tarde, el 7 de enero de 1921, Churchill fue trasladado al Ministerio de las Colonias, donde la vigilancia aérea, en cooperación con una modesta presencia militar, se convirtió en el sistema habitual de hacer frente a la insurgencia.[11] Casi todos los altos mandos de las fuerzas aéreas que más tarde colaboraron con Churchill en la segunda guerra mundial habían adquirido experiencia en la vigilancia aérea en el período de entreguerras. La confianza posterior de Churchill en lo que podía conseguir la fuerza aérea bien podría haber derivado de este temprano experimento de proyección del poderío aéreo. Más tarde, en 1941, el jefe del Estado Mayor del Aire, sir Charles Portal, trató de explicarle a Churchill que la estrategia en curso contra Alemania era una adaptación, «aunque a una escala muy ampliada, de la política de control aéreo».[12]

Churchill mantuvo su interés por los temas aéreos, pero desde enero de 1921, cuando abandonó el puesto de ministro del Aire, no volvió a tener ninguna responsabilidad directa en la fuerza aérea hasta que fue nombrado primer ministro y ministro de Defensa en 1940. No obstante, en los años treinta, cuando Churchill era un diputado sin cartera y criticaba asiduamente el lento rearme y la titubeante política exterior del Gobierno Nacional, se aferró a la carrera armamentística en el aire para ilustrar lo que consideraba una falta de responsabilidad del gobierno ante el rápido rearme de la Alemania de Hitler. Gran parte de la información de inteligencia era superficial y se basaba en impresiones, y parece que Churchill tuvo acceso a la fuente principal, el capitán de grupo de la RAF Malcolm Christie, que había sido el agregado aéreo británico en Berlín en los años veinte. Christie facilitó información no fiable al Ministerio de Asuntos Exteriores y, a su vez, Ralph Wigram, del Departamento Central del Ministerio, se la trasladó a Churchill.[13] En 1935, cuando Hitler anunció oficialmente el rearme aéreo alemán, Churchill presionó al gobierno de Stanley Baldwin para que acelerara los preparativos aéreos británicos. «De ser la nación menos vulnerable de todas nos hemos convertido, gracias a los avances aéreos, en la más vulnerable», dijo ante la Cámara de los Comunes en marzo de 1935.[14] En la primavera de 1936 escribió como respuesta a una investigación sobre

sus estadísticas aéreas que «corremos un grave peligro» y parece que lo creía de verdad.[15] La mayoría de las cifras de Christie exageraban enormemente la disponibilidad aérea de Alemania (se definía constantemente a los aviones de entrenamiento como aviones de primera línea) y Churchill se ganó la reputación de ser un belicista entre una población mayoritariamente pacifista. Sin embargo, la preocupación por la fuerza aérea obligó a Neville Chamberlain, cuando fue nombrado primer ministro en mayo de 1937, a consignar fondos adicionales para el desarrollo de las defensas de la RAF (cazas monoplaneo y radares), lo que acabaría dando resultados posteriormente en la batalla de Inglaterra, de la que siempre se ha llevado Churchill el mérito.

Al comienzo de la segunda guerra mundial, Churchill ocupaba el mismo cargo que había ejercido al principio de la primera, primer lord del Almirantazgo. Solo cuando fue nombrado primer ministro el 10 de mayo de 1940 estuvo en condiciones de influir por primera vez desde 1920 en cómo se iba a utilizar la fuerza aérea británica. Nombró a un amigo íntimo, el político liberal Archibald Sinclair, ministro del Aire, un cargo que ocupó hasta mayo de 1945. Una de las primeras decisiones que tuvo que tomar el nuevo Gabinete de Churchill fue sobre si se debían enviar bombarderos británicos a atacar objetivos en ciudades alemanas para aliviar la presión en el frente de Bélgica y Francia. La fuerza aérea alemana todavía no había atacado el frente interno británico y Churchill era consciente de lo que esto significaba desde el punto de vista moral y jurídico. El 12 de mayo el Gabinete debatió lo que denominaron «guerra aérea sin restricciones». Churchill afirmó que el régimen de Hitler había demostrado ser tan inhumano que existía una «amplia justificación» para tomar represalias. El 13 de mayo se autorizó un ataque aéreo contra objetivos petroleros y ferroviarios, y dos días más tarde, pese a la inquietud de Churchill por el efecto que podría tener en la opinión pública estadounidense (aunque no por los daños que podía causar a los civiles alemanes), se acordó una política general para lanzar una ofensiva aérea. Durante más de cien días a lo largo de los meses de verano, los bombarderos medianos de la RAF atacaron durante la noche objetivos en poblaciones alemanas.[16]

Es indiscutible que Churchill, con el consentimiento del Gabinete de Guerra, dio su aprobación formal en mayo de 1940 a una campaña contra Alemania que duró hasta que se efectuaron los últimos bombardeos contra Kiel, los días 2 y 3 de mayo. Tenía muchas esperanzas depositadas en lo que podían conseguir los bombardeos. En 1918 promovió el desarrollo de un bombardero pesado capaz de minar la moral de los alemanes con ataques aéreos concebidos «para hostigar a las hambrientas y desmoralizadas ciudades [del enemigo] sin pausa».[17] En mayo y junio de 1940 confió en que tuvieran el mismo impacto en el estado de ánimo y, al parecer, no tuvo ningún reparo moral a la hora de ordenar una campaña que resultaba evidente que iba a causar víctimas civiles, posiblemente un gran número de bajas. La decisión de bombardear la tomó convencido de que los nazis (o hunos, como solía llamarlos) no podían tener motivos de queja, dados sus antecedentes morales, pero también debido a que la situación de emergencia después de Dunkerque y de la derrota francesa hizo que los bombardeos fueran la única manera de golpear al enemigo alemán. No tardó en sumarse a la opinión de que había muchas probabilidades de que los ataques aéreos provocaran rápidamente una crisis social o política entre la población amenazada. El 8 de julio escribió una carta muy citada a su amigo Max Beaverbrook, a la sazón ministro de Producción Aérea, en la que afirmaba que solo podía pensar en una manera de derrotar a Hitler: «un ataque de exterminio absolutamente devastador con bombarderos muy pesados».[18] Se ha remarcado mucho el uso por parte de Churchill de la palabra «exterminio», una elección desafortunada para una campaña que, en teoría, seguía estando dirigida contra objetivos militares y económicos. No fue la única vez durante la guerra que Churchill antepuso el uso de una floritura literaria a cualquier consideración moral que pudiera haber influido en su opinión. Para el mariscal del aire Arthur Harris, el futuro comandante en jefe del Mando de Bombardeo, la carta equivalió, según sus palabras, «al mandato de la RAF» para los bombardeos de área.[19]

Dada la identificación de Churchill con la campaña de bombardeos, resulta un tanto irónico que la defensa del espacio aéreo británico contra los bombarderos alemanes en la batalla de Inglaterra (a la que involuntariamente

había puesto nombre en un discurso pronunciado el 18 de junio de 1940) llegara a simbolizar la resistencia británica frente a la amenaza alemana.[20] Fue Churchill quien, afortunadamente, insistió en que el mariscal en jefe del Aire sir Hugh Dowding, comandante en jefe del Mando de Caza, permaneciera en su puesto en lugar de jubilarse en julio de 1940.[21] A Churchill le afectaba fácilmente el daño causado durante la batalla y apenas tenía conocimiento de la realidad de la fuerza aérea. En cierto momento quiso que se movilizara a todos los pilotos capaces de volar, incluidos los pilotos que superaban la edad permitida y el personal de todas las escuelas de instrucción, para que se incorporaran a unidades de primera línea. Presionó al Ministerio del Aire para que explicara por qué no podían estar en el aire a un mismo tiempo todos los aviones de combate fabricados, cuando eran necesarios para la instrucción de vuelo, se estaban reparando o estaban estacionados como reservas. El 19 de agosto, el día en que realizó su famosa visita al cuartel general del mariscal del Aire Keith Park, comandante del 11.º Grupo de la RAF, se dio cuenta de lo limitada que parecía ser la fuerza aérea británica y de las probabilidades que tenía en su contra. Mientras regresaba en coche, murmuró la frase que inmortalizaría en el discurso que pronunció ante una Cámara de los Comunes semivacía y somnolienta un día más tarde: «Nunca, en el ámbito de los conflictos humanos, tantos debieron tanto a tan pocos».[22]

Hay buenas razones para afirmar que la batalla de Inglaterra se ganó a pesar de Churchill, cuyos conocimientos de cómo funcionaban unas fuerzas aéreas (las muchas horas de entrenamiento, la importancia de la reserva, la conservación de los recursos, la compleja cadena logística) fueron rudimentarios, tanto en ese momento como durante toda la guerra. Presionó a la RAF para que se preparara ante una posible guerra en la que se utilizaría gas venenoso desde el aire, lo que, de haberse producido, habría sido desastroso desde un punto de vista tanto político como estratégico.[23] Esto no le impidió identificarse con el servicio. Se alegró de que en marzo de 1939 le nombraran comodoro del Aire honorario de la 615.ª Escuadrilla de la Fuerza Aérea Auxiliar y, más tarde, en abril de 1943, el Consejo del Aire le concedió el título de piloto honorario (en parte, según se rumoreaba, para



formalizar el uso no oficial que hizo de la insignia al comienzo de la guerra). [24] Le gustaba ser visto con su uniforme de la RAF y lo lució en las conferencias de Casablanca y Teherán con Stalin y Roosevelt. A fin de cuentas, no importaba que sus conocimientos sobre las fuerzas aéreas fueran limitados. Su punto fuerte fue inspirar la resistencia, y la batalla de Inglaterra ha permanecido grabada en la memoria histórica de Occidente como un símbolo de la desafiante belicosidad de Churchill. En realidad, la capacidad de Churchill para convertir la batalla de Inglaterra y a sus heroicos «pocos» en un faro de la resistencia contra el totalitarismo contribuyó a que aumentara el respaldo estadounidense al esfuerzo bélico británico y dio esperanzas a los millones de europeos sometidos a la dominación alemana.

Para Churchill, la batalla de Inglaterra y el Blitz posterior planteaban una paradoja. Demostraban los verdaderos límites de una campaña de bombardeos moderna en un momento en el que la RAF, con el firme respaldo de Churchill, estaba ocupada ampliando sus operaciones contra Alemania. Se volvió cada vez más crítico con la campaña de bombardeos británica y aunque prometió a la población pagar a los alemanes con su misma moneda, sobre todo en el discurso que pronunció en el County Hall de Londres al final del Blitz, se dio cuenta de que las fantasías de antes de la guerra sobre el derrumbe del frente civil debido a los bombardeos, al final solo habían sido eso, fantasías.[25] Churchill escribió a Portal en octubre de 1941 sobre su nueva visión de los bombardeos; merece la pena citarlo:

Antes de la guerra, fuimos inducidos gravemente a error por la descripción que [el Estado Mayor del Aire] hizo de la destrucción que causarían los ataques aéreos. Este panorama de destrucción aérea fue tan exagerado que deprimió a los estadistas responsables de la política antes de la guerra [...] Después de que hubiera comenzado la guerra, el Estado Mayor del Aire de nuevo nos indujo sistemáticamente a creer que si el enemigo se apoderaba de los Países Bajos, por no hablar de Francia, nuestra situación sería imposible como consecuencia de los ataques aéreos. Sin embargo, al no haber prestado demasiada atención a estas ideas, hemos encontrado un medio bastante bueno para seguir adelante.[26]

Unas semanas antes, lord Cherwell, su asesor científico, había demostrado con la ayuda del joven estadístico David Butt que la mayoría de

las bombas de la RAF erraban el blanco por un margen amplio. Otra investigación encargada por Churchill en la primavera de 1942, el Informe Singleton, arrojó resultados bastante similares. La RAF pasó a adoptar la estrategia de bombardear zonas urbanas enteras, concentrándose intencionadamente en las zonas residenciales más pobladas por considerar que era lo mejor que se podía obtener con los bombardeos nocturnos. Cherwell era un firme partidario de lo que denominaba «dehousing» (demolición de viviendas) como medio para destruir la economía alemana y minar la moral, y aunque Churchill seguía teniendo dudas de que el poder aéreo pudiera servir para algo más que para apoyar la eventual guerra terrestre, no hizo nada por oponerse a los ataques intencionados contra civiles y el entorno civil.[27] Al final, las dudas de Churchill sobre los daños que podían causar los bombardeos a la economía y la moral del enemigo fueron corroboradas por los estudios realizados en la posguerra, que mostraron que los bombardeos estratégicos solo habían causado la pérdida de unos pocos puntos porcentuales de la producción de guerra alemana y no habían provocado el derrumbe social o psicológico de la población.

Ha habido mucho debate histórico sobre hasta qué punto Churchill tuvo o no escrúpulos morales acerca de la campaña de bombardeos realizada en su nombre contra las ciudades alemanas. Vio muy poco a Harris, aunque se llevaron bien cuando este estuvo invitado en Chequers; le dijo a Harris en varias ocasiones que no exagerara las afirmaciones del Mando de Bombardeo sobre los efectos del poder aéreo, pero no propuso que se suspendiera la campaña. Durante toda la guerra mantuvo el optimismo en que los bombardeos, si se empleaban de la manera adecuada, generarían algún tipo de dividendo político y los utilizó para poder mantener el respaldo político de los dos grandes aliados, la Unión Soviética y Estados Unidos, y para acallar las críticas por la incapacidad de abrir un «segundo frente».[28] Para Churchill, el bombardeo era un instrumento útil incluso cuando sus efectos eran criticables. Cuando a finales de 1943 empezó a flaquear el apoyo de Bulgaria al Eje, fue Churchill quien insistió en bombardear Sofía para dar a los búlgaros «una dura lección».[29] Cuando sus colegas y la RAF dudaron si bombardear Roma debido a su vinculación con la Iglesia Católica y a su

patrimonio artístico, a Churchill le indignó que se concediera inmunidad a la ciudad. Cuando las fuerzas aéreas de los Aliados en Italia solicitaron permiso para bombardear las estaciones de clasificación de Florencia, situadas a un kilómetro y medio de la famosa catedral, fue Churchill quien insistió a los jefes del Estado Mayor para que «sin duda bombardearan».[30] Y fue Churchill quien presionó airado al Ministerio del Aire y al Estado Mayor del Aire en enero de 1945 para que continuaran los intensos bombardeos de las ciudades del este de Alemania situadas en la ruta por la que se aproximaba el Ejército Rojo, lo que desembocó en los ataques aéreos con bombas incendiarias contra Dresde de los días 13 y 14 de febrero de 1945.

Siempre se ha considerado que el bombardeo de Dresde supuso un punto de inflexión en la visión que tenía Churchill de la política aérea británica. Cuando se filtró la noticia de que el objetivo de los bombardeos había sido el centro residencial de la ciudad, la reacción tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos fue claramente desfavorable. Se ha afirmado con frecuencia que esto indujo a Churchill a escribir un memorando para sir Charles Portal el 28 de marzo de 1945 en el que desaprobaba el bombardeo continuo «para aumentar el terror». Harris respondió con firmeza negando la afirmación de que bombardeara para aterrizar y Portal convenció a Churchill para que suavizara el memorando original.[31] Parece más probable que a Churchill no solo le afectara Dresde, sino también ser cada vez más consciente de la clase de medio que había permitido utilizar contra los civiles alemanes. Había estado sentado a orillas del Rin almorzando con el mariscal de campo Bernard Montgomery el 26 de marzo de 1945, contemplando las ruinas de las ciudades del Ruhr solo dos días antes de escribir su memorando. Es posible que las vistas le evocaran intensos recuerdos de cuando caminaba por las ciudades británicas en ruinas durante el Blitz. Cualquiera que fuera la razón, en el período de posguerra Churchill decidió distanciarse de su propia implicación en el respaldo de la campaña de bombardeos. Apenas mencionó el bombardeo de Dresde ni sus secuelas en sus memorias sobre la segunda guerra mundial. Cuando le preguntaron por Dresde en mayo de 1950, comentó que creía que «lo habían hecho los estadounidenses».[32] Harris escribió en el momento álgido de la guerra fría que la decisión de bombardear

Dresde no la había tomado él, sino que fue una respuesta a las presiones de los dirigentes soviéticos. Cuando el biógrafo Anthony Boyle le preguntó a Harris poco antes de su muerte sobre las desavenencias con Churchill después de Dresde, Harris respondió de manera contundente que la actitud de Churchill hacia él y hacia la campaña de bombardeos no había cambiado «de ningún modo perceptible» entre 1942 y 1945.[33] Churchill ya había expresado un elogioso reconocimiento a Harris en mayo de 1945, tras la rendición alemana, cuando le agradeció «el glorioso papel que ha desempeñado el Mando de Bombardeo en la forja de la victoria».[34]

Churchill tampoco tuvo reparos a la hora de respaldar la decisión estadounidense de usar bombas atómicas contra Japón, unos ataques que pusieron claramente de manifiesto hasta qué punto se podía usar un arma lanzada desde el aire para arrasarse de golpe ciudades enteras. También dio una respuesta ambigua sobre esto en un momento posterior de su carrera, pero, al parecer, en el momento de la prueba atómica y las dramáticas conversaciones de Potsdam, dio su pleno consentimiento.[35] Lo que parece constatar este ejemplo, al igual que la decisión de empezar a bombardear ciudades alemanas en 1940 y sus presiones a la RAF para que bombardeara Dresde y otras ciudades del este de Alemania, es su disposición a respaldar el uso de la fuerza aérea cuando lo consideraba conveniente por razones estratégicas sin cuestionar muy a fondo sus implicaciones éticas. Siempre estaba dispuesto a ordenar un bombardeo si parecía necesario desde el punto de vista militar u oportuno políticamente, y sabía cuáles serían sus efectos. Cuando se tomó la decisión de bombardear transportes franceses antes del Día D, Churchill fue el único que se opuso en los debates del Gabinete y de los jefes del Estado Mayor por la cifra de víctimas francesas que podría ocasionar. Lamentaba, según dijo al Comité de Defensa el 5 de abril de 1944, «la matanza de un gran número de franceses indefensos», aunque eso no le impidió conceder la autorización a regañadientes.[36] El resultado fue que Churchill, en algunos aspectos el más humano de los hombres, fue capaz de dejar de lado sus escrúpulos morales en aras, a su juicio, de un bien moral mayor: la victoria de los Aliados.

El legado de Churchill con las fuerzas aéreas es ambiguo. De la primera

guerra mundial a la segunda se convenció de que la aparición del aeroplano transformaría la guerra y estaba dispuesto a defender que el frente interno enemigo era un objetivo legítimo y valioso desde el punto de vista estratégico. Al mismo tiempo, creía que los bombardeos alemanes en Gran Bretaña eran un crimen horrible y en ocasiones le preocupaba que, si los británicos incurrían en la misma táctica, se les pudiera acusar de hundirse en abismos morales similares. «¿Acaso somos bestias? ¿No estamos llevando esto demasiado lejos?», preguntó retóricamente cuando vio en una película los bombardeos en junio de 1943.<sup>[37]</sup> Fue un círculo que Churchill no logró cuadrar durante toda la segunda guerra mundial.

# 11

## Churchill como estratega en la segunda guerra mundial

*Jeremy Black*

Universidad de Exeter

La reputación de Churchill como líder de la guerra está menos garantizada en el ámbito de la estrategia y los planes de acción que en el de la política y la polémica, sobre todo en Estados Unidos, donde se critica con frecuencia la política de Gran Bretaña durante la guerra. Tenía que jugar una partida difícil, no solo debido a las posiciones de Estados Unidos y la Unión Soviética, sino también porque procuró promover los intereses nacionales y proteger al imperio, y lo hizo con un éxito mucho mayor del que cabía prever en 1941 y más aún en 1940.<sup>[1]</sup>

El papel que desempeñó en la segunda guerra mundial es el motivo de que la reputación de Churchill esté curiosamente dividida. Básicamente, existen dos visiones de Churchill como líder de la guerra. En la primera se le presenta como la figura clave que movilizó la opinión pública nacional y

mantuvo a Gran Bretaña valiente en los oscuros días de la derrota y el aislacionismo de 1940 y 1941; este es el Churchill resuelto y fuerte, el Churchill de los discursos grandilocuentes y desafiantes, un hombre que era un símbolo nacional y el motor de la determinación nacional.[2] En realidad, la convicción de Churchill de que la lucha era una gran causa moral había estado presente desde un principio. Nada más incorporarse al Gabinete como primer lord del Almirantazgo, un puesto que ocupó hasta que fue nombrado primer ministro, Churchill declaró en la Cámara de los Comunes el 3 de septiembre de 1939:

No se trata de luchar por Danzig ni de luchar por Polonia. Estamos combatiendo para salvar al mundo entero de la pestilencia de la tiranía nazi y en defensa de todo aquello que es más sagrado para el hombre. No se trata de una guerra de dominación, ni de engrandecimiento imperial, ni de ganancias materiales; no es una guerra para privar a ningún país de la luz del sol y los medios de progreso. Es una guerra, vista en su cualidad inherente, para establecer sobre rocas inexpugnables los derechos del individuo y es una guerra para establecer y reavivar la estatura del hombre. (Discurso ante la Cámara de los Comunes, 3 de septiembre de 1939.)

Grandes palabras, pero ninguna estrategia. La estrategia, entendida como la aplicación de políticas, aunque rara vez es tan fácilmente divisible como podría sugerir esta frase, es un ámbito en el que la reputación de Churchill es más diversa. Esta es la segunda visión, la que se examina en este capítulo. Para ello, se ha de ubicar a Churchill en relación con la política de conflicto, tanto la política nacional e internacional de coyunturas concretas durante la segunda guerra mundial como las políticas surgidas de interpretaciones de la cultura estratégica supuestamente inherente a Gran Bretaña, unas políticas determinadas por las «lecciones» contrapuestas extraídas de la primera guerra mundial. Aunque estaba orgulloso de su antepasado John Churchill, el primer duque de Marlborough, un general que debía su fama a su enfrentamiento directo con el ejército principal francés durante la guerra de sucesión española a principios del siglo XVIII (y sobre el que Winston escribió un ensayo en tres volúmenes), Churchill era partidario de una visión más navalista de la cultura estratégica británica; se remontaba a la «política de aguas azules» de los *tories* y la oposición liberal en el siglo XVIII. Además de

asegurar el dominio naval y llevar a cabo operaciones transoceánicas contra las colonias francesas y españolas, esta estrategia se basaba en dirigir operaciones anfibia contra objetivos europeos vulnerables y evitar de este modo el conflicto con el ejército principal francés. Las operaciones del duque de Wellington en la península ibérica en 1808-1813 fueron un ejemplo importante, mientras que, al pensar en el teatro de operaciones en la segunda guerra mundial, lo fue la invasión en 1801 por sir Ralph Abercromby de Egipto, en posesión de los franceses.

Churchill formaba parte de esta cultura estratégica. Defendió una estrategia indirecta o periférica en ambas guerras mundiales, alternando en las dos entre el Báltico/Escandinavia y el Mediterráneo oriental. Como primer lord del Almirantazgo en las primeras etapas de ambas guerras, el enfoque indirecto desempeñó un papel fundamental en la visión estratégica de Churchill. Este enfoque parecía hacer un mejor uso de la Marina Real, a la que otorgaba un papel activo que era más importante que el bloqueo marítimo y económico.

La mayor parte del debate sobre Churchill como estratega se centra, comprensiblemente, en sus años como primer ministro, 1940-1945. Sin embargo, también merece la pena prestar atención al período en que ejerció de primer lord del Almirantazgo, entre 1939 y 1940. Este cargo era importante en sí mismo. Primero porque, en la coalición anglo-estadounidense, Gran Bretaña desempeñó un papel más importante en el mar que en tierra; segundo, porque Churchill tenía una visión estratégica establecida al haber sido primer lord al comienzo de la primera guerra mundial; y tercero, porque mantuvo el interés y compromiso con la marina durante toda la segunda guerra mundial.

No obstante, como primer lord y como primer ministro, Churchill reveló serias carencias como estratega que debemos tener en consideración. En muchos sentidos, se trató de fallos en la ejecución, ya que la política aplicada era coherente. Churchill estaba decidido a preservar la grandeza nacional, una grandeza que para él incluía el imperio como fuerza central, y también destruir Alemania. En 1939, con el destino de la guerra aún por determinar, presentó la lucha como una causa moral. En 1940, cuando para muchos



comentaristas extranjeros la derrota era evidente, insistió en seguir combatiendo. A principios de 1941, cuando la derrota seguía pareciendo evidente, volvió a insistir en que había que seguir luchando. En 1945, cuando la victoria era inminente, insistió en la necesidad de que la victoria fuera total. El 18 de enero de 1945, Churchill dijo en la Cámara de los Comunes:

Tengo claro que nada debe inducirnos a abandonar el principio de rendición incondicional o a entablar algún tipo de negociación con Alemania o Japón, cualquiera que sea la forma en que puedan presentarse estas propuestas, hasta que se haya formalizado el acto de rendición incondicional.

De hecho, Joseph Goebbels dejó constancia de que, cuando visitó a Hitler el 11 de marzo de 1945, este había afirmado que, debido a lo que consideraba la determinación de Churchill de exterminar a Alemania y su negativa a aliarse contra los soviéticos, y al deseo del presidente Roosevelt de que los europeos se destruyeran a sí mismos mediante la guerra, era necesario que Alemania combatiera lo suficientemente bien como para inducir a Stalin a buscar una paz separada.

Sin embargo, Churchill repitió como primer lord en 1939-1940 su fracaso estratégico de 1914-1915. La armada más grande y poderosa del mundo, en un momento en el que su único rival era Alemania, no se podía utilizar a efectos estratégicos para influir en el rumbo y la política de la guerra, y menos aún para dirigirlos. Alemania no se sentía obligada a responder a los deseos británicos. Esto representó un importante fracaso para la política naval, un fracaso que a Churchill le resultó difícil de aceptar precisamente porque entendía la importancia de la Marina Real para la grandeza británica.

Este fracaso también fue más específico, ya que había planes y operaciones concretos que estaban mal concebidos o enfocados. Al empezar la guerra, Gran Bretaña y Francia fueron incapaces de incidir en la guerra en Polonia, que cayó rápidamente tras la ofensiva alemana. El deseo de Churchill de actuar era comprensible, pero también imprudente. Defendió el envío al Báltico de una flota especialmente preparada para resistir los ataques aéreos, pero sus asesores navales frustraron este plan temerario, que habría expuesto a la flota a ataques aéreos en aguas confinadas. No obstante, la

Marina Real luchó una guerra real, no una «falsa» guerra. Fue muy activa contra los corsarios de superficie alemanes, sobre todo el *Graf Spee*, y los submarinos.

Cuando la Marina Real actuó con contundencia, lo hizo con menos éxito del esperado. El 9 de abril de 1940, Dinamarca y Noruega sufrieron un ataque sorpresa de Alemania. La incapacidad de la Marina Real, mal dirigida, para impedir los desembarcos alemanes iniciales en Noruega o, posteriormente ese mismo día, para entorpecerlos fue un grave problema, y formaba parte de un fallo más general de la gestión naval británica. El 9 de abril los británicos estaban convencidos de que los alemanes planeaban navegar hacia el Atlántico y adoptaron medidas al respecto. Además, un ataque de la Luftwaffe puso fin a las operaciones de la Marina Real el día de la invasión, aunque los submarinos británicos tuvieron un impacto en la flota de superficie alemana. La posibilidad de actuar se presentó el 10 y el 13 de abril, cuando los buques de guerra británicos navegaron hasta Ofotfjord para hundir a la escuadra alemana que había atacado y ocupado Narvik. Esta victoria sirvió para poner de relieve el fracaso del 9 de abril. De manera más general, la Marina Real había demostrado que no era capaz de hacer frente eficazmente a la fuerza aérea alemana, y la doctrina de dependencia del fuego antiaéreo se reveló inadecuada. La marina también recibió duros golpes de los buques de superficie alemanes, sobre todo cuando cubrió a las fuerzas que regresaban de Narvik. El *Glorious*, hundido con un gran número de bajas el 7 de junio, fue el único portaaviones británico destruido por acorazados.

No obstante, Noruega no se iba a convertir en una segunda Galípoli. La reputación de firme adversario de Hitler de Churchill, su habilidad para inspirar determinación, su experiencia de la guerra y la impresión de que podía hacer el trabajo contribuyeron a que sucediera a Neville Chamberlain en el cargo de primer ministro el 10 de mayo, de un modo similar a como David Lloyd George había sustituido a Herbert Asquith en 1916. Lloyd George se veía a sí mismo como posible primer ministro en 1940, «cuando Winston esté acabado», pero en el otoño de 1939 había abogado por un compromiso de paz y en 1940 defendió la guerra como medio para lograr una solución de avenencia con Alemania. En mayo de 1940, Churchill también

fue nombrado ministro de Defensa, lo que le permitió tener un control político completo de la gestión de la guerra. El nombramiento de Churchill no carecía del todo de precedentes. En 1936, sir Thomas Inskip fue nombrado ministro para la Coordinación de la Defensa, al que sucedió lord Chatfield en enero de 1939. Sin embargo, fueron personajes menores nombrados para acallar la creciente petición de que se concediera a Churchill un papel central en la defensa. El poder y la autoridad que obtuvo como ministro de Defensa fueron mucho mayores.

La estrategia británica en 1914, y de nuevo en 1939, suponía que los franceses soportaran el peso de la guerra terrestre en el Frente Occidental, mientras Gran Bretaña contribuía por mar y aire. La capitulación de Francia en junio de 1940 fue un golpe durísimo y desbarató por completo la estrategia británica. Eso significaba que Churchill tenía que reunir un enorme ejército, para lo que se necesitarían años. Esta necesidad hizo que aumentara su reticencia a arriesgarse a cruzar el Canal. Además, no solo sería necesario encontrar nuevos aliados para sustituir a Francia, sino que también habría que reconfigurar la estrategia británica para adaptarla a las premisas de los nuevos aliados.

Tras haber intentado mantener a Francia en la guerra y haber fracasado, Churchill se vio abocado a centrarse en la defensa de Gran Bretaña. Churchill era plenamente consciente de los riesgos, como la «gran concentración de barcazas en los puertos del Canal».[3] Una vez más, la realidad apenas coincidía con su retórica. El 4 de junio de 1940, Churchill dijo en la Cámara de los Comunes: «combatiremos en las playas, combatiremos en los lugares de desembarco, combatiremos en los campos y en las calles, combatiremos en las colinas y no nos rendiremos jamás»; pero es difícil ver cómo, de fracasar las dos primeras etapas, se podría haber resistido en las siguientes.

No obstante, una característica esencial de la estrategia de Churchill, además de su optimismo, era su determinación de atacar. Expulsar a los franceses de Vichy de sus posesiones se consideraba crucial para ganar la batalla mundial por el poder. En septiembre de 1940, Churchill escribió a sir Samuel Hoare, el embajador en España, y le expresó su apoyo a la iniciativa francesa de recuperar Dakar, la capital de la colonia francesa de Senegal (la

principal colonia francesa en África occidental), ofreciendo una clásica descripción de la estrategia del enfoque indirecto para atacar a un adversario. Comentó que si Charles de Gaulle se establecía en Dakar y se convertía en el «amo de África occidental y central», «podría seguirle automáticamente Marruecos».[4]

A final, la expedición acabó fracasando al encontrarse con una fuerte resistencia. Churchill estaba muy molesto. «La paulatina y enfermiza decepción» era lo que su esposa Clementine más recordaba al recordar la guerra: «un clásico ejemplo de esperanza diferida que hace enfermar al corazón».[5] Por suerte, el puerto de Duala, y con él la colonia francesa de Camerún, cayeron en manos de la Francia Libre en octubre de 1940. Tras recibir la noticia Churchill prometió a De Gaulle: «Permaneceremos firmemente juntos».[6]

La entrada de Italia en la guerra en el bando de Alemania el 10 de junio de 1940 brindó una clara oportunidad de vincular el ataque con los intereses imperiales, sobre todo protegiendo la colonia británica clave de Egipto y, más concretamente, el canal de Suez, el eje vital del poder imperial británico. La derrota de las fuerzas invasoras italianas en diciembre de 1940 se debió en gran medida a la decisión de Churchill de enviar a Egipto tanques, que eran una parte fundamental de la reserva estratégica de Gran Bretaña. Churchill escribió en octubre de 1940: «Debería ser posible facilitar para finales de julio [de 1941] una fuerza de ataque para el combate anfibia de seis divisiones, de las cuales dos deberían ser acorazadas».[7] Esto reflejaba su determinación de atacar al Eje siempre que fuera posible, pero también su confianza en que Alemania no invadiría Gran Bretaña.

La maniobra de Churchill había tenido un precedente en 1758-1759, cuando William Pitt el Viejo, primer conde de Chatham, envió tropas para conquistar la colonia francesa de Canadá, pese al riesgo de una invasión francesa de Inglaterra que, de hecho, frustró la Marina Real en 1759. En octubre de 1940, Churchill escribió el prefacio de una edición de *The War Speeches of William Pitt the Younger* (primer ministro en 1783-1801 y 1804-1806), donde recalca «nuestra determinación de seguir luchando, como hicieron Pitt y sus sucesores, hasta que consigamos nuestro Waterloo».[8]

El cáncer de Chamberlain allanó el camino para que Churchill fuera nombrado líder del Partido Conservador en octubre de 1940. En el discurso de aceptación que pronunció el 9 de octubre, Churchill enumeró sus mayores preocupaciones: «Siempre he servido fielmente a dos causas públicas que considero supremas: el mantenimiento de la eterna grandeza de Gran Bretaña y su imperio, y la continuidad histórica de la vida en nuestra isla».[9] Churchill poseía la suficiente fuerza en el plano político como para enviar a su principal adversario conservador, el conde de Halifax, de embajador a Washington.

El intervencionismo de Churchill tuvo menos éxito cuando en abril de 1941 se enviaron tropas a Grecia para tratar, en vano, de ayudar a resistir la invasión alemana. El envío de tropas a Grecia debilitó enormemente a los británicos en el norte de África. Churchill, que había respaldado la medida por razones políticas, para demostrar que Gran Bretaña apoyaba a todo aquel que se opusiera al Eje, no tardó en reconocer que se trataba de un error. Las críticas a Churchill aumentaron en el mes de mayo cuando la defensa británica de Creta contra la invasión alemana fue un rotundo fracaso.

Las relaciones con la cúpula militar se tensaron, sobre todo por culpa de las disputas sobre cómo mantener mejor el equilibrio entre los compromisos en el Mediterráneo y en el Extremo Oriente. En las funestas circunstancias de 1940-1941, era necesario tomar decisiones, ya que Gran Bretaña no podía hacer frente a tres enemigos simultáneamente: dos ya existentes (Alemania e Italia) y uno aparentemente inminente (Japón). Churchill, obsesionado con Egipto y complaciente con la amenaza japonesa a Singapur, y por tanto al océano Índico y la ruta a Australia, insistió en avanzar contra los italianos en el norte de África. El mariscal de campo sir John Dill y la Oficina de Guerra defendieron un punto de vista opuesto, lo que provocó un serio enfrentamiento en mayo de 1941. Dill, furioso, le escribió a Churchill el 15 de mayo de 1941:

Estoy seguro de que usted, mejor que nadie, debe comprender lo difícil que es para un soldado desaconsejar un plan ofensivo arriesgado. Uno se expone a acusaciones de derrotismo, de inercia, o incluso de acobardamiento. Siendo como es la naturaleza humana, existe una tendencia natural a aceptar un plan ofensivo de dudoso valor en

lugar de enfrentarse a esas acusaciones. Se necesita mucha valentía moral para no tener miedo de que piensen que se tiene miedo. Sea como fuere, los asesores militares responsables, tanto en este país como en Francia, subestimaron a los alemanes [...] Mi única preocupación sobre este problema concreto es que no repitamos nuestro error anterior de subestimar al enemigo.[10]

Al mismo tiempo, la esperanza de los alemanes en que el pueblo británico se diera cuenta de su grave situación, expulsara del gobierno a Churchill y se firmara la paz demostró ser una interpretación muy equivocada de la política y la opinión pública británicas. La ofensiva alemana de bombardeos había provocado señales, según sugerían los informes de los servicios de inteligencia británicos, «de un creciente odio hacia Alemania», así como peticiones de que se tomaran «numerosas» represalias.[11] La devolución del golpe formaba parte de la estrategia de Churchill, en la forma de una ofensiva de bombardeos concebida para demostrar que Gran Bretaña no dependía de los medios menos directos para bloquear Alemania, apoyar a la resistencia en los territorios conquistados por ella, y atacar a Italia y a la Francia de Vichy.

Además, desde el verano de 1941, la estrategia fue determinada por los Aliados y sus necesidades. Al igual que en la primera guerra mundial, también estaba la cuestión de cuál era la mejor manera de mantener a Rusia/la Unión Soviética en la guerra. Dar respuesta a las peticiones de Stalin de que se abriera un segundo frente en Europa occidental era un factor constante. Esta cuestión adquirió mayor relieve después de que Estados Unidos entrara en la guerra en diciembre de 1941, ya que los estadounidenses reclamaban que la invasión de Francia a través del canal de la Mancha se llevara a cabo pronto. Los debates estratégicos resultantes con los estadounidenses en 1942 fueron polémicos, pero finalmente acabaron con el compromiso de organizar una invasión liderada por Estados Unidos del África francesa del norte a finales de 1942, la Operación Antorcha.

Entretanto, Churchill recibió nuevas críticas en Gran Bretaña por los fracasos militares de 1942, lo que, una vez más, afectó al contexto en el que se desarrollaba el debate estratégico. La caída de Singapur en poder de Japón en febrero fue una gran humillación. La pérdida británica en junio de Tobruk, en Libia, que cayó en manos del Afrika Korps a las órdenes de Rommel, con

33.000 prisioneros, condujo a la celebración de una moción de censura en la Cámara de los Comunes el día 1 de julio. Churchill sobrevivió con facilidad a este ataque mal organizado, ganando en la Cámara de los Comunes por 475 a 25 votos, pero el ataque reflejaba que existía una preocupación política generalizada por los fracasos militares y su liderazgo. Al mismo tiempo, la controversia reveló que los parlamentarios críticos con el gobierno tenían puntos de vista diferentes, no estaban coordinados y tenían dificultades para expresar sus críticas sin ofender y arriesgarse a parecer antipatrióticos.

La victoria en El Alamein, en Egipto, entre el 23 de octubre y el 4 de noviembre de 1942, revirtió la situación para Gran Bretaña, tanto en el plano militar, en un ámbito de actuación que entonces era clave para los británicos, como en el político. El papel esencial del conflicto en la formulación política de la estrategia se aprecia en la capacidad de Churchill, gracias a El Alamein, para lograr que la creciente crisis política del otoño no acabara siendo tan grave como la de julio. En el otoño había recibido numerosas críticas y había tenido que enfrentarse a las intrigas de Stafford Cripps, el izquierdista lord del Sello Privado, que quería sustituirle. Cripps había propuesto la creación de una Dirección para la Planificación de la Guerra, un organismo concebido para soslayar a Churchill. También el diputado laborista Aneurin Bevan, que destacaba más como orador que como político, había hecho un llamamiento para que Churchill dimitiera. Después de El Alamein, Churchill pudo degradar a Cripps y su posición política fue mucho menos vulnerable.

Churchill anunció el 10 de noviembre de 1942 que los triunfos recientes no significaban «el principio del fin», sino «el final del principio». De hecho, en la conferencia de Casablanca, celebrada entre el 14 y el 24 de enero de 1943, el presidente Franklin D. Roosevelt presionó a Churchill para que secundara la petición de una rendición incondicional. Churchill, en cambio, había buscado una manera de facilitar la salida de Italia de la guerra. Desde finales de 1942, los Aliados pasaron a la ofensiva, no con una serie de contraataques, sino como parte de un intento planificado de recuperar las conquistas del Eje y después llevar la guerra a los propios estados del Eje. Gracias a la victoria en El Alamein, Gran Bretaña pudo completar la invasión en el África francesa del norte el 8 de noviembre avanzando hacia Túnez a

través de Libia.

El paso a la ofensiva puso de relieve cuestiones relacionadas con las prioridades y, por consiguiente, las opciones estratégicas. En concreto, Churchill intentó obstaculizar a la Unión Soviética y preservar el imperio británico. Logró convencer a Estados Unidos para que continuara en el Mediterráneo, invadiendo primero Sicilia y después la Italia continental en 1943, pese a los efectos de estas operaciones en los recursos disponibles para lanzar un ataque a través del canal de la Mancha ese año.

Churchill no solo estaba deseando invadir Italia,[12] sino también usar el Mediterráneo como un punto de partida desde el que lanzar operaciones anfibias en los Balcanes. Para los estadounidenses, convencidos de persistir en la política de «primero Alemania» en lugar de «primero Japón», se trataba de una distracción que impedía derrotar a los alemanes en Francia y también de una pesadilla logística. Sin embargo, para Churchill los Balcanes brindaban la oportunidad no solo de hostigar a los alemanes, sino también de impedir los avances de los soviéticos.

Esta política reflejaba su desconfianza en la Unión Soviética, pero también una fuerte convicción de que la guerra era una fase de la historia del siglo XX, una etapa formativa, pero a la que sucederían desafíos y rivalidades que solo se habían suspendido parcialmente durante el conflicto. Para Churchill, que había desempeñado un papel decisivo apoyando una intervención en la guerra civil rusa en 1919-1920, la causa de la libertad significaba mantener a raya a los soviéticos. El 30 de septiembre de 1940 se dirigió en un mensaje radiofónico a la población de Checoslovaquia, por entonces sometida a la trinaría alemana y prometió: «La hora de vuestra liberación llegará. El espíritu de libertad es inmortal; no puede perecer y no lo hará».[13] Sin embargo, en 1943 existía el peligro, sobre todo en Polonia, de que una tiranía reemplazara a otra. No obstante, Churchill no logró imponer sus puntos de vista a los estadounidenses, quienes, en 1944, estaban asumiendo claramente el liderazgo de la alianza occidental.

Pese a su inquietud por la Unión Soviética, Churchill veía con escepticismo la idea de crear un bloque occidental en la posguerra, sobre todo porque le preocupaban las intenciones de los franceses. Churchill se mostraba



reacio a que se fragmentara Europa en bloques hostiles y escribió al general Franco en diciembre de 1944: «Le induciría a serio error si no eliminara de inmediato cualquier idea equivocada de que el Gobierno de Su Majestad estaría dispuesto a considerar un bloque de potencias en Europa occidental o en otros lugares basado en la hostilidad hacia nuestros aliados rusos o en una presunta necesidad de defensa contra ellos».[14]

La estrategia de Churchill en los Balcanes también causó tensiones en la coalición interna. La intervención británica en Grecia a costa de los comunistas en 1944-1945 generó graves tensiones, en gran medida porque el enfado por el apoyo militar británico a los monárquicos se mezcló con tensiones en el seno del Partido Laborista.[15]

Se trataba de algo más que política. Las preocupaciones estratégicas de los británicos en el Mediterráneo también eran un legado del conflicto con el Eje en el Mediterráneo desde 1940. Los británicos tenían recursos militares en la región, así como compromisos territoriales y estratégicos, en especial el canal de Suez, y los recursos no se podían reasignar fácilmente.[16]

Las opciones estratégicas de Churchill también presentaban problemas de viabilidad. La audacia de su planificación estratégica no prestaba suficiente atención a la logística y a otras realidades militares. En el caso de Churchill, constituyó un problema en particular, como ocurrió con sus planes para invadir Noruega en 1942 y con los de agosto de 1943 para obtener el «control parcial» de los Dardanelos.[17] En realidad, se podría aducir que a Churchill no se le daba bien la estrategia militar y era mejor en las estrategias geopolíticas del combate en coalición. La insistencia de Churchill en las operaciones en el Mediterráneo tuvo serias implicaciones logísticas, ya que estaba más alejado de las bases británicas que Francia. En cambio, la preferencia de Estados Unidos por centrarse en una invasión de Francia a través del canal de la Mancha era más adecuada desde el punto de vista de la disponibilidad de recursos y la capacidad logística.

El debate sobre el papel de Churchill en la estrategia bélica anglo-estadounidense continúa siendo polémico, sobre todo porque está asociado con hipótesis relacionadas con la geopolítica de la posguerra, en especial la afirmación de que un mayor apoyo a la estrategia en el Mediterráneo podría

haber limitado el posterior control soviético de los Balcanes, afectando a la guerra fría, un asunto que mezcla política y moralidad. Además, se ha aducido que se podrían haber obtenido mejores resultados en Italia de haber fracasado las presiones de Estados Unidos para asignar recursos a una invasión del sur de Francia en 1944. Churchill confiaba en que mantener una presencia en Italia alentara la resistencia en Yugoslavia, contuviera a las fuerzas alemanas en los Balcanes y sirviera de base para avanzar hacia Austria y el sur de Alemania. Sus expectativas de que una política de futuro en el Mediterráneo afectaría a la situación en la posguerra posiblemente no tuvieron suficientemente en cuenta la realidad sobre el terreno en Yugoslavia, tanto durante como después de la guerra. No obstante, el gobierno húngaro consideró unirse a los Aliados en 1943-1944 si su fuerzas invadían los Balcanes, mientras que Rumanía y Bulgaria también cambiaron de bando en 1944 cuando avanzaron los soviéticos.

Sin embargo, Churchill no valoró adecuadamente las dificultades que entrañaba combatir en Italia, tanto las que planteaba el terreno como las creadas por los defensores alemanes. Además, el envío de una fuerza anfibia a finales de 1943 para ocupar las islas del Dodecaneso en el Egeo, que habían pertenecido a Italia, resultó ser un fracaso y los alemanes las recuperaron en octubre-noviembre. Los estadounidenses se habían opuesto. Sin embargo, encajaba con el interés de Churchill por las medidas audaces, su compromiso de actuar y su arraigada creencia en la importancia de Turquía; en realidad, en algunos aspectos fue una repetición de Galípoli en 1915. Confiaba en que la operación hiciera entrar a Turquía en la guerra. Al final, los británicos perdieron unos 4.800 soldados, 6 destructores y 113 aviones. La insistencia de Churchill en el Mediterráneo expuso la creación de un telón de acero entre el Este y el Oeste que dejó a las zonas más avanzadas económicamente bajo control soviético,[\[18\]](#) aunque, visto de otro modo, potencialmente fue un valioso complemento para la invasión por un segundo frente de Francia.

Churchill se mostró sensato a la hora de secundar el aplazamiento de la apertura del segundo frente mediante una invasión de Francia. El tipo de ataque intencionado, controlado y apoyado por la clara superioridad artillera que Montgomery había utilizado en El Alamein no se podía reproducir en un

ataque anfibio.

En 1943, se asignaron muchas unidades alemanas a la fallida ofensiva de Kursk en el Frente Oriental; los alemanes carecían de las ventajas del aumento de la producción de municiones que traería 1943 y sus posiciones defensivas en Francia no estaban completas. De hecho, los soviéticos mencionaron sus sospechas de que los Aliados se negaban a abrir un segundo frente a los alemanes cuando tantearon la posibilidad de una paz separada.

No obstante, solo contaban con un equipamiento limitado para realizar operaciones anfibia, y de poca experiencia en las mismas, mientras que tampoco estaba claro aún hasta qué punto y con qué rapidez sería posible acabar con la amenaza de los submarinos y poder controlar las rutas marítimas del Atlántico. Además de la necesidad de concentrar fuerzas y acumular experiencia para una invasión de Francia, también era necesario asegurar la superioridad aérea y marítima para apoyar tanto el desembarco como la ofensiva. Además, el aplazamiento de la invasión hasta 1944 permitió a los Aliados beneficiarse de los problemas que afectaron a los alemanes en 1943: la derrota en Kursk y los posteriores avances a gran escala de los soviéticos acabaron con parte del ejército y la fuerza aérea alemanes.

Churchill, además de querer invadir los Balcanes para evitar los avances soviéticos o, cuando menos, influir en ellos, apoyó a finales de 1944 avanzar por un «frente estrecho» contra Alemania, concebido para provocar un rápido avance a través del Rin. Se consideró que esta oposición a una campaña de «frente amplio» era la mejor manera de llegar a Berlín antes que los soviéticos. Sin embargo, como en la esfera del Mediterráneo, hubo dudas sobre la viabilidad militar, así como opiniones divergentes entre los generales británicos y estadounidenses.

Churchill adoptó una postura prudente sobre el segundo frente, pero su negativa a veces arrogante a tener en cuenta las limitaciones con las que operaba el ejército podía conferir un aire de fantasía a algunas de sus especulaciones estratégicas. Por ejemplo, en marzo de 1944, los jefes del Estado Mayor respondieron a las presiones de Churchill para que planificaran una campaña de un año para restaurar el poder británico en Malasia y Singapur, antes de que las fuerzas británicas fueran transferidas para unirse a

los estadounidenses en el Pacífico para atacar a Japón:

Ello presupone una flexibilidad que nos tememos que no sería viable. Los preparativos administrativos para cualquier operación que se pueda decidir, ya sea en Oriente o en Occidente, serán a gran escala; de hecho, no sobrepasa nuestra capacidad realizar estos preparativos para ambas zonas. Por tanto, no es necesario mantener indefinidamente una opción a este respecto. Es esencial tomar en los próximos tres meses una decisión sobre qué política se va a adoptar y aplicarla.

Como réplica a las expectativas de Churchill, los jefes del Estado Mayor también declaraban que carecían de los recursos necesarios, a menos que se los prestaran los estadounidenses, y afirmaban que «no tendremos suficientes aviones británicos para equipar todos los portaaviones necesarios». Churchill, en cambio, había escrito:

Es en interés de Gran Bretaña seguir lo que se podría denominar la «estrategia de la bahía de Bengala» al menos durante los próximos doce meses [...] Se harán todos los preparativos para una operación anfibia a través de la bahía de Bengala contra la península de Malasia y los diferentes puestos avanzados insulares que la defienden, siendo el objetivo último la reconquista de Singapur. Se reunirá una poderosa flota británica con base en Ceilán, el atolón de Addu [en el océano Índico] y los puertos del este de la India.[19]

Al final, se envió una poderosa flota británica al Pacífico, donde, aunque hizo frente a Japón, no aportó mucho a los intereses imperiales de Gran Bretaña. Cuando en noviembre de 1944 se dividió la Flota Oriental, la Flota Británica del Pacífico consiguió los mejores buques capitales, incluidos los portaaviones de escuadra, mientras que la nueva Flota de las Indias Orientales solo dispuso de portaaviones de escolta y un acorazado. Los jefes del Estado Mayor habían aducido que centrar la atención en el Pacífico facilitaría poner fin a la guerra con rapidez, pero no sucedió como Churchill había deseado.

El interés de Churchill por recuperar el control de Malasia y Singapur reflejaba su apasionado compromiso con el imperio. Ante las presiones de Estados Unidos, la Carta del Atlántico, suscrita por Churchill y Roosevelt en la conferencia de Placentia Bay (9-12 de agosto de 1941), declaraba «el derecho de todos los pueblos a elegir la forma de gobierno bajo la cual

desean vivir». La administración Roosevelt se oponía al dominio colonial y era partidaria de un sistema de «regencia» que fuera un prelude a la independencia. Roosevelt presionó a Churchill sobre el estatus de Hong Kong (que quería devolver a China) y la India. En 1943, Roosevelt le dijo a Churchill en la conferencia de Teherán que Gran Bretaña tenía que adaptarse a un «nuevo período» de la historia mundial y dar la espalda a «400 años de codicia en sus venas».[20]

Churchill, sin embargo, no compartía estas opiniones. Al ser elegido líder del Partido Conservador había declarado: somos «la única de las naciones del mundo [que] hemos encontrado la manera de combinar imperio y libertad».[21] Churchill, además de estar decidido a proteger el imperio, un tema ya presente en sus políticas mientras ocupó cargos en los años diez y principios de los años veinte, y en su rotunda oposición a la Ley de Gobierno de la India en 1935, también trató de obtener conquistas, continuando una vez más con su política anterior. Consideró la anexión de Libia, al tiempo que la Somalilandia italiana permanecería bajo administración británica. Churchill también mostró interés por el istmo de Kra, en el sur de Tailandia, que facilitaría una ruta terrestre continua entre las colonias británicas colindantes de Birmania y Malasia. En la actualidad, China planea un canal a través del istmo para mejorar las rutas marítimas hasta el océano Índico.

Al mismo tiempo, Churchill hizo importantes concesiones. El artículo siete del acuerdo de Préstamo y Arriendo de 1942 afectaba a la preferencia imperial, el adhesivo comercial del imperio, aunque esta se mantuvo hasta 1973 y Roosevelt le aseguró a Churchill que el artículo no implicaba su abolición. En 1944, Gran Bretaña y Estados Unidos firmaron tratados con China que pusieron fin a los derechos extraterritoriales adquiridos el siglo anterior.

Las esperanzas de obtener conquistas imperiales reflejan la idea de la guerra como una oportunidad, un tema también planteado de manera diferente por Stalin y (menos crudamente) por Roosevelt, pero de nuevo sugieren cierta arrogancia frente al relativo declive y las dificultades de Gran Bretaña. De hecho, era y es una buena razón para criticar a Churchill. En particular, tuvo parte de responsabilidad en el humillante fracaso de la

estrategia frente a Japón, y en el diario del mariscal de campo sir Alan Brooke (más tarde lord Alanbrooke), jefe del Estado Mayor Imperial desde diciembre de 1941 hasta enero de 1946, se dejaba claro que podía ser muy difícil cuando se trataba de la planificación militar. El 6 de julio de 1944, Alan Brooke escribió:

A las 10.00 de la noche mantuvimos una espantosa reunión con Winston ¡que duró hasta las dos de la mañana! Ha sido la peor que hemos mantenido con él. Estaba muy cansado tras pronunciar su discurso en la Cámara sobre las bombas voladoras y había intentado reponerse bebiendo. En consecuencia, estaba sensiblero, malhumorado y ebrio, dispuesto a ofenderse por cualquier cosa, receloso de todo el mundo y con un ánimo muy vengativo contra los estadounidenses. De hecho, tan vengativo que toda su perspectiva sobre la estrategia estaba distorsionada.[22]

Sin embargo, aunque la confianza de Brooke en que Churchill poseyera el control necesario se había reducido, su opinión global era que Churchill fue crucial para ganar la guerra, mientras que los fallos de mando en Malasia y Singapur fueron principalmente los responsables de los fracasos ocurridos allí. De manera más general, el objetivo principal de Churchill fue conseguir que los estadounidenses lucharan contra los alemanes y después derrotaran a los japoneses; y, pese a sus temores,[23] eso fue lo que sucedió.

# 12

## Churchill y el nacimiento de la «relación especial» anglo-estadounidense

*David B. Woolner*

Instituto Roosevelt

La relación política entre Winston Churchill y Franklin Roosevelt es una de las más célebres de la historia de Gran Bretaña y Estados Unidos. A ambos hombres se les atribuye haber forjado la «relación especial» anglo-estadounidense que ayudó a impulsar a los Aliados hasta la victoria durante la segunda guerra mundial. Sin embargo, como muestra este capítulo, la relación entre estos dos hombres y entre sus dos naciones no estuvo exenta de dificultades. Hubo tensiones; tensiones por una serie de temas que van desde la estrategia durante la guerra hasta la configuración del orden económico de la posguerra. Tampoco estuvieron siempre de acuerdo sobre cuál era la mejor manera de tratar con la Unión Soviética. No obstante, los lazos que establecieron Churchill y Roosevelt no solo sobrevivieron a las tensiones de

la guerra, sino que también sentaron las bases de los fuertes vínculos que aún perduran entre los pueblos británico y estadounidense.

He venido aquí a reafirmar una de las alianzas más antiguas y sólidas que el mundo haya conocido jamás. Durante mucho tiempo se ha dicho que Estados Unidos y el Reino Unido comparten una relación especial [...] La razón de esta estrecha amistad no solo tiene que ver con nuestra historia común y nuestro patrimonio común; nuestros lazos de lengua y cultura; o incluso la sólida asociación entre nuestros gobiernos. Nuestra relación es especial debido a los valores y las creencias que han unido a nuestros pueblos a lo largo de los años.

(Barack Obama, discurso ante el Parlamento británico, 25 de mayo de 2011)

Hace casi cincuenta años, Winston Churchill dijo a nuestros dos países que no hay ningún problema que no podamos resolver juntos [...] Demostremos juntos que tenía razón.

(Margaret Thatcher a Ronald Reagan, 26 de febrero de 1981)

El vínculo de amistad entre Franklin Roosevelt y Winston Churchill sigue siendo una de las relaciones políticas más famosas, quizá la que más, de la historia moderna. Su amistad, forjada en los oscuros días de la segunda guerra mundial, cuando los dos hombres guiaron al pueblo estadounidense y al británico hasta la victoria en su lucha desesperada contra la «monstruosa tiranía» del fascismo, acabaría ejemplificando lo que se llegó a conocer como la «relación especial» entre Gran Bretaña y Estados Unidos.

Como han reconocido desde entonces numerosos presidentes y primeros ministros, hay mucho que celebrar en el vínculo especial que surgió entre ambos países en aquellos tiempos difíciles. Sin embargo, gracias en parte a la visión algo idealizada que Churchill relata en algunos pasajes de sus memorias de la guerra sobre su amistad con Roosevelt, no siempre ha sido posible apreciar plenamente la verdadera naturaleza de los vínculos entre ambos hombres ni de la alianza anglo-estadounidense en general. En realidad, para buena parte de la gente, la relación entre los dos líderes durante la guerra, al igual que la relación entre sus respectivos gobiernos, está exenta de toda polémica seria. Sin embargo, gracias a las investigaciones y análisis exhaustivos de historiadores como Warren F. Kimball, David Reynolds, Alan Dobson y otros, sabemos que en la alianza hubo tensiones: tensiones por unos



asuntos que van desde la estrategia militar hasta la naturaleza de la estructura económica del mundo de posguerra, y tensiones que a veces fueron tan intensas que amenazaron con una ruptura no solo entre Churchill y Roosevelt, sino también entre Londres y Washington. Ello no significa que estas dos notables personalidades no disfrutaran de su compañía mutua: ambos compartían, sin duda, el sentimiento expresado en una ocasión por el presidente Roosevelt de que era «divertido estar en la misma década» que el otro.[1] Sin embargo, pese a sus fuertes vínculos y a su deseo igualmente firme de mantener la cooperación anglo-estadounidense, ninguno pudo escapar del todo a la máxima expresada por lord Palmerston aproximadamente un siglo antes de que las naciones no tienen ni amigos ni enemigos permanentes, sino intereses permanentes.

La célebre correspondencia sobre la que se construyó la amistad entre Churchill y Roosevelt empezó en 1939. Se habían visto brevemente en una ocasión, en septiembre de 1918, cuando Roosevelt estuvo en Londres tras visitar el Frente Occidental mientras era subsecretario de la Marina en la administración Wilson. Aunque para disgusto de Roosevelt, Churchill no recordaba este encuentro, sin duda se dio cuenta de la importancia de Roosevelt en la escena política estadounidense mucho antes de que este fuera nombrado presidente y al menos en una ocasión intentó organizar una reunión con él durante una visita a Nueva York, mientras Roosevelt era gobernador de este estado. Churchill también envió en octubre de 1933 al recién elegido presidente un ejemplar de la biografía de Marlborough con una dedicatoria personal. Sin embargo, sería tras el estallido de la segunda guerra mundial en 1939, y tras el regreso del Churchill al gobierno como primer lord del Almirantazgo, cuando ambos iniciaran su famosa correspondencia.[2]

Esta vez fue Roosevelt quien se dirigió a Churchill, al que envió una carta que escribió menos de dos semanas después del ataque de Alemania contra Polonia. En ella, Roosevelt señalaba que quería que el primer lord y primer ministro Chamberlain supiera que sería «bienvenido en todo momento si desea mantenerme al corriente personalmente de algo que quiera que yo sepa», y también sugería que Churchill le podía «enviar siempre cartas selladas» a través de valija diplomática.[3]

La decisión de Roosevelt de dirigirse directamente a Churchill no fue algo excepcional; el presidente solía soslayar los canales diplomáticos normales a fin de obtener información de cargos clave en el extranjero. Tampoco era inusual que Roosevelt solicitara ese tipo de información; no podía caminar ni sostenerse en pie sin ayuda desde los treinta y nueve años, por lo que contactaba con frecuencia con otras personas para que le informaran de lo que sucedía fuera de la Casa Blanca. Lo que sí fue inusual es que el presidente hubiera iniciado este tipo de intercambio con un ministro de un gobierno extranjero. En realidad, aunque tuvo cuidado de mencionar al primer ministro británico en la carta, el hecho de que Roosevelt se comunicara en ese momento con Churchill, y no con Chamberlain, es revelador, pues refuerza la idea de que Roosevelt nunca confió en Chamberlain, de que no tenía mucha confianza en la capacidad de este último para seguir siendo el líder británico de la guerra y que sospechaba, con razón, que Churchill iba a reemplazar a Chamberlain en un futuro cercano.[4] Roosevelt, al igual que Churchill, también sentía un gran interés y aprecio por la marina, y puesto que consideraba el equilibrio de poder naval decisivo para los intereses estadounidenses y había sido durante la última guerra subsecretario de la Marina de Wilson, quizá era natural que se pusiera en contacto con el primer lord del Mar.

Churchill respondió a la iniciativa de Roosevelt con prontitud y solicitó de inmediato la aprobación de Chamberlain para abrir un canal de comunicación personal con el presidente. Churchill, que siempre había estado convencido de que Gran Bretaña necesitaría la ayuda de Estados Unidos en cualquier enfrentamiento con los nazis, no tardó en reconocer las ventajas que podía ofrecer dicho intercambio para estrechar los lazos entre Gran Bretaña y Estados Unidos. Churchill también disfrutaba de la oportunidad de cultivar una relación personal con el presidente y, a lo largo de los ocho meses siguientes, «la persona naval», como se refería a sí mismo, envió a Roosevelt cerca de una decena de mensajes, la mayoría relacionados con asuntos navales que Churchill imaginaba que tendrían gran interés para él. En ese momento, la correspondencia entre ambos hombres, aunque cordial, aún no había adquirido su célebre relevancia. Todo esto cambió drásticamente

cuando Churchill fue elegido primer ministro el 10 de mayo de 1940 y con la repentina y catastrófica capitulación de Francia solo seis semanas más tarde.

Es difícil para la generación actual entender el profundo sentimiento de inquietud que provocó la noticia de que una de las principales democracias de Europa había caído bajo el yugo del régimen nazi. Anne O'Hare McCormick escribió en *The New York Times* sobre la derrota francesa que, en junio de 1940, los estadounidenses descubrieron de repente que el «Gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo está siendo desterrado de la Tierra».[5] Muchos creían que la maquinaria de guerra nazi era imparable; el temor en ese momento era que Inglaterra fuese la siguiente y que, en caso de que Hitler consiguiera acceder a las flotas británica y francesa debido a su destreza militar, el Atlántico sería de poco consuelo para un Estados Unidos escasamente preparado y armado.

En Washington, los asesores militares de Roosevelt reclamaron con urgencia la concentración de las fuerzas terrestres, navales y aéreas estadounidenses para que Estados Unidos, cuyo ejército era más pequeño que el de Rumanía y ocupaba el decimoctavo puesto mundial, pudiera prepararse para la defensa del hemisferio occidental. Roosevelt compartía este punto de vista, pero también tenía la esperanza, que pronto se convirtió en convicción, de que Gran Bretaña podría resistir cualquier ataque de los nazis. En Londres, mientras tanto, la capitulación de Francia hizo que se necesitaran con urgencia dos elementos esenciales: el material de guerra necesario para volver a equipar al ejército británico que había sido rescatado de las fauces de la derrota en Dunkerque y, lo que era mucho más importante, el valor para seguir luchando contra viento y marea. Sin embargo, no todos en Whitehall estaban dispuestos a reunir el valor necesario para hacer frente al desafío nazi. Algunos miembros del gobierno británico temían que todo estuviera perdido y empezaron a abogar por una solución negociada con Hitler. Pero Churchill no quiso saber nada de eso y, en uno de los discursos más importantes del siglo XX, «armó» al pueblo británico, y al estadounidense, con el poder de sus palabras. En él insistió en que aunque «gran parte de Europa y muchos antiguos y afamados estados han caído o pueden caer en las garras de la Gestapo y el odioso aparato del régimen nazi», los británicos «no

vamos a flaquear ni fracasar», sino que «combatiremos en las playas [...] combatiremos en los lugares de desembarco [...] combatiremos en los campos y en las calles [...] combatiremos en las colinas» y «no nos rendiremos jamás».[6]

El mundo no tardó en saber que Churchill estaba dispuesto a mantenerse firme en su convicción de llegar tan lejos como fuera necesario para defender a su amada isla cuando la Marina Real, obedeciendo sus órdenes, lanzó una operación para apoderarse de varios grandes buques de guerra franceses destacados en el África francesa del norte con el propósito de impedir que cayeran en manos de los alemanes. En una base cerca de Orán, el almirante británico, después de que el comandante francés rechazara la petición de los británicos de que hundiera o entregara sus barcos, abrió fuego y mató a 1.297 marinos franceses. Fue una decisión brutal, que causó enormes tensiones entre Gran Bretaña y el recién creado régimen de Vichy en Francia, pero envió al país el mensaje de que el gobierno de Churchill estaba decidido a continuar con la guerra incluso hasta el extremo de lanzar un ataque contra su antiguo aliado.[7]

La implacable pero valiente maniobra de Churchill impresionó mucho a Roosevelt, quien informó al embajador británico en Washington, lord Lothian, de que, en vista de las circunstancias, el ataque estaba justificado.[8] También contribuyó a reforzar la idea del presidente de que Gran Bretaña sobreviviría. Roosevelt, en respuesta a una serie de peticiones urgentes que ya había recibido de la «ex persona naval», como se llamaba a sí mismo Churchill en ese momento, había ordenado a sus jefes de servicios que pusieran a la venta los «excedentes» de rifles, municiones, cañones de campaña y aviones para el esfuerzo bélico británico. Churchill también había solicitado «el préstamo de cuarenta o cincuenta de sus destructores más antiguos» para salvar las distancias entre lo que Gran Bretaña tenía a su disposición y el gran proyecto de construcción que se había puesto en marcha al comienzo de la guerra.[9] Roosevelt no estaba seguro de poder hacer este traspaso sin la aprobación del Congreso, pero en agosto se le ocurrió la idea de que, a cambio de los buques de guerra, los británicos podían ofrecer a los estadounidenses dos bases navales en Terranova y las Bermudas, así como

arriendos a largo plazo en otros territorios del Caribe británico. Con estas condiciones, el presidente podría argumentar que estaba realizando la transferencia como parte de un intento de reforzar la seguridad del hemisferio y eludir la prohibición legal de entregar equipamiento militar considerado vital para la defensa nacional.[10] Roosevelt, que estaba decidido a evitar un enfrentamiento con el Congreso por esta cuestión, decidió proseguir por su cuenta con el canje a través de un intercambio de notas diplomáticas y un acuerdo ejecutivo que permitió cerrar el trato de los destructores el 2 de septiembre de 1940, pese a que, como le dijo a un ayudante, «podría ser sometido a un proceso de destitución».[11]

La decisión de Roosevelt de firmar el acuerdo de destructores a cambio de bases y facilitar ayuda material para el esfuerzo bélico británico en el verano de 1940 fue, al igual que la orden de Churchill de capturar la flota francesa, una jugada audaz. La insistencia en esta política, pese a la oposición de sus propios jefes del Estado Mayor y en plena campaña para lograr un tercer mandato sin precedentes, demostró valentía y liderazgo, al igual que la decisión de Roosevelt de seguir adelante con la Ley del Servicio Selectivo, que aprobó el Congreso aproximadamente por la misma época.[12] Sin embargo, como comprendieron Roosevelt y Churchill, el verano de 1940 fue uno de los momentos más críticos de la guerra, no solo desde el punto de vista del equipamiento militar, sino también desde el psicológico. Después de la derrota francesa, era vital que las dos últimas grandes democracias que quedaban en el planeta demostraran su determinación de no caer en el derrotismo. Y aunque únicamente unos pocos destructores estarían listos a tiempo para participar en la defensa del Reino Unido en ese momento decisivo y solo después del masivo ataque japonés contra Pearl Harbor Estados Unidos entraría por fin en la guerra, la decisión de Roosevelt de seguir adelante con el acuerdo de destructores a cambio de bases fue la primera gran señal pública de que Estados Unidos había empezado a respaldar plenamente a Gran Bretaña. Como escribió Churchill más adelante, este fue el primero de la larga serie de «actos claramente no neutrales» de Roosevelt a lo largo de los quince meses siguientes que resultarían muy beneficiosos para la supervivencia de Gran Bretaña y el futuro del mundo.

[13]

En septiembre de 1940 ya era evidente que la administración Roosevelt había iniciado una política de guerra cada vez más articulada en torno a la continua beligerancia británica. Sin embargo, hay que recordar que, en virtud de las leyes en materia de neutralidad estadounidenses, todos los suministros que los británicos obtenían de Estados Unidos, salvo en el caso del acuerdo de destructores a cambio de bases, tenían que adquirirse pagando al contado. Esto agravó enormemente la situación financiera de Gran Bretaña y, a finales de 1940, tras quince meses de guerra total, el Tesoro británico ya no disponía de las reservas de oro o de dólares para mantener las compras necesarias para proseguir con la guerra, un hecho admitido de manera un tanto informal pero sorprendente cuando el 9 de diciembre el embajador Lothian informó a la prensa estadounidense de que Gran Bretaña estaba «arruinada».[14] Al día siguiente, Roosevelt, que estaba de vacaciones en el Caribe a bordo del USS *Tuscaloosa* tras su victoria electoral en 1940, recibió la que Churchill describió como «una de las más importantes» cartas que jamás había escrito. En ella, el primer ministro (con la ayuda de funcionarios del Tesoro, el Ministerio de Asuntos Exteriores y las Oficinas de Guerra) exponía de forma cruda el «peligro mortal» en el que se encontraba el gobierno de Su Majestad. En pocas palabras, los suministros pagados al contado de la política de ayuda estadounidense a Gran Bretaña ya no eran sostenibles: en primer lugar, debido al aumento de las pérdidas de barcos en el Atlántico, donde, según escribió Churchill, si estas continuaban al mismo ritmo, los resultados serían «fatales», y en segundo lugar porque finalmente había llegado el momento en el que el gobierno británico «ya no era capaz de pagar en efectivo los costos de envío y otros suministros».[15]

Aunque Roosevelt nunca contestó directamente a esta carta, su respuesta, que dio a conocer durante las semanas siguientes a la prensa, la población y el Congreso en algunas de sus declaraciones más memorables durante la guerra, fue al más puro estilo de Roosevelt. Por ejemplo, en una conferencia de prensa celebrada el 17 de diciembre, tras aludir indirectamente al hecho de que Gran Bretaña ya no disponía de los medios para seguir comprando material de guerra estadounidense, Roosevelt señaló que

En la presente situación mundial [...] no cabe la menor duda para una abrumadora mayoría de los estadounidenses de que la mejor defensa inmediata de Estados Unidos es el éxito de Gran Bretaña en su propia defensa; y, por tanto, [...] es igualmente importante desde un punto de vista egoísta [...] que hagamos cuanto sea posible para ayudar al imperio británico.[16]

El dilema era cómo conseguirlo sin incurrir en la acumulación de las polémicas deudas de guerra que tanto afectaron a la economía mundial tras la primera guerra mundial. Roosevelt insistió en que una manera de lograrlo sería que «Estados Unidos asumiera los pedidos británicos, y [...] los convirtiera en pedidos estadounidenses. Y acto seguido [...] arrendar o vender los materiales, sujetos a préstamo, al pueblo del otro lado»; basándose en la «teoría general de que [...] esos materiales serían más útiles para la defensa de Estados Unidos si se usaban en Gran Bretaña». Roosevelt afirmó que, de este modo, sería posible «eliminar el ridículo, tonto y viejo símbolo del dólar».[17]

A continuación puso un famoso ejemplo para explicar su postura, que resultó aún más conmovedor porque muchos estadounidenses habían visto recientemente en fotografías y noticiarios las imágenes de los edificios en llamas durante el Blitz en Londres. Si «se incendia la casa de mi vecino», dijo el presidente, y ese vecino acude a pedirme «una manguera» para apagarlo, no discutes el precio ni se la niegas; le prestas la manguera, sabiendo que puede que no la recuperes en perfectas condiciones, pero que tu vecino la sustituirá si está «totalmente destrozada». En ese mismo espíritu, el presidente prosiguió diciendo que Estados Unidos debía proveer a Gran Bretaña los suministros que necesitaba para proseguir con la guerra «en el entendimiento de que, cuando termine la guerra, cobraremos en especie en algún momento, dejando fuera el dólar en la forma de una deuda en dólares y sustituyéndolo por un pacto de caballeros de devolverlo en especie».[18]

La Ley de Préstamo y Arriendo nació de esta idea básica. Según sus estipulaciones, se facultaba al presidente para vender, ceder, prestar o arrendar «cualquier artículo de defensa» a «cualquier país cuya protección el presidente considere vital para la seguridad de Estados Unidos». Sin

embargo, para que el Préstamo y Arriendo fuera posible, el presidente tenía que convencer tanto al Congreso como al pueblo estadounidense de que eran necesarios sacrificios para convertir a Estados Unidos en «el gran arsenal de la democracia». De ahí que el 6 de enero de 1941, cuando Hitler acababa de declarar la instauración de un «nuevo orden» en Europa, Roosevelt se dirigiera al Congreso y al pueblo para hacer un llamamiento no solo a apoyar la legislación necesaria para convertir el Préstamo y Arriendo en una realidad, sino también para ofrecer una definición fundamental de los propósitos éticos que subyacían a lo que Churchill describió como «el acto menos sórdido».[19] Roosevelt insistió en que el objetivo último era el establecimiento de un mundo que representara la «antítesis del llamado nuevo orden de tiranía» que los dictadores trataban de imponer en Europa. En su lugar, Roosevelt propuso «una mayor concepción», el «orden moral» basado en las cuatro libertades humanas fundamentales: la libertad de expresión, la libertad de culto, la libertad de vivir sin penuria y la libertad de vivir sin miedo «en cualquier lugar del mundo».[20] Al formular esta visión, Roosevelt confirmó que ya no bastaban las libertades políticas y religiosas ampliamente reconocidas como fundamentales para la democracia; igualmente importante era la necesidad de proteger a una humanidad doliente de las privaciones económicas que tanto habían aquejado al mundo durante la Gran Depresión y que, a su vez, contribuyeron al surgimiento del fascismo. Estas declaraciones sencillas pero elocuentes sobre los derechos humanos fundamentales se convirtieron en los objetivos bélicos de Estados Unidos, objetivos bélicos que inspiraron a una generación no solo a «abrirse paso hasta la victoria absoluta», sino también a comprometerse con la creación de un mundo más próspero y pacífico cuando callaran las armas.[21]

Mientras avanzaba el año 1941, Churchill siguió esperando e instando a Estados Unidos a declarar la guerra a los nazis. Pero aunque ese año estuvo marcado por una mayor implicación de Estados Unidos en el esfuerzo de guerra con la aprobación del proyecto de Ley de Préstamo y Arriendo en marzo, la ampliación de las «patrullas navales» en el Atlántico en junio, la ocupación de Islandia por tropas estadounidenses en julio y la célebre «primera cumbre» entre los dos líderes en la conferencia de la Carta del



Atlántico en agosto, la declaración de guerra no llegaba. Lo más lejos que llegó Roosevelt fue a dar la famosa orden de disparar sin previo aviso en septiembre, cuando, tras el enfrentamiento del USS *Greer* con un submarino alemán en el Atlántico, el presidente por fin autorizó que los buques de guerra estadounidenses escoltaran a los barcos extranjeros entre Estados Unidos e Islandia.[22]

Entretanto, el ataque alemán contra Rusia el 22 de junio de 1941 hizo que Gran Bretaña y su Commonwealth ya no tuvieran que enfrentarse solas a la amenaza nazi. Churchill y Roosevelt se sintieron aliviados al enterarse del ataque y, en una de las primeras señales de lo que estaba por venir (la ampliación del Préstamo y Arriendo a la Unión Soviética), Roosevelt informó en una conferencia de prensa celebrada dos días más tarde que Estados Unidos prestaría toda la ayuda posible a Rusia. Sin embargo, durante el verano y el otoño de ese año, el ataque alemán contra el Ejército Rojo parecía presagiar otra gran victoria de la *Wehrmacht*. Además, en 1941 también aumentó la inquietud con respecto a Japón, que aprovechó la preocupación de su enemigo tradicional por el ataque alemán, y la capitulación de Francia un año antes, para trasladar tropas a Indochina, amenazando a la Malasia británica y a las Indias Orientales Neerlandesas.[23] La postura cada vez más agresiva de Japón impulsó a la administración Roosevelt a adoptar medidas para tratar de impedir que Japón emprendiera más acciones: el estacionamiento de la flota estadounidense en Pearl Harbor, un embargo sobre la venta de combustible de aviación de alto octanaje, la congelación de activos japoneses y finalmente un embargo petrolero *de facto*. Churchill también había presionado a Roosevelt durante algún tiempo para que enviara una escuadra naval estadounidense a Extremo Oriente como una demostración de fuerza de Estados Unidos, pero Roosevelt, que estaba convencido de que el Atlántico seguía siendo el escenario decisivo, se negó rotundamente a hacerlo y, a cambio, accedió a reforzar la posición naval de Estados Unidos en el Atlántico para que los británicos pudieran enviar sus propios refuerzos navales al Pacífico. Todas estas maniobras dejaron de tener sentido, obviamente, con el repentino y devastador ataque japonés del 7 de diciembre de 1941, la famosa fecha de la infamia de Roosevelt, que dejó gran

parte de Pearl Harbor en ruinas, además de los ataques contra Hong Kong, Guam, la isla Wake y Filipinas.[24]

El ataque japonés contra Pearl Harbor dio inicio a una nueva etapa de la relación entre Churchill y Roosevelt. Unidos por las demandas urgentes de lo que ya se había convertido en una «guerra mundial», durante los dieciocho meses siguientes la relación entre ambos hombres alcanzó su cénit. Empezó con la aclamada visita de Churchill a la Casa Blanca en las vacaciones de Navidad, en diciembre de 1941, y duró hasta mediados de 1943, cuando la superioridad militar estadounidense y la necesidad de Estados Unidos de establecer vínculos más estrechos con la Unión Soviética hicieron que la relación entre Gran Bretaña y Estados Unidos fuera menos vital de lo que había sido en etapas anteriores del conflicto. No obstante, el grado de confianza entre Churchill y Roosevelt y el nivel de cooperación que se estableció entre Gran Bretaña y Estados Unidos durante este período son únicos en los anales de la historia. Por ejemplo, se creó el Estado Mayor Combinado, que fue establecido para fijar la estrategia global para la guerra y que controlaba no solo a las fuerzas británicas y estadounidenses, sino también a tropas procedentes de muchos otros países en todos los teatros de operaciones. También el intercambio de información entre Gran Bretaña y Estados Unidos alcanzó un nivel extraordinariamente alto y se puso en marcha el esfuerzo conjunto para desarrollar la bomba atómica bajo los auspicios del Proyecto Manhattan.[25]

También se pueden apreciar durante este período numerosas muestras de la amistad y el afecto surgidos entre ambos hombres y ambos pueblos, por ejemplo, la cálida acogida que recibió Churchill cuando intervino en una sesión conjunta del Congreso; el libre acceso que Churchill tenía a Roosevelt mientras se alojaba en la Casa Blanca (incluido el famoso «incidente del baño», cuando un atónito Roosevelt entró con su silla de ruedas en el dormitorio de Churchill y encontró al primer ministro desnudo, quien se dice que exclamó mientras salía de la bañera que no tenía «nada que ocultar» al presidente de Estados Unidos); y el intercambio de bromas y anécdotas durante la «hora de los niños» de Roosevelt, la pausa diaria de las 5.00 de la tarde en la que se prohibía hablar de política y el presidente mezclaba y servía

sus famosos (o infames) cócteles que Churchill encontraba tan abominables.  
[26]

El propósito de Churchill al acudir a Washington poco después del ataque japonés se debía en gran medida a su deseo de que Gran Bretaña dejara su sello en la futura dirección de la guerra. Su principal preocupación era asegurarse de que Estados Unidos se adhiriera a la estrategia de «Alemania primero» acordada aproximadamente un año antes en las llamadas conversaciones ABC 1, las conversaciones secretas que mantuvieron altos funcionarios estadounidenses, británicos y canadienses en Washington para hablar del enfoque que adoptarían los Aliados en caso de que Estados Unidos entrara en la guerra.[27] Churchill, para gran alivio suyo, no tardó en descubrir que Roosevelt y sus mandos militares, con la posible excepción del almirante King, estaban básicamente de acuerdo en que era necesario adoptar el enfoque de «Alemania primero» aunque la guerra fuese encarnizada en el Pacífico. Pero a medida que avanzaron las semanas y los meses, el debate sobre cuál era la mejor manera de llevar a cabo la estrategia de «Alemania primero» suscitó profundas diferencias de opinión. Por una parte, el jefe del Estado Mayor del ejército de Roosevelt, el general George C. Marshall, sostenía que la mejor manera de derrotar a Alemania era desembarcar un gran ejército en Francia cuanto antes. Sin embargo, en vista de que Estados Unidos necesitaba reforzar su capacidad militar, había muy pocas probabilidades de que este hecho se produjera hasta algún momento de 1943. Churchill y Roosevelt propusieron como alternativa una invasión del norte de África en 1942, aunque por diferentes razones. Para Churchill, esta operación era un medio para derrotar al general Rommel y despejar el Mediterráneo como parte de su estrategia de «cerrar el anillo»; para Roosevelt era un medio de involucrar a la opinión pública estadounidense en el teatro del Atlántico, en contraposición al del Pacífico, y también para cumplir la promesa que había hecho a los rusos de abrir un «segundo frente en 1942».

Obviamente, Roosevelt tuvo muy en cuenta sus dudas sobre la capacidad y la voluntad de los rusos para seguir con la guerra cuando prometió un segundo frente en 1942 al ministro de Exteriores soviético Mólotov durante la visita que este último realizó a Washington en mayo de ese año.[28] Sin

embargo, igualmente importante era el firme deseo de Roosevelt de entablar una relación especial con los dirigentes soviéticos, sobre todo con Iósif Stalin. De hecho, a medida que avanzaba la guerra, y la relación entre los anglo-estadounidenses y los soviéticos se volvía más compleja y más importante, Roosevelt empezó a buscar una oportunidad de reunirse con Stalin cara a cara. Roosevelt, al igual que Churchill, creía firmemente en la diplomacia personal (sobre todo en la diplomacia personal practicada por él) y estaba convencido de que tendría más éxito que Churchill al tratar con Stalin temas relacionados con la guerra y la posguerra. Roosevelt también desconfiaba de las motivaciones de los británicos. No deseaba ver la restauración del imperio británico después de la guerra y, al igual que su combativo secretario de Estado, Cordell Hull, prefería un mundo de posguerra basado en un comercio más libre y en el acceso libre a las materias primas, para lo que sería necesario poner fin al colonialismo y a las cerradas esferas de influencia, incluido el sistema de preferencia imperial, que tanto había obstaculizado la recuperación económica mundial durante la Gran Depresión.[29] Para Roosevelt, la cooperación entre Estados Unidos y la Unión Soviética era un componente esencial de este esfuerzo y estaba deseando trasladarle este punto de vista a su homólogo soviético. Churchill, en cambio, estaba totalmente en contra de un *tête-à-tête* entre Roosevelt y Stalin, y su oposición a este encuentro, y su frustración al darse cuenta de que Gran Bretaña se estaba convirtiendo en el socio menor de la alianza anglo-estadounidense, provocó tensiones entre él y el presidente estadounidense. [30]

Al final, Churchill se salió con la suya y Roosevelt renunció a sus planes de celebrar una cumbre privada con el líder soviético. En su lugar, Roosevelt se propuso demostrar su independencia de Churchill cuando por fin los «tres grandes» se reunieron en la conferencia de Teherán casi a finales de 1943. En esta, los tres líderes llegaron a un acuerdo general sobre cuestiones como las futuras fronteras de Polonia, la creación de una Comisión Asesora Europea que elaborara planes para la ocupación de Alemania y para apoyar a los partisanos yugoslavos. Sin embargo, el comportamiento de Roosevelt antes y durante la conferencia puso de manifiesto que su relación con Churchill, al

igual que la relación entre Londres y Washington, estaba experimentando un cambio. Por ejemplo, el presidente rechazó las reiteradas peticiones de Churchill de que entablaran un debate antes de ir a Teherán para definir un enfoque anglo-estadounidense para la cumbre mientras ambos se encontraban en El Cairo antes de viajar a la capital iraní. Además, cuando ya estaban en Teherán, Roosevelt evitó mantener largas reuniones con Churchill al tiempo que intentó entablar conversaciones privadas con Stalin. Durante las conversaciones tripartitas, Roosevelt también se negó a respaldar el ferviente deseo de Churchill de mantener e intensificar las operaciones anglo-estadounidenses que por entonces se estaban desarrollando en Italia y el Mediterráneo oriental (una consecuencia de la invasión del norte de África) y, en su lugar, acordó con Stalin que a partir de entonces el esfuerzo bélico anglo-estadounidense debía centrarse en los ansiados desembarcos en Francia, incluido uno en el sur de Francia que acabaría imposibilitando cualquier ampliación de la campaña en el Mediterráneo. En resumidas cuentas, lo esencial era la Operación Overlord (la invasión de Normandía), que Stalin insistió en que se tenía que llevar a cabo en mayo de 1944 como muy tarde.

Como señala Warren Kimball en su magistral obra sobre la correspondencia entre Churchill y Roosevelt, después de la conferencia de Teherán se aprecia otra señal, sutil pero importante, del cambio experimentado en la relación personal entre el presidente y el primer ministro: ambos hombres dejaron de usar el apodo «ex persona naval».[31] Tal vez se habían cansado de dirigirse de este modo, pero es interesante señalar que el uso de un lenguaje más formal coincide con el aumento del clima de tensión que se había ido apoderando de la alianza anglo-estadounidense a medida que se acercaba el fin de la guerra. Las cuestiones relacionadas con la continuidad del Préstamo y Arriendo, la estructura del sistema económico mundial en la posguerra, el futuro de Grecia y cuál sería la manera más acertada de resolver el panorama político en la Polonia liberada y en otros territorios de Europa oriental y central, crearon toda una serie de nuevos desafíos. A ello se sumó también la cuestión de cuál sería el mejor modo de proseguir con la guerra en Extremo Oriente.

En vista de la preocupación de Churchill por la pérdida de poder británico en el seno de la «gran alianza» y de la posible pérdida de influencia de Gran Bretaña que de ello resultó, tal vez no deba sorprender que las victorias anglo-estadounidenses en Francia en el verano de 1944 tendieran a agravar y no a mitigar su preocupación por la configuración del mundo de posguerra. Fue esta inquietud la que le llevó a insistir en mantener un reunión con Roosevelt en Quebec en septiembre de 1944 y otra con Stalin un mes más tarde.[32] En el primer caso, Churchill hizo todo lo posible para llegar a acuerdos con Roosevelt sobre las zonas de ocupación británicas y estadounidenses en la Alemania derrotada, la prolongación del Préstamo y Arriendo después de que se lograra la victoria en Europa, la participación de la Marina Real en la ofensiva final contra Japón y la adhesión al infausto Plan Morgenthau.[33] Churchill también se aseguró el apoyo de Roosevelt para la posible expansión de la campaña en el Mediterráneo liderada por los británicos mediante un posible desembarco en la península de Istria, situada en el mar Adriático.[34] En Moscú, Churchill trató de reforzar aún más la posición británica en el Mediterráneo oriental con la negociación del llamado «acuerdo de los porcentajes», por el que Stalin y Churchill aprobaron una fórmula que otorgaba ventaja a Gran Bretaña en Grecia, repartía la influencia británica y rusa en Yugoslavia y Hungría, y cedía a Rusia la preponderancia en Rumanía y Bulgaria.[35]

Churchill mantuvo a Roosevelt informado de sus actividades en Moscú, pero como sucedió cuando Roosevelt decidió distanciarse del primer ministro y negociar con Stalin en Teherán, lo que se desprende de toda esta actividad es la clara sensación de que Churchill había llegado a un punto en la guerra en que estaba decidido a hacer cuanto pudiera para defender los intereses británicos.[36] En vista de la tendencia de Roosevelt y Stalin a hacer lo mismo, los esfuerzos de Churchill en este sentido son comprensibles. Sin embargo, es importante recordar que persiguió estos objetivos en el marco de la alianza durante la guerra, como hicieron sus homólogos ruso y estadounidense. De hecho, esta determinación de mantener a la alianza unida, que a menudo se pasa por alto, es tal vez el aspecto más destacable no solo de la relación entre Churchill y Roosevelt, sino también de la que mantuvieron

ellos dos y Stalin.

Esto nos lleva hasta la última cumbre de los «tres grandes» a la que asistió Roosevelt: la conferencia de Yalta de febrero de 1945. De todas las conferencias celebradas durante la guerra, la de Yalta sigue siendo la más importante y también la más polémica para la opinión pública. Sin embargo, lo cierto es que mucho de lo que ocurrió en Yalta consistió simplemente en dar los últimos toques a lo que ya se había acordado en Teherán hacía más de un año. También conviene recordar que la cruda realidad de que el régimen soviético ocuparía una posición preponderante en Europa del Este después de la guerra no se decidió en Yalta, sino mucho antes: en los campos de batalla de Rusia en 1942-1943 y debido a la imposibilidad de los Aliados de desembarcar en Francia hasta junio de 1944.<sup>[37]</sup> Tanto Roosevelt como Churchill reconocían estos hechos y, por tanto, lo que ambos intentaron conseguir en Yalta no fue eliminar la influencia soviética en Europa del Este, sino más bien reducirla. Esta fue la razón de que se esforzaran por asegurar la firma de Stalin en la Declaración de la Europa Liberada y en la Declaración de Polonia, en las que se pedía que se respetara el derecho de todos los pueblos a elegir la forma de gobierno bajo la que desean vivir y que, en el caso de Polonia, instaba expresamente a «la celebración de elecciones libres e independientes lo antes posible basándose en el sufragio universal y el voto secreto».<sup>[38]</sup> Roosevelt también estaba ansioso por confirmar la promesa de Stalin de que enviaría tropas rusas a combatir contra Japón, así como por asegurar la participación soviética en la Organización de las Naciones Unidas (ONU), y consiguió ambas. Naturalmente, lo más importante fue la continuación de la cooperación durante la guerra, que Roosevelt en particular consideraba decisiva para la paz futura y para el éxito de la nueva organización mundial por la que él y su administración habían trabajado tan duramente.

Por desgracia, Franklin Roosevelt no viviría para ver el final de la guerra ni el nacimiento de la ONU. Murió en su casa de campo de Warm Springs el 12 de abril de 1945 mientras se reponía del agotamiento físico que le habían causado en parte las exigencias de la conferencia de Yalta. La noticia de su muerte causó conmoción en todo el mundo, sobre todo en los más de quince

millones de estadounidenses que sirvieron en las Fuerzas Armadas de Estados Unidos durante la guerra. Churchill calificó la noticia de un «golpe físico» y en una carta al rey Jorge V comentó que, sin Roosevelt, «se han roto los lazos que los años han tejido».[39] Churchill también pronunció un emotivo panegírico en honor de Roosevelt en la Cámara de los Comunes, donde habló no solo de su amistad, sino también de la determinación de Roosevelt de ayudar a Gran Bretaña en un momento crítico, inspirada por «los latidos de ese generoso corazón siempre impulsado a indignarse y actuar contra los actos de agresión y opresión perpetrados por los fuertes contra los débiles».[40]

En el mismo discurso, Churchill también hizo una inusual mención de la lucha de Roosevelt con la polio y señaló que el «padecimiento físico [del presidente] le pesaba gravemente». Y añadió que era

admirable cómo la había soportado durante todos esos muchos años de tumultos y tormentas. Ningún hombre entre diez millones, enfermo e inválido como él estaba, habría intentado sumirse en una vida de esfuerzo físico y mental, y de duras e incesantes controversias políticas. Ningún hombre entre diez millones habría intentado, ni uno en toda una generación habría logrado, no solo adentrarse en esa esfera, no solo obrar con vehemencia en ella, sino convertirse en el indiscutible dueño de la escena.  
[41]

Y así, con la muerte de Roosevelt, tocó a su fin una de las relaciones políticas más extraordinarias de la historia. Entre su comienzo en septiembre de 1939 y su final, en abril de 1945, ambos hombres intercambiaron cerca de dos mil mensajes escritos y se reunieron al menos en once ocasiones. Si se suman las conversaciones telefónicas y los intercambios indirectos a través de terceras partes, parece razonable afirmar que ambos líderes mantuvieron un contacto casi constante. En vista de la importancia de la tarea que tenían entre manos, derrotar a las fuerzas del Eje a escala mundial, y de que los dos hombres habían forjado una alianza en la que ambas partes estaban, según dijo Churchill en una ocasión, «mezcladas», las diferencias y los desacuerdos aquí mencionados parecen, si no naturales, al menos comprensibles.[42]

El hecho de que Roosevelt se tomara la molestia de escribir y enviar una estrofa de un poema de Henry Wadsworth Longfellow que pensaba que



podría servir de inspiración a Churchill y a los pueblos británico y estadounidense en uno de los momentos más sombríos de la guerra, en enero de 1941, cuando Gran Bretaña estaba desesperada por conseguir suministros y se recrudeció la batalla en el Atlántico, tal vez sea una muestra de la verdadera naturaleza de la amistad entre ambos hombres. Muy consciente de ello, y tras haber sido testigo del Blitz en Londres y recibir información de los servicios de espionaje que indicaba que los alemanes podrían intentar invadir Inglaterra en un futuro cercano, Roosevelt escribió a Churchill que creía que «esta estrofa se aplica a su pueblo y también al nuestro»:

Sigue navegando, barco del Estado.  
Navega, Unión grande y fuerte.  
La humanidad, con todos sus miedos,  
con todas sus esperanzas para años futuros,  
aguarda tu destino conteniendo el aliento.[43]

A Churchill le conmovió profundamente este gesto y respondió al presidente que iba a enmarcar la estrofa «como señal de nuestra amistosa relación, que se ha construido telegráficamente, pero también telepáticamente», bajo todas las tensiones de la guerra.[44]

También acudió a la radio para transmitir el mensaje de Roosevelt al pueblo británico y preguntar, después de leer la estrofa en voz alta, «qué respuesta» debía dar, en nombre del pueblo de la Commonwealth británica, «a este gran hombre, el jefe, tres veces elegido, de una nación de ciento treinta millones de personas»

Esta es la respuesta que daré al presidente Roosevelt: depositen su confianza en nosotros. Denos su fe y su bendición, y, con ayuda de la Providencia, todo saldrá bien. No flaquearemos ni fracasaremos; no nos debilitaremos ni nos cansaremos. Ni la repentina conmoción de la batalla, ni las interminables pruebas de vigilancia y esfuerzo nos agotarán. Denos los medios y acabaremos el trabajo.[45]

Harían falta muchos años, y el esfuerzo conjunto de los pueblos británico, estadounidense, ruso, y sus aliados para «acabar el trabajo» del que hablaba Churchill. Sin embargo, sin el apoyo de Franklin Roosevelt en aquel

momento decisivo, cuando el mundo observaba conteniendo la respiración cómo Gran Bretaña se enfrentaba sola a la furia nazi y cuando muchos dudaban de su capacidad para sobrevivir, resulta difícil imaginar cómo se podría haber conseguido la victoria final si este destacado dirigente no hubiera estado al mando del gobierno de Estados Unidos.

Churchill, como prometió, no tardó en tener la estrofa de Longfellow que le había enviado Roosevelt enmarcada y colgada en la pared de su querida casa de campo en Chartwell, donde permanecería hasta su muerte en 1965.

# 13

## Churchill y las armas nucleares

*Kevin Ruane*

Universidad de la Iglesia de Cristo de Canterbury

En 1898, Winston Churchill, un joven soldado destacado en Sudán, participó en la batalla de Omdurmán y en una de las últimas cargas de la caballería de la historia militar británica. La longevidad de su posterior carrera política fue tal que, medio siglo más tarde, mientras era primer ministro por primera vez de un gobierno en tiempos de paz, tuvo que ocuparse de las consecuencias de la bomba de hidrógeno, un arma con un poder destructivo tan enorme que podía arrasarse ciudades enteras y matar a centenares de miles o incluso millones de personas. Churchill ha perdurado en la memoria popular como el clásico «guerrero frío», decidido a plantar cara al poder soviético, pero, en realidad, para cuando se retiró en 1955, se había transformado en un ferviente defensor de la distensión. Seguía siendo un firme anticomunista, pero estaba convencido de que en una guerra nuclear, a diferencia de lo que ocurrió en la

batalla de Omdurmán, no habría ganadores, sino únicamente perdedores.

## CHURCHILL Y EL DESARROLLO DE LA BOMBA ATÓMICA DURANTE LA GUERRA

Al comienzo de la segunda guerra mundial, los científicos británicos eran conscientes en un plano teórico de las posibilidades militares de la energía nuclear, pero durante algún tiempo tuvieron dificultades para convencer al gobierno de que la bomba atómica era viable. Sin embargo, en agosto de 1941, lord Cherwell, el asesor científico personal del primer ministro y un converso a la «causa atómica», ayudó a persuadir a Churchill de que concediera máxima prioridad a la investigación de las armas atómicas. Como es bien sabido, a Churchill siempre le había fascinado la guerra, pero su interés también se extendía a los avances de la ciencia de la guerra. Ya en 1909, mientras era miembro del Comité de Defensa Imperial, recomendó contactar con los hermanos estadounidenses Wright para determinar si era posible utilizar su nuevo invento, la máquina voladora, con fines militares.[1] No obstante, la ciencia en sí, sin una aplicación militar, también ejerció una fuerte y duradera atracción en él.[2] Su larga amistad con Cherwell, o Frederick Lindemann, un profesor de filosofía experimental en Oxford antes de recibir un título nobiliario en 1941, contribuyó mucho a alimentar su entusiasmo. Ya en 1924, e influido por el «Prof» (como llamaban a Lindemann sus más allegados), Churchill escribió un artículo en la revista *Nash's Pall Mall* que, *a posteriori*, sorprende por su clarividencia: «¿No podría inventarse una bomba de un tamaño no mucho mayor que una naranja que poseyera un poder secreto capaz de destruir una manzana de edificios e incluso concentrar la fuerza de mil toneladas de cordita y volar de golpe toda una ciudad?».[3]

En 1931, Churchill confesó que disfrutaba tanto leyendo los libros de ciencia ficción de H. G. Wells, que «podría aprobar un examen sobre ellos».[4] Una década más tarde, bien podría haberle parecido a Churchill, como a

su médico personal, lord Moran, que la bomba atómica era «cosa de H. G. Wells».[5] En cualquier caso, cuando Cherwell le expuso en agosto de 1941 las razones para apostar por la investigación y el desarrollo atómicos a Churchill, la combinación de guerra, nuevas armas y ciencia le resultó irresistible. Cualquier duda que albergara sobre el proyecto fue disipada por la sombría advertencia de Cherwell: «Sería imperdonable si dejáramos que los alemanes se nos adelantaran en un proceso con el que podrían derrotarnos en la guerra o revertir el veredicto después de que los hubiéramos derrotado».[6] Aunque Churchill estaba «personalmente bastante satisfecho con los explosivos existentes», les dijo a los jefes de Estado Mayor que «no debemos interponernos en el camino del progreso» y autorizó de inmediato un proyecto de gran envergadura, cuyo nombre en clave era «Tube Alloys», para canalizar el poder de la naturaleza en una bomba.[7]

Tube Alloys sería el secreto más celosamente guardado: ni siquiera se informó al Gabinete de Guerra o a los ministros del gobierno.[8] El programa estadounidense de desarrollo de armamento nuclear, el también secreto Proyecto Manhattan, arrancó en serio en 1942, impulsado en parte por los resultados de las investigaciones británicas. Tube Alloys no tardaría en ser absorbido por el proyecto estadounidense cuando los británicos (y los canadienses) fusionaron sus investigaciones con la de los estadounidenses. Finalmente, unas dos decenas de científicos británicos, junto con varios físicos europeos exiliados que habían fijado su residencia en Inglaterra antes de que empezara la guerra, cruzaron el Atlántico para incorporarse al Proyecto Manhattan en las instalaciones para el desarrollo de armas nucleares de Los Álamos.[9]

A mediados de 1943, los estadounidenses estaban empezando a mostrar lo que, para Churchill, era una actitud claramente posesiva con el proyecto atómico, intentando incluso excluir a los británicos, por lo que trató de proteger la posición del Reino Unido cimentando una alianza oficial anglo-estadounidense.[10] Descartó un tratado convencional, que requeriría la aprobación del Congreso debido a su carácter secreto, y se conformó con un acuerdo privado con el presidente Franklin D. Roosevelt. El acuerdo de Quebec de agosto de 1943 dio el visto bueno a la puesta en común de

«cerebros y recursos» estadounidenses y británicos, así como al principio de «consentimiento» mutuo si se recurría al uso de armamento nuclear contra un tercero.[11] Un año más tarde, en septiembre de 1944, otro pacto secreto rubricado en la casa de Roosevelt en Hyde Park, en el norte del estado de Nueva York, ratificó que la colaboración atómica entre Estados Unidos y el Reino Unido se mantendría tras el cese de hostilidades.[12]

Churchill creía que estos acuerdos no solo protegían los derechos de Gran Bretaña, sino que «prácticamente equivalen a un acuerdo militar entre la potencia más poderosa del mundo y nosotros».[13] En retrospectiva, su aplicación dependía de que los dos signatarios permanecieran en el cargo, pero Roosevelt murió repentinamente en abril de 1945, Churchill perdió las elecciones generales de julio de 1945 y, en 1946, el Congreso estadounidense aprobó la Ley McMahon, que prohibía a Estados Unidos compartir información nuclear con cualquier otro país. Churchill lamentó esta «falta de confianza», pero descargó su frustración no tanto con los estadounidenses como con el gobierno laborista de Clement Attlee por no haber protegido la posición que él había conseguido para Gran Bretaña.[14]

## LOS BOMBARDEOS ATÓMICOS CONTRA JAPÓN

Mientras tanto, la rendición alemana puso fin en mayo de 1945 a las hostilidades en Europa, pero la guerra en Asia contra Japón continuó. En julio, Churchill asistió a la última conferencia de los «tres grandes» de la segunda guerra mundial en Potsdam, cerca de las ruinas de Berlín.[15] El segundo día, el 17 de julio, los estadounidenses le informaron de que acaban de detonar con éxito una bomba atómica en el desierto de Nuevo México cuya potencia explosiva había superado todas las expectativas. Quince días antes, Churchill, de conformidad con el acuerdo de Quebec, había dado su consentimiento al sucesor de Roosevelt, Harry S. Truman, para utilizar esta nueva arma contra Japón, y la fuerza destructiva revelada por la posterior prueba Trinity no le ocasionó ninguna duda moral o ética.[16] Al contrario,

comparó la bomba atómica con «el Segundo Advenimiento», una liberación en el sentido de que ahora se podía poner fin a la guerra sin necesidad de invadir Japón y, por tanto, sin causar excesivas bajas anglo-estadounidenses. [17]

«Las bombas son tan antiguas como el odio», nos recuerda Gerard DeGroot, pero solo desde agosto de 1945 se había hablado de «la Bomba». [18] El 6 de agosto, la fuerza aérea estadounidense arrojó una bomba atómica (equivalente a 12.500 toneladas de TNT) en la ciudad de Hiroshima. El 9 de agosto lanzó una segunda bomba (equivalente a 22.000 toneladas de TNT) sobre Nagasaki. El número total de víctimas mortales superó las 100.000 y miles de personas más murieron en los meses y años posteriores a causa de las quemaduras, las lesiones y las enfermedades provocadas por la radiación. [19] El 14 de agosto Japón se rindió. Churchill, a la sazón líder de la oposición, expresó en una declaración pública su esperanza de que la actividad científica que había creado «estos espantosos agentes» se encauzara a partir de entonces con fines pacíficos. [20] No iba a ser así. Cuando terminó la segunda guerra mundial, ya se vislumbraban los contornos de otro conflicto: la guerra fría.

## CHURCHILL, LA UNIÓN SOVIÉTICA Y LA DIPLOMACIA ATÓMICA

Puede que Churchill ensalzara en público el potencial pacífico de la energía atómica, pero en privado le interesaba la bomba como un instrumento militar para frenar el expansionismo soviético. A mediados de 1945, la Unión Soviética ocupaba gran parte de Europa oriental y central, incluida la mitad de Alemania, y la preocupación en el bando británico y estadounidense era que Stalin, pese a sus promesas anteriores de que permitiría el ejercicio de las libertades democráticas en los países liberados por el Ejército Rojo, estuviera decidido a establecer una esfera de dominio. Para Churchill, la alianza durante la guerra con la Unión Soviética siempre había sido un medio para alcanzar un fin: pese a ser un firme anticomunista, en 1941 se dio cuenta de que Gran Bretaña y la Unión Soviética necesitaban dejar a un lado sus

diferencias ideológicas y unirse para derrotar a un enemigo común, la Alemania nazi. Con la tarea cumplida, volvió a aflorar su desconfianza en las intenciones de Moscú.[21] El problema era que el Reino Unido y Estados Unidos no tenían ninguna influencia real para convencer a Stalin de que retirara a su ejército de Europa del Este. Hasta la prueba Trinity.

El 23 de julio de 1945, en Potsdam, los estadounidenses facilitaron a Churchill información pormenorizada sobre los resultados de la prueba. «Ahora teníamos en nuestras manos algo que podía restablecer el equilibrio con los rusos», le diría después al mariscal de campo sir Alan Brooke, y contempló la posibilidad de decirle a Stalin que, si el Ejército Rojo se negaba a abandonar Europa del Este, «podemos borrar Moscú».[22] Durante toda la guerra, los británicos y los estadounidenses habían evitado en todo momento contarles nada a los soviéticos sobre el Proyecto Manhattan, pero el 24 de julio Truman, con el consentimiento de Churchill, mencionó informalmente a Stalin de que Estados Unidos había conseguido recientemente una bomba con «una fuerza destructiva excepcional». El dirigente soviético se mostró impasible, una reacción que convenció a Truman y a Churchill de que no era consciente de la importancia de lo que le habían contado.[23]

Los historiadores siguen debatiendo los motivos de los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki. Una de las explicaciones más polémicas gira en torno a la idea de la «diplomacia atómica». El argumento en este caso es que, en el verano de 1945, con Japón básicamente derrotado e intentando negociar la paz, la bomba fue utilizada principalmente para impresionar a la Unión Soviética con el nuevo poderío militar estadounidense y de ese modo reforzar la posición diplomática de Estados Unidos en las negociaciones con los soviéticos acerca del futuro de Europa del Este.[24] Churchill, por su parte, esperaba que la bomba acortara la guerra, pero también se sentía atraído por la diplomacia atómica: tras el bombardeo de Hiroshima reflexionó que, de haber sido aún primer ministro, habría instado a los estadounidenses a tener un «enfrentamiento» con Stalin y «usar ese poder para contener a los rusos».[25] En cuanto a Stalin, pese a su cara de póquer en Potsdam, sabía mucho sobre el desarrollo de armas atómicas gracias a sus espías en Los Álamos, y la negativa de sus aliados a compartir los secretos atómicos le convenció de



que las intenciones de estos eran torvas («la política estadounidense consiste en chantajear con la bomba atómica», declaró) y reafirmó su decisión de conseguir cuanto antes una bomba soviética.[26]

## LA ESTRATEGIA DE CONFRONTACIÓN: CHURCHILL Y LA BOMBA, 1945-1949

Cuando la guerra fría comenzó a hacerse sentir en los años siguientes, las declaraciones públicas de Churchill combinaron advertencias sobre la gravedad de la amenaza soviética, llamamientos a la unidad y la fuerza militar de Occidente y peticiones periódicas de una solución negociada de las diferencias entre el Este y el Oeste. Sin embargo, parece que en privado vio en las negociaciones una ocasión para que Estados Unidos alardeara de su ventaja atómica. En noviembre de 1947 quiso dar un ultimátum a Stalin para que renunciara a su control de Europa del Este o «atacaremos Moscú y las demás ciudades y las destruiremos con bombas atómicas».[27] Asimismo, en abril de 1948, se mostró dispuesto a «decirles a los soviéticos que si no se retiran de Berlín y abandonan Alemania del Este [...] arrasaremos sus ciudades».[28] Lo más cerca que estuvo de expresar estas opiniones en público fue en octubre de 1948, cuando dijo en la conferencia del Partido Conservador celebrada en Llandudno que las naciones occidentales tendrán más posibilidades de lograr una solución negociada satisfactoria «si formulan sus justas exigencias mientras tienen el poder atómico y antes de que los comunistas rusos también lo tengan».[29] Este tipo de declaraciones funcionaba bien con los *tories* incondicionales, pero *The Times* tildó su idea de que «la amenaza de la bomba haría que Rusia diera su consentimiento a un acuerdo con las condiciones de Occidente» de «peligrosamente simple».[30]

Una consecuencia del interés de Churchill por la diplomacia atómica fue su rechazo al control internacional del poder atómico: en su discurso del «telón de acero» de marzo de 1946 tildó de «locura criminal» la idea que entonces se estaba debatiendo de que Estados Unidos debía entregar sus secretos atómicos a las Naciones Unidas.[31] Al contrario, sostuvo en todo

momento que el «poder disuasorio de la bomba atómica», en manos únicamente y de manera segura de Estados Unidos, era lo único que impedía la «esclavitud» de toda Europa.[32] Sin embargo, la credibilidad de este poder de disuasión dependía de algo más que la posesión. «No solo hay que convencer al Gobierno soviético de que posees unas fuerzas superiores, sino también de que ninguna consideración moral te impide [...] usar esa fuerza con total crueldad material», declaró en marzo de 1949.[33] Además, pese a estar agradecido por la protección atómica de Estados Unidos, Churchill criticó con frecuencia al gobierno de Attlee por no fabricar una bomba británica y por lo que consideraba una desatención más general de la seguridad nacional.[34] En realidad, el gobierno hizo cuanto pudo para mantener el impulso del proyecto Tube Alloys, pero la Ley McMahon hizo que la fabricación de la bomba requiriera más tiempo y costara más de lo que habría cabido esperar en otras circunstancias.[35]

## UNA GUERRA FRÍA NUCLEAR

El 29 de agosto de 1949, el monopolio atómico de Estados Unidos se tambaleó cuando la Unión Soviética probó con éxito su primera arma nuclear. Dos meses más tarde, con la victoria comunista en la guerra civil china, el equilibrio de poder mundial parecía haberse inclinado a favor del bloque comunista. En consecuencia, también cambió la perspectiva de Churchill sobre la guerra fría. El 14 de febrero de 1950, en plena campaña de las elecciones generales, habló en Edimburgo y añadió un giro a su denuncia ya ritual de la Unión Soviética: en concreto, la «idea» de intentar atenuar «los odios de la guerra fría» mediante «una negociación en la cumbre».[36] Fue la primera vez que se utilizó la palabra «cumbre» para describir una reunión de los líderes de las grandes potencias y aunque los laboristas no tardaron en acusarlo de electoralismo, en realidad el viejo «guerrero frío» estaba empezando a transformarse en un defensor de la distensión.[37] A este proceso aún le quedaba mucho camino por recorrer antes de completarse: por

ejemplo, seguía confiando en que la superioridad en cuanto a tamaño y potencia del arsenal atómico estadounidense permitiría a Occidente acudir a una cumbre desde una posición de gran fortaleza y, por consiguiente, alcanzar una solución satisfactoria. Al mismo tiempo, la posibilidad de que aumentara el arsenal atómico soviético y la capacidad de Stalin para «aterrorizar al mundo libre, si no para destruirlo», avivó el temor a la vulnerabilidad de Gran Bretaña y le hizo abandonar paulatinamente la idea de una confrontación.[38]

En mayo de 1950, Churchill advirtió a Attlee de que el Reino Unido no tardaría en convertirse en «un objetivo prioritario de los ataques» de los bombarderos soviéticos cargados con bombas atómicas, debido en parte a la decisión adoptada por el gobierno en 1948 de permitir a la fuerza aérea de Estados Unidos usar bases en Anglia Oriental para sus bombarderos B-29 con capacidad atómica y debido en parte a la «peligrosa y extraña» falta de inversión de los laboristas en la defensa aérea. Era necesario adoptar medidas correctivas urgentes.[39] El estallido de la guerra de Corea al mes siguiente y el consecuente riesgo de que esta crisis local en Asia pudiera desencadenar una guerra mundial confirmaban, para Churchill, la necesidad de realizar «un decidido esfuerzo para llegar a un acuerdo».[40] Entretanto, la preocupación por que la Unión Soviética pudiera aprovecharse de la distracción de Corea para organizar un ataque militar convencional contra Europa occidental animó al gobierno de Attlee a sumarse, junto con las demás potencias de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), al refuerzo defensivo a gran escala que Churchill había estado reclamando. Cuando Washington envió como parte de este programa varias divisiones de tropas estadounidenses para establecer guarniciones en Europa occidental, se sintió aún más complacido. «Lo que la razón y la previsión no pudieron conseguir, lo ha logrado la agresión soviética en Corea», reflexionó.[41]

Corea, sin embargo, continuó siendo un peligroso foco de tensión durante la guerra fría. A finales de 1950, el presidente Truman, en respuesta a la entrada de la China comunista en el conflicto, admitió en público que se estaba considerando seriamente usar la bomba atómica.[42] En diciembre, un preocupado Attlee voló a Washington para mantener conversaciones de

emergencia, pero antes de partir le informó a Churchill de que el acuerdo de Quebec, incluida la cláusula de consentimiento mutuo, había quedado sin efecto tras la aprobación de la Ley McMahon.[43] A Churchill le indignó que el gobierno no hubiera defendido los compromisos que había obtenido de Roosevelt no solo acerca del consentimiento mutuo, sino también de la colaboración. Cuando Attlee regresó de Washington para explicar en el Parlamento que había conseguido de Truman suficientes garantías (aunque no las especificó) sobre la bomba, Churchill criticó la vaguedad del acuerdo en un momento en que el Reino Unido estaba en el centro de la diana de un ataque nuclear soviético.[44] Incluso pidió permiso a Truman para publicar el acuerdo de Quebec a fin de demostrar lo bien que había defendido el interés nacional en comparación con Attlee, pero la petición fue rechazada y se sintió injustamente tratado.[45]

La situación en Corea se estabilizó bastante con el comienzo de las conversaciones para negociar un armisticio en julio de 1951, pero el temor a una guerra mundial aún persistía. En otoño, durante la campaña de las elecciones generales británicas, el *Daily Mirror*, que apoyaba a los laboristas, describió a Churchill como un belicista ansioso por apretar el metafórico botón atómico y atacar a la Unión Soviética. Si se hubiera efectuado esta acusación dos años antes, habría tenido cierta sustancia, pero en ese momento estaba fuera de lugar. Terriblemente asustado por la bomba soviética y cada vez más convencido de que en una guerra nuclear no habría ganadores, sino únicamente perdedores, admitió que la distensión era «el último premio que pretendo ganar».[46] Una mayoría del electorado británico, aunque pequeña, compartía su visión y, en octubre de 1951, regresó al número 10 de Downing Street.

## LA BOMBA BRITÁNICA

Aunque Churchill siguió pensando que la bomba era la «fuerza disuasiva suprema», así como la «garantía más eficaz» de obtener una victoria en caso

de guerra, una de sus primeras prioridades como primer ministro fue concretar los laxos acuerdos de Attlee con los estadounidenses sobre su uso. [47] En las conversaciones que mantuvo con la administración Truman en enero de 1952 tuvo cierto éxito: los estadounidenses, que se oponían a conceder al Reino Unido un veto general, aceptaron que, en el caso concreto de sus bombarderos B-29 cargados con bombas nucleares con base en Anglia Oriental, el despliegue se tuviera que decidir conjuntamente entre Gran Bretaña y Estados Unidos.[48]

Poco después de retomar el cargo de primer ministro, Churchill descubrió, para su satisfacción, que el gobierno anterior había hecho mucho más de lo que él suponía para fabricar una bomba británica. En octubre de 1952, el Reino Unido probó con éxito su primera arma nuclear en Monte Bello, cerca de la costa noroeste de Australia y, en noviembre de 1953, se incorporó la bomba atómica Danubio Azul al arsenal de la RAF.[49] Churchill aprovechó el ingreso de Gran Bretaña en el exclusivo club de la bomba atómica para presionar a los estadounidenses para que revisaran la Ley McMahon y, en agosto de 1954, el Congreso de Estados Unidos aprobó un intercambio de información mayor, aunque no total, con estados como Gran Bretaña, que habían llegado por su cuenta a un alto nivel de conocimientos atómicos.[50]

Mientras tanto, la prueba nuclear de Monte Bello no tardó en verse eclipsada por el anuncio que realizó la Comisión de la Energía Atómica de Estados Unidos en noviembre de 1952 de que se había detonado con éxito un artefacto termonuclear en el atolón de Enewetak, en el Pacífico, y de que la fabricación de una bomba de hidrógeno estadounidense, un arma al menos un millar de veces más potente que las utilizadas contra Japón, solo era cuestión de tiempo.[51] Estados Unidos había estado trabajando en la llamada «superbomba» desde 1950, pero Churchill consideraba la posibilidad «tan espantosa que tengo la impresión de que no sucederá».[52] Se equivocaba. Y lo que es peor aún, fue la Unión Soviética la que ganó la carrera: Moscú anunció que había conseguido su bomba de hidrógeno en agosto de 1953.[53] «Ahora estamos tan lejos de la era de la bomba atómica como la propia bomba atómica del arco y las flechas», sentenció Churchill sombríamente.

[54]

## EL ESPECTRO DE LA BOMBA DE HIDRÓGENO

El espectro de la bomba de hidrógeno hizo que Churchill se mostrara aún más decidido a mitigar las tensiones Este-Oeste, pero la administración republicana de presidente Dwight D. Eisenhower, que entró en funciones en enero de 1953, así como algunos ministros de su propio gobierno, se opusieron a que se convocara una cumbre de las grandes potencias hasta que hubiera concluido el fortalecimiento defensivo de la OTAN.[55] Churchill, con casi ochenta años, no tenía el tiempo de su parte. Tampoco creía que un mundo amenazado por la creciente proliferación de armas nucleares se pudiera permitir ese lujo. En consecuencia, su reacción a la noticia de la muerte de Stalin en marzo de 1953 fue reanudar su campaña pública a favor de una cumbre: «bien podría ser que no se llegaran a alcanzar acuerdos exigentes —admitía— pero «podría haber una sensación generalizada entre los allí reunidos de que quizá puedan hacer algo mejor que destrozarse a la raza humana, incluidos ellos mismos».[56]

A lo largo del año siguiente, Estados Unidos se convirtió en el principal obstáculo para el logro de las aspiraciones de Churchill de celebrar una cumbre y se mostró cada vez más inquieto ante la perspectiva de que Eisenhower, presionado por los anticomunistas asentados en su administración, accediera a iniciar una confrontación nuclear con los soviéticos mientras el arsenal estadounidense siguiera siendo el mayor y más destructivo de los dos. El propio presidente estaba personalmente convencido de que las armas nucleares habían adquirido, gracias a un proceso de evolución militar, el estatus de armas convencionales y se debían usar consecuentemente, y en las cartas que enviaba a Churchill se mostraba a veces alarmantemente apocalíptico.[57] Pocos años antes, la esperanza de Churchill había sido una confrontación. Para entonces, esta se había convertido en su mayor temor. Consciente también de que el alcance de los

bombarderos soviéticos les permitía llegar hasta Londres, pero no hasta Washington, decidió oponerse a los aspectos más beligerantes de la política estadounidense, sobre todo en Asia, donde la participación estadounidense en las crisis locales de Corea e Indochina podía derivar fácilmente en una guerra con la China comunista y, a la postre, con la Unión Soviética.[58]

En febrero de 1954, Estados Unidos confirmó que estaba en posesión de una bomba de hidrógeno viable, mucho más potente que su equivalente soviética y capaz, supuestamente, de arrasar una ciudad del tamaño de Nueva York.[59] Churchill, inquieto, escribió a Eisenhower para recordarle que las bases estadounidenses en Anglia Oriental convertían al Reino Unido en un objetivo prioritario de un ataque nuclear soviético y que «esas nuevas bombas de hidrógeno matarían a varios millones de personas» en caso de guerra.[60] En secreto, los jefes de Estado Mayor británicos eran aún más pesimistas: dependiendo del tamaño de las bombas de hidrógeno, calculaban que el número de muertos oscilaría entre los cinco y los doce millones.[61] No sorprende que la bomba de hidrógeno se convirtiera para Churchill en «un persistente dolor de cabeza que le arrebatava la paz de espíritu».[62]

## REFLEXIONES

En abril de 1955, la edad, la enfermedad y las presiones políticas forzaron la jubilación de Churchill. Para gran pesar suyo, su empeño por conseguir una cumbre había fracasado, aunque, paradójicamente, se celebró una en Ginebra solo tres meses después de que dejara el cargo. Tampoco tuvo éxito su intento de «liberar a nuestro mundo de este monstruo nuclear» para permitir que se dejen de utilizar los prodigios de la ciencia y la tecnología para matar personas y se empleen para iniciar «una edad de oro de la paz y el progreso».[63] A primera vista, la decisión de Churchill (en julio de 1954) de autorizar la fabricación de una bomba de hidrógeno británica era incompatible con su búsqueda de la distensión, sin embargo su razonamiento tiene lógica. Dejando a un lado su interés como patriota por la bomba de hidrógeno por ser

el símbolo de estatus de una gran potencia, quería que Gran Bretaña poseyera las armas más modernas para que, en caso de que fuera necesario aconsejar contención a Washington, se tomara en serio al Reino Unido. Además, en la medida en que la bomba de hidrógeno británica contribuyera a disuadir una agresión soviética, dejaba la puerta abierta a la distensión, que seguía siendo el objetivo primordial de Churchill.[64]

Pese su temor a la guerra nuclear, Churchill reconoció tardíamente el potencial de la bomba como fuente de estabilidad en las relaciones Este-Oeste. Cuando «el progreso de la armas destructivas permita a todos matar a todos, nadie querrá matar a nadie», sugirió en noviembre de 1953.[65] En marzo de 1955, en uno de sus últimos discursos que pronunció ante la Cámara de los Comunes, yuxtapuso la revelación de que su gobierno estaba trabajando en una bomba de hidrógeno a una visión de esperanza en el futuro. Declaró que, por medio de un «proceso de sublime ironía», el mundo parecía estar acercándose a «una fase de esta historia en la que la seguridad será el robusto hijo del terror y la supervivencia, el hermano gemelo de la aniquilación».[66] La guerra fría proseguiría durante otros treinta y cinco años, pero nunca se convirtió en una «guerra caliente» gracias sobre todo a que, como Churchill reconoció mucho antes de que se popularizara la expresión «destrucción mutua asegurada» (DMA), las armas de guerra también podían servir como armas de paz.



## Churchill y la guerra fría

*Kevin Ruane*

Universidad de la Iglesia de Cristo de Canterbury

La percepción popular es que Winston Churchill fue el primer «guerrero frío», el hombre que en 1946 popularizó la expresión «telón de acero» e instó a oponer una firme resistencia a la Unión Soviética en Europa y en otros lugares. Este podría haber sido el Churchill de finales de los años cuarenta, pero definirle como un incansable «guerrero frío» en función de su discurso del «telón de acero» es ignorar la inestabilidad y el carácter cambiante de su punto de vista. De vuelta en el poder en 1951, y profundamente preocupado por la perspectiva de una guerra nuclear, dedicó buena parte de la última etapa de su dilatada carrera política a tratar de propiciar una cumbre de alto nivel Este-Oeste que ayudara a mitigar las tensiones internacionales. Pese a fracasar en su intento, el hecho es que, a mediados de los años cincuenta, el llamado primer «guerrero frío» se había convertido en un ferviente defensor de la distensión.

## EL CAMINO A FULTON

El 5 de marzo de 1946, Winston Churchill, ex primer ministro británico y a la sazón líder de la oposición conservadora, pronunció uno de sus discursos más memorables. Churchill, preocupado por los acontecimientos en Europa del Este, donde la Unión Soviética había estado expandiendo su control político y militar en los meses posteriores a la segunda guerra mundial, hizo sonar la alarma y dijo ante la audiencia del Westminster College de Fulton, en Misuri:

Desde Stettin, en el Báltico, hasta Trieste, en el Adriático, ha caído sobre el continente un telón de acero. Detrás de esa línea se hallan todas las capitales de los antiguos estados de Europa central y oriental. Varsovia, Berlín, Praga, Viena, Budapest, Belgrado, Bucarest y Sofía, todas estas famosas ciudades y las poblaciones de sus alrededores se encuentran en lo que debo llamar la esfera soviética y todas están sometidas, de un modo u otro, no solo a la influencia soviética, sino a unas medidas de control de Moscú muy fuertes y, en muchos casos, cada vez más estrictas.

Esta disertación de Churchill, cuyo título oficial era «Los pilares de la paz», es más recordada como el discurso del «telón de acero» y ayudó a cimentar su fama de ser el primer «guerrero frío».[1]

Churchill había observado con atención el comportamiento de la Unión Soviética tras ser derrotado en las elecciones de julio de 1945 y en el otoño predijo un futuro para Europa del Este «lleno de oscuridad y amenazas».[2] Estados Unidos podría haber hecho frente a la Unión Soviética, pero la mayoría de los estadounidenses corrientes no estaba informada sobre la situación en Europa o no le interesaba. Tampoco había mucho respaldo en el Congreso de Estados Unidos a una política antisoviética firme. No obstante, Churchill esperaba que Estados Unidos demostrara liderazgo y, con este fin, decidió sensibilizar a la opinión pública estadounidense sobre las realidades internacionales. La oportunidad se presentó cuando recibió una invitación para impartir una conferencia en el Westminster College. El presidente estadounidense Harry S. Truman añadió una nota personal: «Es una escuela maravillosa en mi estado natal [...] Espero que pueda venir».[3] Churchill

aceptó gustosamente y le dijo a Truman al llegar a Estados Unidos: «Tengo un mensaje que entregar a su país».[4]

## LOS PILARES DE LA PAZ

¿Cuál era, entonces, el mensaje? El título oficial del discurso es instructivo. Churchill trazaba una ruta hacia la paz, no hacia la guerra, e insistía en este sentido en el papel de la «relación especial entre la Commonwealth y el imperio británico, y Estados Unidos». Como muchos otros, confiaba en que la Organización de las Naciones Unidas (ONU), recién fundada, garantizara la paz, en cuyo caso esta «relación especial» complementaría la labor de la ONU, pero si la ONU demostraba ser tan ineficaz como su predecesora, la Sociedad de Naciones, la alianza entre Estados Unidos, el Reino Unido y la Commonwealth seguiría su propio camino. En cuanto a la Unión Soviética, aunque confesaba su admiración por el pueblo soviético y su comprensión de las necesidades de esta en materia de seguridad, Churchill advertía que la política expansionista del Kremlin constituía una grave amenaza para la paz. Para hacer frente a este peligro, el mundo libre necesitaba unirse bajo el liderazgo de Estados Unidos. Sin embargo, Churchill tuvo la precaución de señalar que el conflicto armado no era inevitable: creía que la Unión Soviética quería «los frutos de la guerra», no la guerra en sí, lo que significaba que las negociaciones tenían una función que desempeñar. De hecho, anticipaba un acuerdo internacional que salvaguardaría los intereses occidentales, proporcionaría la seguridad adecuada a la Unión Soviética y devolvería la independencia a los países que se encontraban tras el telón de acero. La fortaleza militar de la alianza entre Estados Unidos y el Reino Unido, que residía en el monopolio atómico estadounidense, ayudaría a lograr dicho acuerdo u ofrecería «una contundente garantía de seguridad» si las relaciones con la Unión Soviética continuaban deteriorándose.

Churchill desgranó en su discurso una serie de temas que influirían en su enfoque de la guerra fría a lo largo de la década siguiente: la gravedad de la

amenaza soviética y la necesidad de contrarrestarla; la necesidad vital de mantener una estrecha cooperación anglo-estadounidense; la importancia del poder militar de Occidente, sobre todo las armas atómicas; y, al mismo tiempo, la esperanza en algún tipo de acuerdo negociado. El anticomunismo de Churchill era muy profundo, pero también era lo bastante pragmático como para reconocer el valor del compromiso con la Unión Soviética siempre que beneficiara a los intereses estratégicos de Gran Bretaña; por ejemplo, cuando en 1941 Alemania invadió la Unión Soviética, propuso de inmediato una alianza anglo-soviética contra el enemigo nazi común. Una combinación similar de resistencia y avenencia, junto con una confianza inquebrantable en el concepto del equilibrio de poder en las relaciones internacionales, caracterizaría su postura hacia la Unión Soviética durante la guerra fría.

## EL COMIENZO DE LA GUERRA FRÍA

Como cabía esperar, el discurso de Fulton suscitó las críticas de las autoridades soviéticas (que calificaron a Churchill de «instigador de la guerra»), pero la reacción en Estados Unidos, el principal destinatario de su oratoria, fue claramente desigual: aunque las críticas de Churchill al comportamiento soviético recibieron apoyos, la idea de establecer una alianza con el Reino Unido y la Commonwealth contra un antiguo aliado, la Unión Soviética, no era una idea que muchos estadounidenses estuvieran dispuestos a contemplar.[5] Sin embargo, a lo largo de los doce meses siguientes, cuando se agudizó el menosprecio soviético por la libertad en Europa, la administración Truman prosiguió con el proceso de sensibilización de la opinión pública iniciado por Churchill hasta que, en marzo de 1947, el presidente se sintió lo suficientemente seguro como para declarar ante el Congreso que, en lo sucesivo, la política de Estados Unidos consistiría en «apoyar a los pueblos libres que se resisten a los intentos de subyugación de minorías armadas o presiones externas».[6] Se podría decir que fue este discurso, «La Doctrina Truman», y no el pronunciado en Fulton un año antes,

el que señaló el comienzo de la guerra fría. En cualquier caso, a partir de entonces entre la opinión pública estadounidense fue aumentando la aceptación (como esperaba Churchill) de que la responsabilidad principal de coordinar la resistencia del mundo libre frente al comunismo soviético recaía en los estadounidenses.

Poco después, en junio de 1947, la administración Truman dio a conocer el Plan Marshall, un proyecto para reactivar las economías devastadas por la guerra en Europa occidental mediante una inyección masiva de dólares estadounidenses. La Unión Soviética interpretó que el plan era un intento de Estados Unidos de organizar un bloque anticomunista y respondió promulgando la teoría de los «dos campos», de un mundo dividido en dos esferas irreconciliables: la comunista y la capitalista. Posteriormente, en junio de 1948, Stalin, como reacción a los planes estadounidenses, británicos y franceses de convertir sus zonas de ocupación en Alemania en un único estado alemán occidental, puso en marcha el bloqueo de Berlín con el objetivo de eliminar la presencia occidental en la ciudad (la propia Berlín se encontraba dentro de Alemania del Este, bajo control soviético). En abril de 1949, Estados Unidos y Gran Bretaña, junto con otros diez estados, firmaron el pacto del que surgió la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Al mes siguiente, cuando se fundó la República Federal de Alemania (Alemania Occidental), Stalin levantó el bloqueo, pero no se podía obviar el hecho de que la guerra fría ya estaba en marcha. En cualquier caso, empezó en 1947, no en 1946. El discurso de Fulton no fue una declaración de guerra fría, ni por parte de Churchill ni de Occidente en general, sino una profecía de lo que podría y llegaría a ocurrir.

## EL RECRUDECIMIENTO DE LA GUERRA FRÍA, 1947-1949

Entre el comienzo de la guerra fría y su retirada de la primera línea de la política en 1955, Churchill pasó de ser el azote del comunismo soviético a convertirse en un prominente defensor de la distensión. Para comprender esta

evolución es necesario analizar su trayectoria durante la guerra fría como una serie de etapas interrelacionadas. Durante la primera de ellas, que duró desde 1947 hasta 1949, continuó alertando en público sobre los peligros que representaba la Unión Soviética y promoviendo la preparación militar para contrarrestar la amenaza del Ejército Rojo en Europa. En 1947 acogió con satisfacción la Doctrina Truman y el Plan Marshall como una confirmación de que Estados Unidos había asumido el liderazgo que había reclamado en Fulton; en septiembre escribió a Truman y le dijo: «Cuánto admiro la política hacia la que ha orientado a su gran país; y [...] le agradezco desde el fondo de mi corazón todo lo que está haciendo para salvar al mundo del hambre y la guerra».[7]

En cambio, Churchill criticó a menudo al gobierno laborista británico por no mantener (en su opinión) una capacidad de defensa suficientemente fuerte en el Reino Unido y por depender demasiado de la protección del monopolio atómico estadounidense en lugar de seguir avanzando en el desarrollo de una bomba atómica británica.[8] También promovió la idea de unos Estados Unidos de Europa como un «potente factor para la paz mundial» y, en un célebre discurso pronunciado en Zúrich en septiembre de 1946, exhortó a Francia y Alemania a enterrar las enemistades del pasado y colaborar para construir una Europa unida (en la práctica, occidental).[9] Este interés en la unidad continental encajaba con su opinión sobre Alemania: deseoso de evitar los errores del acuerdo suscrito tras la primera guerra mundial, cuando el reparto de la «culpabilidad en la guerra» avivó el resentimiento de Alemania y contribuyó al ascenso de Hitler, propugnó una política de reconciliación y rehabilitación en lugar de venganza.[10]

Curiosamente, Churchill equilibraba en muchas de sus declaraciones públicas las advertencias sobre la amenaza soviética con los llamamientos a una resolución pacífica de las diferencias entre el Este y el Oeste, pero en privado aireaba opiniones más hostiles. En noviembre de 1947 afirmó que había llegado el momento de decirle a Stalin que liberara a Europa del Este o «atacaremos Moscú y las demás ciudades y las destruiremos con bombas atómicas».[11] En la práctica, las negociaciones que defendía en público no eran «negociaciones» en el sentido estricto del término; más bien, serían la

ocasión para obligar a los soviéticos a aceptar las condiciones del Oeste amenazándolos con la destrucción atómica, ya que «el único vocabulario que entienden es el vocabulario de la fuerza».[12] La administración Truman, en cambio, prefirió una estrategia menos agresiva de «contención a largo plazo, paciente pero firme y vigilante», del comunismo soviético.[13] Aunque a Churchill esta cautela le parecía frustrante, encontró consuelo en el monopolio atómico de Estados Unidos. «[N]osotros y los estadounidenses seremos mucho más fuertes dentro de un año», sobre todo en cuanto a armamento nuclear, le escribió a Anthony Eden en septiembre de 1948, y, por tanto, no tenía «intención de pedir un enfrentamiento inmediato, aunque sin duda se habrá de efectuar el próximo año». Al final de la carta le recordaba a Eden que «nada de esto es adecuado para su uso público».[14] Menos de un año más tarde, en agosto de 1949, la Unión Soviética probó su primera bomba atómica, mucho antes de lo que muchos esperaban en Occidente, incluido Churchill.

#### LA BOMBA ATÓMICA SOVIÉTICA, LA «CAÍDA» DE CHINA Y LA GUERRA DE COREA, 1949-1950

A la prueba nuclear soviética le siguió rápidamente la victoria comunista en la guerra civil china y el nacimiento de la República Popular China. A medida que el equilibrio de poder de la guerra fría parecía inclinarse a favor del bloque comunista, la visión de Churchill también fue cambiando.[15]

Los tiempos en que Occidente podía imponer condiciones a la Unión Soviética desaparecían con rapidez. Aunque el arsenal atómico estadounidense seguiría siendo superior al de los soviéticos durante algún tiempo, a Churchill le inquietaba cada vez más la vulnerabilidad del Reino Unido si se llegaba a producir una ofensiva aérea (atómica) de los soviéticos y, en consecuencia, su interés en una confrontación fue disminuyendo. En febrero de 1950, en plena campaña de las elecciones generales en Gran Bretaña, pronunció un discurso en Edimburgo en el que propuso mantener «conversaciones con la Rusia soviética al más alto nivel [...] una negociación

en la cumbre».[16] Fue la primera vez que se usó la palabra «cumbre» para describir un encuentro entre los dirigentes de las grandes potencias, y aunque el gobierno laborista acusó a Churchill de propugnar la distensión como una maniobra electoral, la distancia entre su retórica en público y su visión en privado se había reducido en los seis meses siguientes a la prueba nuclear soviética.[17]

El estallido de la guerra de Corea en junio de 1950, y el consiguiente peligro de que este conflicto localizado en Asia pudiera agravarse y desencadenar una guerra mundial, reafirmó a Churchill en la idea de que era necesario celebrar con urgencia una cumbre de alto nivel. Al mismo tiempo, apoyó sin reservas los planes estadounidenses, impulsados por la guerra en Corea, de convertir a la OTAN en una organización de defensa de pleno derecho. La administración Truman también quería, no sin controversia, que Alemania Occidental contribuyera a la defensa común, pero mientras que Francia y los estados europeos más pequeños estaban muy alarmados ante la perspectiva del rearme alemán, Churchill creía que era un pequeño precio que pagar por el compromiso de Estados Unidos de defender Europa occidental. [18]

Churchill reconocía que, hasta que el fortalecimiento de la OTAN hubiera concluido, el «efecto disuasorio de la bomba atómica» era «casi nuestra única defensa», mientras que la amenaza de usarla era «la única forma en que podemos esperar obtener una consideración razonable para tratar de llegar a un acuerdo pacífico con la Rusia soviética».[19] En la campaña de las elecciones generales británicas de octubre de 1951, este tipo de declaraciones francas fueron utilizadas contra él cuando el periódico *Daily Mirror*, que apoyaba al Partido Laborista, le calificó de belicista. Churchill negó rotundamente la acusación e insistió en que una de las razones principales de que siguiera en la vida pública era que creía que podía desempeñar un papel constructivo para ayudar a prevenir una tercera guerra mundial: el rearme y el arsenal atómico estadounidense eran necesarios para «negociar», no para combatir, y describió la distensión como «el último premio que pretendo ganar».[20]



## EL REGRESO AL PODER DE CHURCHILL

Sin embargo, las pullas del *Daily Mirror* no impidieron que Churchill regresara como primer ministro, aunque con una escasa mayoría parlamentaria. Durante los tres años y medio siguientes, la etapa más importante de su trayectoria durante la guerra fría, ya que podía influir directamente en los acontecimientos, llevó a cabo una contumaz campaña para propiciar «una atenuación de la llamada “guerra fría”», desafiando a la edad y a la enfermedad en el proceso.[21] La fe en el valor de la diplomacia personal (la interacción entre los máximos dirigentes de ambas partes y su capacidad para reescribir el guion de la guerra fría) y el profundo temor a la guerra nuclear le mantuvieron firme en su misión.[22]

Cuando volvió a ser nombrado primer ministro, a Churchill le complació descubrir que el gobierno laborista anterior había hecho mucho más de lo que suponía para desarrollar en secreto una bomba atómica británica y, en octubre de 1952, cuando solo llevaba un año al frente del gobierno, el Reino Unido se convirtió en la tercera potencia nuclear mundial. Sin embargo, para Churchill, la bomba ya no era tanto un arma de guerra como un elemento de disuasión y, por extensión, un instrumento para fortalecer la posición negociadora de Occidente ante la Unión Soviética. También tenía interés en utilizar la energía atómica con fines pacíficos y confiaba en que un «aplacamiento» de la contienda entre el Este y Oeste permitiera a las grandes potencias «desviar nuestra riqueza y nuestro conocimiento científico a fines más provechosos que la fabricación de armas catastróficas».[23] Tenía casi setenta y siete años cuando ganó las elecciones generales en 1951, y la certeza de que probablemente disponía de poco tiempo para lograr la distensión no significaba que prefiriera la paz a cualquier precio: al contrario, siguió creyendo en las cumbres desde una posición de fuerza. Sin embargo, le había impresionado la prueba nuclear soviética y se mostraba más dispuesto a hacer concesiones a Moscú de lo que había estado a finales de los años cuarenta.  
[24]

El problema para Churchill era que, pese a que él creía que Occidente ya era lo suficientemente fuerte para negociar de forma segura, los estadounidenses no solo discrepaban, sino que también impusieron como condiciones previas fundamentales para un acercamiento oficial a Moscú la ultimación de la expansión militar de la OTAN, la integración de la República Federal de Alemania en el sistema occidental de alianzas de la guerra fría y el rearme de Alemania Occidental en el marco de una Comunidad Europea de Defensa (CED). Churchill también tuvo que hacer frente a la oposición interna de su ministro de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, y de varios ministros más del Gabinete, quienes sospechaban que las declaraciones públicas de Moscú acerca de la necesidad de una «coexistencia pacífica» tenían por objeto hacer descarrilar la expansión de la OTAN. La idea de que un acuerdo entre el Este y el Oeste eliminaría la necesidad de la CED (y por tanto del rearme de los alemanes) fue ganando fuerza en Francia y en otros países de Europa occidental. Para la administración Truman, y para Eden, la distensión era una cuestión de fechas: las negociaciones con la Unión Soviética debían celebrarse después, no antes, de la finalización de los planes de defensa de la OTAN, así como del fin de la guerra de Corea.[25]

Churchill estaba decepcionado por la indecisión de Estados Unidos, pero la elección del general Dwight D. Eisenhower como nuevo presidente americano en noviembre de 1952 brindaba una oportunidad de comenzar de nuevo. Sin embargo, el republicano Eisenhower no tardó en mostrarse tan poco entusiasta sobre la celebración de una cumbre de dirigentes como el demócrata Truman. Peor aún, el exaltado anticomunismo del Partido Republicano, incluidos algunos de los principales asesores de Eisenhower, dejó a Churchill preocupado por una posible confrontación con la Unión Soviética inspirada por Estados Unidos.[26] Sus esperanzas de finales de los años cuarenta se habían convertido en miedo. De hecho, llegó a ver la distensión como un medio para poner freno a las tendencias más belicasas de Estados Unidos.

## LA MUERTE DE STALIN, 1953

Fue un cambio de la cúpula en Moscú, y no en Washington, lo que dio alas a las esperanzas de Churchill de lograr la distensión: el dictador soviético Iósif Stalin murió el 5 de marzo de 1953 y le sucedió una jefatura colectiva, en cuyas primeras declaraciones sobre asuntos internacionales se mencionó la posibilidad de una conciliación pacífica de las diferencias entre el Este y el Oeste.[27] Churchill escribió a Eisenhower para pedirle que considerara la posibilidad de celebrar una conferencia de alto nivel para explorar «el aparente cambio a mejor de la actitud soviética», pero su propuesta fue rechazada.[28] Los responsables políticos estadounidenses creían que, con o sin Stalin, la Unión Soviética intentaba inducir a la opinión pública occidental a creer que la distensión era inminente para, con ello, debilitar el apoyo popular a la CED y el rearme alemán.[29] Eisenhower quería, como mínimo, «acciones concretas de los soviéticos», no solo palabras, como prueba de la sinceridad de Moscú.[30]

El Ministerio de Asuntos Exteriores británico compartía la cautela de Estados Unidos, pero cuando Eden enfermó en la primavera de 1953, Churchill aprovechó su ausencia para pronunciar uno de sus discursos más importantes sobre la guerra fría. El 11 de mayo pidió en la Cámara de los Comunes la convocatoria de «una conferencia al más alto nivel» con los nuevos hombres del Kremlin. «Bien podría ser que no se llegaran a alcanzar acuerdos exigentes», pero «podría haber una sensación generalizada entre los allí reunidos de que quizá puedan hacer algo mejor que destrozarse a la raza humana, incluidos ellos mismos».[31] Churchill había actuado con independencia de los estadounidenses y de otros aliados del Reino Unido, así como de su propio Gabinete, y aunque su propuesta de celebrar una cumbre tuvo buena acogida entre la opinión pública, esta maniobra unilateral consternó a los dirigentes occidentales. En Washington, a la administración Eisenhower le preocupaba que la ilusión de distensión que este había conjurado fuera usada por los detractores de la CED, sobre todo en Francia, para desbaratar el proyecto. Eden estaba de acuerdo. «Debe de haber pasado

mucho tiempo en la historia desde que un discurso hizo tanto daño a su propio bando», reflexionó.[32]

Churchill, consciente de que tenía de su parte a la opinión pública, y sin «más intención que en Fulton o en 1945 de ser engañado por los rusos», consideró visitar Moscú por su cuenta como un paso previo a la celebración de una cumbre más amplia.[33] Ni los estadounidenses ni su propio gobierno lo veían con buenos ojos: un encuentro bilateral al máximo nivel entre el Reino Unido y la Unión Soviética podía alimentar falsas esperanzas entre los países de la OTAN en un acuerdo general entre el Este y el Oeste, mientras que un encuentro de menor nivel entre ministros de Asuntos Exteriores, limitado a un reducido número de temas concretos, sería una buena operación de relaciones públicas (al demostrar que las potencias occidentales estaban interesadas en las negociaciones) y entrañaría poco riesgo para la CED.[34] Sin embargo, a Churchill no le importaba nada la CED (a la que tildó de «cubo de pasta de madera»), se quejó de que un encuentro de ministros de Asuntos Exteriores acabaría empantanado en monótonos detalles diplomáticos y siguió creyendo que solo una cumbre de dirigentes podría cambiar el rumbo de la historia de la guerra fría.[35]

## LA ENFERMEDAD Y LA RECUPERACIÓN

En junio de 1953, Churchill sufrió una grave apoplejía. Sin embargo, su capacidad de recuperación desconcertó a los médicos y, para octubre, ya volvía a estar en su despacho del número 10. La búsqueda de la distensión, que tuvo un papel psicológico en su recuperación, era más que nunca una misión personal y se convirtió, en parte, en la justificación (o la excusa) para negarse a cumplir las promesas de ceder la jefatura del Gobierno y retirarse con dignidad que le había hecho a Eden, el elegido para sucederle.[36] No obstante, los estadounidenses, seguían siendo un obstáculo importante. En una reunión celebrada en las Bermudas en diciembre de 1953, Eisenhower desestimó desdeñosamente la insinuación de Churchill de que la política

soviética había cambiado para mejor desde la muerte de Stalin.[37] La incomodidad de Churchill aumentó cuando Eisenhower reveló que si los comunistas rompían el armisticio de Corea, firmado el mes de julio anterior, Estados Unidos respondería con un gran bombardeo nuclear en China.[38] Los estadounidenses dudaban de que la Unión Soviética fuera a cumplir el compromiso del tratado de 1950 de apoyar a los chinos, pero Churchill no estaba tan seguro. Si estallaba una guerra mundial, el Reino Unido, que en 1948 había cedido bases en Anglia Oriental para los aviones estadounidenses con capacidad nuclear, sería un objetivo principal («y quizá la diana»)[39] de un ataque soviético, y le preocupaba enormemente la consiguiente pérdida de vidas. Temía que incluso las pocas personas que consiguieran sobrevivir «bajo los montones de escombros en llamas y contaminados» no tendrían «nada que hacer salvo tomar un pastilla para acabar con todo».[40]

No obstante, los estadounidenses reconocieron que era necesario hacer un gesto para aplacar a la opinión pública de Europa occidental, que ansiaba la distensión, y accedieron a participar con el Reino Unido, Francia y la Unión Soviética en un encuentro de ministros de Asuntos Exteriores que se celebró en Berlín a principios de 1954. Cuando se produjo un estancamiento en los temas de la conferencia que atañían a Alemania y Austria, Churchill vio corroborada su idea de que solo los jefes de gobierno, reunidos como en Yalta o Potsdam durante la segunda guerra mundial, podían lograr verdaderos progresos.[41]

## EL ESPECTRO DE LA BOMBA DE HIDRÓGENO

La búsqueda de una cumbre por parte de Churchill cobró más urgencia en febrero de 1954, cuando Estados Unidos anunció que poseía un arma termonuclear viable: una bomba de hidrógeno. Las informaciones periodísticas sobre la capacidad tremendamente destructiva de esta «superbomba» hicieron disparar la alarma en el Reino Unido y otros lugares de que los avances nucleares estaban fuera de control.[42] Churchill también

estaba intranquilo en esa época debido a una emotiva carta que había recibido de Eisenhower, en la que le expresaba su temor a la dominación comunista mundial, censuraba a los «salvajes individuos del Kremlin» y afirmaba que buscaba «renovada fe y fuerza en [...] Dios» para «afilar su espada para la lucha de la que posiblemente no se puede escapar». ¿Podría tener esa espada una punta termonuclear?[43] La Unión Soviética había conseguido su propia bomba de hidrógeno en 1953 y este hecho, sumado a la visión apocalíptica de Eisenhower, dejó a Churchill «más preocupado por la bomba de hidrógeno que por todo el resto de mis problemas juntos».[44] En su respuesta al presidente, destacó intencionadamente el «pequeño tamaño y la densidad de población» de Gran Bretaña y cómo, en consecuencia, «cuatro o cinco de las nuevas bombas de hidrógeno matarían sin duda a varios millones de personas» en caso de guerra.[45] Es posible que la necesidad de celebrar una cumbre nunca hubiera sido más urgente. Sin embargo, pese a su temor a un holocausto nuclear, en 1954 Churchill dio luz verde a la fabricación de una bomba de hidrógeno británica, una decisión que podría parecer que contradecía sus impulsos a favor de la paz. En realidad, encajaba bien con sus planes. Reconocía que, en el plano estratégico y militar, «la única política sensata en los próximos años es la defensa mediante la disuasión», y es ahí donde la bomba de hidrógeno desempeñaba un papel, ya que si el mayor poderío militar de Gran Bretaña servía para reforzar la capacidad de disuasión global de Occidente, y por tanto contribuía a mantener la paz general, se mantendría viva la posibilidad de negociar con la Unión Soviética, que seguía siendo el objetivo supremo de Churchill.[46]

A tal efecto, en junio de 1954 Churchill recuperó su antigua idea de emprender una misión en solitario a Moscú y viajó a Washington en busca de la aprobación estadounidense. Eisenhower le animó únicamente en la medida en que no vetó abiertamente una iniciativa unilateral del Reino Unido, pero, al parecer, Churchill interpretó esta luz ámbar como una luz verde.[47] Mientras regresaba a casa a bordo del *Queen Elizabeth*, envió un cable al Kremlin para solicitar una reunión «sin agenda y sin más objeto que encontrar una manera razonable de convivir en creciente confianza, tranquilidad y prosperidad».[48] Eden, que le había acompañado a América

del Norte, podría haber bloqueado el cable, pero, al parecer, Churchill le sobornó con la promesa de que se jubilaría después de que se celebrara la cumbre. No obstante, el ministro de Asuntos Exteriores instó a su jefe a solicitar una autorización previa del Gabinete.[49] Churchill ignoró el consejo y, en consecuencia, al regresar a Londres se vio envuelto en una grave disputa política: muchos de sus colegas ministros estaban indignados por su desprecio de los principios de gobierno del Gabinete y no les convenció su argumento de que su mensaje a Moscú era un mensaje informal y privado.[50] Churchill también estaba molesto por el enfado de Eisenhower: en realidad, la luz que el presidente le había dado era ámbar y este reiteraba su «absoluta falta de confianza en la fiabilidad e integridad de los hombres del Kremlin».[51] Solo se pudo evitar una división en el Gabinete, incluso la caída del gobierno, cuando los soviéticos respondieron al cable de Churchill proponiendo una conferencia multilateral de ministros de Asuntos Exteriores sobre temas de seguridad europea, en lugar de la cumbre bilateral y sin agenda de dirigentes anglo-soviéticos que este había querido. El veto del Kremlin permitió que ambas partes de la disputa ministerial desistieran.[52]

Para entonces, Churchill era casi un «primer ministro monotemático».[53] A Harold Macmillan, un observador cercano, le preocupaba su «monomanía con Rusia» y creía que, desde que había sufrido la apoplejía, su «juicio está distorsionado [...] Piensa en lo mismo todo el tiempo, en la visita a Rusia y su oportunidad de salvar al mundo, y se ha convertido en una obsesión [...] Ha olvidado lo bárbaros que son los rusos».[54] Las expectativas de Churchill se vieron de nuevo frustradas el 31 de agosto de 1954, cuando el Parlamento francés rechazó el tratado que habría dado vida a la CED y concedido soberanía a Alemania Occidental; con el futuro del compromiso de seguridad estadounidense con Europa occidental puesto repentinamente en duda (los estadounidenses reiteraron que su apoyo permanente a la OTAN dependía del éxito de la CED) y toda la Alianza Atlántica en una situación caótica, no había la más mínima posibilidad de que Churchill se reuniera con los soviéticos en un futuro cercano. En ese momento, Eden se erigió en el gestor en jefe de la crisis. Gracias a la

habilidad diplomática y la dirección del ministro de Asuntos Exteriores, a principios de octubre 1954 se sustituyó la CED supranacional por una organización intergubernamental, la Unión Europea Occidental (UEO), que permitía que el rearme alemán estuviera sujeto a salvaguardias y eliminaba el riesgo de que Estados Unidos desertara de Europa. El proceso de ratificación de la UEO concluyó en mayo de 1955 y la República Federal ingresó en la OTAN.[55]

## REFLEXIONES

Dos meses más tarde, en julio de 1955, se celebró en Ginebra la primera cumbre de jefes de gobierno del Este y el Oeste desde Potsdam. Sin embargo, Churchill no estuvo presente: la enfermedad y las presiones políticas le habían obligado a dimitir en abril y fue Eden quien encabezó la delegación del Reino Unido. «Cuán atractiva parece una reunión de alto nivel cuando uno ha llegado a la cima», bromeó, haciendo alusión a la oposición previa de Eden a que se celebrara una cumbre.[56] Sin embargo, Churchill también podría haber conseguido su cumbre de haberse aprobado la CED mientras aún ocupaba el cargo y tuvo la mala suerte de que su sucesora, la UEO, se creara solo un mes después de que se hubiera retirado.[57] Las «naciones occidentales no podían, por respeto a sí mismas, haber aceptado antes una [...] cumbre», le escribió Eisenhower la víspera de Ginebra, pero «su larga búsqueda de la paz inspira a diario mucho de lo que hacemos».[58] «Nunca he concebido extravagantes esperanzas en una transformación amplia y drástica de los asuntos humanos, pero mi opinión es que, mientras no aflojemos nuestra unidad ni nuestra vigilancia, los soviéticos [...] estarán cada vez más convencidos de que les conviene convivir en paz con nosotros», le respondió Churchill.[59]

Además, Churchill, con más de ochenta años, mala salud, sin las energías ni la concentración para dominar informes complejos, proclive a renunciar a la lógica, abrazar la emoción y hacer gala de una fe casi mística en la idea de



que solo los grandes hombres logran grandes hazañas, podría haber sido un estorbo en cualquier encuentro directo con los duros y bien adiestrados negociadores soviéticos.[60] Eisenhower creía en ocasiones que «Winston está intentando revivir los días de la segunda guerra mundial», cuando

tenía la placentera sensación de que él y nuestro presidente estaban sentados en una especie de tribuna olímpica sobre el resto del mundo y dirigiendo los asuntos mundiales desde esa atalaya [...] Incluso si esta imagen de aquellos días fuera veraz, no se podría aplicar al presente.[61]

A mediados de 1954, Harold Macmillan consideró que el primer ministro estaba «física y mentalmente incapacitado para una negociación seria» y «con los rusos enfrente [...] habría estado absolutamente perdido».[62] Además, investigaciones recientes sobre la versión soviética de la historia sugieren que los dirigentes soviéticos, que recordaban la virulenta reacción anticomunista de Churchill contra la revolución bolchevique, nunca confiaron realmente en él: «Era un imperialista hasta la médula», declaró Mólotov. La Unión Soviética tampoco creía que el Reino Unido fuera un factor muy importante en la política internacional y, cuando se trataba de la distensión, preferían negociar con Estados Unidos.[63]

Al final, la cumbre de Ginebra no logró promover la distensión de manera significativa y la guerra fría continuó hasta que, en los años sesenta, ambas partes llegaron al punto de la destrucción mutua asegurada. Obviamente, este era justamente el tipo de acontecimiento incendiario que Churchill había querido evitar; ganó el premio Nobel de Literatura en 1953, pero el premio que realmente ansiaba era el de la Paz. No pudo ser. Sin embargo, para poder apreciar su trayectoria durante la guerra fría en su totalidad, es importante comparar su búsqueda de la distensión con su discurso del «telón de acero» y su interés a finales de los años cuarenta por usar la diplomacia atómica para imponer condiciones a la Unión Soviética. Gracias a Fulton persiste la percepción popular de Churchill como el guerrero frío original, pero como en el caso de muchos otros aspectos de su dilatada carrera en la función pública, se siguió reinventando. Profundamente preocupado por el aumento de la proliferación de armas de destrucción masiva, modificó su visión de la guerra

fría y, pese a verse acosado por las acusaciones de belicista de sus adversarios políticos, lo cierto es que a partir de 1950 fue menos belicista. [64] Es verdad que incluso en la última etapa de su carrera solía aflorar su odio hacia el comunismo. Es igualmente cierto que su anhelo de mantener un encuentro con los soviéticos lo utilizó, a veces de manera descarada, como una excusa para aferrarse al poder. No obstante, no hay ninguna razón para dudar de la sinceridad de lo que dijo en la conferencia del Partido Conservador celebrada en octubre de 1953, en su primer discurso importante tras haber sufrido una apoplejía cuatro meses antes, a saber, que «lo que me importa por encima de todo [es] la construcción de una paz segura y duradera».[65]

# Bibliografía escogida

- Adams, Natalie, «“An Ardent Ally”: Lady Randolph and Winston’s Political Career», *Finest Hour*, 98 (primavera de 1998), pp. 14-16.
- Addison, Paul, «Churchill and the Working Class», en J. M. Winter (ed.), *The Working Class in Modern British History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983.
- , *Churchill on the Home Front*, Jonathan Cape, Londres, 1992.
- , *Churchill: The Unexpected Hero*, Oxford University Press, Oxford, 2005.
- Alkon, Paul, *Winston Churchill’s Imagination*, Bucknell University Press, Lewisburg, 2006.
- Bardens, Dennis, *Churchill in Parliament*, Robert Hale, Londres, 1967.
- Bell, Christopher, «The “Singapore Strategy” and the Deterrence of Japan: Winston Churchill, the Admiralty, and the Dispatch of Force Z», *English Historical Review*, 116 (2001), pp. 604-634.
- Bercuson, David, *One Christmas in Washington: The Secret Meeting between Roosevelt and Churchill That Changed the World*, McArthur & Company, Toronto, 2005.
- Best, Geoffrey, *Churchill and War*, Hambledon, Londres, 2005.
- , *Churchill: A Study in Greatness*, Hambledon, Londres, 2001.
- , «Winston Churchill, the H-Bomb and Nuclear Disarmament», *History Today*, 55 (2005), pp. 38-43.
- Boyle, Peter, *The Churchill-Eisenhower Correspondence 1953-1955*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1990.
- Blake, Robert, y W. Roger Louis (eds.), *Churchill*, Oxford University Press, Oxford, 1993.
- Browne, Anthony Montague, *Long Sunset: Memoirs of Winston Churchill’s Last Private Secretary*, Cassell, Londres, 1995.
- Buczacki, Stefan, *Churchill and Chartwell: the Untold Story of Churchill’s Houses and Gardens*, Frances Lincoln, Londres, 2007.
- Callahan, Raymond A., *Churchill: Retreat from Empire*, DE, Scholarly Resources Inc., Wilmington, 1984.
- Cannadine, David, *In Churchill’s Shadow*, Penguin, Londres, 2003.
- (ed.), *Churchill in the Twenty-First Century*, Cambridge University Press, Cambridge,

- 2004.
- Carlton, David, *Churchill and the Soviet Union*, Manchester University Press, Mánchester, 2000.
- Carter, Violet Bonham, *Winston Churchill as I Knew Him*, Eyre and Spottiswoode, Londres, 1965.
- Catherwood, Christopher, *Winston's Folly: Imperialism and the Creation of Modern Iraq*, Constable, Londres, 2004.
- Catterall, Peter (ed.), *The Macmillan Diaries: The Cabinet Years 1950-1957*, Macmillan, Basingstoke, 2003.
- Charmley, John, *Churchill, The End of Glory: A Political Biography*, Hodder & Stoughton, Londres, 1993.
- , *Churchill's Grand Alliance: The Anglo-American Special Relationship 1940-57*, Hodder & Stoughton, Londres, 1995.
- Churchill, Randolph, *Winston S. Churchill*, vol. I: *Youth: 1874-1900*, William Heinemann, Londres, 1966.
- , *Winston S. Churchill*, vol. II: *Young Statesman, 1901-1914*, William Heinemann, Londres, 1967.
- Churchill, Winston, *My Early Life: A Roving Commission*, T. Butterworth, Londres, 1930 (hay trad. cast.: *Mi juventud: autobiografía*, Granada, Almed, 2010).
- , *Great Contemporaries*, Macmillan, Londres, 1942, publicado por primera vez en 1937 (hay trad. cast.: *Grandes contemporáneos*, Barcelona, Atalaya, 1995).
- , *The World Crisis*, Thornton Butterworth, Londres publicado por primera vez en 1923-1931, 5 vols. (hay trad. cast.: *La crisis mundial*, Barcelona, Debolsillo, 2015).
- , *The Second World War*, Houghton Mifflin, Boston, 1976, 6 vols. (hay trad. cast.: *La segunda guerra mundial*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2016).
- Clark, Ian, y Nicholas Wheeler, *The British Origins of Nuclear Strategy, 1945-1955*, Oxford University Press, Oxford, 1989.
- Clarke, Peter, *The Last Thousand Days of the British Empire*, Allen Lane, Londres, 2007.
- , *Mr Churchill's Profession*, Bloomsbury, Londres, 2012.
- Codali, Joseph, *The Economic Consequences of Mr Churchill: The Return to Gold (1925) and the 1931 Crisis*, Simon Fraser University Press, Vancouver, 1990.
- Cohen, Michael J., *Churchill and the Jews*, Frank Cass, Londres, 2003.
- , «The Churchill-Gilbert Symbiosis: Myth and Reality», *Modern Judaism*, 28 (2008), pp. 204-228.
- Colville, John, *The Churchillians*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1981.
- , *The Fringes of Power: Downing Street Diaries 1939-1955*, Hodder & Stoughton, Londres, 1985 (hay trad. cast.: *A la sombra de Churchill: diarios de Downing Street, 1939-1955*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2007).
- Danchev, Alex, y Daniel Todman (eds.), *Field Marshal Lord Alanbrooke, War Diaries 1939-1945*, Phoenix, Londres, 2002.
- Davis, Kenneth, *FDR: Into the Storm, 1937-1940*, Random House, Nueva York, 1993.
- , *FDR the War President, 1940-1943*, Random House, Nueva York, 2000.
- Dawson, Robert MacGregor, «The Cabinet Minister and Administration: Winston S. Churchill at the Admiralty, 1911-15», *Canadian Journal of Economics and Political Science*, 6 (1940), pp. 325-358.

- Day, David, *Menzies and Churchill at War*, Oxford University Press, Oxford, 1993, publicado por primera vez en 1986.
- Dilks, David, «*The Great Dominion*»: *Winston Churchill in Canada, 1900-1954*, Thomas Allen, Toronto, 2005.
- Divine, Robert, *Roosevelt and World War II*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1969.
- Dockter, Warren, «Winston Churchill and the Islamic World: Early Encounters», *The Historian*, 101 (2009), pp. 19-21.
- Eade, Charles (ed.), *Churchill by His Contemporaries*, Reprint Society, Londres, 1955, publicado por primera vez en 1953.
- Edmonds, Robin, *The Big Three: Churchill, Roosevelt and Stalin in Peace and War*, Penguin, Londres, 1992.
- Eichengreen, Barry, *Golden Fetters: The Gold Standard and the Great Depression 1919-1939*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.
- Emmert, Kirk, *Winston S. Churchill on Empire*, Carolina Academic Press, Durham, NC, 1989.
- Farmelo, Graham, *Churchill's Bomb: A Hidden History of Science, War and Politics*, Faber and Faber, Londres, 2013.
- Farrell, Brian (ed.), *The Last Lion and the Lion City: Churchill and the Making of Modern Singapore*, National University of Singapore Press, Singapur, 2011.
- Feis, Herbert, *Churchill-Roosevelt-Stalin: The War They Waged and the Peace They Sought*, Princeton University Press, Princeton, 1957.
- Ferrell, Robert (ed.), *The Eisenhower Diaries*, Norton, Nueva York, 1981.
- Fort, Adrian, *Prof: The Life and Times of Frederick Lindemann*, Jonathan Cape, Londres, 2003.
- Freudenberg, Graham, *Churchill and Australia*, Macmillan, Sidney, 2008.
- Fromkin, David, *A Peace to End All Peace: The Fall of the Ottoman Empire and the Creation of the Modern Middle East*, Henry Holt & Co, Nueva York, 1989.
- Gaddis, John, *Strategies of Containment: A Critical Appraisal of American National Security Policy during the Cold War*, Oxford University Press, Oxford, 2005.
- , *The Cold War*, Allen Lane, Londres, 2005 (hay trad. cast.: *La guerra fría*, Barcelona, RBA, 2008).
- Gilbert, Martin, *Winston S. Churchill*, vol. III: 1914-1916, Heinemann, Londres, 1971.
- , *Winston S. Churchill*, vol. IV: 1917-1922, Heinemann, Londres, 1975.
- , *Winston S. Churchill*, vol. V: 1922-1939, Heinemann, Londres, 1976.
- , *Winston S. Churchill*, vol. VI: *Finest Hour, 1939-1941*, Heinemann, Londres, 1983.
- , *Winston S. Churchill*, vol. VII: *Road to Victory, 1941-1945*, Heinemann, Londres, 1986.
- , *Winston S. Churchill*, vol. VIII: «*Never Despair*», 1945-1965, Heinemann, Londres, 1988.
- , *Winston S. Churchill*, vol. III: *The Challenge of War, 1914-1916*, Heinemann, Londres, 1971.
- , *Churchill: A Life*, Pimlico, Londres, 2000.
- , *Churchill's Political Philosophy*, Oxford University Press, Oxford, 1981.
- , *In Search of Churchill*, HarperCollins, Londres, 1994.

- Greenwood, Sean, *Britain and the Cold War 1945-1991*, Macmillan, Basingstoke, 1999.
- Harbutt, Fraser, *Iron Curtain: Churchill, America and the Origins of the Cold War*, Oxford University Press, Oxford, 1986.
- Hennessy, Peter, *The Prime Minister: The Office and Its Holders since 1945*, Penguin, Harmondsworth, 2001.
- Henry, Probert, *Bomber Harris: His Life and Times*, Greenhill, Londres, 2003.
- Herman, Arthur, *Gandhi and Churchill: The Epic Rivalry That Destroyed an Empire and Forged Our Age*, Bantam Books, Nueva York, 2008.
- Higgins, Trumbull, *Winston Churchill and the Dardanelles*, Collier-Macmillan, Londres, 1963.
- Hough, Richard, *Winston and Clementine: The Triumphs and Tragedies of the Churchills*, Bantam Books, Londres, 1991.
- Hunter, Ian (ed.), *Winston & Archie: The Collected Correspondence of Winston Churchill and Archibald Sinclair*, Politico's, Londres, 2005.
- Hyam, Ronald, *Elgin and Churchill at the Colonial Office, 1905-1908: The Watershed of the Empire-Commonwealth*, Macmillan, Londres, 1968.
- Jackson, Ashley, *The British Empire and the Second World War*, Hambledon Continuum, Londres, 2006.
- James, Robert Rhodes, *Churchill: A Study in Failure 1900-1939*, Penguin, Harmondsworth, 1970.
- (ed.), *Winston Churchill: His Complete Speeches*, Chelsea House/Nueva York Bowker, Londres, 1974, 8 vols.
- Jenkins, Roy, *Churchill*, Macmillan, Londres 2001 (hay trad. cast.: *Churchill*, Barcelona, Península, 2002).
- Jones, Neville, *The Origins of Strategic Bombing*, William Kimber, Londres, 1973.
- Kemper, R. (ed.), *Winston Churchill: Resolution, Defiance, Magnanimity, Good Will*, University of Missouri Press, Columbia, 1996.
- Kimball, Warren, *Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence: Alliance Emerging; Alliance Forged; Alliance Declining*, Collins, Londres, 1984, 3 vols.
- , *The Juggler: Franklin Roosevelt as Wartime Statesman*, Princeton University Press, Nueva York, 1984.
- , *Forged in War: Roosevelt, Churchill and the Second World War*, William Morrow, Nueva York, 1997.
- Kitchen, Martin, «Winston Churchill and the Soviet Union during the Second World War», *Historical Journal*, 30 (1987), pp. 415-436.
- Larres, Klaus, *Churchill's Cold War: The Politics of Personal Diplomacy*, Yale University Press, New Haven, CT, 2002.
- Louis, Wm. Roger, *In the Name of God, Go! Leo Amery and the British Empire in the Age of Churchill*, W. W. Norton & Co, Nueva York, 1992.
- Makovsky, Michael, *Churchill's Promised Land: Zionism and Statecraft*, Yale University Press, New Haven, 2007.
- Marchant, James (ed.), *Winston Spencer Churchill: Servant of Crown and Commonwealth*, Cassell, Londres, 1954.
- Matthews, Kevin, *Fatal Influence: The Impact of Ireland on British Politics, 1920-1925*, University College Dublin Press, Dublín, 2004.

- Maurer, John (ed.), *Churchill and Strategic Dilemmas before the World Wars. Essays in Honor of Michael I. Handel*, Frank Cass, Londres, 2003.
- , «Churchill's Naval Holiday: Arms Control and the Anglo-German Naval Race, 1912-1914», *Journal of Strategic Studies*, 15 (1992), pp. 102-127.
- McMenamin, Michael, y Curt J. Zoller, *Becoming Winston Churchill: The Untold Story of Young Winston and His American Mentor*, Greenwood World Publishing, Oxford/Westport, CT, 2007.
- Meacham, Jon, *Franklin and Winston: An Intimate Portrait of an Epic Friendship*, Random House, Nueva York, 2004.
- Moon, Penderel (ed.), *Wavell: The Viceroy's Journal*, Oxford University Press, Karachi, 1997.
- Moore, R. J., *Churchill, Cripps and India, 1939-1945*, Clarendon Press, Oxford, 1979.
- Moran, lord, *Churchill: The Struggle for Survival 1940-65*, Constable, Londres, 1966.
- Mukerjee, Madhusree, *Churchill's Secret War: The British Empire and the Forgotten Indian Famine of World War II*, Basic Books, Nueva York, 2010.
- Muller, James (ed.), *Churchill as Peacemaker*, Woodrow Wilson Center Press y Cambridge University Press, Cambridge, 1997.
- (ed.), *Churchill's «Iron Curtain» Speech Fifty Years Later*, University of Missouri Press, Columbia, 1999.
- Nel, Elizabeth, *Mr Churchill's Secretary*, Hodder & Stoughton, Londres, 1958.
- Orange, Vincent, *Dowding of Fighter Command: Victor of the Battle of Britain*, Grub Street, Londres, 2008.
- Overy, Richard, «German Air Strength 1933 to 1939: A Note», *Historical Journal*, 27 (1984), pp. 465-471.
- , «“The Weak Link?”: The Perception of the German Working Class by RAF Bomber Command, 1940-1945», *Labour History Review*, 77 (2012), pp. 11-34.
- Paterson, Tony, *Churchill: A Seat for Life*, David Winter, Dundee, 1980.
- Peden, G. C., *Keynes and His Critics: Treasury Responses to the Keynesian Revolution 1925-1946*, Oxford University Press, Oxford, 2004.
- Ponting, Clive, *Churchill*, Sinclair-Stevenson, Londres, 1994.
- Pottle, Mark (ed.), *Champion Redoubtable: The Diaries and Letters of Violet Bonham Carter, 1914-1945*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1998.
- (ed.), *Daring to Hope: The Diaries and Letters of Violet Bonham Carter, 1946-1969*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 2000.
- Quinault, Roland, «Churchill and Black Africa», *History Today*, junio de 2005, pp. 31-36.
- Ramsden, John, *Man of the Century: Winston Churchill and His Legend since 1945*, HarperCollins, Londres, 2002.
- Reynolds, David, *In Command of History: Churchill Fighting and Writing the Second World War*, Allen Lane, Londres, 2004.
- , *Summits: Six Meetings That Shaped the Twentieth Century*, Allen Lane, Londres, 2007.
- , *From World War to Cold War: Churchill, Roosevelt, and the International History of the 1940s*, Oxford University Press, Oxford, 2006.
- Roberts, Andrew, *Eminent Churchillians*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1994.
- , *Masters and Commanders: How Four Titans Won the War in the West, 1941-1945*, Allen Lane, Londres, 2008.

- , «Churchill the Wartime Feminist», *Chartwell Bulletin*, 48 (2012), [www.winstonchurchill.org/publications/chartwell-bulletin/72-bulletin-48-jun-2012](http://www.winstonchurchill.org/publications/chartwell-bulletin/72-bulletin-48-jun-2012)
- Roberts, Brian, *Churchills in Africa*, Hamish Hamilton, Londres, 1970.
- Ruane, Kevin, *Churchill and the Bomb in War and Cold War*, Bloomsbury, Londres, 2016.
- Russell, Douglas S., *Winston Churchill: Soldier*, Conway, Londres, 2006, publicado por primera vez en 2005.
- Sand, G. (ed.), *Defending the West: the Truman-Churchill Correspondence, 1945-60*, Praeger, Westport, CT, 2004.
- Sandys, Celia, *Churchill Wanted Dead or Alive*, HarperCollins, Londres, 1999.
- Seldon, Anthony, *Churchill's Indian Summer*, Hodder & Stoughton, Londres, 1981.
- Sherwood, Robert E., *Roosevelt and Hopkins: An Intimate History*, Harper & Brothers, Nueva York, 1948.
- Smith, Justin Davis, *The Attlee and Churchill Administrations and Industrial Unrest, 1945-1955*, Pinter, Londres, 1990.
- Soames, Mary, *Clementine Churchill*, Cassell, Londres, 1979.
- (ed.), *Speaking for Themselves: The Personal Letters of Winston and Clementine Churchill*, Doubleday, Londres, 1998.
- , *A Daughter's Tale*, Doubleday, Londres, 2011.
- Stafford, David, *Roosevelt & Churchill: Men of Secrets*, Overlook Press, Nueva York, 2000.
- Stewart, Graham, *Burying Caesar: Churchill, Chamberlain and the Battle for the Tory Party*, Phoenix, Londres, 2000.
- Thorne, Christopher, *Allies of a Kind: The United States, Britain and the War against Japan, 1941-1945*, Hamish Hamilton, Londres, 1978.
- Toye, Richard, *Lloyd George & Churchill; Rivals for Greatness*, Macmillan, Londres, 2007.
- , *Churchill's Empire: The World That Made Him and the World He Made*, Macmillan, Londres, 2010.
- Trentmann, Frank, *Free Trade Nation: Commerce, Consumption, and Civil Society in Modern Britain*, Oxford University Press, Oxford, 2008.
- Venkataramani, M. S., y B. K. Shrivastava, *Roosevelt, Gandhi, Churchill: America and the Last Phase of India's Freedom Struggle*, Sangam Books, Londres, 1997, publicado por primera vez en 1983.
- Webster, Wendy, *Englishness and Empire, 1939-1965*, Oxford University Press, Oxford, 2005.
- White, Philip, *Churchill's Cold War: The Iron Curtain Speech That Shaped the Postwar World*, Duckworth, Londres, 2012.
- Woods, Frederick (ed.), *Young Winston's Wars: The Original Despatches of Winston S. Churchill, War Correspondent, 1897-1900*, Leo Cooper, Londres, 1972.
- Wrigley, Chris, *David Lloyd George and the British Labour Movement*, Harvester Press, Hassocks, 1976.
- , «Churchill and the Trade Unions», *Transactions of the Royal Historical Society*, 6.<sup>a</sup> serie, 11 (2001), pp. 273-293.
- , *Winston Churchill: A Biographical Companion*, ABC-Clío, Oxford, 2002.
- , *Churchill*, Haus, Londres, 2006.



Young, John, *Winston Churchill's Last Campaign: Britain and the Cold War 1951-1955*, Clarendon Press, Oxford, 1996.

Young, John, Effie Pedaliu y Michael Kandiah (eds.), *Britain in Global Politics*, vol. II: *From Churchill to Blair: Essays in Honour of Saki Dockrill*, Palgrave Macmillan, Londres, 2013.

# Notas

## INTRODUCCIÓN

[1] Aylmer Haldane, *A Soldier's Saga* (Edimburgo y Londres, William Blackwood & Sons, 1948), p. 131.

[2] Alex Danchev y Daniel Todman (eds.), *War Diaries, 1939-1945: Field Marshal Lord Alanbrooke* (Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2001), p. 590.

[3] «“Vote National, Not Party”», *The Times*, 5 de junio de 1945.

[4] Winston S. Churchill, *My Early Life: A Roving Commission* (Londres, Macmillan, 1941), publicado por primera vez en 1930, p. 385 [hay trad. cast.: *Mi juventud: autobiografía*, Granada, Almed, 2010].

[5] Robin Prior, *Churchill's «World Crisis» as History* (Londres, Croom Helm, 1983); John Ramsden, *Man of the Century: Winston Churchill and His Legend since 1945* (Londres, HarperCollins, 2002); David Reynolds, *In Command of History: Churchill Fighting and Writing the Second World War* (Londres, Allen Lane, 2004).

# CAPÍTULO 1: CHURCHILL: EL JOVEN ESTADISTA, 1901-1914

[1] Algunas de las más populares fueron *The Invasion of 1910* (1906) de William Le Queux; *El enigma de las arenas* (1903) de Erskine Childers; y *Los treinta y nueve escalones* (1915) de John Buchan.

[2] El 17.º lord Derby a Winston Churchill, 15 de agosto de 1911, CHAR 12/12/35 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/12/35>]; Jorge V a Winston Churchill, 16 de agosto de 1911, CHAR 12/12/37 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+12/12/37>].



[3] Memorando de Winston Churchill, «The timetable of a nightmare», 16 de abril de 1913, CHAR 13/22A/36-42 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+13/22A/36-42>].

[4] Winston Churchill a Ernest Fletcher, 14 de noviembre de 1902, CHAR 2/2/30-31  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/2/30-31>].

[5] Winston Churchill a lord Hugh Cecil (carta no enviada), 24 de octubre de 1903, CHAR 2/8/105-107 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/8/105-107>].

[6] Jennie Cornwallis-West a P. Smith, 27 de noviembre de 1903, CHAR 28/51/5  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+28/51/5>].

[7] Winston Churchill a Arthur Wilson Fox, 4 de enero de 1908, CHAR 2/33/1-2 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/33/1-2>]; Winston Churchill a Henry Herbert Asquith, 29 de diciembre de 1908, CHAR 2/36/50-51 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/36/50-51>].

[8] Winston Churchill a James Caird, 22 de septiembre de 1910, CHAR 2/44/28-32 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/44/28-32>]; Graham Wallace Carter a Winston Churchill, 25 de marzo de 1910, CHAR 2/44/49-64 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/44/49-64>]; Graham Wallace Carter a Winston Churchill, 11 de abril de 1910, CHAR 2/44/99 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/44/99>].

[9] Véase, por ejemplo, Hugh Franklin, «Why I struck at Mr Churchill», recorte de prensa de *Votes for Women*, 9 de diciembre de 1910, CHAR 12/3/49 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+12/3/49>].

[10] Véase, por ejemplo, Winston Churchill al Master de Elibank, 18 de diciembre de 1911, CHAR 2/53/83 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/53/83>].



[11] Christabel Pankhurst a C. P. Scott, 14 de julio de 1910, citado en P. F. Clarke, *Lancashire and the New Liberalism* (Cambridge, Cambridge University Press, 1971), p. 121.

[12] Clarke, *Lancashire and the New Liberalism*, p. 121.

[13] Winston Churchill a Henry Brailsford, 19 de abril de 1910, CHAR 2/47/61  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/47/61>].

[14] Winston Churchill al Master de Elibank, 18 de diciembre de 1911, CHAR 2/53/83 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/53/83>]; Winston Churchill a Henry Herbert Asquith, 21 de diciembre de 1911, CHAR 13/5/1-4 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+13/5/1-4>].

[15] British Pathé, *Sidney Street Siege*, noticiario cinematográfico, <http://www.britishpathe.com/record.php?id=84933>; sobre la versión de Churchill del asedio, véase Winston Churchill a Henry Herbert Asquith, 3 de enero de 1911, CHAR 2/51/2-3 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/51/2-3>].

[16] Winston Churchill, discurso en Glasgow el 9 de febrero de 1912, citado en Randolph Churchill, *Winston S. Churchill*, vol. II: *Young Statesman 1901-1914* (1967), p. 563.

[17] Memorando de Winston Churchill, 15 de febrero de 1912, CHAR 13/8/75 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+13/8/75>]; sobre la política de retirada de los buques británicos del Mediterráneo, véase Winston Churchill a lord Roberts, 12 de julio de 1912, CHAR 13/9/133 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+13/9/133>].

[18] John Seely a Winston Churchill, 12 de diciembre de 1913, CHAR 13/20/144  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+13/20/144>].



[19] David Thackeray, «Rethinking the Edwardian Crisis of Conservatism», *Historical Journal*, 54, 1 (2011), pp. 191-213, 207-208, <http://dx.doi.org/10.1017/S0018246X10000518>

[20] Winston Churchill a David Lloyd George, 26 de enero de 1914, CHAR 13/26/8  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+13/26/8>].

[21] Sobre las declaraciones de Churchill de que no eligió el Ulster Hall para desafiar a los unionistas, véase Winston Churchill al 6.º lord Londonderry, 27 de enero de 1912, CHAR 2/59/22 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/59/22>]. El Master de Elibank le pidió que no llevara a su esposa a Belfast; véase su carta a Churchill, 31 de enero de 1912, CHAR 2/56/22-23 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/56/22-23>].

## CAPÍTULO 2: CHURCHILL COMO PRIMER LORD DEL ALMIRANTAZGO, 23 DE OCTUBRE DE 1911-24 DE MAYO DE 1915

[1] M. Gilbert, «Preface», W. S. Churchill, *The World Crisis* [Abridged] (Nueva York, Free Press, 2005), p. xvi [hay trad. cast.: *La crisis mundial 1911-1918*, Barcelona, Debolsillo, 2013].

[2] R. K. Massie, *Dreadnought: Britain, Germany and the Coming of the Great War* (Londres, Jonathan Cape, 1992), Apéndice, pp. 909-910. Massie facilita un listado muy útil del tonelaje de desplazamiento y el tamaño del armamento principal de los acorazados.

[3] Massie, *Dreadnought*, Apéndice, pp. 909-910.

[4] Massie, *Dreadnought*, Apéndice, p. 911.

[5] «Draft Memorandum for Publication», 20 de septiembre de 1912, Almirantazgo (ADM) 116/3485/C430387, Archivos Nacionales.



[6] W. S. Churchill, *The World Crisis*, vol. 1 (Londres, Odhams Press, 1938), p. 24.

[7] Churchill, *The World Crisis*, vol. 1, p. 24.

[8] Churchill, *The World Crisis*, vol. 1, p. 25.

[9] Churchill, *The World Crisis*, vol. 1, p. 26.

[10] Churchill escribió a Asquith el 14 de marzo de 1908 sobre sus conversaciones anteriores acerca del Almirantazgo. El 10 de abril de 1908, Churchill escribió a Asquith aceptando el cargo de ministro de Economía. H. H. Asquith Papers, MS Asquith 11, fols. 10 y 59, Biblioteca Bodleiana, Universidad de Oxford. Véase también, R. S. Churchill, *Winston S. Churchill*, vol. II: *Young Statesman, 1901-1914* (Londres, William Heinemann, 1967), p. 241.

[11] Churchill, *The World Crisis*, vol. 1, p. 53.

[12] Winston Churchill a lord Fisher, 2 de noviembre de 1911, Lennoxlove Papers, R. S. Churchill, *Winston S. Churchill: Companion Volume II: Young Statesman, 1901-1914: Part 2: 1907-1911* (Londres, William Heinemann, 1967), p. 1318; lord Fisher a Winston Churchill, 2 de noviembre de 1911, CHAR 13/2/6-9 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+13/2/6-9>]; lord Fisher a Winston Churchill, 4 de noviembre de 1911, CHAR 13/2/13-15 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+13/2/13-15>].

[13] P. Addison, «Churchill», *Oxford Dictionary of National Biography* (Oxford, Oxford University Press, 2004), <http://dx.doi.org/10.1093/ref:odnb/32413>. Véase también, R. S. Churchill, *Winston S. Churchill*, vol. II, p. 563.



[14] Winston Churchill, memorando a sus colegas de Gabinete, 13 de febrero de 1912, R. S. Churchill, *Winston S. Churchill: Companion Volume II: Young Statesman, 1901-1914: Part 3: 1911-1914* (Londres, William Heinemann, 1967), p. 1517, CHAR 13/17/3-4 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+13/17/3-4>].

[15] Churchill, *The World Crisis*, vol. 1, p. 83.

[16] Churchill, *The World Crisis*, vol. 1, p. 87.

[17] Winston Churchill a Herbert Asquith, 14 de abril de 1912, CHAR 13/5/18-22  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+13/5/18-22>].

[18] Winston Churchill a Herbert Asquith, 14 de abril de 1912, ADM 116/3485/C430387, Archivos Nacionales; véase también R. S. Churchill, *Winston S. Churchill: Companion Volume II: Part 3*, pp. 1538-1540.

[19] Winston Churchill a Herbert Asquith, 14 de abril de 1912, R. S. Churchill, *Winston S. Churchill: Companion Volume II: Part 3*, p. 1539, CHAR 13/5/18-22 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+13/5/18-22>].

[20] Winston Churchill a Herbert Asquith, 14 de abril de 1912, R. S. Churchill, *Winston S. Churchill: Companion Volume II: Part 3*, p. 1539, CHAR 13/5/18-22 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+13/5/18-22>].

[21] Arthur Balfour a Winston Churchill, 22 de marzo de 1912, R. S. Churchill, *Winston S. Churchill: Companion Volume II: Part 3*, pp. 1530-1531, CHAR 2/56/74-75 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/56/74-75>].



[22] Winston Churchill a David Lloyd George, 8 de diciembre de 1912, CHAR 13/13/154-159 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+13/13/154-159>].

[23] David Lloyd George a Winston Churchill, 27 de enero de 1914, Lloyd George Papers, R. S. Churchill, *Winston S. Churchill: Companion Volume II: Part 3*, p. 1856.

[24] J. H. Maurer, «Churchill's Naval Holiday: Arms Control and the Anglo-German Naval Race, 1912-1914», *Journal of Strategic Studies*, 15, n.° 1 (1992), p. 105.

[25] Maurer, «Churchill's Naval Holiday», p. 110.

[26] Winston Churchill a Clementine Churchill, 2 de agosto de 1914, CSC Papers, R. S. Churchill, *Winston S. Churchill: Companion Volume II: Part 3*, p. 1997.

[27] El Almirantazgo a los buques de Su Majestad y estamentos navales, 11 p. m., 4 de agosto de 1914, R. S. Churchill, *Winston S. Churchill: Companion Volume II: Part 3*, p. 1999, CHAR 13/36/42 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+13/36/42>].

[28] Las opiniones de Fisher incluían consejos a Churchill, 3 de enero de 1915, M. Gilbert, *Winston S. Churchill: Companion Volume III: The Challenge of War, 1914-1916: Part 1: August 1914-April 1915* (Londres, William Heinemann, 1972), pp. 367-368, CHAR 13/57/37-38 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+13/57/37-38>]. El vicealmirante Carden respondió a los informes del Departamento de Inteligencia Naval con consejos a Churchill, 11 de enero de 1915, Gilbert, *Winston S. Churchill: Companion Volume III: Part 1*, pp. 405-406, CHAR 13/65/5-7 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+13/65/5-7>]. Reunión del Consejo de Guerra, 13 de enero de 1915, Gilbert, *Winston S. Churchill: Companion Volume III: Part 1*, pp. 407-411. Sir Henry Jackson estaba de acuerdo con las propuestas de Carden sobre los Dardanelos en un memorando enviado al vicealmirante Oliver, 15 de enero de 1915, Gilbert, *Winston S. Churchill: Companion Volume III: Part 1*, pp. 419-421, CHAR 2/82/1 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/82/1>].

[29] Addison, «Churchill».



[30] Winston S. Churchill al primer ministro Asquith, 22 de junio de 1916, M. Gilbert, *Winston S. Churchill: Companion Volume III: The Challenge of War, 1914-1916: Part 2: May 1915-December 1916* (Londres, William Heinemann, 1972), p. 1520, CHAR 2/74/8 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/74/8>].

[31] M. Gilbert, *Winston S. Churchill: Volume III: The Challenge of War, 1914-1916* (Londres, William Heinemann, 1971), p. 200, nota a pie de página.

[32] Gilbert, *Winston S. Churchill: Volume III*, p. 473. Correspondencia entre Clementine Churchill y Winston Churchill durante el período que este pasó en el Frente Occidental, enero-marzo de 1916, CHAR 1/118B/ 100-102 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+1/118B/100-102>]yCHAR 1/118B/78-79 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+1/118B/78-79>].

[33] Gilbert, *Winston S. Churchill: Companion Volume III: Part 2*, p. 921.

## CAPÍTULO 3: CHURCHILL COMO MINISTRO DE ECONOMÍA (1924-1929) Y EL RETORNO AL PATRÓN ORO

[1] Winston Churchill a sir Alan Burgoyne, 4 de noviembre de 1924, CHAR 2/136/4 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/136/4>]; véase también Winston Churchill a James Erskine, 5 de noviembre de 1924, CHAR 2/136/6 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/136/6>].

[2] Winston Churchill a W. Bernau, 8 de noviembre de 1924, CHAR 28/144B/238 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+28/144B/238>]; W. Bernau a Winston Churchill, 11 de noviembre de 1924, CHAR 28/144B/237 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+28/144B/237>].

[3] W. Bernau a Winston Churchill, 11 de octubre de 1929, CHAR 28/145/8-9  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+28/145/8-9>].

[4] Ranald Michie, «The City of London and the British Government: The Changing Relationship», en Ranald Michie y Philip Williamson (eds.), *The British Government and the City of London in the Twentieth Century* (Cambridge, Cambridge University Press, 2011), p. 34; Martin Daunton, «Churchill at the Treasury: Remaking Conservative Taxation Policy 1924-1929», *Revue belge de philologie et d'histoire*, 75, 4 (1997), p. 1063.



[5] Winston Churchill a sir Otto Niemeyer, 22 de febrero de 1925, CHAR18/12A/96-99  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/12A/96-99>].

[6] Winston Churchill a sir Otto Niemeyer, 25 de noviembre de 1924, CHAR 18/3/19-20 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/3/19-20>]; Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. V: *The Prophet of Truth: 1922-1939* (Londres, William Heinemann, 1976), p. 68, nota.

[7] Winston Churchill a sir Otto Niemeyer, 2 de enero de 1925, CHAR 18/12A/8  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/12A/8>].

[8] Winston Churchill a Stanley Baldwin, 13 de diciembre de 1924, CHAR 18/2/62-71  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/2/62-71>].

[9] Winston Churchill a sir Otto Niemeyer, 22 de febrero de 1925, CHAR 18/12A/96-99  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/12A/96-99>].

[10] Citado en Robert Boyce, «Government-City of London relations under the gold standard 1925-31», en Michie y Williamson (eds.), *The British Government*, pp. 217-218; Paul Addison, *Churchill on the Home Front 1900-1955* (Londres, Jonathan Cape, 1992), capítulo 7, especialmente pp. 246-248.

[11] En el caso de Gran Bretaña, 3/17/10¼ libras por onza, devolviendo la paridad con el dólar de antes de la guerra de 1 libra esterlina = 4,86 dólares.

[12] Gustav Cassel, «The Restoration of Gold Standard», *Economica*, 9 (1923), pp. 173-174.



[13] *House of Commons Debates*, 5.<sup>a</sup> ser., vol. 183, col. 671, 4 de mayo de 1925.

[14] Winston Churchill al rey Jorge V, 23 de abril de 1925, CHAR 18/7/150-164  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/7/150-164>].

[15] Winston Churchill, notas del discurso sobre el proyecto de Ley del Patrón Oro, 2.<sup>a</sup> lectura, 4 de mayo de 1925, CHAR 9/71/62-93 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+9/71/62-93>]. El texto completo se encuentra en *House of Commons Debates*, 5.<sup>a</sup> ser., vol. 183, cols. 663-681, <http://hansard.millbanksystems.com/commons/1925/may/04/gold-standard-bill>

[16] Winston Churchill, notas del discurso sobre el subsidio al carbón, 6 de agosto de 1925, CHAR 9/72A/41-60 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+9/72A/41-60>]. El texto completo se encuentra en *House of Commons Debates*, 5.<sup>a</sup> ser., vol. 187, col. 1684, <http://hansard.millbanksystems.com/commons/1925/aug/06/coal-mining-industry-subvention>

[17] CHAR 9/72A/62-7: «Appropriations Bill (Gold Standard)», notas del discurso, 6 de agosto de 1925.

[18] CHAR 18/12B/219: WSC a Niemeyer, 2 de agosto de 1925.

[19] «Anglo-American Relations», diciembre de 1925, CHAR 2/144/1-25  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/144/1-25>].

[20] Winston Churchill a Stanley Baldwin, 13 de diciembre de 1924, CHAR 18/2/62-71  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/2/62-71>].



[21] Véase CHAR 22/44 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/44>], CHAR22/46 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/46>] y CHAR 22/232 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/232>].

[22] Véase CHAR 22/97 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/97>].

[23] Winston Churchill a sir Warren Fisher, 13 de febrero de 1929, CHAR 18/103/10  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/103/10>].

[24] Conclusiones del Gabinete, CC(17)29.1, 17 de abril de 1929, CHAR 22/238/18-41  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/238/18-41>].

[25] Sir Horace Hamilton a sir Warren Fisher, 16 de octubre de 1928, CHAR 18/106/14-15  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/106/14-15>].

[26] Véase CHAR 22/62-64 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/62-64>].

[27] Nota de Winston Churchill (31 de marzo de 1929), al pie de Frederick Leith-Ross a sir Richard Hopkins y Donald Ferguson, 28 de marzo de 1929, CHAR 18/100/137-138 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/100/137-138>].

[28] Los siguientes documentos se centran en el desarrollo de este plan: CHAR 18/64-65 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/64-65>], CHAR 18/85-93 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/85-93>], con documentación adicional relevante en CHAR 18/73 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/73>], CHAR 9/84 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+9/84>], CHAR 9/86 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+9/86>] y CHAR 7/106B [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+7/106B>]. Fue financiado en parte con un impuesto sobre el petróleo aprobado en 1928 (véase CHAR 18/66 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/66>] y CHAR 18/94-95 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/94-95>]).



[29] Véase CHAR 18/105 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/105>].

[30] Winston Churchill a lord Salisbury, 9 de diciembre de 1924, CHAR 18/2/43-45  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/2/43-45>].

[31] Winston Churchill al rey Jorge V, 23 de abril de 1925, CHAR 18/7/150-164  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/7/150-164>].

[32] Winston Churchill a Stanley Baldwin, 28 de noviembre de 1924, CHAR 18/7/89-94 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/7/89-94>]; Daunton, «Churchill at the Treasury», pp. 1065 y ss.

[33] Se puede encontrar documentación sobre este plan en CHAR 18/19 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/19>], complementada en CHAR 18/12 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/12>]. La correspondencia de Churchill con Chamberlain sobre este tema se encuentra en CHAR 22/34 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/34>] y el informe del Departamento de Servicios Actuariales sobre sus implicaciones en CHAR 22/35 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/35>](véasetambién CHAR 22/39 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/39>]). Sobre la concesión de esta prestación al pequeño estado descentralizado de Irlanda del Norte, véase CHAR 22/75 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/75>].

[34] Winston Churchill al rey Jorge V, 23 de abril de 1925, CHAR 18/7/150-164  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/7/150-164>].

[35] Winston Churchill a sir Otto Niemeyer, 26 de noviembre de 1924, CHAR 18/3/25  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/3/25>].

[36] Winston Churchill a sir Otto Niemeyer, 28 de octubre de 1926, CHAR18/30B/309-314  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/30B/309-314>].



[37] Winston Churchill a sir Richard Hopkins, 7 de marzo de 1926, CHAR18/30A/129-130  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/30A/129-130>].

[38] Winston Churchill a Stanley Baldwin, 29 de enero de 1928, CHAR 18/77/2-4  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/77/2-4>].

[39] Véase CHAR 22/65-69 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/65-69>], CHAR 22/172-176 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/172-176>]. Este tema predomina en varios de los documentos del Tesoro (CHAR 18/4-6 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/4-6>], CHAR 18/14 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/14>], CHAR 18/32-33 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/32-33>]), con material adicional en CHAR 22/30 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/30>], CHAR 22/136 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/136>], CHAR 22/138 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/138>], CHAR 22/166 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/166>], CHAR 22/198 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/198>], CHAR 22/209 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/209>], CHAR 22/236 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/236>], CHAR 18/44-46 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/44-46>] y CHAR 18/48-49 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/48-49>].

[40] Winston Churchill a Samuel Hoare, 12 de diciembre de 1924, CHAR 18/2/60-61 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/2/60-61>]. Los debates sobre los progresos de la base se encuentran en CHAR 22/22 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/22>], CHAR 22/66 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/66>], CHAR 22/161 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/161>], CHAR 22/210 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/210>] y CHAR 22/213 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/213>].

[41] Winston Churchill a W. C. Bridgeman, 14 de febrero de 1929, CHAR18/102/23-24 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/102/23-24>];sirOtto Niemeyer a Winston Churchill, 25 de noviembre de 1924, CHAR 18/7/79 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/7/79>].

[42] Se puede constatar la susceptibilidad ante los llamamientos a favor del proteccionismo en CHAR 18/78 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/78>], una respuesta a la petición del diputado *tory* Henry Page-Croft, del ala derechista, de una mayor protección.

[43] Correspondencia relevante con el ministro de Comercio Philip Cunliffe-Lister en CHAR 22/28-29 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/28-29>], CHAR22/40 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/40>], CHAR 22/42 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/42>], CHAR 22/44 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/44>], CHAR 22/46 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/46>], CHAR 22/92 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/92>], CHAR 22/155 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/155>], CHAR22/157 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/157>], CHAR 22/196-199 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/196-199>], CHAR22/236 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/236>], CHAR 22/238 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/238>], CHAR18/ 10 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/10>] y CHAR 18/30 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/30>].

[44] Sir Horace Hamilton a P. J. Grigg, 13 de abril de 1929, CHAR 18/100/186-187  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/100/186-187>].



[45] Winston Churchill a sir Horace Hamilton, 16 de noviembre de 1924, CHAR18/7/64-66 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/7/64-66>].

[46] En CHAR 18/20 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/20>]yCHAR 22/38 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/38>].

[47] La correspondencia y los memorandos sobre la aplicación y los efectos del impuesto sobre las apuestas desde el 1 de noviembre de 1926 se encuentran en CHAR 18/36-38 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/36-38>], CHAR 18/50-60 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/50-60>], CHAR 18/79-80 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/79-80>], CHAR 18/104 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/104>] y CHAR 22/89 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/89>].

[48] Véase CHAR 18/39 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/39>]yCHAR 18/84 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/84>].

[49] Documentos de referencia y notas del discurso del 16 de marzo de 1928, CHAR 9/83A/18 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+9/83A/18>], CHAR 9/83A/19 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+9/83A/19>], CHAR 9/83A/20-27 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+9/83A/20-27>]. El texto completo se encuentra en *House of Commons Debates*, 5.<sup>a</sup> ser., vol. 214, cols. 2347-2355 [<http://hansard.millbanksystems.com/commons/1928/mar/16/racecourse-betting-bill>]. Véase también CHAR 18/59 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/59>], CHAR 18/81-83 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/81-83>], CHAR 22/221 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/221>] y lord Hamilton de Dalzell a Winston Churchill, CHAR 2/158/115 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/158/115>].

[50] Pembroke Wicks a J. C. C. Davidson (presidente del Partido Conservador), 12 de octubre de 1926, CHAR 18/37/28 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/37/28>]; sir Horace Hamilton a sir John Anderson, 13 de noviembre de 1926, CHAR 18/37/41-42 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/37/41-42>].

[51] Harold Macmillan a Winston Churchill, 8 de abril de 1929, CHAR 18/101/42-43  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/101/42-43>].

[52] Stanley Baldwin a Winston Churchill, 16 de abril de 1929, CHAR 18/101/55  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/101/55>].



[53] Harold Macmillan a Winston Churchill, 27 de marzo de 1929, CHAR 18/101/34-41  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/101/34-41>].

[54] Winston Churchill a sir Warren Fisher, 14 de septiembre de 1928, CHAR 18/75/176-177 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/75/176-177>]; Winston Churchill a sir Warren Fisher, 28 de marzo de 1926, CHAR 18/30B/188-191 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/30B/188-191>].

[55] Winston Churchill a sir Richard Hopkins, 22 de julio de 1928, CHAR 18/75/134-137  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/75/134-137>].

[56] «The movement of wages and cost of living 1924-9», 12 de abril de 1929, CHAR 18/100/177 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/100/177>].

[57] Sir Richard Hopkins a P. J. Grigg, 18 de marzo de 1929, CHAR 18/100/89-98  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/100/89-98>].

[58] Winston Churchill a Stanley Baldwin, 6 de junio de 1927, CHAR 18/64/3-13 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/64/3-13>]; véase también CHAR 18/62-63 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/62-63>].

[59] Winston Churchill a sir Warren Fisher, 14 de septiembre de 1928, CHAR 22/155  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/75/167-173>].

[60] Véase CHAR 22/155 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/155>], CHAR 22/182 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/182>], CHAR 22/205 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/205>], CHAR 22/208 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/208>]y CHAR 22/213 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/213>].



[61] Winston Churchill, «The Gold Standard», 10 de febrero de 1926, CHAR 22/87/46 [http://www.churchillarchive.com/explore/page?context Id=CHAR+22/87/46](http://www.churchillarchive.com/explore/page?context%20Id=CHAR+22/87/46)]: CP55(26). Artículo de Cassel en el *Times Annual Financial and Commercial Review* (9 de febrero de 1926), en pp. 6-9.

[62] *House of Commons Debates*, 5.<sup>a</sup> ser., vol. 256, cols. 701-703, 15 de septiembre de 1931, <http://hansard.millbanksystems.com/commons/1931/sep/15/standard-rate-of-tax-for-1931-2-and>

[63] Winston Churchill a Lawrence Sloan, 11 de enero de 1932, CHAR 1/401B/279 [[http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId= CHAR+1/40 1B/279](http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+1/401B/279)]. Véase también CHAR 2/186 [[http://www.churchillarchive.com/explore/page? contextId=CHAR+2/186](http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/186)].

## CAPÍTULO 4: CHURCHILL Y EL SINDICALISMO

[1] Comentario de «A Knight of the Blade» sobre la afiliación de Winston Churchill al Sindicato Unido de Obreros de la Construcción, s. f., pero 1928, CHAR1/201/67 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+1/201/67>].

[2] J. J. Riley, carta sobre las cualificaciones de Winston Churchill para afiliarse al Sindicato Unido de Obreros de la Construcción, 10 de octubre de 1928, CHAR 1/201/24-25 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+1/201/24-25>].

[3] Winston Churchill, *Savrola* (Londres, Beacon, 1957 [1900]), pp. 63 y 105.

[4] Winston Churchill, borrador de una carta al juez de instrucción sobre su actuación en Sidney Street, 10 de enero de 1911, CHAR 12/11/4-5 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+12/11/4-5>].

[5] Winston Churchill, *My Early Life: A Roving Commission* (Londres, Thornton Butterworth, 1930), capítulo 17 [hay trad. cast.: *Mi juventud: autobiografía*, Granada, Almed, 2010].



[6] Oldham, 29 de junio de 1899, en Robert Rhodes James (ed.), *Winston S. Churchill, His Complete Speeches, 1897-1963*, vol. 1 (Londres, Chelsea House/Nueva York, Bowker, 1974), p. 219; recorte del *Manchester Guardian*, sobre las elecciones parciales en Oldham, 1899, CHAR 2/1/18 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/1/18>].

[7] Glasgow, 11 de octubre de 1906, en Winston Churchill, *Liberalism and the Social Problem* (Londres, Hodder & Stoughton, 1909), p. 82.

[8] Comentarios sobre el memorando del Consejo Industrial de Mujeres, «The Case for and against a Legal Minimum Wage for Sweated Workers», CHAR 11/16/13-20 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+11/16/13-20>].

[9] Paul Addison, *Churchill on the Home Front* (Londres, Jonathan Cape, 1992), pp. 78-79.

[10] Sydney Buxton a Winston Churchill, sobre el desempleo, 30 de enero de 1909, CHAR 2/39/13 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/39/13>]; Winston Churchill, memorando sobre oficinas de empleo y seguro de desempleo, agosto de 1912, CHAR 2/57/35-41 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/57/35-41>]; informe del Comité de Bolsas de Trabajo, con una nota de Winston Churchill, 19 de abril de 1909, e informe complementario, CHAR 11/35/3 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+11/35/3>].

[11] Bentley B. Gilbert, *The Evolution of National Insurance* (Londres, Michael Joseph, 1966), pp. 37-38 y 260-262; Jose Harris, *Unemployment and Politics* (Oxford, Clarendon Press, 1972), pp. 276-295.

[12] Gilbert, *The Evolution*, pp. 266-286; Harris, *Unemployment*, pp. 295-334; Sydney Buxton a Winston Churchill, sobre el desempleo, 30 de enero de 1909, CHAR 2/39/13 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/39/13>].

[13] Edward Marsh a E. H. Kenney, con las opiniones de Churchill sobre el seguro de desempleo, 17 de septiembre de 1912, agosto de 1912, CHAR 2/57/49 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/57/49>].



[14] Conferencia en el Ministerio de Comercio, 4 de marzo de 1909, en Rhodes James, *Winston S. Churchill*, vol. 2, pp. 1181-1183; Chris Wrigley, «The government and industrial relations», en Chris Wrigley (ed.), *A History of British Industrial Relations 1875-1914* (Hassocks, Harvester Press, 1982), pp. 145-146.

[15] Recorte de prensa del *Manchester Courier* sobre el proyecto de Ley de Conflictos Laborales, 20 de enero de 1903, CHAR 2/5/6 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/5/6>].

[16] Addison, *Churchill on the Home Front*, p. 42; Chris Wrigley, «Churchill and the Trade Unions», *Transactions of the Royal Historical Society*, serie 6.<sup>a</sup>, vol. 11, 2001, pp. 273-293; Rhodes James, *Winston S. Churchill*, vol. 1, pp. 274-276.

[17] Wrigley, «Churchill and the Trade Unions», p. 278.

[18] Randolph S. Churchill, *Winston S. Churchill: Companion Volume II: Young Statesman, 1901-1914* (Londres, William Heinemann, 1967), pp. 373-378. General sir Nevil Macready, *Annals of an Active Life*, vol. 1 (Londres, Hutchinson, 1924), pp. 136-154.

[19] Addison, *Churchill on the Home Front*, p. 150.

[20] Chris Wrigley, *David Lloyd George and the British Labour Movement* (Hassocks, Harvester Press, 1976), pp. 219-222; Chris Wrigley, «The Ministry of Munitions: An Innovatory Department?», en K. Burk (ed.), *War and the State* (Londres, Allen y Unwin, 1982), pp. 32-56; lord Askwith, *Industrial Problems and Disputes* (Londres, John Murray, 1920), pp. 426-445.

[21] Winston Churchill y lord Curzon, correspondencia sobre el régimen antibolchevique del almirante Kolchak, 1 y 2 de mayo de 1919, CHAR 2/105/72 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/105/72>], CHAR2/105/73-74 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/105/73-74>].



[22] Winston Churchill al editor del *British Weekly* sobre la retirada de las tropas británicas de Rusia, 31 de enero de 1920, CHAR 2/110/6-15 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/110/6-15>]; Winston Churchill al Consejo Profesional de Leicester y Distrito sobre la retirada de las tropas británicas de Rusia y acciones bolcheviques fuera de Rusia, 5 de agosto de 1920, CHAR 2/110/67-68 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/110/67-68>].

[23] Chris Wrigley, *Arthur Henderson* (Cardiff, University of Wales Press, 1990), pp. 114-116.

[24] Actas de una reunión del Gabinete, 2 de febrero de 1920, K. Middlemas (ed.), *Thomas Jones: Whitehall Diary*, vol. 2 (Oxford, Clarendon Press, 1969), pp. 99-103.

[25] Winston Churchill a sir James Hawkey sobre la supuesta subversión en la huelga general, 16 de noviembre de 1926, CHAR 2/147/167-173 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/147/167-173>].

[26] Addison, *Churchill on the Home Front*, p. 268.

[27] Martin Gilbert, *Winston S. Churchill: Companion Volume IV: Part 1: January 1917- June 1919* (Londres, William Heinemann, 1977), p. 539.

[28] Resumen de comentarios en la prensa, incluida la opinión de Winston Churchill de que el Partido Laborista no era apto para gobernar, 27 de febrero de 1920, CHAR 2/110/19 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/110/19>]; Winston Churchill y Archibald Salvidge, correspondencia sobre un encuentro público acerca de los «peligros actuales del movimiento socialista», abril de 1924, CHAR 2/132/80 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/132/80>], CHAR 2/132/82 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/132/82>] y CHAR 2/132/83-85 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=char+2/132/83-85>].

[29] Winston Churchill, nota de prensa sobre la alternativa a un gobierno laborista, enero de 1924, CHAR 2/132/1-6 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/132/1-6>].



[30] A. H. Richards a Winston Churchill, mencionando a los que pretenden asistir a almuerzos del Consejo Antinazi (incluidas personalidades del Partido Laborista), 28 de marzo de 1939, CHAR 2/376/32 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/376/32>]y24 de julio de 1939, CHAR 2/376/66-69 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=char+2/376/66-69>].

[31] Discurso en el Free Trade Hall, Mánchester, 27 de enero de 1940, Martin Gilbert, *The Churchill War Papers: At the Admiralty: September 1939-May 1940*, vol. I (Londres, William Heinemann, 1993), p. 695.

[32] Alan Bullock, *The Life and Times of Ernest Bevin*, vol. 2 (Londres, Heinemann, 1967), p. 4.

[33] Churchill a Luke Fawcett, 4 de septiembre de 1941, Martin Gilbert, *The Churchill War Papers: The Ever-Widening War: 1941*, vol. 3 (Londres, William Heinemann, 2000), p. 1150.

[34] Rhodes James, *Winston S. Churchill*, vol. 7, p. 7172.

[35] Citado en Addison, *Churchill on the Home Front*, pp. 145-147.

[36] Citado en Wrigley, «Churchill and the Trade Unions», p. 287.

[37] *Conservative Party Conference Report 1947* (Londres, Conservative Party, 4 de octubre de 1947).



[38] Chris Wrigley, *British Trade Unions 1945-1995* (Mánchester, Manchester University Press, 1997), p. 44.

[39] *What the Conservatives Will Do* (breve declaración política sobre las elecciones generales de 1951), CHAR 2/123/44 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/123/44>].

[40] V. L. Allen, *Trade Unions and the Government* (Londres, Longman, 1960), pp. 34 y 304; Anthony Seldon, *Churchill's Indian Summer* (Londres, Hodder & Stoughton, 1981), pp. 29, 199 y 568-589; Justin Davis Smith, *The Attlee and Churchill Governments and Industrial Relations* (Londres, Pinter, 1990).

## CAPÍTULO 5: CHURCHILL Y LA HUELGA GENERAL

[1] *House of Commons Debates*, 5.<sup>a</sup> ser., vol. 199, cols. 212-224.

[2] *Report of the Twenty-Sixth Annual Conference of the Labour Party* (Londres, Partido Laborista, 1926), p. 94.

[3] Incluso con las reducciones de la posguerra, en 1925 todavía había unos 2.500 pozos cuya eficiencia variaba mucho.

[4] Notas confidenciales, c. 1911, CHAR 12/6/40-49  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+12/6/40-49>].

[5] Borrador de un artículo para *News of the World*, c. octubre de 1937, CHAR 8/567/1-19  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+8/567/1-19>].



[6] Citado en Paul Addison, *Churchill on the Home Front 1900-1955* (Londres, Pimlico, 1993), pp. 205, 213.

[7] «Supply and Transport Committee Report», 14 de julio de 1925, Archivos Nacionales, Kew, CAB 27/261, ST(24)5.

[8] Peter Catterall, capítulo 3 de este libro, [www.churchillarchive.com](http://www.churchillarchive.com).

[9] J. M. Keynes, «The Economic Consequences of Mr Churchill», *Essays in Persuasion* (Londres, Macmillan, 1931), pp. 244-270, [http://www.gutenberg.ca/ebooks/keynes-essaysinpersuasion/keynes-essaysinpersuasion-00-h.html#Footnote\\_24\\_24](http://www.gutenberg.ca/ebooks/keynes-essaysinpersuasion/keynes-essaysinpersuasion-00-h.html#Footnote_24_24) [consultado el 10 de agosto de 2015].

[10] *British Weekly*, 28 de febrero de 1924, 6 de marzo de 1924.

[11] No obstante, Churchill cambiaría de idea sobre asumir estos costes en las apuradas circunstancias de 1926 y la nacionalización de las regalías mineras no entró en vigor hasta 1938.

[12] Alan Bullock, *The Life and Times of Ernest Bevin*, vol. 1: *Trade Union Leader 1881-1940* (Londres, Heinemann, 1960), pp. 277-278.

[13] Winston Churchill a sir George Barstow, 20 de marzo de 1926, 18/30A-B/172  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/30A-B/172>].



[14] Walter Citrine, *Men and Work* (Londres, Hutchinson, 1964), p. 142.

[15] *House of Commons Debates*, 5.<sup>a</sup> ser., vol. 187, cols. 1677-1691. En 1926, el TUC recibió una oferta de dinero de Rusia y la rechazó. La MFGB, sin embargo, recibiría 1.233.788 libras esterlinas en donativos de sindicalistas rusos. Véase Daniel F. Calhoun, *The United Front: The TUC and the Russians 1923-1928* (Cambridge, Cambridge University Press, 2008), pp. 239-241, 250-252.

[16] Metropolitan Police Special Branch, «Report on Revolutionary Organisations in the United Kingdom», 15 de abril-12 de agosto de 1926, CHAR 22/148 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/148>].

[17] Borrador de un artículo para *News of the World*, c. octubre de 1937, CHAR 8/567/11  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+8/567/11>].

[18] Vizconde (Herbert) Samuel, *Memoirs* (Londres, Cresset Press, 1945), pp. 184-186; actas de la reunión con el TUC, 28 de abril de 1926, 6.40 de la tarde, Archivos Nacionales, CAB 27/317, RCC(26)24, p. 14; G. R. Lane-Fox, *Report of the Coal Commission*, 22 de junio de 1926, Archivos Nacionales, CP251(26), CHAR 22/96/117-122 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/96/117-122>].

[19] Thomas Jones, *Whitehall Diary*, vol. II: 1926-1930, ed. de Keith Middlemas (Londres, Oxford University Press, 1969), p. 18.

[20] Archivos Nacionales, CAB 27/317, RCC(26)11, RCC(26)14.

[21] Cuencas mineras como Nottinghamshire, Derbyshire y Warwickshire eran rentables y no se convocaron huelgas: «Misleading Statements as the Breakdown», memorando sin fecha, CHAR 22/141/51-53 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/141/51-53>].



[22] 26 de abril de 1926, Archivos Nacionales, CAB 27/317, RCC(26)17, pp. 3-4.

[23] Véase CHAR 22/141/60 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/141/60>] para una explicación simplificada.

[24] 28 de abril de 1926, 6.40 de la tarde, Archivos Nacionales, CAB 27/317, RCC(26)24, p. 1.

[25] 27 de abril de 1926, 6.55 de la tarde, Archivos Nacionales, CAB 27/317, RCC(26)22;  
28 de abril de 1926, 3.00 de la tarde, Archivos Nacionales, CAB 27/317, RCC(26)23,  
especialmente p. 58.

[26] Bullock, *The Life and Times of Ernest Bevin*, pp. 305-306.

[27] John Barnes y David Nicholson (eds.), *The Leo Amery Diaries*, vol. 1: 1896-1929 (Londres, Hutchinson, 1980), pp. 450-452; Stuart Ball (ed.), *Conservative Politics in National and Imperial Crisis: Letters from Britain to the Viceroy of India 1926-31* (Farnham, Ashgate, 2014), pp. 29-30; citado en Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. V: 1922-1939 (Londres, Heinemann, 1976), p. 150.

[28] Mensaje de Associated Press, abril de 1929, CHAR 2/164/11-12  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/164/11-12>].

[29] «Should we hang Mr Churchill or not?», *New Statesman*, 22 de mayo de 1926, pp. 132-133, CHAR 2/147/92-93 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/147/92-93>]; Winston Churchill a sir Douglas Hogg, 26 de mayo de 1926, CHAR 2/147/90-91 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/147/90-91>]; sir Douglas Hogg a Winston Churchill, 28 de mayo de 1926, CHAR 2/147/101 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/147/101>].



[30] Bullock, *The Life and Times of Ernest Bevin*, pp. 311-314; CHAR 2/164/26-27  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/164/26-27>].

[31] Notas de la reunión, 3 de mayo de 1926, CHAR 22/142/35  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/142/35>].

[32] Winston Churchill a Geoffrey Dawson, 8 de mayo de 1926, CHAR 22/143/10-12 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/143/10-12>]; Ball, *Conservative Politics*, p. 32; Barnes y Nicholson, *The Leo Amery Diaries*, pp. 453-454; «Copy of Report to the Cabinet re the “British Gazette”», 25 de mayo de 1926, CHAR 22/142/ 119-132 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/142/119-132>].

[33] Ball, *Conservative Politics*, p. 51.

[34] Ball, *Conservative Politics*, p. 39.

[35] STC 24th conclusions, 12 de mayo de 1926, Archivos Nacionales, CAB 27/260; Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. V, pp. 163-164.

[36] *British Gazette*, 11 de mayo de 1926, CHAR 2/148/1 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/148/1>]. Este archivo contiene una serie completa de números.

[37] W. R. Codling a E. H. Marsh, 1 de junio de 1926, CHAR 22/143/101  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/143/101>].



[38] Ball, *Conservative Politics*, p. 36; Samuel, *Memoirs*, pp. 187-191; Citrine, *Men and Work*, pp. 199-213; Bullock, *The Life and Times of Ernest Bevin*, p. 317.

[39] Winston Churchill a sir Warren Fisher, 22 de febrero de 1927, CHAR 18/68/13-14 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/68/13-14>]; Archivos Nacionales, CAB 27/325.

[40] Addison, *Churchill on the Home Front*, pp. 269-270.

[41] «The Coal Dispute», 15 de junio de 1926, CP 239(26), CHAR 22/96/53-54  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/96/53-54>].

[42] STC 30th conclusions, 30 de agosto de 1926, Archivos Nacionales, CAB 27/260, citando una carta de Williams a Lane-Fox, 29 de agosto de 1926.

[43] Philip Williamson y Edward Baldwin (eds.), *Baldwin Papers: A Conservative Statesman 1908-1947* (Cambridge, Cambridge University Press, 2009), p. 185.

[44] Arthur Cook, carta a Winston Churchill, 3 de septiembre de 1926, Winston Churchill, carta a Evan Williams, 8 de septiembre de 1926, Archivos Nacionales, CAB 27/319.

[45] Ball, *Conservative Politics*, pp. 89-90; Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. V, pp. 213-214.



[46] Addison, *Churchill on the Home Front*, p. 267.

[47] 8 de noviembre de 1926, Archivos Nacionales, CAB 27/319, RCC(26)87.

[48] Jones, *Whitehall Diary*, p. 36.

[49] *House of Commons Debates*, 5.<sup>a</sup> ser., vol. 183, cols. 671-672, 4 de mayo de 1925.

[50] Intervención en su circunscripción electoral el 1 de noviembre de 1926, Gilbert, *Winston S. Churchill*: vol. V, p. 216.

[51] H. G. Wells, *Meanwhile* (Londres, Doran, 1927), p. 106.

[52] Philip Williamson (ed.), *The Modernisation of Conservative Politics: The Diaries and Letters of William Bridgeman 1904-1935* (Londres, Historians' Press, 1988), p. 198. Véase también William Joynson-Hicks, «Russian Money», CP 236(26), 11 de junio de 1926, CHAR 22/96/4-15 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/96/4-15>].

[53] Winston Churchill a la marquesa de Londonderry, 3 de noviembre de 1926,  
CHAR18/28/106-108 [[http://www.churchillarchive.com/explore/page?  
contextId=CHAR+18/28/106-108](http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/28/106-108)].



[54] Intervención en su circunscripción electoral el 1 de noviembre de 1926, Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. V, p. 216; Ball, *Conservative Politics*, p. 104.

## CAPÍTULO 6: CHURCHILL Y EL PARTIDO CONSERVADOR

[1] Winston Churchill a lord Rosebery, 10 de octubre de 1902, en Randolph Churchill (ed.), *Winston S. Churchill: Companion: Volume II: Young Statesman 1901-1914, Part 1* (Londres, Heinemann, 1969), p. 168.

[2] Sobre los conservadores partidarios del libre comercio, véase Winston Churchill al duque de Devonshire, sin fecha pero c. junio de 1903, sin enviar, CHAR 2/11/41-42 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/11/41-42>].

[3] Sobre las críticas de Churchill a la reforma arancelaria, véase Winston Churchill al coronel J. Mitford, 9 de julio de 1903, CHAR 2/11/9-11 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/11/9-11>].

[4] Winston Churchill a lord Hugh Cecil, 24 de octubre de 1903, sin enviar, CHAR 2/8/105-106 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/8/105-106>].

[5] Para un ejemplo de la oposición conservadora a Churchill, véase lord Derby a David Lloyd George, 18 de agosto de 1916, en Martin Gilbert (ed.), *Winston S. Churchill: Volume 3 Companion, Part 2, Documents May 1915-December 1916* (Londres, Heinemann, 1972), p. 1545.

[6] Sir George Younger (presidente del Partido Conservador) a David Lloyd George, 8 de junio y 9 de junio de 1917, lord Curzon (líder del Partido Conservador en la Cámara de los Lores) a David Lloyd George, 8 de junio de 1917, en Martin Gilbert (ed.), *Winston S. Churchill: Companion, Volume IV, Part 1, Documents January 1917-June 1919* (Londres, Heinemann, 1977), pp. 70-72.

[7] Diario de Leo Amery, 18 de julio de 1917, en John Barnes y David Nicholson (eds.), *The Leo Amery Diaries*, vol. 1: 1896-1929 (Londres, Hutchinson, 1980), p. 164.



[8] Véase la carta de Churchill en *The Times*, 18 de enero de 1924.

[9] Sir Samuel Hoare a Winston Churchill, 17 de junio de 1924, CHAR 2/133/73  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/133/73>].

[10] Winston Churchill a Henry Page Croft, c. 25 de julio de 1928, CHAR 2/158/63-67  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/158/63-67>].

[11] Robert Rhodes James (ed.), *Memoirs of a Conservative: J. C. C. Davidson's Memoirs and Papers 1910-1937* (Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1969), pp. 213, 215, 309-310.

[12] Winston Churchill a Stanley Baldwin, 28 de noviembre de 1924, CHAR 18/7/89-94  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/7/89-94>].

[13] Winston Churchill a Stanley Baldwin, 6 de junio de 1927, CHAR 18/64/3-13  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+18/64/3-13>].

[14] Diario de Leo Amery, 26 de mayo de 1930, John Barnes y David Nicholson (eds.), *The Empire at Bay: The Leo Amery Diaries*, vol. 2: 1929-1945 (Londres, Hutchinson, 1988), p. 72.

[15] Winston Churchill a Stanley Baldwin, 16 de octubre de 1930, CHAR 2/572A-B/104-105 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/572A-B/104-105>].



[16] Winston Churchill a Stanley Baldwin, 24 de septiembre de 1930, CHAR 2/572A-B/84-5 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/572A-B/84-5>].

[17] Winston Churchill a lord Irwin (virrey de la India), 1 de enero de 1930, CHAR 2/572A-B/88-91 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/572A-B/88-91>].

[18] Winston Churchill a Stanley Baldwin, 27 de enero de 1931, CHAR 2/572A-B/76  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/572A-B/76>].

[19] Diario de Victor Cazalet, 19 de abril de 1933, en Robert Rhodes James, *Victor Cazalet* (Londres, Hamish Hamilton, 1976), p. 154.

[20] Winston Churchill a E. A. Fitzroy (presidente de la Cámara de los Comunes), 15 de abril de 1934, CHAR 2/213/66-70 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/213/66-70>]; Carl Bridge, «Churchill, Hoare, Derby, and the Committee of Privileges: April to June 1934», *Historical Journal*, 22 (1979), pp. 215-227.

[21] Sir Reginald Mitchell Banks a Winston Churchill, marzo de 1933, CHAR 2/192/125-126 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/192/125-126>].

[22] Winston Churchill a lord Rothermere, 6 de agosto de 1934, CHAR 2/228/19-22  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/228/19-22>].

[23] Winston Churchill a Stanley Baldwin, 7 de octubre de 1935, CHAR 2/237/102  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/237/102>].



[24] Winston Churchill, «The Abdication of King Edward VIII», diciembre de 1936, CHAR 2/264/16-26 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/264/16-26>]; diario de Leo Amery, 7 de diciembre de 1936, Barnes y Nicholson, *The Empire at Bay*, vol. 2, p. 432.

[25] Diario de Leo Amery, 10 de diciembre de 1936, Barnes y Nicholson, *The Empire at Bay*, vol. 2, p. 433; diario del conde Winterton, 12 de diciembre de 1936, en Earl Winterton, *Orders of the Day* (Londres, Cassell, 1953), p. 223.

[26] Diario de Anthony Crossley, 20 de septiembre de 1938, en Martin Gilbert (ed.), *Winston S. Churchill: Companion, Volume V Part 3, Documents: The Coming of War 1936-1939* (Londres, Heinemann, 1982), p. 1170.

[27] Colin Thornton-Kemsley, *Through Winds and Tides* (Montrose, Standard Press, 1974), pp. 93-97.

[28] Winston Churchill a Neville Chamberlain, 10 de mayo de 1940, CHAR 19/2C/298-299 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+19/2C/298-299>].

[29] Winston Churchill, notas del discurso, reunión del Partido Conservador, Caxton Hall, Westminster, 9 de octubre de 1940, CHAR 9/145/1-6 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+9/145/1-6>].

[30] Winston Churchill a lord Hinchingsbrooke, 28 de marzo de 1943, CHAR 2/480/10  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/480/10>].

[31] Existen copias de los informes semanales de George Harvie-Watt, el secretario parlamentario privado de Churchill entre 1941 y 1945, en los Harvie-Watt MSS del Churchill College Archives Centre, Universidad de Cambridge, HARV/1/1 a HARV/5/1; para una descripción de su relación, véase G. S. Harvie-Watt, *Most of My Life* (Londres, Springwood Books, 1980).



[32] Winston Churchill a sir Kingsley Wood, nombrándolo presidente del Departamento de Investigación del Partido Conservador, 31 de octubre de 1940, CHAR 2/402/25 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/402/25>].

[33] Los comentarios de Assheton pertenecen a una entrevista con Percy Cohen, un funcionario con un largo servicio en la Oficina Central, en su historia inédita sobre la organización del partido, «Disraeli's Child», p. 567, Archivo del Partido Conservador, Biblioteca Bodleiana, CRD/731.

[34] Richard Toye, «Winston Churchill's "Crazy Broadcast": Party, Nation, and the 1945 Gestapo Speech», *Journal of British Studies*, 49 (2010), pp. 655-680.

[35] Notas del discurso para la Conferencia Anual del Partido Conservador, Blackpool, 5 de octubre de 1946, CHUR 5/9A-E/136-199 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/9A-E/136-199>], cita en CHUR 5/9A-E/139 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/9A-E/139>], y véase también la definición de los objetivos, CHUR 5/9A-E/186-197 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/9A-E/186-197>].

[36] Reginald Maudling, *Memoirs* (Londres, Sidgwick & Jackson, 1978), pp. 45-46.

[37] «Statement of General Principles», 24 de julio de 1950, CHUR 2/105/2-9  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/105/2-9>].

[38] Ina Zweiniger-Bargielowska, «Rationing, Austerity, and the Conservative Party Recovery after 1945», *Historical Journal*, 37 (1994), pp. 173-197.

## CAPÍTULO 7: CHURCHILL Y LAS MUJERES

[1] Andrew Roberts, «Churchill the Wartime Feminist», *Chartwell Bulletin*, n.º 48, junio de 2012, [www.winstonchurchill.org/publications/chartwell-bulletin/72-bulletin-48-jun-2012](http://www.winstonchurchill.org/publications/chartwell-bulletin/72-bulletin-48-jun-2012)



[2] Winston Churchill, *My Early Life* (Londres, Macmillan, 1944), p. 19 [hay trad. cast.: *Mi juventud: autobiografía*, Granada, Almed, 2010].

[3] La señora Everest a Winston Churchill, 2 de octubre de 1891, CHAR 1/4/14  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+1/4/14>].

[4] Winston Churchill a lady Randolph, 29 de octubre de 1893, CHAR 28/19/24-27  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+28/19/24-27>].

[5] Churchill, *My Early Life*, p. 76.

[6] Véase, por ejemplo, Winston Churchill a lady Randolph, 18 de noviembre de 1896, CHAR 28/22/26-27 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+28/22/26-27>].

[7] Churchill, *My Early Life*, p. 167.

[8] Natalie Adams, «“An Ardent Ally”: Lady Randolph and Winston’s Political Career», *Finest Hour*, 98 (primavera de 1998), pp. 14-16.

[9] Mary Soames, *Clementine Churchill* (Londres, Cassell, 1979), p. 236.



[10] Soames, *Clementine Churchill*, p. 180.

[11] Véase, por ejemplo, Clementine Churchill a Winston Churchill, 14 de abril de 1916, CHAR 1/118A/136-138 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+1/118A/136-138>].

[12] Soames, *Clementine Churchill*, p. 257.

[13] Winston Churchill a Clementine Churchill, 21 de enero de 1935, CHAR 1/273/14-18 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+1/273/14-18>]; Winston Churchill a Clementine Churchill, 13 de abril de 1935, CHAR 1/273/139-145 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+1/273/139-145>].

[14] Mary Soames (ed.), *Speaking for Themselves: The Personal Letters of Winston and Clementine Churchill* (Londres, Doubleday, 1998), p. 454.

[15] Violet Bonham Carter, *Winston Churchill as I Knew Him* (Londres, Eyre and Spottiswoode, 1965), p. 148.

[16] Clare Sheridan a Winston Churchill, 23 de enero de 1921, CHAR 1/138/5-6  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+1/138/5-6>]; Winston  
Churchill a Clare Sheridan, 12 de noviembre de 1942, CHAR 1/368/43  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+1/368/43>].

[17] «1911 England Census», <http://www.ancestry.co.uk>



[18] Martin Gilbert, *In Search of Churchill* (Londres, HarperCollins, 1994), p. 154.

[19] Peter Clarke, *Mr Churchill's Profession* (Londres, Bloomsbury, 2012), p. 131.

[20] Clarke, *Mr Churchill's Profession*, p. 159.

[21] Winston Churchill, carta de recomendación para Grace Hamblin, 20 de septiembre de 1937, CHAR 1/300/16 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+1/300/16>].

[22] Elizabeth Nel, *Mr Churchill's Secretary* (Londres, Hodder & Stoughton, 1958), p. 32.

[23] Martin Gilbert, *Churchill's Political Philosophy* (Oxford, Oxford University Press, 1981), p. 1.

[24] Randolph Churchill, *Winston S. Churchill*, vol. I: *Youth: 1874-1900* (Londres, William Heinemann, 1966), p. 337.

[25] Winston Churchill al Master de Elibank, 18 de diciembre de 1911, CHAR 2/53/83  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/53/83>].



[26] Paul Addison, *Churchill on the Home Front* (Londres, Jonathan Cape, 1992), p. 161.

[27] Addison, *Churchill on the Home Front*, p. 130.

[28] Brian Harrison, *Separate Spheres: The Opposition to Women's Suffrage in Britain* (Londres, Croom Helm, 1978), pp. 52-53.

[29] H. N. Brailsford a Winston Churchill, 12 de julio de 1910, CHAR 2/47/23  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/47/23>].

[30] Winston Churchill a sir Edward Henry, 22 de noviembre de 1910, CHAR 12/3/43  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+12/3/43>].

[31] Martin Gilbert (ed.), *Winston S. Churchill: Companion Volume IV: January 1917-June 1919* (Londres, William Heinemann, 1977), p. 402.

[32] Winston Churchill, «Extending Female Suffrage», memorando del Gabinete, 8 de marzo de 1927, CHAR 22/155/119 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+22/155/119>].

[33] Addison, *Churchill on the Home Front*, p. 313.



[34] Richard Langworth, *Churchill by Himself* (Londres, Ebury Press, 2008), p. 320

[35] Winston Churchill a Franklin D. Roosevelt, 1 de noviembre de 1942, CHAR 20/82/11-12 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/82/11-12>].

[36] Winston S. Churchill, *Onwards to Victory* (Londres, Cassell, 1944), p. 224.

[37] Winston Churchill al ministro de la Guerra, 18 de octubre de 1941 y 29 de octubre de 1941, CHAR 20/36/10 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/36/10>].

[38] Winston Churchill, «Man-power», nota del primer ministro, 5 de julio de 1945, CHAR 20/232/10 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/232/10>].

[39] *Economist*, 8 de abril de 1944, p. 458.

[40] John Colville, *The Churchillians* (Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1981), p. 123.

## CAPÍTULO 8: CHURCHILL Y EL IMPERIO

[1] Lord Randolph Churchill a Winston Churchill, 27 de junio de 1891, CHAR 1/2/58-59  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+1/2/58-59>].



[2] Winston Churchill a lady Randolph Churchill, 6 de abril de 1897, CHAR 28/23/31-33A  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+28/23/31-33A>].

[3] Winston Churchill a Frances, duquesa de Marlborough, 25 de octubre de 1897, CV I, parte 2, p. 810 (CV: una serie de publicaciones documentales complementarias a la biografía oficial de sir Winston Churchill, que figuran en la bibliografía).

[4] Manuscrito de *The Story of the Malakand Field Force*, CHAR 8/3/2.29 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+8/3/2.29>], f. 23. Piers Brendon llamó la atención sobre este aspecto en *The Decline of the British Empire, 1781-1997* (Londres, Jonathan Cape, 2007), p. 205.

[5] Winston Churchill a lady Randolph Churchill, 10 de agosto de 1898, CV I, parte 2, p. 963, CHAR 28/25/31 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+28/25/31>].

[6] Winston Churchill, «Our account with the Boers», s. f. pero 1896-1897, CHAR 1/19/1-21 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+1/19/1-21>].

[7] Jack Churchill a lady Randolph Churchill, 3 de abril de 1900, CHAR 28/32/1  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+28/32/1>].

[8] Winston Churchill a J. Moore Bayley, 23 de diciembre de 1901, CHAR 28/115/29-31  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+28/115/29-31>].

[9] Winston Churchill a Lloyd George, 31 agosto de 1920 (no enviado), CV IV, parte 2, p. 1199.



[10] Winston Churchill, borrador de las memorias, CV V, parte 1, p. 1431.

[11] Notas del discurso para el debate sobre la India, 30 de marzo de 1943, CHAR 9/191A/1-12 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+9/191A/1-12>], f. 10.

[12] Discurso del 10 de noviembre de 1942, CHAR 9/158/56-68  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+9/158/56-68>].

[13] El secretario de Estado para la India [Leo Amery] al virrey [y gobernador general de la India, 2.º lord Linlithgow], 3 de febrero de 1942, CHAR 20/69B/119 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/69B/119>].

[14] Declaración del 9 de abril de 1963. Copia en CHUR 2/539B/157-159  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/539B/157-159>].

[15] Winston Churchill a Jack Churchill, 2 de diciembre [1897], CV I, parte 2, p. 836, CHAR 28/152A/122 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+28/152A/122>].

## CAPÍTULO 9: CHURCHILL Y EL MUNDO ISLÁMICO

[1] Winston S. Churchill, *The River War: An Historical Account of the Reconquest of Soudan* (Londres, Longmans, Green and Co., 1899), vol. II, pp. 248-250 [hay trad. cast.: *La guerra del Nilo: crónica de la reconquista de Sudán*, Madrid, Turner, 2003]. Para una copia de la edición revisada de 1902 de *The River War*, de la que se ha omitido esta parte, véase CHAR 8/4 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+8/4>], imágenes 63-206; y para materiales básicos y borradores véase CHAR 8/5A-B [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+8/5A-B>].

[2] Winston S. Churchill, *A History of the English-Speaking Peoples*, vol. 4: *The Great Democracies* (Londres, Cassell, 1958), pp. 341, 369 [hay trad. cast.: *Historia de los pueblos de habla inglesa*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007]. Es posible que sus ayudantes literarios crearan estas expresiones, pero es indudable que Churchill tuvo que aprobar el texto. Para una opinión islámica tradicional sobre la *mahdiyya*, véase Heather Harkey, «Ahmad Zayni Dahlan's "Al-Futuhāt Al-Islamiyya": A Contemporary View of the Sudanese Mahdi», *Sudanic Africa: A Journal of Historical Sources*, 5 (1994), pp. 67-75.



[3] Según la tradición, el Mahdi actúa como una especie de representante durante una serie de años hasta el retorno definitivo del Mesías y, juntos, libran al mundo del mal. La creencia en el Mahdi está más extendida en el islam chií. Véase Moojan Momen, *An Introduction to Shi'i islam: The History and Doctrines of Twelver Shi'ism* (New Haven, Yale University Press, 1987).

[4] Winston Churchill a J. E. C. Welldon, 16 de diciembre de 1896, CHAR 28/152A/85-86  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+28/152A/85-86>].

[5] Winston S. Churchill, *The Story of the Malakand Field Force* (Rockville, MD, Wildside Press, 2005), p. 188 [hay trad. cast.: *La historia de la Malakand Field Force*, Córdoba, Arcopress, 2010].

[6] Winston Churchill a lady Randolph Churchill, 12 de noviembre de 1896, CHAR 28/22/24-25 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+28/22/24-25>].

[7] Winston S. Churchill, *My Early Life: A Roving Commission* (Londres, T. Butterworth, 1930), p. 119 [hay trad. cast.: *Mi juventud: autobiografía*, Granada, Almed, 2010].

[8] Churchill, *My Early Life*, p. 188.

[9] Churchill, *The Story of the Malakand Field Force*, p. 90.

[10] Churchill, *My Early Life*, p. 121.



[11] Winston Churchill, despacho desde Inayat Kila, 9 de noviembre de 1897, en Frederick Woods, *Young Winston's Wars* (Londres, Leo Cooper, 1972), p. 39.

[12] Douglas Russell, *Winston Churchill: Soldier-The Military Life of a Gentleman at War* (Londres, Brassey's, 2005), p. 147.

[13] Churchill, *My Early Life*, pp. 148-149.

[14] Winston Churchill, despacho desde Inayat Kila, 9 de noviembre de 1897, en Woods, *Young Winston's Wars*, pp. 52-57.

[15] Winston Churchill, despacho desde Inayat Kila, 16 de noviembre de 1897, en Woods, *Young Winston's Wars*, p. 52.

[16] Lady Gwendeline Bertie a Winston Churchill, 27 de agosto de 1907, CHAR 1/66/15  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+1/66/15>].

[17] Winston Churchill a sir Edward Grey, 4 de noviembre de 1911, en Randolph S. Churchill, *Winston S. Churchill: Companion Volume II: Young Statesman: 1901-1914* (Londres, William Heinemann, 1967), vol. II, pp. 1369-1370.

[18] Randolph S. Churchill, *Winston S. Churchill: Companion Volume II*, pp. 1369-1370.



[19] Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. III: *The Challenge of War, 1914-1916* (Londres, Minerva, 1990), p. 190.

[20] Winston Churchill, notas personales, enero de 1916, CHAR 2/71/6-9  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/71/6-9>].

[21] Winston Churchill, notas personales, enero de 1916, CHAR 2/71/6-9  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/71/6-9>].

[22] Enver Pashá a Winston Churchill, 3 de mayo de 1919, CHAR 16/7/23-24  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+16/7/23-24>].

[23] Winston Churchill a Arthur Hirtzel, 23 de enero de 1921, en Martin Gilbert, *Winston S. Churchill: Companion Volume IV: Part 2: July 1919-March 1921* (Londres, William Heinemann, 1977), pp. 1320-1321.

[24] Winston Churchill a Arthur Hirtzel, 23 de enero a 1921, en Gilbert, *Winston S. Churchill: Companion Volume IV: Part 2*, pp. 1320-1321.

[25] James Renton, «Changing Languages of Empire and the Orient: Britain and the Invention of the Middle East 1917-1918», *Historical Journal*, 50.3 (2007), p. 653.

[26] Meinertzhagen no siempre es una fuente fiable, ya que inventó varios aspectos de su vida. Para más información, véase Brian Garfield, *The Meinertzhagen Mystery* (Washington, DC, Potomac Books, 2007); N. J. Lockman, *Meinertzhagen's Diary Ruse* (Ann Arbor, MI, Falcon, 1995); P. H. Capstick, *Warrior: The Legend of Colonel Richard Meinertzhagen* (Londres, St Martin's Press, 1998).



[27] Para más información sobre T. E. Lawrence, véase T. E. Lawrence, *Seven Pillars of Wisdom* (Oxford, impresión privada, 1922) [hay trad. cast.: *Los siete pilares de la sabiduría*, Barcelona, Ediciones B, 1997]; Richard Perceval Graves, *Lawrence of Arabia and His World* (Londres, Thames & Hudson, 1976) [hay trad. cast.: *Lawrence de Arabia*, Barcelona, Folio, 2003]; Jeremy Wilson, *Lawrence of Arabia: The Authorized Biography of T. E. Lawrence* (Londres, William Heinemann Ltd, 1989) [hay trad. cast.: *Lawrence de Arabia*, Barcelona, Circe, 2001]; David Garnett (ed.), *The Letters of T. E. Lawrence of Arabia* (Londres, Spring Books, 1964).

[28] Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. IV: *World in Torment, 1916-1922* (Londres, William Heinemann Ltd, 1975), p. 510; David Fromkin, *The Peace to End All Peace: Creating the Modern Middle East 1914-1922* (Londres, Andre Deutsch, 1989), p. 497.

[29] Timothy J. Paris, *Britain, the Hashemites and Arab Rule 1920-1925: The Sherifian Solution* (Londres, Routledge, 2004), p. 137. Para más información sobre Gertrude Bell, véase Janet Wallach, *The Desert Queen: The Extraordinary Life of Gertrude Bell* (Londres, Anchor, 1996) [hay trad. cast.: *La reina del desierto: la vida de Gertrude Bell, aventurera, asesora de reyes y consejera de Lawrence de Arabia*, Barcelona, Ediciones B, 1998]; Gertrude Bell, *The Letters of Gertrude Bell* (Londres, Ernest Benn, 1927).

[30] Paris, *Britain, the Hashemites and Arab Rule*, p. 2.

[31] Winston Churchill, discurso en la Winchester House, 23 de febrero de 1931, CHAR 9/95/34-36 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+9/95/34-36>].

[32] Richard Toye, *Churchill Empire: The World that Made Him and the World He Made* (Londres, Macmillan, 2010), p. 173.

[33] Waris Ali a Winston Churchill, 2 de junio de 1931, CHAR 2/180B/175 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/180B/175>]; carta de un suscriptor de *Crescent*, [abril] 1931, CHAR 2/180B/176 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/180B/176>]; «TheCawnpore Debate», *Crescent*, 12 de abril de 1931, CHAR 2/180B/177 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/180B/177>].

[34] Winston Churchill, discurso «India: Government Policy», 10 de junio de 1931, en James Robert Rhodes (ed.), *Winston S. Churchill: His Complete Speeches 1897-1963* (Nueva York, Bowker, 1974), vol. 5, pp. 5044-5048. Waris Ali escribió a Churchill que «todos los musulmanes y todas las personas respetuosas de la ley de la India» agradecerán a Churchill su decisión de debatir los disturbios de Cawnpore en la Cámara de los Comunes. Waris Ali a Winston Churchill, 2 de junio de 1931, CHAR 2/180B/175 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/180B/175>].



[35] Arthur Herman, *Gandhi and Churchill* (Londres, Hutchinson, 2008), p. 562.

[36] Winston Churchill a Waris Ali, 3 de junio de 1931, CHAR 2/180B/180  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/180B/180>].

[37] Véase Winston Churchill a Abdul Aziz bin Saud, 16 de mayo de 1945, CHAR 20/227B/194-196 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/227B/194-196>].

[38] Véase Winston Churchill a Abdulá bin Hussein, 24 de octubre de 1944, CHAR 20/138B/136-137 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/138B/136-137>].

[39] Véanse las actas del Gabinete, 24 de octubre de 1940, CAB 65/9/38  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CAB65/9/38>], Archivos  
Nacionales, Kew, <http://discovery.nationalarchives.gov.uk/details/r/C9110640>

[40] Winston Churchill al presidente Roosevelt, 4 de marzo de 1942, CHAR 20/71A/27 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/71A/27>]. Es evidente que Churchill estaba mal informado a este respecto: en enero de 1941 la dotación total del ejército indio era de 418.000 efectivos, de los que el 37 % eran musulmanes y el 55 % hindúes. Véase James Lawrence, *Raj: The Making and Unmaking of British India* (Londres, Abacus, 1998), p. 542.

[41] Winston Churchill, actas del Gabinete de Guerra, 2 de febrero de 1940; Winston S. Churchill, WP, vol. 1, pp. 715-716.

[42] Véase Alex von Tunzelmann, *Indian Summer: The Secret History of the End of an Empire* (Londres, Henry Holt, 2007), pp. 148, 168.



[43] Winston Churchill, discurso en la Cámara de los Comunes, 10 de diciembre de 1948, en James Robert Rhodes (ed.), *Winston S. Churchill: His Complete Speeches 1897-1963* (Nueva York, Bowker, 1974), vol. 7, p. 7766 y CHUR 5/228/437-440 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/228/437-440>].

[44] Para ver ejemplos de los cuadros de Marrakech y otros lugares de Oriente Medio que pintó Churchill, véase David Coombs con Minnie Churchill, *Sir Winston Churchill Life through His Paintings* (Londres, Chaucer Press, 2003). Churchill pintó más de veinte obras con escenas de Oriente Medio, y al menos siete de ellas se centran específicamente en los bazares y mercados de Marrakech.

## CAPÍTULO 10: CHURCHILL Y LA FUERZA AÉREA

[1] Winston S. Churchill, *Thoughts and Adventures* (Londres, Macmillan, 1942), p. 153.

[2] Churchill, *Thoughts and Adventures*, pp. 158, 166-167.

[3] Winston Churchill, nota al capitán Murray Sueter, 31 de mayo de 1914, CHAR 13/6B/265 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+13/6B/265>].

[4] Winston Churchill, informe preliminar en la Cámara de los Comunes, 23 de noviembre de 1914, CHAR 13/29/194 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+13/29/194>].

[5] Stephen Roskill (ed.), *Documents Relating to the Naval Air Service*, vol. I, 1908-1918 (Londres, Naval Records Society, 1969), pp. 179, 309, 408-409; Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. III: *The Challenge of War: 1914-1916* (Londres, Heinemann, 1971), pp. 88, 122-123.

[6] Comité de Operaciones Aéreas, actas de la primera reunión, 26 de septiembre de 1917, CHAR 27/5/2-4 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+27/5/2-4>]; Comité de Ataques Aéreos del Gabinete de Guerra, actas de la primera reunión, 1 de octubre de 1917, CHAR 27/6/1-7 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+27/6/1-7>].



[7] Winston Churchill, «Munitions possibilities of 1918», en H. A. Jones, *The War in the Air: Appendices* (Londres, HMSO, 1937), Apéndice IV, pp. 19-21.

[8] Winston Churchill, carta a David Lloyd George, 10 de enero de 1919, CHAR 2/105/3 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/105/3>]. Véase también Robert McCormack, «Missed Opportunities: Winston Churchill, the Air Ministry and Africa, 1919-1921», *International History Review*, 11 (1989), pp. 207-212.

[9] Winston Churchill, carta al Almirantazgo, 8 de febrero de 1919, CHAR 16/1/45-50 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+16/1/45-50>]; «la futura independencia de la Fuerza Aérea y el Ministerio del Aire no se verá en modo alguno perjudicada», escribió.

[10] John Sweetman, «Crucial Months for Survival: The Royal Air Force 1918-1919», *Journal of Contemporary History*, 19 (1984), pp. 529-532, 540.

[11] Véase Sebastian Ritchie, *The RAF, Small Wars and Insurgencies in the Middle East 1919-1939* (Northolt, Air Historical Branch, 2011), pp. 2-7.

[12] Charles Portal a Winston Churchill, 25 de septiembre de 1941, Portal Papers, Christ Church, Oxford, Folder 2/File 2.

[13] Ralph Wigram, carta a Winston Churchill, 3 de mayo de 1935, CHAR 2/235/67  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/235/67>].

[14] Martin Gilbert, *Churchill: A Life* (Londres, Heinemann, 1991), p. 542. Sobre Christie, véase Wesley Wark, «British Intelligence on the German Air Force and Aircraft Industry, 1933-1939», *Historical Journal*, 25 (1982), pp. 636-637.



[15] Winston Churchill, carta a Eleanor Rathbone, diputada, 13 de abril de 1936, CHAR 2/274/12-13 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/274/12-13>].

[16] Martin Gilbert (ed.), *The Churchill War Papers*, vol. II: *Never Surrender: May 1940-December 1940* (Londres, Heinemann, 1994), pp. 17-18, 25, 38-41.

[17] Citado en Gilbert, *Churchill: A Life*, p. 394.

[18] Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. II: *Their Finest Hour* (Londres, Cassell, 1951), p. 567 [hay trad. cast.: *La segunda guerra mundial*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2004].

[19] Arthur Harris, conversación, 18 de julio de 1979, Biblioteca de la Universidad de Cambridge, Boyle Papers, Add. 9429/2c.

[20] Winston Churchill, notas para un discurso ante la Cámara de los Comunes, 18 de junio de 1940, CHAR 9/172 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=>]: «la batalla de Gran Bretaña está a punto de empezar».

[21] Winston Churchill, carta a sir Archibald Sinclair, 10 de julio de 1940, CHAR 20/2A/27-28 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/274/12-13>].

[22] Winston Churchill, notas para un discurso ante la Cámara de los Comunes, 20 de agosto de 1940, CHAR 9/141A/37-68 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+9/141A/37-68>]; Jock Colville, *The Fringes of Power: 10 Downing Street Diaries* (Londres, Hodder & Stoughton, 1985), p. 227, entrada del 20 de agosto; sobre el origen de la frase, véase John Winant, *A Letter from Grosvenor Square: An Account of a Stewardship* (Londres, Hodder & Stoughton, 1947), pp. 29-30.



[23] Winston Churchill al general Hastings Ismay, 26 de diciembre de 1940, CHAR 20/13/9 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/13/9>]. Churchill volvió a mencionar regularmente la posibilidad de usar gas durante la segunda guerra mundial.

[24] Sobre su nombramiento como comodoro del Aire, véase Consejo del Aire a Winston Churchill, 27 de marzo de 1939, CHAR 2/568B/199 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+2/568B/199>].

[25] Winston Churchill, notas para un discurso en el County Hall, 14 de julio de 1941, CHAR 9/152/A/1-16 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+9/152/A/1-16>].

[26] Winston Churchill a Charles Portal, 7 de octubre de 1941, Portal Papers, Christ Church, Folder 2/File 2.

[27] Winston Churchill a Charles Portal, 7 de octubre de 1941, Portal Papers, Christ Church, Folder 2/File 2.

[28] Winston Churchill, telegrama a sir Archibald Sinclair y sir Charles Portal, 17 de agosto de 1942, CHAR 20/87/40 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/87/40>]: «Stalin otorga una especial importancia a atacar Berlín [...] Háganme saber cuáles son sus intenciones».

[29] Actas de la reunion de los jefes del Estado Mayor, 19 de octubre de 1943, Archivos Nacionales, PREM 3/79/1.

[30] Conclusiones de los jefes del Estado Mayor, 2 de marzo de 1944, Archivos Nacionales, AIR 19/215.



[31] Norman Bottomley (jefe adjunto del Estado Mayor) al mariscal del Aire Arthur Harris, 28 de marzo de 1945, Harris Papers, Museo de la RAF, Hendon, H98; el mariscal del Aire Arthur Harris a Norman Bottomley, 29 de marzo de 1945, Harris Papers, Museo de la RAF, Hendon, H98.

[32] David Reynolds, *In Command of History: Churchill Fighting and Writing the Second World War* (Londres, Allen Lane, 2004), pp. 480-481.

[33] El mariscal del Aire Arthur Harris a Anthony Boyle, 13 de junio de 1979, Boyle Papers, Biblioteca de la Universidad de Cambridge, Add. 9429/1B.

[34] Telegrama de Winston Churchill, ministro del Aire, al mariscal del Aire Arthur Harris, 15 de mayo de 1945, CHAR 20/229C/329 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/229C/329>].

[35] Reynolds, *In Command of History*, pp. 481-484.

[36] Actas del Comité de Defensa, 5 de abril de 1944, Zuckerman Papers, Universidad de Anglia Oriental, SZ/AEAF/7.

[37] Christopher Harmon, «Are We Beasts?»: *Churchill and the Moral Question of World War II «Area Bombing»* (Newport, RI, Naval War College, 1991), pp. 3-4.

# CAPÍTULO 11: CHURCHILL COMO ESTRATEGA EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

[1] Estoy muy agradecido a Andrew Roberts, Daniel Johnson y Richard Tøye por sus comentarios a una versión anterior.



[2] Sobre la preocupación de Churchill por su historial, véase D. Reynolds, *In Command of History: Churchill Fighting and Writing the Second World War* (Londres, Allen Lane, 2004).

[3] Winston Churchill a lord Trenchard, 26 de septiembre de 1940, CHAR 20/2A/59  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/2A/59>].

[4] Winston Churchill a sir Samuel Hoare, 23 de septiembre de 1940, CHAR 20/14  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/14>].

[5] Clementine Churchill, notes al margen en el borrador de las memorias de guerra de Churchill, CHUR 4/170/90-105.

[6] Winston Churchill a Charles de Gaulle, 10 de octubre de 1940, CHAR 20/14  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/14>].

[7] Winston Churchill, actas del Comité de Jefes del Estado Mayor, 13 de octubre de 1940, CHAR 20/13/7 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/14>].

[8] R. Coupland (ed.), *The War Speeches of William Pitt the Younger* (Oxford, Clarendon Press, 1940).

[9] Winston Churchill, notas del discurso, 9 de octubre de 1940, CHAR 9/145/1-6  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/14>].



[10] J. R. M. Butler, *History of the Second World War: Grand Strategy*, vol. 2 (Londres, HMSO, 1957), p. 580.

[11] Gabinete de Guerra, Comité de Jefes del Estado Mayor, resumen semanal n.º 56, 19-26 de septiembre de 1940, CHAR 23/6/86-99 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+23/6/86-99>].

[12] Winston Churchill a Harry Hopkins, 9 de abril de 1943, CHAR 20/109/100  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/109/100>].

[13] Winston Churchill, notas del discurso, 30 de septiembre de 1940, CHAR 9/144/71-75  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+9/144/71-75>].

[14] Winston Churchill al general Franco, 20 de diciembre de 1944, CHAR 20/138B/227-232 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/138B/227-232>].

[15] A. J. Foster, «The Politicians, Public Opinion and the Press: The Storm over British Military Intervention in Greece in December 1944», *Journal of Contemporary History*, 19 (1984), pp. 453-494; A. Thorpe, «In a Rather Emotional State? The Labour Party and British Intervention in Greece, 1945-6», *English Historical Review*, 121 (2006), pp. 1075-1105.

[16] S. Ball, *The Bitter Sea: The Struggle for Mastery in the Mediterranean, 1935-1949* (Londres, Harper Press, 2009).

[17] Winston Churchill al general Ismay, 6 de agosto de 1943, CHAR 20/104/2  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/104/2>].



[18] G. L. Weinberg, «Some Myths of World War II», *Journal of Military History*, 75 (2011), p. 709.

[19] Jefes del Estado Mayor a Winston Churchill, 28 de marzo de 1944, CHAR 20/188B/84-88 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/188B/84-88>]; Winston Churchill a los jefes del Estado Mayor, 20 de marzo de 1944, CHAR 20/188A/64-68 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/188A/64-68>]; y King's College de Londres, Liddell Hart Library, Alanbrooke papers, 6/3/9, 8.

[20] N. Smith, *American Empire: Roosevelt's Geographer and the Prelude to Globalization* (Berkeley, University of California Press, 2003), p. 360; W. R. Louis, *Imperialism at Bay: The United States and the Decolonization of the British Empire, 1941-1945* (Oxford, Clarendon Press, 1977); A. J. Whitfield, *Hong Kong, Empire, and the Anglo-American Alliance at War, 1941-1945* (Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2001).

[21] Winston Churchill, notas del discurso, 9 de octubre de 1940, CHAR 9/145/1-6  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+9/145/1-6>].

[22] Mariscal de campo lord Alanbrooke, *War Diaries 1939-1945*, ed. de A. Danchev y D. Todman (Londres, Phoenix, 2002), p. 561.

[23] Winston Churchill al general Jan Smuts, 12 de diciembre de 1941, CHAR 20/46/90  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/46/90>].

## CAPÍTULO 12: CHURCHILL Y EL NACIMIENTO DE LA «RELACIÓN ESPECIAL» ANGLO-ESTADOUNIDENSE

[1] Churchill a Roosevelt, 30 de enero de 1942, CHAR 20/69A/65  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/69A/65>].

[2] Carta de Henry Morgenthau Jr. a Churchill, 23 de octubre de 1929, CHAR 1/208/92 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+1/208/92>]; Churchill, Winston S. «Roosevelt from Afar», 1933, CHAR 8/338 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+8/338>]; Roy Jenkins, *Churchill: A Biography* (Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2001), p. 427 [hay trad. cast.: *Churchill*, Barcelona, Península, 2008].



[3] Roosevelt a Churchill, 11 de septiembre de 1939, CHAR 20/15/13  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/15/13>].

[4] Según le dijo Roosevelt a Joseph Kennedy en diciembre de 1939, quería «intervenir ahora», porque había «muchas posibilidades de que [Churchill] se convirtiera en primer ministro». Michael Beschloss, *Kennedy and Roosevelt* (Nueva York, HarperCollins, 1987), p. 200.

[5] Anne O'Hare McCormick, «The Lessons for Our Parties in the Fall of France», *New York Times*, 24 de junio de 1940, A14.

[6] Churchill a la Cámara de los Comunes, 4 de junio de 1940, CHAR 9/140A/9-28  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+9/140A/9-28>].

[7] El 22 de junio de 1940, Francia firmó un acuerdo de armisticio con Alemania que puso fin a los combates en Francia y dividió el país en dos zonas: una zona ocupada por Alemania que incluía el norte y el oeste del país, así como todo el litoral atlántico, y una zona no ocupada en el sur de Francia, donde se instaló el nuevo gobierno en la ciudad francesa de Vichy. El gobierno de Vichy también controlaba el África francesa del norte y otras posesiones coloniales francesas en todo el mundo, incluida Indochina. En virtud de lo acordado en el armisticio, la flota francesa, por entonces dispersa en diversos puertos de todo el mundo, regresaría a la Francia metropolitana mientras durara la guerra, en el entendimiento de que los barcos de guerra franceses no podrían operar, a excepción de las patrullas costeras y los dragaminas. Churchill, que no quería arriesgarse a que la flota francesa cayera en manos de los alemanes, dio la orden de capturarla, la Operación Catapulta, el 3 de julio de 1940. Véanse las copias impresas de los telegramas personales de Churchill enviados desde mayo hasta diciembre de 1940, CHAR 23/4/11 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+23/4/11>].

[8] Warren F. Kimball, *Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence*, vol. I: *Alliance Emerging* (Londres, Collins, 1984), p. 56.

[9] Kimball, *Churchill and Roosevelt*, p. 88; Churchill a Roosevelt, 8 de diciembre de 1940, CHAR 23/4/11 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+23/4/11>].

[10] David M. Kennedy, *Freedom from Fear: The American People in Depression and War, 1929-1945* (Nueva York, Oxford University Press, 2005), p. 460 [hay trad. cast.: *Entre el miedo y la libertad. Los EE.UU.: de la Gran Depresión al fin de la segunda guerra mundial (1929-1945)*, Barcelona, EDHASA, 2005].



[11] David Lilienthal, *The Journals of David E. Lilienthal*, vol. 1: *The TVA Years, 1939-1945* (Nueva York, Harper & Row, 1964), p. 209.

[12] La Ley de Entrenamiento y Servicio Selectivo, que el presidente firmó para que entrara en vigor el 16 de septiembre de 1940, representó el primer reclutamiento militar obligatorio en tiempos de paz de la historia de Estados Unidos. Pese a que la idea contó con el apoyo del candidato republicano a la presidencia, Wendell Willkie, una serie de destacados aislacionistas y no intervencionistas se opusieron. Para más información al respecto y sobre el escaso margen con que se aprobó la ampliación de la ley en 1941, véase Wayne S. Cole, *Roosevelt and the Isolationists, 1932-1945* (Lincoln, University of Nebraska Press, 1983), pp. 375-379.

[13] Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. II: *Their Finest Hour* (Boston, Houghton Mifflin, 1949), p. 404 [hay trad. cast.: *La segunda guerra mundial*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2009].

[14] Churchill, *The Second World War*, p. 558.

[15] Churchill a Roosevelt, 8 de diciembre de 1940, CHAR 23/4/11  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+23/4/11>].

[16] Franklin D. Roosevelt, conferencia de prensa presidencial, 17 de diciembre de 1940, President's Personal File 1-P: Franklin D. Roosevelt Press Conferences, Biblioteca Presidencial Franklin D. Roosevelt, Hyde Park, Nueva York.

[17] Franklin D. Roosevelt, conferencia de prensa presidencial, 17 de diciembre de 1940, President's Personal File 1-P: Franklin D. Roosevelt Press Conferences, Biblioteca Presidencial Franklin D. Roosevelt, Hyde Park, Nueva York.

[18] Franklin D. Roosevelt, conferencia de prensa presidencial, 17 de diciembre de 1940, President's Personal File 1-P: Franklin D. Roosevelt Press Conferences, Biblioteca Presidencial Franklin D. Roosevelt, Hyde Park, Nueva York. El senador Robert Taft, que se opuso al Préstamo y Arriendo en el Senado, replicó a Roosevelt que «prestar equipo militar es como prestar un chicle. ¡Nadie quiere que se lo devuelvan!».



[19] Churchill, *The Second World War*, p. 569. Véase también Churchill en la Cámara de los Comunes, 12 de marzo de 1941. Robert Rhodes James (ed.), *The Complete Speeches of Winston Churchill 1897-1963*, vol. VI: 1935-1942 (Londres, Chelsea House, 1974), p. 6360.

[20] Franklin D. Roosevelt, discurso sobre el Estado de la Unión, 6 de enero de 1941, Franklin D. Roosevelt Master Speech File, Biblioteca Presidencial Franklin D. Roosevelt, Hyde Park, Nueva York.

[21] Franklin D. Roosevelt, discurso en el Congreso, 8 de diciembre de 1941, Franklin D. Roosevelt Master Speech File, Biblioteca Presidencial Franklin D. Roosevelt, Hyde Park, Nueva York.

[22] Kimball, *Churchill and Roosevelt*, p. 236. El USS *Greer* fue un destructor estadounidense que, mientras se dirigía a Islandia transportando correo, fue alertado de la presencia de un submarino alemán por un avión de patrulla marítima británico. El *Greer* rastreó al submarino, que acabó siendo atacado por el avión británico, que, como respuesta, lanzó dos torpedos contra el *Greer*, que respondió con cargas de profundidad. Ni el barco ni el submarino fueron alcanzados en el enfrentamiento.

[23] En el verano de 1940 los japoneses aprovecharon la capitulación de Francia para trasladar tropas al norte de la Indochina francesa. En septiembre, Japón firmó el pacto tripartito con Italia y Alemania y, aproximadamente un año después, enviaron tropas al sur de Indochina. La administración Roosevelt observó todas estas maniobras con alarma y respondió con un embargo sobre la venta de chatarra y combustible de aviación de alto octanaje a Japón en agosto de 1940 y un embargo petrolero un año más tarde. Para más información sobre las relaciones entre Estados Unidos y Japón en el período previo a la guerra, véase Jonathan G. Utey, *Going to War with Japan, 1937-1941* (Nueva York, Fordham University Press, 2005).

[24] Franklin D. Roosevelt, discurso en el Congreso, 8 de diciembre de 1941, Franklin D. Roosevelt Master Speech File, Biblioteca Presidencial Franklin D. Roosevelt, Hyde Park, Nueva York.

[25] El Proyecto Manhattan fue el programa encabezado por Estados Unidos para desarrollar la bomba atómica. La estrecha colaboración entre los servicios de inteligencia británicos, canadienses y estadounidenses continúa en la actualidad. Véase, por ejemplo, Richard J. Aldrich, «British Intelligence and the Anglo-American “Special Relationship” during the Cold War», *Review of International Studies*, 24 (1998), pp. 331-351.

[26] Warren F. Kimball, *Forged in War: Roosevelt, Churchill, and the Second World War* (Nueva York, William & Morrow, 1997), pp. 131-132. Martin Gilbert, *Road to Victory, Winston S. Churchill, 1941-1945* (Londres, Minerva, 1986), p. 28.



[27] Las conversaciones secretas entre Estados Unidos, Gran Bretaña y Canadá tuvieron lugar en Washington entre enero y marzo de 1941. Véase David Reynolds, *The Creation of the AngloAmerican Alliance, 1937-41: A Study in Competitive Cooperation* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1982), pp. 182-185.

[28] El ministro de Asuntos Exteriores soviético Mólotov visitó Londres y después Washington en mayo y junio de 1942. Uno de los principales temores de Roosevelt y Churchill era la posibilidad de que Stalin pudiera firmar una paz separada con Hitler como en el pacto Ribbentrop-Mólotov de agosto de 1939. Para más información al respecto, véase Mark A. Stoler, *The Politics of the Second Front: American Military Planning in Coalition Warfare, 1941-1943* (Westport, CN, Greenwood, 1977).

[29] El sistema de preferencia imperial británico reducía drásticamente los aranceles y otros obstáculos al comercio dentro del imperio británico. El sistema se creó en parte como respuesta a la aprobación en 1930 en Estados Unidos de los aranceles de Smoot-Hawley, los aranceles más elevados en la historia de Estados Unidos. El secretario de Estado de Roosevelt se oponía rotundamente tanto a los aranceles de Smoot-Hawley como al sistema de preferencia imperial británico y usaría el Préstamo y Arriendo, y la dependencia de Gran Bretaña de la ayuda estadounidense, como un medio de presión con el que esperaba convencer a los británicos para que abandonaran este sistema. Para más información al respecto, véase Randall B. Woods, «FDR and the New Economic Order», en David B. Woolner, Warren F. Kimball y David Reynolds (eds.), *FDR's World: War, Peace and Legacies* (Nueva York, Palgrave Macmillan, 2008).

[30] Ya el 25 de junio de 1943 Churchill informó a Roosevelt de que la celebración de un encuentro entre el presidente y Stalin «con la exclusión de la Commonwealth y el imperio británico» sería «grave y molesto, y muchos se sentirían desconcertados y alarmados»; CHAR 20/113/119-120 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/113/119-120>].

[31] Kimball, *Churchill and Roosevelt*, p. 17.

[32] Para más información al respecto, véase David B. Woolner, Warren F. Kimball y David Reynolds (eds.), *The Second Quebec Conference Revisited: Waging War, Formulating Peace: Canada, Great Britain, and the United States in 1944-1945* (Nueva York, St Martin's Press, 1998).

[33] En la segunda conferencia de Quebec, el secretario del Tesoro de Estados Unidos, Henry Morgenthau Jr., presentó un plan que proponía la «ruralización» de Alemania. Para más información al respecto, véase David B. Woolner, «Coming to Grips with the German Problem», en David B. Woolner, Warren F. Kimball y David Reynolds (eds.), *The Second Quebec Conference Revisited: Waging War, Formulating Peace: Canada, Great Britain, and the United States in 1944-1945* (Nueva York, St Martin's Press, 1998), pp. 65-101.

[34] Esta operación nunca se llevó a cabo.



[35] Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. 6: *Triumph and Tragedy* (Boston, Houghton Mifflin, 1976), p. 227.

[36] Churchill a Roosevelt, 11 de octubre de 1944, CHAR 20/173/30-31  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/173/30-31>].

[37] David Reynolds, *Summits: Six Meetings that Shaped the Twentieth Century* (Londres, Allen Lane, 2007), pp. 148-150.

[38] The United States Department of State, *Foreign Relations of the United States, Conferences at Malta and Yalta, 1945* (Washington, Government Printing Office (GPO), 1955), p. 973.

[39] David B. Woolner, «Epilogue: Reflections on Legacy and Leadership-the View from 2008», en David B. Woolner, Warren F. Kimball y David Reynolds (eds.), *FDR's World: War, Peace and Legacies* (Nueva York, Palgrave Macmillan, 2008), p. 227.

[40] Churchill a la Cámara de los Comunes, 17 de abril de 1945, CHAR 9/167/206-207  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+9/167/206-207>].

[41] Churchill a la Cámara de los Comunes, 17 de abril de 1945, CHAR 9/167/206-207  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+9/167/206-207>].

[42] Churchill a la Cámara de los Comunes, 20 de agosto de 1940, CHAR 9/141A/37-68  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+9/141A/37-68>].



[43] Roosevelt a Churchill, 20 de enero de 1941. Churchill Archives Centre, Churchill Additional Papers, WCHL 13/1.

[44] Churchill a Roosevelt, 28 de enero de 1941, CHAR 20/49/10  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/49/10>].

[45] Mensaje radiofónico de Churchill, 9 de febrero de 1941, CHAR 9/150A/52-75  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+9/150A/52-75>].

## CAPÍTULO 13: CHURCHILL Y LAS ARMAS NUCLEARES

[1] Martin Gilbert, «Churchill and Bombing Policy», Fifth Churchill Centre Lecture, Washington, DC, 18 de octubre de 2005, p. 1, [http://www.winstonchurchill.org/images/pdfs/for\\_educators/Gilbert%20TCC%20Lecture%20CHURCHILL%20AND%20BOMBING%20POLICY.pdf](http://www.winstonchurchill.org/images/pdfs/for_educators/Gilbert%20TCC%20Lecture%20CHURCHILL%20AND%20BOMBING%20POLICY.pdf)

[2] Su larga afinidad con la ciencia y los científicos se vio reconocida en 1958, cuando Churchill, que por entonces tenía más de ochenta años, aceptó ser el presidente de una fundación para crear un nuevo centro universitario consagrado a la ciencia, la tecnología y la ingeniería. El Churchill College, así llamado en su honor y adscrito a la Universidad de Cambridge, abrió sus puertas a los estudiantes a comienzos de los años sesenta y sigue siendo hasta la fecha «el memorial nacional y de la Commonwealth a sir Winston Churchill» y la «encarnación de su visión de cómo la educación superior puede beneficiar a la sociedad en la época moderna». También alberga el Churchill Archives Centre desde principios de los años setenta. Véase la página del Churchill College para más información sobre sus orígenes e historia: <http://www.chu.cam.ac.uk/archives/about>

[3] Winston S. Churchill, «Shall We All Commit Suicide?», *Nash's Pall Mall*, septembre de 1924, CHAR 8/200B/202-206 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+8/200B/202-206>].

[4] Winston S. Churchill, «H. G. Wells», *Sunday Pictorial*, 23 de agosto de 1931, citado en Paul K. Alkon, *Winston Churchill's Imagination* (Cranbury, NJ, Bucknell University Press, edición de 2010), p. 173.

[5] Lord Moran, *Churchill: The Struggle for Survival 1940-65* (Londres, Constable, 1966), pp. 280-281, diario, 23 de julio de 1945.



[6] Lord Cherwell, memorando a Winston Churchill, 27 de agosto de 1941, Archivos Nacionales, Kew, Londres, CAB 126/330. En realidad, el proyecto de Hitler para desarrollar la bomba atómica se interrumpió a finales de 1942. Gerard J. DeGroot, *The Bomb: A Life* (Cambridge, MA, Harvard University Press, 2005), p. 32.

[7] Winston Churchill a los jefes del Comité de Estado Mayor, 30 de agosto de 1941, CHAR 20/36/8 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHAR+20/36/8>]. Sobre Churchill y las armas nucleares en general, véase Kevin Ruane, *Churchill and the Bomb in War and Cold War* (Londres, Bloomsbury, 2016).

[8] Peter Hennessy, *The Prime Minister: The Office and Its Holders since 1945* (Harmondsworth, Penguin, ed. 2001), p. 199.

[9] Véase, en general, Richard Rhodes, *The Making of the Atomic Bomb* (Londres, Simon & Schuster, edición de 2012).

[10] Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. VII: *Road to Victory 1941- 1945* (Londres, Heinemann, 1986), pp. 415-419.

[11] Acuerdo de Quebec entre Roosevelt y Churchill, 19 de agosto de 1943, texto íntegro en Avalon Project, Universidad de Yale, <http://avalon.law.yale.edu/wwii/q003.asp>

[12] Acuerdo de Hyde Park entre Roosevelt y Churchill, 19 de septiembre de 1944, en Oficina del Historiador del Departamento de Estado, *The Foreign Relations of the United States, 1944*, vol. II (Washington, DC, United States Government Printing Office, 1967), pp. 1026-1028.

[13] Winston Churchill a Clement Attlee, s. f., octubre de 1945, CHUR 2/3/105  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/3/105>].



[14] Departamento de Energía de Estados Unidos, texto íntegro de la Ley McMahon (Ley de Energía Atómica) de 1946, <http://www.osti.gov/atomicenergyact.pdf>; Moran, *Churchill*, p. 359, diario, 8 de enero de 1952.

[15] La conferencia entró en receso el 26 de julio para que Churchill pudiera regresar a Inglaterra y estar presente durante la proclamación de los resultados de las elecciones generales. Tras la victoria laborista, fue Attlee quien regresó a Potsdam como primer ministro.

[16] Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. VI: *Triumph and Tragedy* (Harmondsworth, Penguin, edición de 1985), pp. 551-553.

[17] Moran, *Churchill*, pp. 280-281, diario, 23 de julio de 1945. Churchill temía que pudiera haber hasta 500.000 bajas de los Aliados en la invasión. Véase J. Samuel Walker, *Prompt and Utter Destruction: Truman and the Use of the Atomic Bombs against Japan* (Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 2004), p. 3.

[18] DeGroot, *The Bomb*, p. 2.

[19] Max Hastings, *All Hell Let Loose: The World at War 1939-1945* (Londres, Harper Press, 2011), p. 650 [hay trad. cast.: *Se desataron todos los infiernos: historia de la segunda guerra mundial*, Barcelona, Crítica, 2012].

[20] Winston Churchill, declaración preparada de antemano sobre la bomba atómica, agosto de 1945, CHUR 2/3/42-50 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/3/42-50>]. Publicado en «First Atomic Bomb Hits Japan», *The Times*, 7 de agosto de 1945.

[21] En marzo de 1946, Churchill recordó que su apoyo a la Unión Soviética durante la guerra «no debilitó en modo alguno mi oposición al comunismo, que equivale en realidad a la muerte del alma humana». Winston Churchill, comunicado de prensa, Nueva York, 20 de marzo de 1946, en Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. VIII: *Never Despair, 1945-1965* (Londres, Heinemann, 1988), p. 219.



[22] Mariscal de campo lord Alanbrooke, *War Diaries 1939-1945: Field Marshal Lord Alanbrooke*, ed. de Alex Danchev y Daniel Todman (Berkeley, CA, University of California, 2001), pp. 710-711, diario, 23 de julio de 1945, y el comentario retrospectivo de Brooke.

[23] Walker, *Prompt and Utter Destruction*, p. 67; Churchill, *The Second World War*, vol. VI: pp. 578-579.

[24] Para la enunciación clásica de «diplomacia atómica», véase Gar Alperovitz, *Atomic Diplomacy: Hiroshima and Potsdam-The Use of the Atomic Bomb and the American Confrontation with Soviet Power* (Nueva York, Simon & Schuster, 1965), y su versión actualizada, Gar Alperovitz, *The Decision to Use the Atomic Bomb and the Architecture of an American Myth* (Nueva York, Knopf, 1995). Véase, en general, J. Samuel Walker, «Recent Literature on Truman's Atomic Bomb Decision», *Diplomatic History*, 29 (2005), pp. 311-334.

[25] Winston Churchill a lord Camrose, 7 de agosto de 1945, citado por Camrose en sus notas sobre un encuentro con Churchill, en Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. VIII, p. 119.

[26] Simon Sebag Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar* (Nueva York, Knopf, 2004), p. 502. Véase, en general, David Holloway, *Stalin and the Bomb* (New Haven, CT, Yale University Press, 1994).

[27] J. W. Pickersgill y D. F. Forster (eds.), *The Mackenzie King Record*, vol. IV: 1947-48 (Toronto, University of Toronto Press, 1970), pp. 112-113, diario, 26 de noviembre de 1947.

[28] State Department's Office of the Historian, *Foreign Relations of the United States, 1948*, vol. III: *Western Europe* (Washington, DC, United States Government Printing Office, 1974), pp. 90-91, informe del embajador Lew Douglas, de Londres a Washington, 17 de abril de 1948.

[29] Winston Churchill, notas del discurso, Llandudno, 9 de octubre de 1948, CHUR 5/21A/1-68 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/21A/1-68>]; Winston S. Churchill (ed.), *Churchill's Speeches: Never Give In!* (Londres, Pimlico, 2007), p. 448.



[30] Editorial, *The Times*, 11 de octubre de 1948.

[31] Winston Churchill, «The Sinews of Peace», notas del discurso, 5 de marzo de 1946, CHUR 5/4A/51-100 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/4A/51-100>]. Para el texto completo y el vídeo de «The Sinews of Peace», véase <http://www.winstonchurchill.org/learn/biography/in-opposition/qironcurtainq-fulton-missouri-1946/120-the-sinews-of-peace>

[32] Winston Churchill, discurso ante la Cámara de los Comunes, 28 de octubre de 1948, CHUR 5/21B/338-441 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/21B/338-441>]; Hansard, *House of Commons Debates*, vol. 457, col. 257, <http://hansard.millbanksystems.com/commons/1948/oct/28/debate-onthe-address>

[33] Winston Churchill, «The Communist Menace», Nueva York, notas del discurso, 25 de marzo de 1949, CHUR 5/24E/726-741 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/24E/726-741>]; véase también Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol.VIII, p. 464.

[34] Winston Churchill a Clement Attlee, 6 de octubre de 1946, CHUR 2/4/61-63 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/4/61-63>], y Winston Churchill a Clement Attlee, 10 de octubre de 1946, CHUR 2/4/48-50 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/4/48-50>]; Roy Jenkins, *Churchill* (Londres, Macmillan, 2001), pp. 834-836 [hay trad. cast.: *Churchill*, Barcelona, Península, 2001].

[35] S. J. Ball, «Military Nuclear Relations between the United States and Great Britain under the Terms of the McMahon Act, 1946-1958», *Historical Journal*, 30 (1995), pp. 439-454.

[36] «Churchill's Call for Approach to Russia», *The Times*, 15 de febrero de 1950.

[37] John W. Young, *Winston Churchill's Last Campaign: Britain and the Cold War 1951-1955* (Oxford, Clarendon Press, 1996), pp. 29-31.



[38] Winston Churchill, discurso, 30 de noviembre de 1950, CHUR 5/39B/275-302 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/39B/275-302>]; Hansard, *House of Commons Debates*, vol. 481, col. 1332, <http://hansard.millbanksystems.com/commons/1950/nov/30/foreignaffairs>

[39] Winston Churchill a Clement Attlee, 24 de mayo de 1950, Archivo Nacional, PREM 8/1160. Véase también Winston Churchill, discurso, 16 de marzo de 1950, CHUR 5/33B/217-272 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/33B/217-272>]; Hansard, *House of Commons Debates*, vol. 472, cols. 1295, 1297-1298, <http://hansard.millbanksystems.com/commons/1950/mar/16/defence>

[40] Winston Churchill a Clement Attlee, 6 de agosto de 1950, CHUR 2/28/45-46 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/28/45-46>], y anexos; Winston Churchill, nota, 4 de agosto de 1950, CHUR 2/28/47-49 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/28/47-49>]; lord Cherwell, nota, s. f., agosto de 1950, CHUR 2/28/50-51 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/28/45-51>] (todos en CHUR 2/28/45-51 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=>]). Véase también Winston Churchill, discurso ante la Cámara de los Comunes, 5 de julio de 1950, CHUR 5/36A/114-133 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/36A/114-133>]; Hansard, *House of Commons Debates*, vol. 477, cols. 495, 501-503, <http://hansard.millbanksystems.com/commons/1950/jul/05/korea>

[41] Winston Churchill a lord Salisbury, 2 de julio de 1953, Archivos Nacionales, PREM 11/405.

[42] Harry S. Truman, conferencia de prensa, 30 de noviembre de 1950, en *Public Papers of the Presidents*, vol. XXXIII: *Truman 1950* (Washington, DC, United States Government Printing Office, 1966), <http://trumanlibrary.org/publicpapers/viewpapers.php?pid=985>. Véase, en general, Kevin Ruane, «Britain, the United States and the Issue of “Limited War” with China, 1950-4», en John W. Young, Effie Pedaliu y Michael Kandiah (eds.), *Britain in Global Politics*, vol. 2: *From Churchill to Blair: Essays in Honour of Saki Dockrill* (Londres, Palgrave Macmillan, 2013).

[43] Clement Attlee a Winston Churchill, 3 de diciembre de 1950, CHUR 2/28/121-124 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/28/121-124>]; y Clement Attlee, nota, «Atomic Energy: the Quebec Agreement of 1943», 2 de diciembre de 1950, CHUR 2/28/124 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/28/124>].

[44] Clement Attlee, declaración del Parlamento, y respuesta de Winston Churchill, 14 de diciembre de 1950, Hansard, *House of Commons Debates*, vol. 482, cols. 1350-1362, <http://hansard.millbanksystems.com/lords/1950/dec/14/thewashington-talks>

[45] Winston Churchill a Harry S. Truman, 12 de febrero de 1951, CHUR 2/28/132-134 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/28/132-134>]; Harry S. Truman a Winston Churchill, 16 de febrero de 1951, CHUR 2/28/127-128 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/28/127-128>], Harry S. Truman a Winston Churchill, 24 de marzo de 1951, CHUR 2/28/126 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/28/126>].



[46] El *Daily Mirror* publicó una célebre primera página el día de las elecciones, «Whose Finger on the Trigger», *Daily Mirror*, 25 de octubre de 1951. Véase la denuncia presentada en nombre de Churchill contra el *Daily Mirror* acusándolo de difamación, 25 de octubre de 1951, CHUR 2/221/64 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/221/64>]. Véase también «Churchill's Broadcast», *The Times*, 9 de octubre de 1951, y «Churchill's Aims», *The Times*, 10 de octubre de 1951; Winston Churchill, Plymouth, notas del discurso, 23 de octubre de 1951, CHUR 5/44B/197-241 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/44B/197-241>], y en Churchill (ed.), *Churchill's Speeches*, p. 470.

[47] Command Paper Cmd. 8488, *Mr Churchill's Speech to the Congress of the United States of America, January 17th, 1952* (Londres, HMSO, 1952).

[48] Young, *Winston Churchill's Last Campaign*, p. 80.

[49] Hennessy, *The Prime Minister*, p. 202; Winston Churchill, declaración, 23 de octubre de 1952, Hansard, *House of Commons Debates*, vol. 505, cols. 1268-1271, [http://hansard.millbanksystems.com/commons/1952/oct/23/atom-bombtest-australia-1#S5CV0505P0\\_19521023\\_HOC\\_236](http://hansard.millbanksystems.com/commons/1952/oct/23/atom-bombtest-australia-1#S5CV0505P0_19521023_HOC_236)

[50] Ley de Energía Atómica, 30 de agosto de 1954,  
[http://www.nuclearfiles.org/menu/library/treaties/atomic-energy-act/trty\\_atomic-energy-act\\_1954-08-30.htm](http://www.nuclearfiles.org/menu/library/treaties/atomic-energy-act/trty_atomic-energy-act_1954-08-30.htm)

[51] «Hydrogen Bomb Research», *The Times*, 17 de noviembre de 1952.

[52] Moran, *Churchill*, p. 451, diario, 16 de agosto de 1953.

[53] «Russia Explodes Hydrogen Bomb», *The Times*, 21 de agosto de 1953.



[54] John Colville, *The Fringes of Power: Downing Street Diaries 1939-1955* (Londres, Hodder & Stoughton, 1985), pp. 675-676, diario, mediados de agosto de 1953.

[55] Véase, en general, Daniel C. Williamson, *Separate Agendas: Churchill, Eisenhower and Anglo-American Relations 1953-1955* (Lanham, MD, Lexington, 2005); Klaus Larres, *Churchill's Cold War: The Politics of Personal Diplomacy* (New Haven, CT, Yale University Press, 2002).

[56] Winston Churchill, discurso, 11 de mayo de 1953, CHUR 5/51C/ 260-320 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/51C/260-320>]; Hansard, *House of Commons Debates*, vol. 515, cols. 883-898, <http://hansard.millbanksystems.com/commons/1953/may/11/foreign-affairs>

[57] Dwight D. Eisenhower a Winston Churchill, 9 de febrero de 1954, CHUR 6/3C/241-242 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+6/3C/241-242>]; Colville, *The Fringes of Power*, p. 685, diario, 6 de diciembre de 1953.

[58] Véase Matthew Jones, «Great Britain, the United States, and Consultation over Use of the Atomic Bomb», *Historical Journal*, 54 (2011), pp. 797-828; memorando del Ministerio de Asuntos Exteriores, «Korea: Action in the Event of Renewed Communist Aggression», 1 de febrero de 1954, Archivos Nacionales, CAB 131/14 D(54)8; y el informe de John Colville sobre el encuentro entre Winston Churchill y el almirante Arthur W. Radford, jefe del Estado Mayor Conjunto, 26 de abril 1954, Archivos Nacionales, FO 371/112057/360G.

[59] «Hydrogen Explosion “Not Out of Control”», *The Times*, 1 de abril de 1954.

[60] Winston Churchill a Dwight D. Eisenhower, 9 de marzo de 1954, en Peter G. Boyle (ed.), *The Churchill-Eisenhower Correspondence 1953-1955* (Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1990), p. 123.

[61] Memorando de los jefes de Estado Mayor, «United Kingdom Defence Policy», 31 de mayo de 1954, distribuido como un documento del Gabinete el 23 de julio de 1954, Archivo Nacional, CAB 129/69, C(54)249, <http://filestore.nationalarchives.gov.uk/pdfs/large/cab-129-69.pdf>



[62] Moran, *Churchill*, p. 634, diario, 1 de marzo de 1954. Véase también el memorando de Winston Churchill, «Two-Power Meeting with the Soviet Government», 3 de agosto de 1954, Archivo Nacional, CAB 129/70, C(54)263, <http://filestore.nationalarchives.gov.uk/pdfs/large/cab-129-70.pdf>

[63] Winston Churchill a Dwight D. Eisenhower, 9 de marzo de 1954, en Boyle, *The Churchill-Eisenhower Correspondence*, p. 124; Winston Churchill, discurso, 28 de marzo de 1950, CHUR 5/33C/578-622 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/33C/578-622>]; Hansard, *House of Commons Debates*, vol. 473, cols. 201-202, <http://hansard.millbanksystems.com/commons/1950/mar/28/foreign-affairs>

[64] Winston Churchill, Cabinet Paper C(54)390, «Notes on Tube Alloys», 14 de diciembre de 1954, CHUR 2/217/15 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/217/15>]. Sobre la decisión acerca de la bomba de hidrógeno, véanse los documentos del Gabinete en los Archivos Nacionales, <http://www.nationalarchives.gov.uk/cabinetpapers/default.htm?WT.ac=Cabinet%20Papers%20Home>; en particular, CAB 128/27, CC(54), reuniones 47.<sup>a</sup>, 48.<sup>a</sup> y 53.<sup>a</sup>, 7, 8 y 26 de julio de 1954; y CAB 129/69 C(54)249, memorando de los jefes de Estado Mayor, «United Kingdom Defence Policy», 23 de julio de 1954; y C(54)250, memorando de lord Salisbury, «Report by the Committee on Defence Policy», 24 de julio de 1954.

[65] Winston Churchill, discurso, 3 de noviembre de 1953, CHUR 5/52A/1-44 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/52A/1-44>]; Hansard, *House of Commons Debates*, vol. 520, cols. 28-31, <http://hansard.millbanksystems.com/commons/1953/nov/03/debate-on-the-address-first-day>

[66] Winston Churchill, discurso, 1 de marzo de 1955, CHUR 5/57A/33-89 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/57A/33-89>]; Hansard, *House of Commons Debates*, vol. 537, vol. 1899, <http://hansard.millbanksystems.com/commons/1955/mar/01/defence>

## CAPÍTULO 14: CHURCHILL Y LA GUERRA FRÍA

[1] Winston Churchill, «The Sinews of Peace», notas del discurso, 5 de marzo de 1946, CHUR 5/4A/51-100 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/4A/51-100>]. Para el texto íntegro e imágenes de vídeo de «The Sinews of Peace», véase <http://www.winstonchurchill.org/learn/biography/in-opposition/qiron-curtainq-fulton-mis-souri-1946/120-the-sinews-of-peace>. Churchill ya había usado la expresión «el telón de acero» en una carta enviada a Clementine Churchill, el 24 de septiembre de 1945. Véase Mary Soames (ed.), *Speaking for Themselves: The Personal Letters of Winston and Clementine Churchill* (Londres, Black Swan, 1999), p. 541. Antes de esta carta, la expresión «telón de acero» se había empleado en la propaganda de guerra alemana para describir la frontera del territorio controlado por los soviéticos; por ejemplo, Joseph Goebbels en «Das Jahr 2000», *Das Reich*, 25 de febrero de 1945.

[2] Carta de Winston Churchill a Clementine Churchill, 24 de septiembre de 1945, en Soames, *Speaking for Themselves*, p. 541.

[3] Harry S. Truman, nota manuscrita adicional en Franc L. McCluer (Westminster College) a Winston Churchill, 3 de octubre de 1945, CHUR 2/230B/349-350 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/230B/349-350>].



[4] Winston Churchill a Harry S. Truman, 29 de enero de 1946, CHUR 2/158/68-69  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/158/68-69>].

[5] «Pravda's Attack», *The Times*, 12 de marzo de 1946; «Stalin's Reply to Churchill», *New York Times*, 14 de marzo de 1946; Michael Howard, «Churchill: Prophet of Distensión», en R. Crosby Kemper III (ed.), *Winston Churchill: Resolution, Defiance, Magnanimity, Good Will* (Columbia, University of Missouri Press, 1996), p. 178.

[6] Harry S. Truman, «56. Special Message to the Congress on Greece and Turkey: The Truman Doctrine», 12 de marzo de 1947, *Public Papers of the Presidents: Harry S. Truman, 1945-53*, <http://www.trumanlibrary.org/publicpapers/index.php?pid=2189&st=&st1=>

[7] Winston Churchill a Harry S. Truman, 24 de septiembre de 1947, CHUR 2/158/47  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/158/47>].

[8] Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. VIII: *Never Despair: 1945-1965* (Londres, William Heinemann, 1988), p. 422. Véase también Winston Churchill, discurso ante la Cámara de los Comunes, 14 de diciembre de 1950, CHUR 5/39C/539-574 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/39C/539-574>]; Hansard, *House of Commons Debates*, 5.<sup>a</sup> ser., vol. 483, cols. 368-370, <http://hansard.millbanksystems.com/commons/1950/dec/14/prime-ministers-visit-to-usa>; Winston Churchill, nota de prensa, 19 de febrero de 1951, CHUR 2/28/99-100 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/28/99-100>].

[9] Winston Churchill al vizconde Cecil, 9 de junio de 1946, Viscount Cecil of Chelwood Papers, citado en Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol.VIII, p. 243; discurso de Winston Churchill, Zúrich, 19 de septiembre de 1946, <http://www.churchill-society-london.org.uk/astonish.html>

[10] Winston Churchill, discurso ante la Cámara de los Comunes, 5 de junio de 1946, Hansard, *House of Commons Debates*, 5.ª ser., vol. 423, cols. 2028-2030, [http://hansard.millbanksystems.com/commons/1946/jun/05/foreignaffairs#S5CV0423P0\\_19460605\\_HOC\\_329](http://hansard.millbanksystems.com/commons/1946/jun/05/foreignaffairs#S5CV0423P0_19460605_HOC_329)

[11] Diario de Mackenzie King, 26 de noviembre de 1947, J. W. Pickersgill y D. F. Forster (eds.), *The Mackenzie King Record*, vol. 4: 1947-48 (Toronto, University of Toronto Press, 1970), pp. 112-113.



[12] Embajador de Estados Unidos en Londres, Lew Douglas, carta a Robert Lovett, Departamento de Estado, 17 de abril de 1948, explicando las opiniones de Churchill, en *Foreign Relations of the United States, 1948*, vol. III: *Western Europe* (Washington, DC, United States Government Printing Office, 1974), pp. 90-91. Véase también David Carlton, *Churchill and the Soviet Union* (Mánchester, Manchester University Press, 2000), pp. 151-152, 154.

[13] John Lewis Gaddis, *Strategies of Containment: A Critical Appraisal of American National Security Policy during the Cold War* (Oxford, Oxford University Press, 2005), p. 4.

[14] Winston Churchill a Anthony Eden, 12 de septiembre de 1948, CHUR 2/68A/84-89  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/68A/84-89>].

[15] «Confiaba en que pudiéramos llegar a un acuerdo con ellos antes de que obtuvieran el secreto de la bomba atómica. Ahora espero que podamos llegar a un acuerdo con ellos antes de que tengan un arsenal tan grande de estos temibles agentes, además de una vasta superioridad en otras armas, como para poder aterrorizar al mundo libre, si no para destruirlo», reflexionó en 1950. Winston Churchill, discurso ante la Cámara de los Comunes, 30 de noviembre de 1950, CHUR 5/39B/275-302 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/39B/275-302>]; Hansard, *House of Commons Debates*, 5.<sup>a</sup> ser., vol. 481, col. 1332, <http://hansard.millbanksystems.com/commons/1950/nov/30/foreign-affairs>

[16] «Churchill's Call for Approach to Russia», *The Times*, 15 de febrero de 1950.

[17] Martin Gilbert, «From Yalta to Bermuda and Beyond: In Search of Peace with the Soviet Union», en James W. Muller (ed.), *Churchill as Peacemaker* (Cambridge, Woodrow Wilson Center Press y Cambridge University Press, 1997), p. 310.

[18] Winston Churchill, discurso ante la Cámara de los Comunes, 30 de noviembre de 1950, CHUR 5/39B/275-302 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/39B/275-302>]; Hansard, *House of Commons Debates*, 5.<sup>a</sup> ser., vol. 481, cols. 1332-1334, <http://hansard.millbanksystems.com/commons/1950/nov/30/foreign-affairs>. Véase también Command Paper Cmd. 8488, *Mr Churchill's Speech to the Congress of the United States of America, January 17th, 1952* (Londres, HMSO, 1952).

[19] Winston Churchill, discurso ante la Cámara de los Comunes, 14 de diciembre de 1950, CHUR 5/39C/539-574 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/39C/539-574>]; Hansard, *House of Commons Debates*, 5.<sup>a</sup> ser., vol. 483, cols. 368-370, <http://hansard.millbanksystems.com/commons/1950/dec/14/prime-ministers-visit-to-usa>



[20] The *Daily Mirror* publicó una célebre primera página el día de las elecciones, «Whose Finger on the Trigger», *Daily Mirror*, 25 de octubre de 1951. Véase la demanda presentada en nombre de Churchill contra el *Daily Mirror*, alegando difamación, 25 de octubre de 1951, CHUR 2/221/64 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/221/64>]. Véase también «Churchill's broadcast», *The Times*, 9 de octubre de 1951, y «Churchill's aims», *The Times*, 10 de octubre de 1951; discurso de Plymouth, 23 de octubre de 1951, Winston S. Churchill (ed.), *Churchill's Speeches: Never Give In!* (Londres, Pimlico, 2007), p. 470.

[21] Winston Churchill, discurso ante la Cámara de los Comunes, 6 de noviembre de 1951, CHUR 5/45A/6-52 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/45A/6-52>]; Hansard, *House of Commons Debates*, 5.<sup>a</sup> ser., vol. 493, cols. 79-80, [http://hansard.millbanksystems.com/commoons/1951/nov/06/debate-on-the-address#S5CV\\_0493P0\\_19511106\\_HOC\\_94](http://hansard.millbanksystems.com/commoons/1951/nov/06/debate-on-the-address#S5CV_0493P0_19511106_HOC_94)

[22] Winston Churchill a Dwight D. Eisenhower, 24 de marzo de 1954, CHUR 6/3A/60-64 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+6/3A/60-64>], y Peter G. Boyle (ed.), *The Churchill-Eisenhower Correspondence 1953-1955* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1990), pp. 129-231. En general, sobre asuntos nucleares, véase Kevin Ruane, *Churchill and the Bomb in War and Cold War* (Londres, Bloomsbury, 2016).

[23] Anotación en el diario del 24 de junio de 1954, John Colville, *The Fringes of Power: Downing Street Diaries 1939-1955* (Londres, Hodder & Stoughton, 1985), p. 691.

[24] Véase Winston Churchill, comentarios en la cena de la embajada británica, París, 10 de septiembre de 1951, CHUR 2/221 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/221>] (en Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. VIII, p. 636). Había «concesiones que podíamos hacer –sugirió–. Por ejemplo, daría acceso a los rusos a aguas cálidas estableciendo el control internacional de las salidas del Báltico y los Dardanelos. Creía que los rusos podrían obtener garantías y mostrarse más dispuestos a cooperar con el resto del mundo». Además, le dijo a lord Moran en 1953 que, de haberse celebrado la cumbre, se habría reunido con los soviéticos «a más de mitad del camino [...] Les habríamos prometido que ya no se fabricarían más bombas atómicas ni habría más investigaciones sobre su fabricación. Aquellas ya fabricadas serían guardadas bajo llave. Habrían dispuesto de gran parte del dinero que ahora se invierte en armamento para ofrecer mejores condiciones al pueblo ruso»; anotación en el diario del 10 de julio de 1953, lord Moran, *Churchill: The Struggle for Survival, 1945-1965* (Londres, Constable, 1966), p. 428.

[25] John W. Young, *Churchill's Last Campaign: Britain and the Cold War 1951-1955* (Oxford, Clarendon Press, 1996), pp. 31, 49.

[26] Anotación en el diario del 9 de noviembre de 1952, Colville, *Fringes of Power*, p. 654.

[27] «Mr Malenkov's speech», *The Times*, 17 de marzo de 1953.



[28] Winston Churchill a Dwight D. Eisenhower, 5 de abril de 1953, CHUR 6/3A/124  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+6/3A/124>].

[29] Dwight D. Eisenhower a Winston Churchill, 11 de abril de 1953, en Boyle, *The Churchill-Eisenhower Correspondence*, p. 43.

[30] Dwight D. Eisenhower a Winston Churchill, 25 de abril de 1953, CHUR 6/3B/209-210 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+6/3B/209-210>]. En un importante discurso pronunciado el 16 de abril de 1953, Eisenhower exigió pruebas de la «buena fe» soviética (la promoción de la paz en Corea, para empezar, o un tratado de estado de Austria) antes de tomarse en serio las propuestas de Moscú. Discurso de Dwight D. Eisenhower, «50-Address “The Chance for Peace” Delivered before the American Society of Newspaper Editors», 16 de abril de 1953, *Public Papers of the Presidents*, vol. XXXIV: *Eisenhower 1953*, <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=9819&st=&st1=>

[31] Winston Churchill, discurso ante la Cámara de los Comunes (copia definitiva), 11 de mayo de 1953, CHUR 5/51C/260-320 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/51C/260-320>]; Hansard, *House of Commons Debates*, 5.<sup>a</sup> ser., vol. 515, cols. 883-898, <http://hansard.millbanksystems.com/commons/1953/may/11/foreign-affairs>

[32] Diario de Anthony Eden, 27 de noviembre de 1953, Avon Papers, University of Birmingham Special Collections, AP20/1/30.

[33] Winston Churchill a Dwight D. Eisenhower, 4 de mayo de 1953, CHUR 6/3A/113 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+6/3A/113>], y Boyle, *The Churchill-Eisenhower Correspondence*, p. 48; Winston Churchill a Dwight D. Eisenhower, 1 de julio de 1953, CHUR 6/3A/92-93 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+6/3A/92-93>].

[34] Dwight D. Eisenhower a Winston Churchill, 5 de mayo de 1953, en Boyle, *The Churchill-Eisenhower Correspondence*, p. 49.

[35] Kevin Ruane, *The Rise and Fall of the European Defence Community: Anglo-American Relations and the Crisis of European Defence, 1950-1955* (Basingstoke, Macmillan, 2000), p. 10.



[36] Su médico personal, lord Moran, anotó en su diario el 17 de agosto de 1953 que el «plan [de Churchill] de reunirse con Malenkov le ha ayudado hasta ahora a enfrentarse a la incertidumbre de esta lamentable y prolongada enfermedad». Moran, *Churchill*, p. 454, también 21 de agosto de 1953, p. 458.

[37] «Rusia era una mujer de la calle y tanto si su vestido era nuevo como si solo era el viejo remendado, no cabe duda de que por debajo seguía siendo la misma prostituta. Estados Unidos pretendía echarla de su “negocio” actual a los callejones», declaró Eisenhower. Anotación en el diario del 4 de diciembre de 1953, Colville, *Fringes of Power*, p. 683.

[38] Anotación en el diario del 6 de diciembre de 1953, Colville, *Fringes of Power*, p. 687.

[39] Winston Churchill, discurso ante la Cámara de los Comunes, 15 de febrero de 1951, CHUR 5/40B/269-320 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+5/40B/269-320>]; Hansard, *House of Commons Debates*, 5.<sup>a</sup> ser., vol. 484, col. 630, <http://hansard.millbanksystems.com/commons/1951/feb/15/defence-gobierno-policy>

[40] Winston Churchill, citado en Matthew Jones, «Targeting China: United States Nuclear Planning and “Massive Retaliation” in East Asia, 1953-1955», *Journal of Cold War Studies*, 10 (2008), p. 47.

[41] «Indochina-Plans for the Geneva Conference on Korea and Indochina: Quadripartite Communiqué of the Berlin Conference, 18 February 1954», *The Avalon Project*, [http://avalon.law.yale.edu/20th\\_century/inch018.asp](http://avalon.law.yale.edu/20th_century/inch018.asp)

[42] «Hydrogen Explosion Not “Out of Control”», *The Times*, 1 de abril de 1954.

[43] Dwight D. Eisenhower a Winston Churchill, 9 de febrero de 1954, CHUR 6/3C/241-242 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+6/3C/241-242>].



[44] Anotación en el diario del 26 de marzo de 1954, Moran, *Churchill*, p. 530.

[45] Winston Churchill a Dwight D. Eisenhower, 8 de marzo de 1954, CHUR 6/3A/66-68 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+6/3A/66-68>], y Boyle, *The Churchill-Eisenhower Correspondence*, p. 123. Los jefes de Estado Mayor británicos calculaban que la pérdida de vidas en el Reino Unido como consecuencia de un ataque con la bomba de hidrógeno ascendería a entre cinco y doce millones. El memorando del COS, «United Kingdom Defence Policy», 31 de mayo de 1954, Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, CAB 129/69, C(54)249, se distribuyó como un documento del Gabinete el 23 de julio de 1954, <http://filestore.nationalarchives.gov.uk/pdfs/large/cab-129-69.pdf>

[46] Winston Churchill, «Notes on Tube Alloys», Cabinet Paper C(54)390, 14 de diciembre de 1954, CHUR 2/217/15 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/217/15>]; sobre la decisión acerca de la bomba de hidrógeno, véanse las actas del Gabinete, que están disponibles en los Archivos Nacionales del Reino Unido, <http://www.nationalarchives.gov.uk/cabinetpapers/default.htm?WT.ac=Cabinet%20Papers%20Home>. Véanse en particular las reuniones 47.<sup>a</sup>, 48.<sup>a</sup> y 53.<sup>a</sup>, 7, 8 y 26 de julio de 1954, CAB 128/27, CC(54); memorando de los jefes de Estado Mayor, «United Kingdom Defence Policy», 23 de julio de 1954, CAB 129/69 C(54)249; memorando de lord Salisbury, «Report by the Committee on Defence Policy», 24 de julio de 1954, C(54)250.

[47] Gilbert, «Yalta to Bermuda», p. 310; Young, *Churchill's Last Campaign*, pp. 268-270.

[48] Winston Churchill a Dwight E. Eisenhower, 7 de julio de 1954, CHUR 6/3A/42 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+6/3A/42>], y Boyle, *The Churchill-Eisenhower Correspondence*, p. 152.

[49] Anotación en el diario del 2 de julio de 1954, Colville, *Fringes of Power*, pp. 697-698.

[50] Archivos Nacionales del Reino Unido, reuniones 48.<sup>a</sup> y 49.<sup>a</sup>, 8-9 de julio de 1954,  
CAB128/27 CC(54), Anexos confidenciales,  
[http://www.nationalarchives.gov.uk/cabinetpapers/default.htm?  
WT.ac=Cabinet%20Papers%20Home](http://www.nationalarchives.gov.uk/cabinetpapers/default.htm?WT.ac=Cabinet%20Papers%20Home)

[51] Dwight D. Eisenhower a Winston Churchill, 7 de julio de 1954, CHUR 6/3C/234-235 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+6/3C/234-235>]; Dwight D. Eisenhower a Winston Churchill, 22 de julio de 1954, CHUR 6/3B/176-180 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+6/3B/176-180>]; y Winston Churchill a Dwight D. Eisenhower, 8 de julio de 1954, CHUR 6/3A/40-41 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+6/3A/40-41>].



[52] Véase Klaus Larres, *Churchill's Cold War: The Politics of Personal Diplomacy* (New Haven, CT, y Londres, Yale University Press, 2002), pp. 318-356.

[53] Young, *Churchill's Last Campaign*, p. 290.

[54] Winston Churchill a Dwight D. Eisenhower, 8 de agosto de 1954, CHUR 6/3A/28-29 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+6/3A/28-29>]; Harold Macmillan, 10 de julio de 1954, diario inédito, Biblioteca Bodleiana, Oxford, MS.Macmillan.dep.c.16; nota de Churchill, «Two-Power Meeting with Soviet Government», Archivos Nacionales, CAB 129/70, C(54)263, <http://filestore.nationalarchives.gov.uk/pdfs/large/cab-128-27.pdf>

[55] Ruane, *European Defence Community*, pp. 152-174.

[56] Harold Macmillan, *Memoirs: Tides of Fortune 1945-1955* (Londres, Macmillan, 1969), p. 587.

[57] Winston Churchill a Dwight D. Eisenhower, 12 de enero de 1955, CHUR 6/3A/9-12  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+6/3A/9-12>].

[58] Dwight D. Eisenhower a Winston Churchill, 15 de julio de 1955, CHUR 2/217/79  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/217/79>].

[59] Winston Churchill a Dwight D. Eisenhower, 18 de julio de 1955, CHUR 2/217/75-78  
[<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+2/217/75-78>].



[60] Geoffrey Best, *Churchill: A Study in Greatness* (Londres, Hambleton, 2001), p. 300. «Puedo incluso imaginar que, con unas pocas palabras sencillas», los líderes de las grandes potencias «podrían liberar a nuestro mundo de este monstruo nuclear». Winston Churchill a Dwight D. Eisenhower, 9 de marzo de 1954, CHUR 6/3A/66-68 [<http://www.churchillarchive.com/explore/page?contextId=CHUR+6/3A/66-68>], y en Boyle, *The Churchill-Eisenhower Correspondence*, pp. 123-124.

[61] Anotación en el diario del 6 de enero de 1953, Robert H. Ferrell (ed.), *The Eisenhower Diaries* (Nueva York, Norton, 1981), pp. 222-224.

[62] Anotación en el diario del 10 de julio de 1954, Peter Catterall (ed.), *The Macmillan Diaries: The Cabinet Years 1950-1957* (Basingstoke, Macmillan, 2003), p. 325.

[63] Albert Resis (ed.), *Molotov Remembers: Inside Kremlin Politics - Conversations with Felix Chuev* (Chicago, Ivan R. Dee, 1993), p. 59; Uri Bar-Noi, *The Cols War and Soviet Mistrust of Churchill's Pursuit of Détente 1951-1955* (Eastbourne, Sussex Academic Press, 2007).

[64] Best, *Churchill*, p. 275.

[65] Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. VIII, p. 896.

*Winston Churchill. Una biografía colectiva*  
Richard Toye (Ed.)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Winston Churchill: Politics, Strategy and Statecraft in the Twentieth Century*

© Richard Toye and Contributors, 2017

This translation is published by arrangement with Bloomsbury Publishing Plc

© de la traducción, Yolanda Fontal, 2018

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la imagen de la portada, Akg-Images – Album

© Editorial Planeta S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

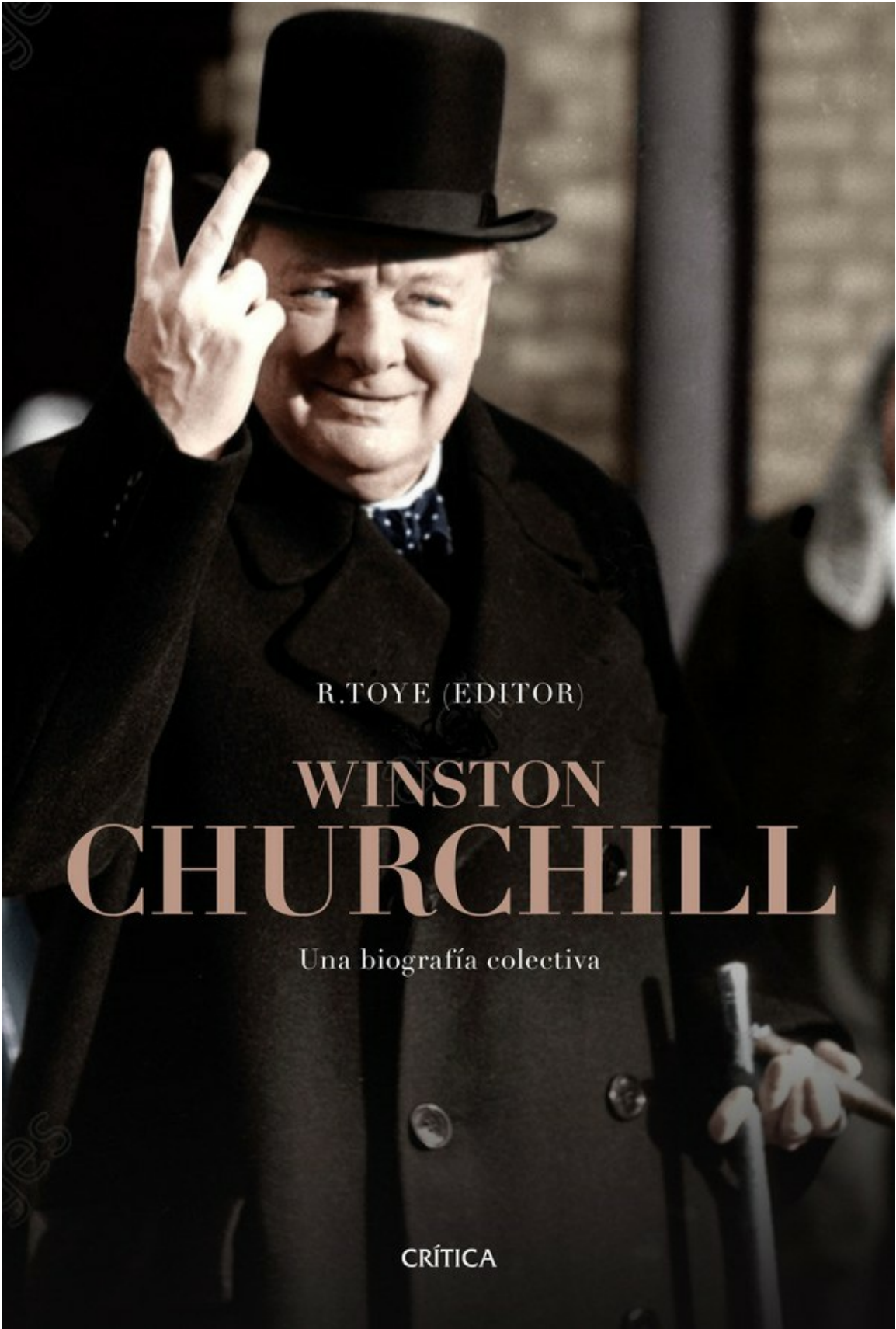
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2018

ISBN: 978-84-9199-013-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltalldelllibre.com](http://www.eltalldelllibre.com)





R.TOYE (EDITOR)

# WINSTON CHURCHILL

Una biografía colectiva

CRÍTICA